J. PÉREZ-FONCEA

FUEGO EN EL MISISIPI

Nueva Orleáns, 1781:
Estados Unidos necesita a España para lograr su independencia...



La participación española en la independencia de Estados Unidos fue decisiva. En esta novela se narran con viveza la crucial victoria de Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana, en la batalla de Pensacola; el apoyo económico de la Corona, reunido en cantidad y tiempo inverosímiles, al decisivo combate naval de Chesapeake; y el apoyo logístico a los rebeldes, abriéndoles la navegación del Misisipi.

Precisamente a Nueva Orleans llega el protagonista de esta novela, Alfonso Salazar. La ciudad bulle, inquieta ante la rebelión de las colonias británicas y el papel que el Rey Carlos III va a asumir en ella. Alfonso asume el nombre e identidad de Alphonse de Cavignac para ponerse al servicio de Gálvez como espía. Cuando se enamore de Amelia Richmond, hija de un peculiar negociante inglés, los riesgos que el joven estaba dispuesto a correr en defensa de los intereses de España se van a complicar con las exigencias del amor, el honor y la lealtad.

En la mejor tradición narrativa de aventuras, J. Pérez-Foncea vuelve a demostrar su especial habilidad para revivir los mejores momentos de nuestra Historia y aproximarlos al lector de hoy.

J. Pérez-Foncea

Fuego en el Misisipi

ePub r1.0
Titivillus 05.12.2021

Título original: *Fuego en el Misisipi*
J. Pérez-Foncea, 2017
Diseño de cubierta: Opal Works

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi hermana Belén, que con su gran sentido literario me ha ayudado decisivamente a la culminación de esta obra.

Escenario de operaciones en la Guerra de la Independencia de Estados Unidos (1775-1783).


CANADA
TERRITORIO EN DISPUTA
0 km 300 600 900 km
IND TERR
MICH TERR
Indiana Territory
TERR NORTH OF OHIO
UNITED STATES OF AMERICA
TERR SOUTH OF OHIO
Mississippi Territory
NUEVA CALIFORNIA
LUISIANA ESPAÑOLA
Monterrey
Channel Islands of California
San Diego
Arispe
NUEVO MEXICO
Santa Fé
TEXAS
San Antonio
Santa Rosa
Monclova
NUEVA NAVARRA
NUEVA VIZCAYA
NUEVA EXTREMADURA
Monterrey
5 Señores
NUEVO LEÓN
NUEVO SANTANDER
Guadalupe Island
Cedros Island
Archangel Island
Tiburón Island
VIEJA CALIFORNIA
Sea of Cortés
Cinaloa
Durango
Magdalena Island
Todos Santos
VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA
Marías Islands
San José
San Luis Potosí
NUEVA GALICIA
Guadalajara
Guanajuato
San Sebastián
Valladolid
México
Veracruz
Puebla
MÉXICO
Antequera
Golfo de España
FLORIDA
Océano Atlántico Norte
BAHAMAS
CUBA
YUCATÁN
Mérida
Cozumel Island
Sea of the Antilles
JAMAICA
HAITI
SANTO DOMINGO (Spain)
Santiago de Guatemala
REINO DE GUATEMALA
Grandes Antillas
Coast
EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA
Territorio español
El Virreinato de Nueva España
El Virreinato de Nueva Granada
Territorio Inglés
Estados Unidos de América
Ciudades y Capitales


Moncton
Quebec
Trois-Rivières
Saratoga
Boston
New Port
Nueva York
Fuerte Saint Joseph
Filadelfia
Baltimore
Peoria
San Francisco
Washington
San Luis
Yorktown
Santa Genoveva
Kaskaskia
Bahía de Chesapeake
Los Ángeles
Río Misisipi
San Diego
Natchez
Mobile
Pensacola
Baton Rouge
Manchac
San Agustín
Nueva Orleans

PRÓLOGO

Al terminar de cepillar mi magnífico alazán le di un par de palmadas en el lomo. Era un animal especialmente inteligente y cariñoso. Por eso no me sorprendió que correspondiera con un suave relincho de despedida. Lo que en cambio sí que me extrañó fue encontrarme a mi padre a la salida del establo. Al parecer, llevaba ya un buen rato observándome, esperando a que acabara mi trabajo. Acodado sobre la puerta de la caballeriza daba las últimas caladas a un puro habano. Lo interpreté como una señal clara de que trataba de calmar sus nervios.

—¡Hola, padre! —le saludé. Tenía yo por aquel entonces unos catorce o quince años.

—Tu madre me envía a darte una noticia.

Enseguida adiviné de qué se trataba:

—Entonces… ¿es verdad? ¿Nos vamos?

—Sí, esta vez no hay duda, en muy pocos días saldremos hacia Cuba.

En un primer momento no supe muy bien si debía alegrarme o entristecerme. Pues, por un lado, me apenaba mucho abandonar mi ciudad natal, y por otro, me atraía conocer tierras nuevas y, muy especialmente, la isla de Cuba, de la que tantas cosas maravillosas había oído decir.

Pero mucho antes de que tuviera tiempo para aclarar mis ideas, mi padre me explicó que no éramos nosotros solos los que nos íbamos, sino la entera población española de San Agustín, pues todo el territorio de la Florida, y con él nuestra ciudad, iban a pasar muy pronto a manos británicas.

Esa sí que era una gran desgracia: San Agustín ostentaba el honor de ser la primera ciudad fundada por europeos al norte del Golfo de México[1].

Y desde el día de su fundación, hacía ya casi doscientos años, había pertenecido ininterrumpidamente a la Corona española… hasta aquel desgraciado momento.

—Cuando terminemos de comer —continuó mi padre—, quiero que me ayudes a ir llenando los baúles. Y tendrás que preguntar a tu madre cuáles son los muebles que nos vamos a llevar.

—¿Tanta prisa hay?

—Sí, hijo. Y cuanto antes tengamos todo preparado, mucho mejor.

Lo que había ocurrido era que, para nuestra desgracia, España había entrado tarde y mal, sin la debida preparación, en una guerra que en realidad ni le iba ni le venía, y que, por si fuera poco, estaba a punto de terminar.

Pero, como tantas veces me ha enseñado después la vida, cuando las cosas se hacen con precipitación, más aún en cuestiones de tanta envergadura, suelen salir mal. Y eso fue precisamente lo que ocurrió, que salieron mal. Muy mal.

Se trataba de la guerra de los Siete Años**[2]**, en la que los dos contendientes principales, Gran Bretaña y Francia, se estaban jugando sus posesiones en Norteamérica y en la India.

Hacia el final de la contienda, en 1762, Francia se estaba viendo desbordaba por los ingleses. Y, en un intento desesperado por evitar lo inevitable, acudió a España en petición de ayuda.

Nuestro rey don Carlos III, por su parte, no podía permanecer pasivo. No olvidemos que Luis XV y Carlos III eran primos. Por eso accedió a intervenir.

Pero los ingleses, metidos de lleno en la contienda y bregados desde mucho tiempo atrás, supieron aprovechar muy bien el hecho de que a los españoles la guerra nos cogiera poco preparados.

Atacaron y conquistaron las ciudades de La Habana y de Manila, consiguiendo un tremendo golpe de efecto, a la vez que una tremenda humillación para nosotros.

Como lógica consecuencia, en España surgió un indignado movimiento ciudadano deseoso de continuar la lucha, ya no solo como medio de ayudar a los franceses, sino, sobre todo, porque había que recuperar lo perdido. De hecho, nuestros soldados pronto lograron confinar a los ingleses en el interior de Manila, imposibilitándoles cualquier intento de extenderse hacia otros puntos de las Filipinas.

Pero, llegados a este punto, Francia estaba ya completamente desengañada y cansada, y lo único que deseaba era poner punto final a un conflicto que duraba ya demasiado tiempo.

El rey Carlos volvió a atender a las peticiones de su primo Luis XV, y se avino a las conversaciones de paz, que culminaron con el Tratado de París del 10 de febrero de 1763, es decir, firmado a los pocos meses de nuestra extemporánea y desdichada entrada en el conflicto.

Para los franceses el acuerdo se alcanzó a costa de inmensas cesiones, pues hubieron de entregar a Gran Bretaña nada menos que el Canadá, la isla

de Cabo Bretón, la mayor parte de sus posesiones en la India, el Senegal y la isla de Menorca.

Por si fuera poco, en justa compensación por los perjuicios ocasionados a España, Francia nos cedía la Luisiana, un inmenso territorio que, comenzando en Nueva Orleans (su capital) por el Sur, llegaba a adentrarse en el Canadá por el Norte, abarcando una enorme extensión de espacio al Oeste del río Misisipi[3].

Con esta derrota Francia quedaba definitivamente apartada de la lucha colonial en el norte de América.

Pero la paz tuvo también su parte negativa para España, ya que, a cambio de la recuperación de La Habana y de Manila, don Carlos III hubo de aceptar las duras condiciones que nos impusieron los británicos.

Estas consistían en la renuncia a nuestras pretensiones de pesca en Terranova, el sometimiento de los conflictos marítimos al dictamen de los tribunales de la Gran Bretaña, el consentimiento de que los ingleses siguieran cortando palo en Honduras (a condición de que demolieran las fortificaciones que habían levantado en sus factorías), la entrega de las colonias de Sacramento y de Almeida a Portugal, así como, por último, la dolorosísima cesión a los británicos de la Florida, con el fuerte de San Agustín, la bahía de Pensacola y los territorios al Este y Sudeste del río Misisipi[4].

1

No nos resultó fácil a los Salazar la salida de San Agustín. Mis padres no podían olvidar que sus tres hijos menores, muertos todos ellos a muy temprana edad, quedaban enterrados allí.

Solo yo les quedaba con vida.

Tampoco iban a resultarnos fáciles los inicios en La Habana.

Pudo tal vez influir el clima, que en Cuba era notablemente más caluroso y húmedo que en el Norte de Florida, en donde se encuentra San Agustín. Pues aunque mi madre siempre había afirmado que le gustaba el trópico, y que el calor no le molestaba, lo cierto es que había nacido y se había criado en Quebec. En cualquier caso, antes de cumplirse nuestro primer año en la isla, comenzó a manifestar algunos síntomas preocupantes. El médico que la atendía, el doctor Guedes, le diagnosticó del mal de la «melancolía»: una especie de profunda e inmensa tristeza que, lejos de desaparecer, terminó por consumirla por completo, hasta conducirla a su temprana e inesperada muerte.

Para mi padre y para mí su pérdida supuso un durísimo golpe. A partir de entonces hubimos de esforzarnos por aprender a vivir solos. Pero huelga decir que, por mucho que nos esforzáramos, el ambiente en casa nunca podría volver a ser el de antes. El hueco tan grande que había dejado mi madre era imposible de llenar. Por eso, de manera tal vez inconsciente, ambos tratamos de buscar refugio para nuestras penas en el trabajo. Durante los tres o cuatro años siguientes nos entregamos de firme al cuidado de nuestras tierras, logrando hacer de ellas una auténtica plantación.

De hecho las tareas en el campo me sentaron bien. Poco a poco dejé de ser un muchacho y, casi sin darme cuenta, me vi convertido en un hombre. Ensanché de hombros y rebasé ampliamente la estatura de mi padre que, por contraste, envejecía prematuramente. Y, ya que he empezado a describir mi aspecto físico, terminaré diciendo que tenía el pelo negro y los ojos azules, de un color casi idéntico al de mi recordada madre.

Pero no todo en mi vida de aquel entonces se reducía a trabajar. Recuerdo que comencé a cortejar a una bella joven —Laura se llamaba—, que también

provenía de San Agustín. Puede decirse que fue con este incipiente amor con el que comencé a recuperar la ilusión y la alegría de vivir.

Y, sin embargo, de modo completamente inesperado, la desgracia volvió a presentarse en nuestra vida: mi padre había contraído la fiebre amarilla.

Me prometí a mí mismo que de ninguna manera le dejaría morir, que haría todo lo posible y lo imposible por salvarle. Pero, por grande que fuese mi amor hacia él, ni el doctor Guedes ni yo pudimos hacer nada por salvarle.

Para colmo de desdichas, la muchacha de la que había comenzado a enamorarme, temerosa de que yo también me hubiera contagiado de la enfermedad, terminó por rechazarme.

Yo seguía siendo todavía muy joven. Por eso acusé en lo más hondo de mi ser tantos y tan continuados golpes. Hasta el punto de que se me hizo prácticamente imposible seguir viviendo en aquel lugar en donde había sufrido tanto. Era cierto que en aquella tierra estaban enterrados mis padres, y que era mi único hogar en el mundo. Pero, a la vez, se había convertido en un lugar cargado de recuerdos dolorosos. Demasiado dolorosos.

Por eso decidí volver a emigrar: vendería las tierras, a pesar de que sabía muy bien que no lograría obtener su verdadero valor, y me marcharía de Cuba.

Enseguida me entusiasmé con la idea de instalarme en Nueva Orleans. Al fin y al cabo, la ciudad, capital de la Luisiana, había pasado recientemente a manos españolas y, por lo tanto, desde ese punto de vista yo seguiría estando «en casa».

El idioma tampoco resultaría un problema para mí, pues hablaba el francés, que había aprendido de labios de mi madre, con la misma soltura que un nativo de Quebec.

Bastaron estas sencillas consideraciones, unidas a mi natural entusiasmo juvenil, para que, en apenas unas semanas, tan pronto como hube liquidado los últimos asuntos que me ligaban a la isla, me viera de nuevo embarcado con rumbo hacia el continente.

Navegaba solo, pero cargado de ilusiones, en dirección a la que en aquel momento era la ciudad de mis sueños.

La Nueva Orleans que me encontré al desembarcar era una plaza de algo más de cinco mil habitantes. Si además le añadimos sus asentamientos vecinos, la población era mucho mayor. Pero era, sobre todo, una ciudad palpitante, llena de vida, y en muy rápido crecimiento.

Llave del golfo de México y Puerta de América, su mezcla de razas y culturas le confería un ambiente único: variado y cosmopolita, sin por ello llegar a perder su clara fisonomía latina.

Las casas, predominantemente de madera, guardaban una bella armonía sureña[5].

Sin darme cuenta, caminaba con los ojos abiertos como platos, sorprendido a cada paso ante la novedad de lo que veía y oía. A pesar de haber nacido a no mucha distancia de allí, todo me resultaba desconocido.

Me quedé literalmente boquiabierto ante el bullicioso cuadro que se abría ante mí, compuesto por traficantes, granjeros, militares, marinos, hacendados, aventureros, corsarios, colonos, mercaderes, cazadores, tramperos, indios, negros, españoles, franceses, criollos…

Un panorama inmenso y prometedor que no me decepcionó en absoluto. Era incluso más de lo que había esperado.

Quise dedicar aquel primer día a deambular por las calles. Quería explorar las posibilidades de la plaza antes de lanzarme a buscar un empleo.

Todavía no era consciente de la fuerte resistencia que el gobernador español de la Luisiana, don Antonio de Ulloa, estaba encontrando a la hora de imponer su autoridad entre los criollos de origen francés.

Ulloa todavía carecía de los medios económicos y militares necesarios para hacerse con el control de aquel inmenso territorio: se encontraba a la espera de los auxilios que debían llegarle precisamente desde Cuba. Y, mientras tanto, el valiente científico —pues lo era— capeaba el temporal como mejor sabía y podía, en medio de no pocas dificultades.

Como digo, nada conocía yo de todo esto, si bien, como era de esperar, no tardé mucho en recibir las primeras señales.

Pues mientras caminaba todavía maravillado, casi extasiado, por las calles, oí decir a mis espaldas:

—¡Hay que echar a Ulloa y a todos los españoles de aquí!

—Sí, y cuanto antes mejor: ¡los echaremos a patadas, si es necesario!

Me volví en un acto reflejo, temeroso de que tan duras palabras se estuvieran dirigiendo hacia mi persona, pero enseguida pude comprobar aliviado que no se trataba más que de un par de borrachos. El alcohol ayudaba a esos infelices a dar rienda suelta a sus personales demonios interiores.

De cualquier forma, no dejó de sorprenderme la evidente muestra de hostilidad que demostraban hacia mis compatriotas.

Tratando de quitar importancia al asunto, continué caminando a lo largo de la Rue de Chartres, una de las más céntricas avenidas de la ciudad,

flanqueada a ambos lados por elegantes edificios de estilo colonial francés.

En la esquina de una de aquellas casas atrajo mi atención el pintoresco letrero de una de las tabernas que abundaban en la zona. Llevaba el nombre de Chez Lafitte. Me dije que ahí dentro bien podría entablar conversación con algún parroquiano achispado. Siempre los hay dispuestos a hablar, y a proporcionar toda la información requerida por algún esforzado caballero dispuesto a soportar su aliento aguardentoso.

Sin pensarlo dos veces, bajé decidido las escaleras de entrada al establecimiento. Nada más cruzar el umbral, me vi completamente envuelto en un denso olor a vino. En el interior de la gran sala que componía el local, mal iluminada y peor ventilada, se congregaba una clientela de lo más variopinta.

Mientras mis ojos se iban acostumbrando a la débil penumbra, traté de distinguir el aspecto de las gentes allí reunidas. Enseguida reparé en un tipo que se mantenía acodado a la barra en silencio, sin charlar con nadie, limitándose a observar y a escuchar.

¿Quién sería? Su actitud era de lo más extraña. Cualquiera que no estuviera borracho —lo cual era ciertamente difícil de encontrar en aquel tugurio— y que se fijara un poco en él, podría darse cuenta de que desentonaba del resto.

Me picó tanto la curiosidad, que me propuse abordarle, utilizando para ello el primer pretexto que me vino a la cabeza:

—*Bonjour, Monsieur. Je suis en train de chercher une chambre d'hôtes par ici. Pourriez-vous me renseigner, s'il vous plaît?* [Buenos días, caballero. Estoy buscando una pensión por aquí. ¿Podría usted indicarme una, por favor?][6].

En lugar de contestar a la pregunta, el desconocido, un tipo alto y serio, con amplias patillas y bigote de color castaño rojizo, se esforzó por balbucear con torpeza una serie de incomprensibles sonidos guturales.

Trataba de explicarme que no hablaba el francés.

Aunque, al parecer, era capaz de entenderlo medianamente bien, no le ocurría lo mismo cuando se trataba de articular tres palabras seguidas. La pronunciación le superaba. De cualquier forma, su dicción resultó inconfundiblemente hispana a mis oídos, por lo que me apresuré a continuar la conversación en castellano puro y duro:

—¿Es usted español?

—¡Caramba, sí! ¿Usted también, por lo que veo?

—Sí señor, de San Agustín de la Florida.

—¡Floridano! ¿Y qué es lo que ha empujado a un joven de una ciudad tan ilustre a venir a Nueva Orleans?

Le conté mi historia en dos pinceladas, ante lo que mi interlocutor concluyó:

—O sea que es usted huérfano, y ha venido a buscar fortuna en estas tierras.

—Ese podría ser un resumen bastante acertado de mi vida.

—Por lo que me ha parecido apreciar, habla usted francés con soltura…

—Sí, bueno, mi madre era de Quebec. En realidad hablo el francés con la misma facilidad que el español. Me parece que gracias a eso voy a poder sobrevivir con dignidad en esta ciudad. Me da la impresión de que los españoles no somos muy bien vistos en la Luisiana.

—No lo somos, no. Es imposible negar la evidencia. Pero, dígame, entonces… ¿dice que acaba de llegar y que no ha encontrado todavía ningún empleo?

—Eso es. Lo cierto es que, en el tiempo que llevo, ni siquiera he tenido tiempo de buscar.

—¿Y qué me diría si yo le ofreciera uno?

La oferta me sorprendió mucho. Incluso me hizo sospechar. Apenas hacía unos minutos que nos conocíamos y ese tipo, que ni siquiera era capaz de chapurrear en francés, ¿me ofrecía un empleo? Se me hizo muy extraño. Además, los golpes que para entonces me había dado ya la vida me inclinaban a pensar que se trataba de una noticia demasiado buena para ser cierta.

Sin embargo, había algo noble en la mirada de aquel hombre. Algo que infundía confianza. Y que, por ahora, fue suficiente para mí. Decidí correr el riesgo y tomarme en serio su oferta.

—¿De qué tipo de trabajo se trata? —le pregunté.

—No puedo decírselo todavía. Pero, si está interesado, preséntese mañana por la mañana en la sede del gobierno provisional, en la Plaza de Armas, y pregunte por mí. Me llamo Jorge Ripoll.

—Le aseguro que allí me verá.

El hecho de que me citara en la sede del gobierno le concedía mucha mayor seriedad a la oferta.

Antes de despedirse, Ripoll me preguntó por mi nombre:

—Alfonso. Alfonso Salazar —le respondí, a la vez que nos estrechábamos la mano. Una mano fuerte y vigorosa.

—Encantado, don Alfonso. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, don Jorge.

Pasé el resto de la tarde dándole vueltas a la entrevista con Ripoll: ¿Quién sería en realidad? ¿Por qué se habría fijado en mí? ¿Tal vez por mi soltura con el francés? Pero si algo sobraba en Nueva Orleans eran personas que hablaran francés. Claro que, entre ellas, muy pocas eran de fiar para el gobierno español.

Al anochecer llegué a la conclusión de que, en cualquier caso, lo que más me importaba era que el trabajo estuviese bien remunerado. Al menos por ahora, con eso me bastaría.

Y con este sencillo y prosaico pensamiento en la cabeza, sin conceder mayor importancia al incesante corretear de los ratones en la miserable habitación que había alquilado, me quedé profundamente dormido.

Por la mañana me presenté en la sede del gobierno a la hora convenida.

El edificio era un bonito palacete francés, con un amplio soportal en la planta baja. El techo, de pizarra negra, culminaba en una vistosa torrecilla.

Al penetrar con paso firme en el recinto oficial y anunciar al cabo de guardia que estaba citado con don Jorge Ripoll, me sentí importante por primera vez en la vida.

Salió a recibirme otro soldado, que me condujo hasta la primera planta del inmueble.

No estaba solo, Ripoll, en su oficina. A su lado había un militar al que reconocí de inmediato. En realidad no le conocía por el nombre, pero sí de vista. Era unos cuantos años mayor que yo, y había sido vecino mío en Guanabacoa, junto a La Habana.

Al verme, anunció sin disimulo:

—Este es, sí.

Ante semejante recibimiento, me quedé visiblemente perplejo.

No me esperaba algo así. Era evidente que Ripoll había estado informándose acerca de mi persona.

—No se apure, señor Salazar. Y tome asiento, por favor. Ahora se lo explicaré todo.

Despidió al cubano y, en cuanto nos quedamos a solas, me explicó:

—Como ve, aunque soy civil, funcionario de carrera, trabajo a las órdenes directas del gobernador. El rey me ha enviado para colaborar en la espinosa tarea del traspaso de poderes en la Luisiana. Como usted pudo apreciar ayer, durante su primer día entre nosotros, la cosa no está resultando del todo fácil.

—Por lo que pude escuchar, son sobre todo los criollos franceses los que no están muy satisfechos con la idea de dejar de depender de su país.

—En efecto. Aunque no todos están en contra. Contamos con la sincera y valiosa colaboración de algunos de los hombres más notables de la ciudad, como por ejemplo don Gilbert de St. Maxent. Pero sabemos que los que se oponen se están organizando. Nos consta que están tramando una conspiración que muy fácilmente podría desembocar en un intento de golpe de mano.

Comencé a vislumbrar con mayor claridad por dónde iban las intenciones de Ripoll para conmigo.

—No nos sobra gente de confianza, y menos aún que hable francés con soltura, y que pueda mezclarse entre la población.

—Ya veo. Por decirlo en dos palabras: ¿quiere usted que me dedique a espiar?

—Llámelo así, si quiere. Desde luego necesitamos a alguien que sea leal a España y que al mismo tiempo sea capaz de tomar el pulso a la ciudadanía sin levantar sospechas. Alguien que nos mantenga al tanto de lo que ocurre ahí fuera. Lo que le propongo es que pase usted a formar parte de nuestros ojos y de nuestros oídos.

Ahora todo encajaba. Desde luego —me dije—, no habría hecho falta ser muy perspicaz para haberlo adivinado desde el primer momento.

Me quedé unos segundos pensativo antes de contestar:

—Estoy dispuesto a hacerlo. No veo nada malo en ello y, bueno, supongo que así prestaré un importante servicio a mi país.

—Un servicio de lo más necesario. De eso puede estar bien seguro.

—¿Se me retribuirá bien? —me dio vergüenza formular esta pregunta de un modo tan descarnado y directo, pero ahora que veía una oportunidad, juzgué que tenía que asegurarme de estar cubierto por ese lado.

—En la hora actual el gobierno de Nueva Orleans debe afrontar más gastos de los que sería de desear, pero aun así, desde ese punto de vista no tendrá usted problemas. Le pagaremos una asignación mensual y atenderemos a todos sus gastos de alojamiento y manutención. Además, le proporcionaremos una casa.

Caramba, esto sí que era razonable.

La patrona de la horrible pensión en la que había pasado la noche cobraba una cantidad desorbitada a cambio de un cuartucho inmundo, completamente infestado de ratones y cucarachas.

—El teniente Ferreira, que le presentaré enseguida, le entregará las llaves de su nueva casa y le conducirá hasta ella. Está situada en la calle de San Luis, un lugar muy céntrico. Pero a partir de este mismo instante usted no

debe ser asociado con nosotros, con el gobierno español, de ninguna manera. Por lo tanto, una vez que salga por la puerta de este edificio, no deberá volver por aquí. Seremos nosotros quienes le citemos cada vez que necesitemos hablar con usted. Lo haremos en lugares en donde pueda informarnos con discreción de todo lo que haya ido descubriendo.

—Entonces, ¿puedo abandonar la pensión?

—No solo puede, sino que debe. Desde hoy es usted un comerciante de Quebec, o de Francia, lo que prefiera, que ha venido a Nueva Orleans en busca de oportunidades de negocio. ¿Le parece bien?

—En la medida de lo posible, prefiero mantener viva mi verdadera identidad: prefiero ser un *quebecois* recién llegado a Nueva Orleans desde Cuba.

—Me parece una buena idea… ¿cuál era el apellido de su madre?

—De Cavignac.

—Un bonito nombre. Suena bien. ¿Era noble su madre?

—No, que yo sepa. Tal vez algún antepasado suyo en Francia lo fuese. Pero en tal caso debió perder su condición al llegar a Quebec.

—Muy bien. Entonces se hará llamar don Alphonse de Cavignac. Déjese la barba, o el bigote, para cambiar de aspecto. ¿Ha intimado con alguien en las horas que lleva aquí? ¿Existe alguien que pudiera conocer su verdadera identidad?

—No. Apenas he tratado con nadie. A excepción de algunos borrachos. Y de mi patrona que, estoy seguro, apenas reparó en mi aspecto. Cuando llegué a la posada estaba ya oscuro, y en el inmueble, puede imaginárselo, la vieja apenas gasta en iluminación.

—Estupendo. Entonces llamaré a Ferreira. Él le conducirá a la calle San Luis y le ayudará con el traslado. También le explicará cuándo y dónde nos volveremos a reunir con usted.

El teniente Ferreira resultó ser un gallego alto y enjuto, ya entrado en años.

Cuando llegamos al que iba a ser mi nuevo hogar, creí estar soñando.

Se trataba de una casa del mejor estilo colonial, que superaba con creces a cuanto hubiese podido desear. Había pertenecido a un distinguido comerciante en pieles que había perdido la vida en una expedición al interior.

Quedó patente ante mis propios ojos que, a partir de aquel instante, tal y como había acordado con Ripoll, era ya un rico comerciante extranjero.

Ferreira me presentó a la servidumbre: Alicia y Manuela, dos simpáticas mujeres cubanas y Michel, el mayordomo. Todos ellos, según me dijo el

teniente, eran de total confianza. Sin embargo, antes de despedirse, puntualizó:

—Aunque sean leales a España, no estará de más que extreme las precauciones. Todos somos humanos y la carne es débil. Hay quien dice que todo hombre tiene un precio. Yo no lo creo. O, al menos, no lo quiero creer. Pero desde luego existen personas sobornables. Por eso le ruego que extreme el cuidado durante las conversaciones sensibles que mantenga en la casa y, sobre todo, con la custodia de los documentos.

—Así lo haré, teniente.

Mientras hablábamos, llegó Vincent, un joven mulato de lo más despierto y servicial.

Ferreira me explicó que era uno de los hombres de confianza de St. Maxent, y que hacía pequeños servicios a la Corona española. Traía en un carromato de mercancías las escasas pertenencias que había dejado en la pensión. ¡Esto era eficacia! Así nos evitamos que la patrona volviese a ver mi rostro.

Al parecer, no le había resultado difícil a Vincent cancelar la cuenta y hacerse con mis cosas. Le había bastado con obsequiar a aquella desdentada mujer con una buena propina.

En cuanto Ferreira se despidió, tomé un buen baño de agua caliente.

Casi no podía creerlo. Era un magnífico comienzo.

Aquella noche dormí como un auténtico marqués, con el pensamiento en la nueva vida que comenzaba en Nueva Orleans.

Seguiría recorriendo las tabernas y los lugares de reunión de la burguesía, pero con la no pequeña diferencia de contar con un caudal casi ilimitado en el bolsillo y, sobre todo, con una alta misión que cumplir.

Di gracias a Dios. Me sentía realmente satisfecho y muy dichoso con la buena suerte que me había acompañado a la llegada a mi nueva ciudad.

2

Tal y como estaban las cosas, el malestar no podía tardar mucho tiempo en estallar en las calles de Nueva Orleans. El detonante fue el anuncio por parte del gobernador Ulloa de un par de medidas que resultaron tremendamente impopulares para los franceses.

—¿Has visto lo que pone ahí?

—No, ¿qué es lo que dice?

—Que a partir de ahora no está permitido comerciar con Francia. Todo el comercio que se realice desde Nueva Orleans con Europa deberá formalizarse a través de los puertos de España.

—Estos malditos españoles van a conseguir arruinar nuestros negocios. Ulloa es un cretino…

—Hay que hacer algo. No podemos quedarnos con los brazos cruzados, simplemente mirando cómo se cometen semejantes tropelías ante nuestros ojos.

—¿Qué responde Chauvin a esto?

—¡Yo que sé! Supongo que estará igual de indignado que nosotros. ¡Pero con Chauvin o sin Chauvin, de lo que no me cabe la menor duda es de que hay que actuar! No podemos seguir esperando por más tiempo. De lo contrario, para cuando queramos darnos cuenta, será ya demasiado tarde. Hay que levantarse en armas. La situación lo pide a gritos.

El mencionado Nicolás Chauvin, era un prohombre local, miembro del gobierno de la antigua Luisiana francesa, que a consecuencia de la política conciliadora de Ulloa, continuaba conservando su cargo bajo dominio español.

Enseguida fue alertado por la encolerizada población criolla de algo que, por otra parte, él conocía muy bien.

—¡¿Es que no vais a hacer nada?! ¿Para qué estáis en el gobierno los franceses? ¿O es que sois solo unos meros títeres al servicio de España?

Pero Chauvin no necesitaba de especiales arengas por parte del pueblo. Él era el primero en desear la salida de Ulloa. Y tenía ya casi ultimado un

complot para forzar su caída.

Al no haber recibido aún los esperados auxilios de Cuba, bastaron los primeros conatos de insurrección para que don Antonio de Ulloa se viese completamente desbordado y falto de recursos para defenderse.

—Ripoll, esto es una rebelión en toda regla, ¿qué cree que debemos hacer?

—Por el momento no veo otra salida que escuchar las reclamaciones de los sublevados. Al menos así conseguiremos ganar algo de tiempo y, sobre todo, sabremos a qué atenernos. Tal vez sus exigencias no sean tan difíciles de cumplir al fin y al cabo…

—Es una buena idea. Dígale al cabo de guardia que deje pasar a una representación de los sediciosos.

Pero estos no estaban dispuestos a conformarse con menos que con ver a Ulloa fuera de Nueva Orleans, y cuanto más lejos, mejor.

Ulloa era un hombre de una gran talla intelectual: científico[7], escritor y militar. Además, como hombre íntegro y de honor que era, estaba dispuesto a correr con las consecuencias de sus decisiones, por graves que fueran. En esta ocasión, tras mucho meditarlo estimó que su partida de regreso hacia España sería a la postre la mejor solución, pues quizás lograra apaciguar los ánimos del pueblo y, sobre todo, evitar el derramamiento de sangre.

Tengo que decir en su favor que su juicio resultó acertado. Con su partida los sediciosos se aplacaron, y el grado de violencia disminuyó en gran medida. Pero solo en parte. Pues el consecuente vacío de poder favoreció que la anarquía en las calles continuara.

Consciente del peligro que corría mi gente, tomé un coche y, acompañado de mi chófer y de Michel, el mayordomo, me aventuré a salir en busca de cuantos miembros del gobierno español pudiera encontrar.

Lo más lógico —cavilé— es que Ripoll permanezca escondido en su propia casa.

Y así, contraviniendo todas las órdenes recibidas, me fui derecho hacia allá.

Por el camino iba nervioso, haciendo mentalmente todo tipo de conjeturas y cavilaciones en torno a cuál podría ser la suerte de los colaboradores del depuesto Ulloa.

Tan pronto como llegué a mi destino bajé del coche y corrí hacia la puerta. Llamé varias veces, sin obtener respuesta.

La casa de Ripoll era de madera, sencilla pero bien cuidada.

Dentro reinaba un silencio sepulcral. Por más que insistí, no conseguí que nadie saliera a abrir.

—Michel —le pedí a mi sirviente—. Mira a ver si eres capaz de echar la puerta abajo.

El mayordomo, un hombre joven y robusto, embistió con fuerza en un par de ocasiones.

La puerta resistía, pero daba claras señales de debilitamiento, y de que no sería capaz de aguantar muchas más arremetidas como aquellas.

Alguien en el interior debió ser de la misma opinión porque, antes de que el criado acometiera con un tercer, y probablemente, definitivo asalto, abrió una criada entrada en años. Tenía el rostro desencajado por el miedo:

—¿Vive aquí el señor Ripoll? —le pregunté.

—No, señor.

—Señora, sé que vive aquí. ¿Está en casa?

—Ha salido… —era evidente que mentía.

—¿En estas circunstancias? ¿A dónde ha ido?

—No lo sé. No me lo ha querido decir.

Pero al reconocer mi voz, el propio Ripoll salió de su escondite:

—¡Cavignac, amigo mío! ¡Cuánto me alegro de verle!

—¿Hay alguien más con usted? He venido a ofrecerle amparo en mi casa.

—Conmigo solo están Ferreira y un par de soldados, pero sé en dónde se esconden los demás.

—Entonces iremos en su busca. La noche está oscura como la boca del lobo. Es nuestra oportunidad de ponerlos a todos a salvo.

—¿Ha venido usted en coche?

—Sí.

La criada y los dos soldados se acomodaron dentro con Ripoll, mientras Ferreira y Michel y yo, embozados en nuestras capas para evitar ser reconocidos, viajábamos sobre el pescante.

Conseguimos cubrir sin incidentes el breve trayecto que nos separaba de mi casa.

Una vez allí, todos se bajaron para que yo, acompañado de Ripoll, pudiera continuar hasta el escondite en donde se ocultaban el resto de los oficiales del gobierno.

A nuestro paso nos topamos con algunos piquetes descontrolados. Gentes fanáticas y violentas que campaban a sus anchas, gritando y atemorizando al

vecindario. También nos cruzamos con patrullas de rebeldes que trataban de controlar las calles y establecer su propio orden.

Pero, gracias a Dios, tampoco en esta ocasión tuvimos dificultad en llegar hasta la casa de los refugiados, ocultos en las proximidades de la fosa del Norte.

Recibieron con gran alivio la noticia de que serían escondidos en mi casa. No eran muchos. La mayoría había partido con Ulloa. Se apiñaron como pudieron en el interior del coche, e iniciamos el viaje de regreso.

—Quizás sea mejor dar un rodeo y evitar las calles más concurridas —sugirió Ripoll.

Estuve de acuerdo y, en lugar de intentar un nuevo y arriesgado paso a través de las calles del centro, rodeamos la ciudad por el Noreste, hasta enfilar la calle de San Luis.

El viaje resultó notablemente más largo y el terreno muy accidentado, pero tal y como habíamos previsto, de este modo conseguimos evitar los incidentes.

Una vez en la casa servimos la cena a los recién llegados, que se hallaban hambrientos de veras, con hambre atrasada de dos días.

Cuando se hubieron repuesto bajaron a instalarse en los sótanos, en donde nadie sería capaz de encontrarlos, a no ser que se produjera un registro en toda regla, cosa que sería muy poco probable en el interior de la mansión del respetable caballero que se suponía que era yo. En principio, mi relación con el gobierno español era absolutamente ignorada por todos.

—Muchas gracias, don Alfonso. —Expresó Ripoll con auténtico reconocimiento—. Aunque quiero pensar que estas gentes no se hubieran atrevido con nosotros, nunca se sabe lo que puede ocurrir con una turba descontrolada.

—No hubiera podido dormir tranquilo pensando en el riesgo que corrían ustedes, mientras yo permanecía a salvo en una casa del gobierno.

Afortunadamente, y gracias a la acertada partida de Ulloa, durante todo el tiempo que duraron los disturbios no hubo víctimas que lamentar.

Mejor así para todos, porque, a partir de estos gravísimos hechos, la reacción de España no se iba a hacer esperar, y esta vez al gobierno no le iba a temblar el pulso.

Hasta ahora se había procurado realizar el traspaso de poderes de manera lenta y delicada, quizás demasiado lenta y delicada. Pero, a partir de la

revuelta, con la llegada del nuevo gobernador don Alejandro O’Reilly, las cosas iban a cambiar de manera muy sustancial.

O’Reilly venía dispuesto a restaurar el orden y a hacerse respetar. Y con él venían más de dos mil soldados. Una fuerza más que suficiente. Nada que ver con los noventa hombres con los que había contado Ulloa.

A la llegada del nuevo gobernador y como primera medida, los sediciosos fueron inmediatamente arrestados y puestos a disposición judicial.

O’Reilly abolió el Consejo superior de la época francesa, y lo sustituyó por un Cabildo, acorde con la estructura administrativa española.

También delimitó las hasta entonces poco claras fronteras a lo largo del río Misisipi y elaboró la Ley Fundamental de Luisiana, en la que se recogían con toda precisión los derechos y deberes de sus habitantes.

Comenzaba una nueva época. Y con ella volvía la normalidad a Nueva Orleans.

No solo eso: con la paz y la nueva estabilidad la ciudad conoció una rápida y portentosa prosperidad económica. Tanta, que en muy poco tiempo llegó una fuerte inmigración extranjera: gentes de lo más variadas, venidas desde las más remotas procedencias. Tal vez destacaran por su número los acadianos[8] y los angloamericanos de las colonias del Noreste, que huían de la situación prebélica que comenzaba a respirarse allí. Pero también llegaron españoles desde México, Cuba, Canarias —estos en un porcentaje especialmente elevado— y la península ibérica, así como alemanes, austriacos y suizos.

3

Al cabo de un año de gobierno firme, una vez instaurado y asentado el orden, el rey don Carlos III decidió relevar al gobernador O'Reilly.

Le sucedería don Luis de Unzaga, un coronel que había llegado a la Luisiana al mismo tiempo que el recién destituido.

En su acto de toma de posesión estuvieron invitadas y congregadas las «fuerzas vivas» de la ciudad, incluido el «célebre comerciante quebequense» que era yo.

La ceremonia resultó más bien larga y un tanto recargada de discursos. Sin embargo, a mí se me pasó como un suspiro. A la salida era incapaz de recordar ni una sola palabra de las que había pronunciado el flamante nuevo gobernador, ni ninguno de los otros oradores. Mi atención había estado completamente cautivada por la joven rubia que, sentada junto a sus padres, seguía el acto un par de filas por delante de mí.

Sin duda debía tratarse de una familia de forasteros, pues no los había visto nunca antes en la ciudad.

A la salida les seguí los pasos hasta su casa. Conseguí averiguar que la muchacha se llamaba Amelia. Amelia Richmond. Su padre era holandés, y su madre, al igual que la mía, había nacido en Quebec. Pero venían de Boston. Al parecer, eran gente de buena posición económica, que habían decidido escapar de los disturbios y del ambiente de violencia que se respiraba en el Noreste.

Como ya he explicado antes, Amelia no era la primera muchacha que se había cruzado en mi camino, pero lo que experimenté aquel día fue algo nuevo para mí. Ni siquiera parecido a mi admiración por aquella ingrata que me había abandonado en Cuba.

A partir de aquel día cualquier pretexto me bastaba para pasearme calle arriba y abajo, por delante de la casa de la joven, a la espera de que ella saliera y a mí se me presentara la oportunidad de dirigirle la palabra.

Pero, por más que lo intentaba, siempre me topaba con algún obstáculo. Sus padres la tenían rodeada de mil precauciones, tal vez para mantenerla a

salvo de tipos como yo.

Pero la perseverancia y la paciencia acaban dando sus frutos y, por fin, un feliz día de primavera, la encontré caminando a pocos metros por delante, acompañada de una señorita de compañía a la que conocía de vista. Ambas —sobre todo la señorita de compañía— iban cargadas de paquetes, pues era evidente que habían dedicado la mañana a hacer algunas compras.

Dubois, un viejo comerciante de tabaco, salió a paso rápido de su establecimiento sin apenas reparar en la gente que circulaba a su alrededor. En su apresurada salida chocó contra Amelia, a la que a punto estuvo de derribar, y a la que se le cayeron los paquetes al suelo.

Era la ocasión que yo estaba esperando. Me apresuré a socorrerla.

—¡Fíjese por dónde va! ¡Mire lo que ha hecho! —increpé a Dubois mientras ayudaba a Amelia a recoger sus cosas. Pero el individuo continuó su camino ajeno a cuanto ocurría a su alrededor.

—No se preocupe, no ha sido nada —me respondió Amelia con una sonrisa que a mí me supuso ver el cielo abierto. Su ligero acento extranjero al hablar en francés resultaba delicioso.

—Va usted demasiado cargada. ¿Quiere que le ayude con las cajas?

—Oh, no. No se moleste. Daisy se ocupará de hacerlo.

—Me parece que Daisy va también muy cargada. Déjeme que les ayude. Por favor…

Me dio la impresión de que mi ofrecimiento no le molestaba en absoluto. Y que incluso le halagaba. Era una buena señal.

Nunca había visto el rostro de la chica tan de cerca. Me pareció que mi mirada se perdía en sus bellos ojos azules.

Las acompañé durante el breve trayecto hasta su casa, lo suficientemente largo para que pudiéramos intercambiar algunas frases sueltas:

—¿Es usted forastera? No recuerdo haberla visto antes en Nueva Orleans —mentí como un bellaco.

—Llegamos hace solo unas semanas. Venimos de Boston.

—Habla usted muy bien el francés.

—Muchas gracias. Lo aprendí de mi madre. Ella es acadiana. Nacida al este de Quebec.

Aquí se me ofreció todo un inmenso campo de conversación.

Era un importante punto en común mediante el que poder estrechar nuestra recién nacida amistad:

—¡No me diga! Fíjese que yo soy quebequés. Mi nombre es Alphonse de Cavignac.

—Uy, ¡qué contenta se va a poner mamá cuando se lo diga! Aunque hace muchos años que abandonó su tierra, le encanta conocer compatriotas, y poder hablar con ellos en su propia lengua. En parte, por eso vinimos aquí, por ser un territorio francófono. Aunque fíjese, que ahora está bajo dominio español.

Me contrarió un poco el tono de ligero disgusto con el que pronunció esta última frase. A primera vista no parecía muy satisfecha con la presencia española en Nueva Orleans. O tal vez —pensé— solo fuesen imaginaciones mías.

Llegábamos ya a la puerta de su casa.

La bella muchacha se despidió de mí con sincero agradecimiento:

—Muchas gracias, caballero.

—Ha sido un placer. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Mi nombre es Amelia, Amelia Richmond.

—Un precioso nombre. Alphonse de Cavignac, para servirle —repetí, levantando mi sombrero—. Le deseo que pase un buen día.

—Lo mismo le deseo, señor de Cavignac.

Ya comenzábamos a separarnos cuando ella añadió:

—¡Ah! ¡Señor de Cavignac! Si quiere conocer a mi madre, recibimos los jueves.

—Muchas gracias, señorita Richmond, para mí será un auténtico placer conocer a su familia, aquí estaré.

Llegado el jueves, me presenté en casa de Amelia con mis mejores galas. Me sorprendí al hallarme en un ambiente notablemente menos animado del que había esperado encontrar. Comprendí que el motivo no era otro que la escasez de tiempo que la familia Richmond llevaba en la Luisiana. Eran todavía poco conocidos en la ciudad. Se me ocurrió pensar —mezclado con un cierto sentimiento de angustia— que tal vez fuera ese, y no otro, el verdadero motivo por el que la muchacha me hubiera hecho su amable invitación: su deseo de abrirse a la sociedad de Nueva Orleans.

Hube de sobreponerme al desánimo que este oscuro pensamiento me produjo y mostrar mi mejor sonrisa, mientras era presentado a los asistentes.

Además de la familia anfitriona, solo había dos personas más en la reunión: se trataba de don Gilbert de St. Maxent, y de un joven caballero bostoniano que también acababa de llegar a la ciudad.

La casa y el salón en donde me recibieron eran de lo mejor que había visto. Y eso que, para entonces, conocía ya un buen número de mansiones de gentes acomodadas.

Los muebles, de estilo inglés, colocados con muy buen gusto, daban calidez y hacían muy acogedor el ambiente.

Altos y delicados visillos protegían del sol, que iluminaba alegremente la estancia, sin llegar a deslumbrar o a molestar con su calor.

Adiviné enseguida que en el joven de Boston, que respondía al nombre de Thomas Baker, iba a encontrar un duro competidor. Saltaba a la vista que estaba loco perdido por Amelia. Y lo peor de todo era que me llevaba una notable ventaja: pues conocía a la muchacha desde muchos años atrás, ya que habían sido también vecinos en el Norte. Incluso llegué a sospechar que el verdadero motivo del trasladado de este caballerito hasta Nueva Orleans era única y exclusivamente el seguimiento de las huellas de su amada.

Pronto se demostró que no andaba yo descaminado.

A don Gilbert ya lo conocía. Era uno de los hombres más ricos de la Luisiana, si no el que más. Había sido uno de los primeros franceses en aceptar y colaborar lealmente con el nuevo gobierno español. En represalia por ello, durante la revuelta contra Ulloa llegó a ser apresado por los insurgentes y encerrado en su propia plantación durante cuatro días.

Muriel, la madre de Amelia, era una bondadosa «acadiana», católica, una mujer muy alegre y sonriente, que me recordó mucho a mi madre. Ambas mujeres guardaban un cierto parecido, tanto en el aspecto físico como en el de sus respectivos modos de ser. Ella me recibió con una gran simpatía, ofreciéndome un sitio a su lado.

—Siéntese, *Monsieur* de Cavignac, ¿se le ofrece algo? ¿Un té?

—Sí, un té, por favor.

—Ya nos ha dicho Amelia lo amable que fue usted al recogerle las cosas, y ofrecerse a acompañarla hasta aquí. Da gusto comprobar que todavía quedan caballeros en el mundo.

—Señora, qué hombre en su sano juicio hubiera dejado de ayudar a una señorita tan bella como doña Amelia.

—Lo cierto es que fue usted muy amable. Fíjese en Dubois: pasó de largo, sin tan siquiera reparar en lo que había hecho.

—Me temo que Dubois no es un ejemplo de galantería ni de amabilidad, precisamente…

—Pero, dígame ¿de qué parte de Quebec es usted?

Aquí tuve que andarme con pies de plomo. Aunque era capaz de hablar de la región con cierto conocimiento, apoyado en lo que mi madre me había ido contando a lo largo de los años, nunca había estado a menos de dos mil kilómetros de aquellas tierras.

—Verá, soy de Trois-Rivières, pero solo pasé allí mi infancia.

A los diez años mi familia se trasladó a Cuba, en donde mi padre, que era comerciante, encontró una buena oportunidad para sus negocios.

A pesar de que mi encargo como agente al servicio del gobierno me obligaba a ello, odié profundamente mentir a aquella buena mujer que me ofrecía su amable hospitalidad y me abría las puertas de su casa.

—¡Trois-Rivières! Lo conozco. Es un lugar precioso, entre los ríos San Lorenzo y San Mauricio. Estuve allí en una ocasión, a pesar de que está muy lejos de Moncton, donde nací y me crie, antes de emigrar a Boston. ¿Sabe? Fue en Boston en donde conocí a Karel. Claro que al poco de llegar a América, mi marido prefirió adoptar el nombre de Charles Richmond, en lugar de continuar empleando su apelativo originario: Karel Rijsman.

Charles Richmond era un tipo más bien seco, con una gran nariz roja que denotaba su gran afición al vino. El aludido, en lugar de dirigirme la palabra, se limitó a lanzarme una mirada un tanto burlona, cargada de un desagradable aire de superioridad.

En su lugar tomó la palabra el tal Baker, que sin ningún tipo de disimulo, con una ironía hiriente heredada de los ingleses, trató de ponerme en ridículo mediante unas palabras que aparentaban ser de lo más inocentes:

—¿Así que es usted mercader y, por lo que veo, un tanto nómada?

Pero le vi venir y, aunque en mi interior me puse en guardia, le seguí el juego, tratando de afectar tanta calma y naturalidad como fui capaz:

—Llámelo así si quiere. ¿Es la primera vez que sale usted de Boston, señor Baker?

—Bueno…, he visitado Nueva York, y… también Filadelfia.

—Entonces debo deducir que es usted poco dado al, ¿cómo lo ha llamado?, ah, sí: al «nomadismo»… Aunque créame, conocer nuevas tierras y nuevas gentes puede resultar a veces muy enriquecedor.

A Amelia le hizo gracia mi respuesta y así lo dio a entender.

Esto irritó al yanqui, hasta el punto de que llegó a perder su aparente flema.

—¿Acaso se tiene usted por un gran hombre de mundo?

—Yo no diría tanto, señor Baker, yo lo dejaría en un humilde comerciante que finalmente ha terminado por echar raíces en Nueva Orleans.

—*Monsieur* Cavignac es un hombre con una interesante experiencia en muy distintas regiones de América —intervino St. Maxent—. Puedo dar fe de ello. Y un hombre muy estimado en la ciudad.

La señora Richmond, queriendo evitar toda tirantez, aprovechó para preguntar, en un tono apaciguador:

—Thomas, ¿qué tal tu viaje desde Boston?

—El viaje, bien. Y en cuanto a Boston… allí la cuerda sigue tensándose. Aunque no lo suficiente. Todavía somos demasiado condescendientes con los británicos. Hay que romper con ellos de una vez por todas. Londres sigue explotándonos y humillándonos. Nos trata como a sus lacayos. ¿Hasta cuándo habremos de soportar tantas afrentas?

—¡Thomas! —Como si hubiera sido repentinamente impulsado por un resorte, Charles Richmond salió de su indolencia, indignado ante lo que acababa de oír—. ¿Cómo te atreves? Tú eres inglés, y deberías hablar con más respeto hacia tu país…

—Se equivoca, señor. Hace tiempo que dejé de ser inglés, o británico, o como quiera que se llamen los habitantes de aquellas lejanas islas. Ni siquiera sé si alguna vez lo he sido. Pero de lo que estoy plenamente seguro es de que, si alguna vez lo fui, ya no lo soy. Soy americano y me molesta que nos exploten desde un remoto lugar gentes que nunca han estado aquí, y que desconocen por completo esta tierra y a sus habitantes.

—¿Y tus padres? ¿Y tus abuelos? ¿Acaso ellos no son, o no fueron británicos?

—Supongo que sí. Y no les reprocho nada por ello. Pero yo no lo soy. En algún momento se ha producido el cambio. De igual modo que si un británico naciera en Alemania o en Rusia y se quedara allí durante generaciones, sus descendientes terminarían por ser alemanes o rusos…

—Pero eso es radicalmente distinto: Boston sigue formando parte del imperio británico. ¡Renegar de ello es una traición!

Para mí resultaba muy llamativo que Charles Richmond, un hombre de origen holandés, defendiera con tanta pasión los derechos de Gran Bretaña. Y que, sin embargo, Thomas Baker, completamente inglés de origen, renegara de ellos con la misma exaltada pasión.

Miré hacia Amelia y hacia su madre, y me pareció que ambas estaban muy cansadas del tema. Las dos mujeres callaban en una actitud de clara resignación, aparentemente ajenas a cuanto pudiera decirse en torno a la cuestión política de las colonias.

En un momento dado, Baker, buscando desviar la atención de su persona, que comenzaba a quedar un tanto desairada ante las crecientes invectivas de Richmond, me preguntó:

—Y usted, ¿qué opina de todo esto?

—Prefiero mantenerme al margen. Sería presuntuoso por mi parte tratar de solucionar un conflicto que tiene su centro a miles de kilómetros de aquí, y cuyos entresijos desconozco por completo.

—¿Y respecto a la Luisiana? ¿Está contento con que haya pasado a formar parte de España? —había un ligero retintín en su voz. ¿Habría acaso descubierto algo?

Carraspeé y titubeé, sorprendido por lo inesperado de la pregunta.

—Mire, señor Baker, soy un hombre de negocios, prefiero no meterme en política y que, en la medida de lo posible, la política no se inmiscuya en mis asuntos.

Amelia y su madre me miraron con agrado, satisfechas de mi respuesta.

Por el contrario, Baker, picado en su amor propio por la evidente complacencia de Amelia hacia mí, se vio obligado a contraatacar:

—Perdone, *Monsieur* Cavignac, pero no ha respondido a mi pregunta. Decir lo que usted ha dicho y no decir nada viene a ser lo mismo. Todo hombre tiene formada una idea acerca del lugar en donde vive.

St. Maxent volvió a intervenir, tratando de echarme un nuevo capote:

—Creo que es la prudencia de *Monsieur* de Cavignac la que le lleva a no tomar partido. ¿Me equivoco, Alphonse?

—Está usted en lo cierto, *Monsieur*. Simplemente, no me gusta juzgar de aquellas cosas que no conozco a fondo.

Pero Richmond, que en lugar de contentarse con el té, llevaba bebidas ya unas cuantas copas de whisky, exclamó:

—¡Bah! ¡Prudencia…! ¡Ponderación…! ¡Eso no son más que tonterías! ¡Lo que pasa es que no quiere mojarse…!

Si no estaba borracho, le faltaba muy poco.

Tanto la madre como la hija se avergonzaron de la salida de tono de su esposo y padre.

No queriendo hacerles sufrir a causa de ello, tanto St. Maxent como yo optamos por despedirnos.

—Adiós, señoras, ha sido un auténtico placer…

—Volverán ustedes la próxima semana, ¿verdad?

—Por supuesto, señora —me apresuré a responder.

Al salir, una vez que me hube despedido y separado de St. Maxent, comencé a rumiar y a hacer balance del resultado de mi primera visita a la casa de Amelia Richmond. Concluí que sin duda había habido luces y sombras.

Entre las últimas se encontraba sin duda la presencia de Baker y su insufrible arrogancia, unida a su indisimulada atracción hacia Amelia.

Entre las luces creí adivinar que ella se interesaba por mí. Al menos así lo quise creer y, sin darle más vueltas, con este feliz pensamiento en la cabeza, me vi inundado de una alegre esperanza.

4

Ripoll y yo adquirimos la costumbre de reunirnos en una casa de campo aislada y rodeada de abundante vegetación. Ahí podíamos mantener nuestras sesiones informativas en medio de una total discreción, a salvo de cualquier tipo de oídos o miradas indiscretas.

Por regla general nos reuníamos una o dos veces al mes, dependiendo de la urgencia e importancia de los temas a tratar. Y, también por regla general, era Ripoll quien me convocaba a mí.

En el caso de que fuera yo quien me viera en la necesidad de transmitir alguna cuestión de especial interés al gobierno, podía también solicitar una reunión. Bastaba con que me dejara ver por las proximidades del Cabildo con un llamativo sombrero chambergo que solo empleaba para ese fin.

Desde el primer día en que entré a trabajar a las órdenes del Cabildo había sido instruido en la necesidad de permanecer atento no solo a la situación de Nueva Orleans y la Luisiana, sino también a todo cuanto pudiera acontecer en el complejo y amplio escenario que sacudía las colonias británicas del Atlántico.

El interés del Cabildo por lo que allí ocurriera fue algo que en un principio me sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta la enorme distancia que nos separaba a los ciudadanos de Nueva Orleans del foco del conflicto colonial inglés.

—Pero si estamos a miles de kilómetros de Boston… —le había respondido a Ripoll la primera vez que me habló del tema.

—Cierto —me respondió él—, pero aunque Boston y Nueva Orleans disten mucho entre sí, recuerde que la Luisiana y los territorios británicos de Norteamérica son limítrofes a lo largo de centenares de kilómetros. Y, sobre todo, no olvide que Gran Bretaña sigue siendo nuestro principal enemigo en cualquier parte del mundo. Además, desde la infausta guerra de los Siete Años, Gran Bretaña se ha hecho demasiado fuerte en América. Y sus actividades ilícitas y de contrabando causan un grave perjuicio a los intereses de España en la región.

—¿A qué tipo de actividades se refiere?

—A la tala de árboles en Centroamérica, sobre todo en Honduras y Guatemala, a sus «almacenes flotantes» en el Misisipi, a su esfuerzo constante por tratar de subvertir las alianzas selladas entre españoles e indios y, sobre todo, me parece que no hace falta que se lo recuerde, a la piratería en las Antillas, el Golfo de México y el Caribe. Para todo ello, como sabe, se valen principalmente de Jamaica, que para los ingleses supone un enclave de vital importancia.

—Sí, desde luego.

—Recuerde también cómo en 1770 hubimos de expulsar a los súbditos de la Gran Bretaña de las islas Malvinas por la fuerza, tan pronto como comprendimos que cualquier intento diplomático para solucionar las cosas amistosamente caía en saco roto. Ese es el problema: que su ansia dominadora parece no tener límites y que, a pesar de sus aparentes buenas maneras, solo entienden el lenguaje de la fuerza. De todas las maneras, no perdamos de vista que, por cuanto a nosotros concierne más de cerca, todo parece apuntar a que Gran Bretaña ambiciona además hacerse con Nueva Orleans.

—¿Acaso tienen planes inminentes? —Le pregunté alarmado, pensando en que, a pesar de mi trabajo, eso era algo que yo ni siquiera había imaginado, y mucho menos descubierto.

—Pienso que no: precisamente la escalada de tensión con sus colonos puede sin duda ralentizar sus designios.

Aproveché para trasladar a Ripoll una información que me había llegado acerca de los graves incidentes ocurridos con los barcos del té en Boston, conocidos en el mundo de lengua inglesa como el Boston Tea Party:

—Por lo que se comenta en la ciudad, las cosas en Massachusetts se están poniendo cada vez más feas. Los ánimos están muy soliviantados. Se multiplican los enfrentamientos entre los soldados y la población civil. Tenía usted razón: todo el mundo da por hecho que lo que suenan son ya tambores de guerra. Al parecer, un enfrentamiento armado entre las dos partes es prácticamente inevitable.

—Sí, los acontecimientos se precipitan…

—¿Cree usted que se llegará a la guerra?

—Pienso que sí. Además, Francia clama venganza desde la última guerra. Por eso estimo que los franceses no tardarán en inmiscuirse. Y que nuestro rey, tarde o temprano, se verá nuevamente abocado a ayudarles. Afortunadamente hemos modernizado nuestro ejército y nuestra armada. Esta

vez no nos cogerá desprevenidos. Y tendremos la oportunidad de recuperar los territorios que perdimos la última vez: su querida Florida, por ejemplo.

—Entonces, ¿no queda la menor duda de que nos veremos involucrados?

—Llegado el momento, será muy difícil que España pueda quedarse al margen. Los propios colonos acudirán a nosotros en petición de ayuda. En cualquier caso, será necesario obrar con la máxima cautela. Porque si la secesión de las colonias británicas llegara a consumarse y se supiera que España contribuyó de modo decisivo a ella, también podrían derivarse graves daños para nuestro país.

—No veo a qué daños se refiere —respondí—: si la Gran Bretaña se fragmentara, tendríamos a nuestro enemigo más debilitado.

—Eso está claro, pero… ¿no se ha parado a pensar en las peligrosas consecuencias que nuestra intervención podría tener en los territorios de la América española? ¿No cree usted que el mal ejemplo podría cundir allí?

—¿A qué mal ejemplo se refiere?

—Al de los hispanoamericanos secesionistas.

—Pero, don José, en la América española todos somos españoles. Y lo somos tanto como los peninsulares y los canarios. Yo mismo me considero plenamente español, a pesar de haber nacido a miles de kilómetros de Europa.

—No pongo en duda su patriotismo. Entre otras cosas, por eso trabaja usted para el Cabildo de Nueva Orleans. Pero fíjese en que a todos nos gusta mandar. Y no sería descabellado aventurar que entre algunos sectores de las élites locales pudiera abrirse paso la tentación de hacerse con el poder de sus provincias.

—La Corona no lo permitiría…

—Ya, pero precisamente en ese caso los rebeldes siempre podrían aducir que España les niega a ellos exactamente lo mismo que ha favorecido en otros: concretamente en las colonias británicas.

—¡Caramba! No lo había pensado…, pero tiene usted mucha razón. Así vista, la cuestión es mucho más delicada de lo que a primera vista podría parecer.

—Como ve, estamos asentados sobre un polvorín. Y por eso mismo, antes de dar un paso, antes hay que calibrar muy bien en dónde conviene apoyar el pie…

Las tertulias en casa de los Richmond constituían una inmejorable fuente de información acerca de todo cuanto acontecía en las colonias inglesas del

Noreste. Fue fundamentalmente a través de lo que allí se comentaba como yo conocí los hechos. Y como pude seguir puntualmente la creciente tensión entre los colonos y el gobierno de Londres.

El llamado Tea Party, uno de los principales detonantes de la guerra, había comenzado de una manera tan aparentemente inofensiva como podía serlo la vida de un aprendiz de fabricante de pelucas. Un aprendiz llamado Edward Garrick.

Durante el gélido 5 de marzo (de 1770), el bueno de Edward Garrick cogió su sombrero y su capa y se dispuso a salir, desafiando a las inclemencias del tiempo.

Verdaderamente hacía mucho frío aquella noche en Boston.

—¡Adiós, madre! Voy a la casa de aduanas.

—¡Abrígate bien! ¡Y no tardes…!

—No se preocupe, madre. Volveré enseguida.

La Casa de Aduanas no distaba mucho de la casa de Garrick, cuyas pisadas crujían sobre la nieve, endurecida por la fuerte helada.

Al llegar ante el edificio oficial se amilanó un poco, hasta el punto de que hubo de hacer acopio de todas sus fuerzas para decidirse a entrar.

En el interior el ambiente estaba muy bien caldeado, gracias al fuego que crepitaba alegre en la chimenea.

—¡Buenas noches! —dijo el aprendiz con timidez, tratando de atraer la atención del oficial más cercano a la puerta, que continuaba escribiendo, muy concentrado sobre su escritorio.

—¡Buenas noches! —recibió por fin como respuesta—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Me llamo Edward Garrick. Soy fabricante de pelucas. Quería hablar con el capitán Goldfinch. Aquí traigo una factura que el capitán tiene pendiente de pagar.

Goldfinch estaba unos metros más allá y oyó perfectamente la petición del ayudante de peluquero, al que respondió sin inmutarse:

—Debe haber un error en su libro de cuentas, señor Garrick, la factura ya ha sido pagada.

—¿Ah, sí? Pues aquí figura que está impagada, y creo que el error es suyo. No me moveré de aquí hasta que usted me pague lo que debe.

Pero Goldfinch había pagado y, ante la insistencia y las palabras insolentes del aprendiz, que no cesaba de hablar y de quejarse, prefirió callar, haciendo oídos sordos a sus imprecaciones.

Llegó un momento en el que oficial más cercano a la puerta, de nombre Private, el mismo que había atendido a Garrick a su llegada, se vio movido a intervenir:

—Señor Garrick, cuide usted sus palabras. Lo que está diciendo puede ser considerado una injuria a un representante de la Ley.

—Usted le defiende porque son todos iguales —Garrick, lejos de aplacarse, continuó con su perorata en un tono aún más duro y acusador—. Me pregunto: ¿para qué se necesitan tantos oficiales de Su Majestad en América? Y solo se me ocurre una respuesta: ¡para expoliar a los colonos! ¡Para robar a los honrados ciudadanos de la ciudad de Boston…! ¡Pero si tienes un problema con ellos no se dignan escucharte!

Cansado de sus impertinencias, el soldado corrió hacia el peluquero y lo sacó a empellones del edificio. Una vez fuera le propinó un buen golpe en la cabeza con la culata de su mosquete, y lo dejó tirado sobre la nieve.

Pero, como era de esperar, después de recibir el culatazo, la ira del joven aprendiz se encendió aún más.

Por si fuera poco, algunos testigos que pasaban por las inmediaciones de la Casa de Aduanas y que habían sido testigos de la agresión, se encararon con el soldado.

Lo que podía haber quedado en un incidente sin mayor trascendencia comenzó a adquirir grandes proporciones, pues la gente congregada comenzó a aumentar en número.

Alguien se las arregló para hacer sonar las campanas de una iglesia, lo que habitualmente significaba que había fuego, haciendo afluir un gran numero de curiosos de las cercanías.

Algunos de los presentes, envalentonados por el amplio número que sumaban ya, comenzaron a arrojar nieve, hielo y restos de basura sobre el soldado Private, que hubo de correr a protegerse en el edificio.

Llegó un momento en el que el escándalo alcanzó tal magnitud, que hizo salir al oficial de guardia, acompañado de un piquete de ocho soldados.

Pero los congregados tampoco se amedrentaron por esto. Cada vez eran más los que lanzaban piedras, maderas y trozos de hielo a los soldados.

Como era de esperar, en la misma medida en que crecía el tumulto, lo hacía la tensión.

Hasta el punto de que, el capitán Preston, el hombre al mando del pequeño piquete de soldados, se vio en la necesidad de dar a sus hombres la paradójica orden de no disparar. Dio esta orden porque era muy consciente de que, en medio del creciente nerviosismo, un soldado de gatillo fácil podría provocar

una auténtica catástrofe en el caso de que llegara a perder el control y disparara contra la multitud.

Al mismo tiempo trató de convencer a la multitud para que se dispersara y volviera a sus casas.

Pero uno de los militares, de nombre Hugh Montgomery, recibió una fuerte pedrada que lo derribó al suelo. Y, mientras caía, disparó su arma (o tal vez se le disparó de modo fortuito). En cualquier caso, la detonación del mosquete de Montgomery sobresaltó tanto al resto de los soldados, que comenzaron a disparar.

Justamente lo que Preston había tratado de evitar…

Tres personas murieron en el acto y otras dos lo harían durante los días siguientes, a consecuencia de las heridas de bala que habían recibido.

El funeral por estas cinco personas congregó a la mayor multitud que nunca hasta entonces se había reunido en un territorio de las colonias británicas de Norteamérica. El motivo de esta gigantesca ola de solidaridad hacia las víctimas radicaba en el enorme descontento que hacía tiempo que venía incubándose en contra de la metrópoli.

Fue el primer chispazo que hizo saltar todas las alarmas.

A la salida de las exequias, los asistentes exigieron la retirada de las tropas británicas de la ciudad.

En el juicio que se siguió por los hechos, dos de los soldados fueron hallados culpables de homicidio: Hugh Montgomery y Matthew Killroy.

Un destacado personaje, recaudador de impuestos y patriota norteamericano, un hombre llamado Samuel Adams[9] acuñó el término que hizo fortuna para referirse a estos hechos: los calificó como la Masacre de Boston.

Años más tarde, en 1773, el mencionado Samuel Adams tenía 51 años y formaba parte de la sociedad clandestina Hijos de la Libertad.

Independentista convencido, era sin embargo lo suficientemente astuto como para evitar manifestar sus ideas abiertamente, y mucho menos en público. Pues era consciente de que, para poder hacerlo, antes tendría que asegurarse el favor de la mayor parte de la población.

Pero por eso mismo, el 16 de diciembre de aquel año, Samuel Adams dirigió una fervorosa arenga a la muchedumbre congregada ante la South Meeting House de Boston.

Alrededor de ocho mil seguidores escuchaban absortos y completamente entregados sus palabras.

—¡La Ley del Timbre y las Leyes de Townshend nos imponen tributos que ni siquiera son votados en el Parlamento de Londres! ¡La Ley del Té permite a la Compañía de las Indias Orientales vendernos su mercancía directamente a nosotros, sin pagar ningún arancel en Gran Bretaña! ¡Y eso es lo que permite a la Compañía de Indias vender sus productos a un precio inferior al de nuestros comerciantes! ¿Acaso no constituye esta práctica un intolerable trato de favor hacia los poderosos de Inglaterra? ¡Hunden nuestro comercio para favorecer a su todopoderosa Compañía! Por eso, desde aquí quiero hacer un llamamiento formal a los representantes de la Compañía de Indias: ¡reclamamos a sus representantes que abandonen sus puestos! ¡Que tengan la suficiente honradez para hacerlo…! ¡Y os voy a decir algo más: si hoy permitimos que ese barco —se refería al HMS Dartmouth— desembarque su té aquí, en el puerto de Boston, en ese mismo momento habremos perdido nuestra dignidad! ¡Ya nada impedirá que en adelante los ingleses puedan hacer lo que quieran con nosotros! ¡En Filadelfia y en Nueva York ya han comenzado las protestas! ¿Es que nosotros vamos a ser menos, es que no vamos a ser capaces de reaccionar nunca?

La muchedumbre, ya de por sí indignada y enardecida, no necesitaba que nadie la encrespase más. Llovía sobre mojado.

Los presentes comenzaron a corear las consignas que, de un modo u otro resumían sus principales reivindicaciones:

—¡¡Abajo el Parlamento!! ¡¡Abajo la Compañía!! ¡¡Fuera Hutchinson!! —Hutchinson era el gobernador de Massachusetts y trataba de hacer valer su autoridad, pugnando por que el té de la Compañía de las Indias Orientales, el té recién llegado a bordo del Dartmouth, pudiera ser desembarcado.

Satisfecho por la entusiasta reacción del público, Adams todavía se permitió añadir:

—¡El nuevo impuesto del té no es sino un intento más del Parlamento de Londres para doblegar nuestra autonomía colonial! ¡Quieren aplastarnos definitivamente! ¡¡Pero nosotros no lo consentiremos nunca!!

—¡¡Nooo!! ¡¡Abajo el Parlamento!!

La asamblea reunida en la South Meeting House aquel 16 de diciembre estaba siendo la mayor de las vistas hasta entonces.

En medio de tan tremenda agitación, unos cien miembros de los Hijos de la Libertad abandonaron el lugar para dirigirse a un local cercano, vestirse como indios mohawk —una temida tribu de la región— y, acto seguido,

encaminarse al muelle en donde estaban atracados tanto el tan cacareado Dartmouth, como los recién llegados Beaver y Eleanor.

Acudieron armados con hachas y cuchillos, por lo que no les fue difícil amedrentar a los marineros y subir a bordo de los barcos. Entonces sacaron las cajas de té de las bodegas y las arrojaron por la borda.

En menos de tres horas se destruyeron cuarenta y cinco toneladas de infusión.

Era una provocación a Londres en toda regla. Una provocación que reclamaba una respuesta enérgica por parte de la metrópoli.

Como represalia, el gobierno inglés cerró el puerto de Boston y declaró el estado de excepción, instaurando además una serie de leyes coercitivas, que a su vez avivaron más el fuego, empeorando la deteriorada relación entre Inglaterra y sus colonias.

5

El 1 de septiembre de 1774, una sección de soldados británicos se presentó por sorpresa ante un arsenal cercano a Boston.

—¿Eh? ¿Quién va? —preguntó el vigilante, alertado por las pisadas de los militares.

—¡El ejército de Su Majestad el Rey Jorge III! No intenten resistirse o abriremos fuego.

—¿Resistirnos? ¿Qué significa esto? ¡Ustedes no pueden entrar aquí!

—¡Ábrannos por las buenas o nos veremos obligados a utilizar la fuerza!

Los centinelas no opusieron resistencia. No podían hacerlo. Los atacantes les habían tomado por sorpresa y les superaban varias veces en número.

Los británicos se hicieron con toda la pólvora y los suministros que encontraron en el interior del polvorín.

El hecho era grave. Y, por supuesto, los colonos lo tomaron como una injusta provocación. Como una nueva y arbitraria ofensa por parte de la metrópoli, que una vez más volvía a conculcarles sus derechos más elementales.

Paul Revere, un destacado independentista, reaccionó con decisión. Sostuvo, ante todo aquel que estuviera dispuesto a escucharle, que en lo sucesivo los colonos estaban obligados a organizarse. Debían tomar medidas efectivas para evitar que un agravio semejante pudiera volver a producirse:

—Tenemos que estar prevenidos. Mientras estemos a merced de lo que decidan hacer a cada momento los casacas rojas[10] con nuestras propias armas, nunca seremos capaces de defender nuestros derechos.

—¿Y qué es lo que te propones? Si una fuerza regular se presenta ante uno de los polvorines, no hay manera de hacerle frente.

—¡Entonces habrá que ocultar las armas en otra parte! No nos queda otro remedio que vaciar los arsenales y ocultar el material entre personas de confianza. Gentes que estén dispuestas a correr el riesgo.

La idea de Revere era buena. Y su capacidad de persuasión, enorme.

Siguiendo sus instrucciones, los colonos se dedicaron durante meses a vaciar los abastecimientos militares de toda Nueva Inglaterra, y a distribuirlos entre las milicias locales.

Las cosas les fueron más o menos bien hasta la noche del 18 de abril de 1775, jornada en la que la tensión entre militares y colonos iba a subir varios enteros. Demasiados enteros.

El general británico Thomas Gage decidió enviar setecientos hombres a Concord, una población cercana a Boston, con la orden de aprehender todas las municiones guardadas por las milicias americanas.

—¡Tom, despierta! —dijo una voz en susurro.

—¿Qué demonios ocurre? ¿Qué hora que es…? ¡Pero si está completamente oscuro…! ¡Ni siquiera ha amanecido…!

—Ssshhh. Calla. No levantes la voz. Los casacas rojas están en marcha. Van hacia Concord.

—¿Qué? Eso solo puede significar una cosa, ¡y es que van en busca de las armas!

—Veo que te has despertado: ¡hay que avisar a todo el mundo! ¿Puedes cabalgar a Billerica y pedir refuerzos? ¡Tenemos que impedir por todos los medios que se lleven esa pólvora!

—¡En un minuto estoy en mi caballo!

Cuando, al amanecer, las tropas británicas entraron en Lexington, en el itinerario entre Boston y Concord, se encontraron con que setenta y siete milicianos les esperaban a la entrada, con la clara intención de impedirles el paso.

—¡Alto! ¡No pueden continuar!

—¡Traemos órdenes del general Gage! ¡Si intentan obstaculizarnos la marcha, nos veremos obligados a disparar!

—¡Ni el general Gage ni nadie puede despojarnos de lo que es nuestro!

—¡La pólvora que hay en territorio británico pertenece al rey!

—Nadie nos robará lo nuestro. ¡Bastantes impuestos pagamos al rey!

—¡Quien no se aparte será abatido! ¡¡Atención, batallón!!

¡Carguen! ¡Apunten! ¡¡Fuego!!

Se produjo un rápido intercambio de disparos.

Ocho milicianos cayeron muertos.

El resto se vio obligado a dispersarse. Pero no lo hicieron con intención de abandonar la lucha, sino tan solo para correr a reagruparse con otros

camaradas que, puestos ya al corriente por numerosos patriotas a caballo, afluían en gran número al encuentro de los británicos.

Los soldados, mientras tanto, ajenos por completo a cuanto estaba ocurriendo a su alrededor, continuaron su avance hacia Concord. Y, tan pronto como llegaron a su destino, iniciaron un lento y sistemático registro de las casas.

Sin embargo, para su gran decepción, apenas encontraron nada.

Los habitantes habían sido advertidos a tiempo y habían conseguido vaciar la ciudad de pólvora y de armamento.

Pero, además, los colonos no se habían limitado a hacer desaparecer las armas y las municiones. A estas alturas estaban decididos a ir mucho más lejos. Querían dejar claro que en adelante no iban a consentir más registros como aquel.

Todavía duraba la búsqueda, cuando un nutrido grupo de colonos se enfrentó a una de las compañías que custodiaba los alrededores de la población.

—¡Fuera de aquí! ¿Qué se supone que habéis venido a buscar? ¡Largo de nuestras casas!

—Sargento, creo que debemos retirarnos. Son muchos más que nosotros, y me temo que están dispuestos a todo…

—Estoy de acuerdo con usted, Williams. Nos retiraremos hacia el interior de la población.

Viéndose superados por las milicias, los soldados corrieron hacia el interior de la ciudad, en donde se reunieron con el grueso de sus tropas, a las que, en medio de un evidente nerviosismo, alertaron acerca de lo sucedido:

—El peligro es grande, señor. Corremos el riesgo de vernos rodeados y linchados. La muchedumbre está furiosa. Y cada minuto que pasa llegan nuevos hombres. Me temo que ya nos superan en número y, lo que es peor, ¡vienen armados!

—Gracias, sargento. Ha hecho muy bien en venir a informar. Si llegan tantos como dice, no debemos retrasar la salida. Este lugar puede convertirse en una auténtica ratonera.

Ante el creciente peligro que les rodeaba, los oficiales no dudaron en adelantar su regreso a Boston, incluso al precio de dejar inacabada la misión para la que habían sido enviados.

Pero los milicianos se habían apostado a lo largo de la carretera, y su número alcanzaba ya el de varios millares de hombres.

Las cosas se ponían muy complicadas para los británicos.

—¡A por los casacas rojas…!

Se abrió un intenso tiroteo, acompañado de violentos combates cuerpo a cuerpo.

Los desdichados soldados a duras penas lograban abrirse paso por medio de la enfurecida turba, a la que ya nada parecía capaz de detener. Su situación llegó a hacerse realmente angustiosa.

Veían cómo se les cerraba el camino de vuelta a su acantonamiento en el barrio de Charlestown, en Boston, hasta el punto de que dudaron de sus posibilidades de regresar con vida. De hecho, cuando tras indecibles esfuerzos y penalidades alcanzaron a ver en la distancia las puertas de los cuarteles, los muertos y heridos se contaban por decenas…

Esta vez la gravedad de los hechos había alcanzado tales cotas que nadie podía ya dudar de que estos eran los prolegómenos de una auténtica conflagración: es decir, que la guerra acababa de empezar. Las posturas se habían radicalizado de tal modo, las acciones habían llegado tan lejos, que parecía ya imposible dar marcha atrás.

Ni siquiera la llegada a Boston consiguió aplacar, y mucho menos detener, a las milicias norteamericanas, que continuaron su enardecido avance a lo largo de las calles de la ciudad. Parecían borrachas de ira. No satisfechas con el terrible castigo infligido a los ingleses a lo largo del camino, los rodearon y cercaron en el interior de la ciudad.

La vida de los soldados continuaba corriendo peligro incluso dentro de sus propios acuartelamientos, en donde debieron permanecer encerrados, mientras contemplaban atónitos cómo eran asediados por una masa encolerizada y violenta de unos diez mil hombres.

Las autoridades británicas, conscientes de la gravedad de los hechos, enviaron refuerzos tan pronto como la noticia llegó a Londres. Pero para cuando estos llegaron era ya bien entrado el mes de mayo. Y mientras tanto a los norteamericanos les había dado tiempo para que, lo que había comenzado como una milicia enfervorizada y poco organizada, se hubiera transformado en lo más parecido a un ejército, con sus mandos y su disciplina militar.

Se produjeron numerosas refriegas y escaramuzas, hasta que, finalmente, el 17 de junio, los enfrentamientos desembocaron en la conocida como Batalla de Bunker Hill, durante la cual las fuerzas del general británico Thomas Gage lograron por fin tomar la península de Charlestown, consiguiendo así enlazar con los cuarteles de los soldados sitiados.

Pero, para lograrlo, los ingleses se vieron obligados a organizar un ataque frontal que, aunque obligó a los estadounidenses a replegarse, requirió de un

esfuerzo colosal, casi podría decirse que excesivo.

La victoria se consiguió a un coste tan alto, que el general Clinton no dudó en calificarla como una «victoria pírrica».

Las pérdidas entre los británicos ascendieron a más de mil hombres.

Son significativas las palabras del informe que Gage envió al Secretariado de Guerra de Londres. Su contenido le costó ser sustituido por el general Howe como comandante en jefe:

> *These people show a spirit and conduct against us they never showed against the French… They are now spirited up by a rage and enthusiasm as great as ever people were possessed of and you must proceed in earnest or give the business up. A small body acting in one spot will not avail, you must have large armies making diversions on different sides, to divide their force. The loss we have sustained is greater than we can bear. Small armies cannot afford such losses, especially when the advantage gained tends to do little more than the gaining of a post.*
>
> [«Estas gentes muestran un espíritu y una conducta contra nosotros como nunca demostraron contra los franceses… Están ahora animados por una rabia y un entusiasmo tan grandes como nadie tuvo antes, de manera que debe combatírseles en serio o abandonar. Un pequeño cuerpo que actúe en un solo punto no servirá de nada, deben emplearse grandes ejércitos que actúen en diferentes lugares, para dividir sus fuerzas. La pérdida que hemos sufrido es mayor de lo que podemos soportar. Los ejércitos pequeños no pueden permitirse tales pérdidas, especialmente cuando la ventaja adquirida no lleva a conseguir sino poco más que la toma de una posición»].

En Nueva Orleans, mientras tanto, las reuniones se iban haciendo cada vez más animadas en casa de Amelia.

Yo seguía siendo un asiduo participante, a pesar de que mis relaciones con Baker, lejos de mejorar, no hacían más que ganar en tirantez.

Aquel día no se hablaba de otra cosa que no fueran los recientes episodios ocurridos en Concord, y que, dada su importancia, eran ya de dominio público. Nadie ponía en duda que aquello era el inicio de la guerra.

Thomas Baker no era capaz de ocultar su entusiasmo.

Charles Richmond tampoco se mostraba disgustado, pues era de la opinión de que se presentaba una gran oportunidad para que Londres «metiera de una vez en vereda a esos colonos desarrapados que, muy gallitos, trataban de subírseles a las barbas».

Uno y otro, Richmond y Baker, encabezaban los partidos que se habían formado en la tertulia.

—Yo creo que los colonos no podrán resistir ni un mes a la respuesta británica —manifestó muy convencida la viuda de Briquet, una adinerada anciana siempre partidaria de la ley y el orden.

—Eso es porque usted no conoce a los patriotas americanos. Ellos pelean por sus casas, por sus familias, por sus tierras. En cambio, los soldados ingleses terminarán comportándose como lo que son: como mercenarios que luchan a miles de kilómetros de sus hogares —se apresuró a responder Baker.

—Puede ser, pero los británicos tienen armas y municiones. Y son soldados regulares. Mientras que los colonos no pasan de ser un hatajo de voluntariosos.

—La historia está repleta de ejemplos de cómo un puñado de hombres decididos pueden ser capaces de doblegar a todo un imperio. No lejos de aquí, en México, tenemos el ejemplo de Hernán Cortés, que con apenas un puñado de hombres fue capaz de conquistar al imperio azteca, que tenía atemorizados a decenas de miles de indios.

—Por lo que veo, es usted un gran conocedor de la historia —le replicó Richmond—, pero con la historia no se ganan las guerras. Hace falta algo más.

La conversación iba subiendo de tono de forma gradual. Los ánimos llegaron a exaltarse como nunca antes lo habían hecho en casa de Amelia. Sobre todo, claro está, por parte de Richmond y de Baker.

—Tiene usted que serenarse —le dije a mi competidor, después de una impertinente salida de tono. Le corregí con tranquilidad, pero Baker lo tomó como una pulla malintencionada. Como si pretendiera reírme de la vehemencia de sus palabras.

—No se atreva a hablarme así, ¿lo ha entendido, Cavignac? No estoy dispuesto a tolerar sus insolencias por más tiempo.

Me quedé desconcertado. Yo no había tratado de herirle.

Se hizo un incómodo silencio.

Mientras reflexionaba acerca de cómo debía reaccionar ante una frase tan amenazadora, Amelia, que comenzaba a estar harta de tanta agresividad en el lenguaje y en las formas, le respondió por mí:

—¡Thomas! La que no está dispuesta a tolerar ese tono hacia uno de mis invitados soy yo. Haz el favor de marcharte, y de no volver a esta casa hasta que no seas capaz de comportarte como un auténtico caballero…

Baker se quedó lívido. Y completamente desconcertado. Esta vez era él quien no sabía cómo reaccionar.

Su rabia contenida hizo que del blanco pasara a ponerse colorado como la grana.

Toda la concurrencia continuaba tan callada que nadie, ni siquiera Richmond, se atrevía a hablar.

Baker, cada vez más confundido, viéndose el blanco de todas las miradas y consciente de que aquella incómoda situación se agravaba a cada instante, optó por marcharse: abochornado, se puso en pie, realizó una tímida inclinación de cabeza, y abandonó el salón.

Costó un buen rato recuperar la normalidad en la reunión. La salida de Thomas Baker y la firmeza de Amelia habían causado un profundo impacto en todos los presentes.

Al cabo, cuando lo avanzado de la hora aconsejó poner punto final a la tertulia, nos despedimos tratando de aparentar normalidad.

Había anochecido ya y, como tenía por costumbre, tomé la estrecha callejuela del Cabildo, que acortaba un buen trecho del camino hacia mi casa. Caminaba acompañado por don Antoine Brisson, un buen amigo de St. Maxent y mío.

Embebidos en nuestra conversación, no reparamos en que en el tramo más oscuro del callejón había dos individuos esperándonos.

Pero al llegar a su altura no pudimos evitar su malencarada presencia.

Enseguida reconocí al primero de ellos, que no era otro que Thomas Baker. Al segundo no lo conocía personalmente, aunque sí de vista, ya que era un asiduo cliente de las peores tabernas de la ciudad.

—¡Cavignac! —vociferó el bostoniano tan pronto como pasé a su lado.

—Dígame, Baker.

Sin mediar palabra, me abofeteó en la cara con un par de guantes que a continuación arrojó al suelo, a mis pies, en clara señal de desafío.

—¿Qué significa esto? —le dije, más molesto que ofendido.

—¿Aún no lo ha entendido? Le estoy retando. A un duelo, mañana al amanecer, detrás de la Briqueterie.

—¿Está usted loco? Ni siquiera sé en qué le he ofendido.

—No se haga el tonto, Cavignac. Lo sabe muy bien. Usted me ha puesto en ridículo delante de Amelia, y de su familia, y de todos los invitados. Ella

es mi novia y desde que ha llegado usted aquí no ha hecho más que tratar de atraer su atención. Pero todo esto no le va a salir gratis, puede estar seguro. Mañana al amanecer recibirá usted su merecido.

—Vamos, Baker. No sea niño. Sabe usted muy bien que lo ocurrido ha sido un simple incidente sin importancia. Venga, choque esos cinco y olvidemos el asunto —le respondí, apaciguador.

Pero el bostoniano no estaba dispuesto a reconciliarse con nadie que no fuera su propio orgullo. En lugar de darme la mano, escupió al suelo y susurró:

—¡Cobarde! Sabía que era usted un miserable. Todos los quebequenses son iguales.

Brisson se indignó:

—¡Baker, le tenía por un caballero, pero ahora veo que es usted un rufián de la peor calaña!

—No se exceda, Brisson. Tal vez tenga pronto ocasión de ocuparme también de usted.

Pero, sin saberlo, Baker acaba de tocar mi fibra más delicada.

Yo estaba dispuesto a aguantar sus malos modos, pero a lo que no estaba dispuesto era a dejarme llamar cobarde y miserable por un tipo como aquel, y mucho menos a permitir que encerrase en semejantes calificativos a todos los compatriotas de mi madre.

Desde que ella había muerto yo había desarrollado una piel muy fina en lo tocante a su memoria. Y ella era de Quebec. Por tanto, no podía permitir que se insultara impunemente a los habitantes de aquella región. Además, en mi indignación me dije que también la madre de Amelia podía considerarse incluida en el insulto. E, indirectamente, la propia Amelia.

No, no podía permitirlo.

Entonces me agaché a recoger el guante.

—¿Conoce a este hombre? —continuó Baker, satisfecho. Se refería a su acompañante.

—No. Desconozco su nombre.

—Se llama Spencer. Es amigo mío. Será mi padrino.

—Muy bien. *Monsieur* Brisson, ¿está usted dispuesto a ejercer de padrino de mi causa?

—Pero, Cavignac, no debe dejarse arrastrar por este individuo… ¡Piense en lo que supone un duelo…!

—Siempre me ha parecido una costumbre bárbara y despreciable. Pero, dadas las circunstancias, me veo obligado a aceptar. Compréndalo, Brisson.

—No, no lo comprendo. Pero le ayudaré en lo que pueda.

—¿Les parece bien con pistolas? —preguntó Baker con toda solemnidad.

Yo no estaba dispuesto a regatear las condiciones y respondí afirmativamente.

—¿A la primera sangre?

—Muy bien.

—¿Pasos?

—Los que usted quiera.

—¿Diez?

—No tengo inconveniente.

—De acuerdo, entonces mañana a las seis de la mañana en la Briqueterie: pistola, diez pasos y a primera sangre.

Estuvo lloviendo durante toda la noche. Lo sé porque apenas dormí. Pero al amanecer se había despejado. La mañana era fresca, y muy húmeda. Una espesa niebla cubría las afueras de la ciudad, confiriendo un ambiente fantasmagórico a la campiña y a los bosques circundantes. La atmósfera no podía presentarse más conforme con lo que habitualmente se espera para un desafío.

Baker y Spencer aguardaban nuestra llegada bajo un alto roble. Su imagen recordaba también la de un cuadro fúnebre.

Descendimos del carruaje y caminamos hasta nuestros adversarios a través de la bruma, a paso lento pero firme.

Al llegar, Spencer le mostró a Brisson las armas y sus respectivas cargas. Se trataba de dos pistolas Augsburg de tres cañones.

—Están cargadas. Escojan la que quieran.

Decliné el ofrecimiento. Esperé a que Thomas Baker tomara la que quisiera. Después cogí la mía.

Conforme al código de los desafíos, nos colocamos espalda contra espalda, a la espera de que uno de los padrinos contase los diez pasos que debíamos caminar, cada uno en dirección contraria al otro, antes de volvernos para disparar.

—¿Listos?

—Sí.

—Sí.

—Uno, dos, tres, cuatro…

Al llegar a diez, ambos contendientes nos volvimos y, a la señal, nos aprestamos a disparar.

Yo lo hice en primer lugar.

Baker escuchó la detonación de mi pistola y esto le amedrentó.

Con un descontrolado temblor en el brazo, se dispuso a realizar su disparo, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, mi bala le había alcanzado en la pierna derecha. Comenzó a sangrar abundantemente. Enseguida se desvaneció y cayó herido al suelo.

Había recibido el impacto a unos pocos centímetros por encima de la rodilla.

Los padrinos determinaron el fin del duelo. Había sangre, y eso era lo acordado.

6

Quedé profundamente marcado por aquella desagradable experiencia. Tal y como había manifestado en varias ocasiones, nunca he sido partidario de los duelos. Todo lo contrario, los detestaba.

Y ahora los detesto aún más.

Me sentía humillado por haber cedido a las bravuconadas de Baker.

A medida que pasaban los días y veía los hechos con mayor frialdad y distancia, más me avergonzaba de lo que consideraba un comportamiento absolutamente injustificable por mi parte. Al fin y al cabo, ¿por qué lo había hecho? Por un puntillo de honra, por un orgullo tonto. ¿Y qué había ganado con ello? Nada. Absolutamente nada. Solo un hondo malestar. Mi arrepentimiento era completo y sincero.

Eso que, a pesar de todo, las cosas no habían ido del todo mal.

Cualquiera de los dos podría estar muerto… Y, sin embargo, gracias a Dios, la herida de Baker no revestía gravedad: mi rival sanaría.

Pero había otros aspectos de la cuestión que me preocupaban al menos tanto como la salud de Baker: ¿habría llegado la noticia a oídos de Amelia? Yo temblaba solo de pensarlo. ¿Cuál sería su reacción cuando se enterara?

Tanto me apenaba lo ocurrido que, al cabo, decidí ir a visitar a mi oponente. Trataría de reconciliarme con él, me interesaría por su herida. Recordé que el bostoniano se había instalado en una distinguida casa de la calle Bourbon.

Temeroso de que mis buenas intenciones se esfumaran en el aire y terminaran quedando en nada, tomé mi sombrero y salí a la calle a paso rápido, en dirección hacia su casa.

Quienes se cruzaron en mi camino debieron verme tan concentrado y decidido, que apenas tuvieron ocasión de saludarme.

El inmueble de la calle Bourbon destacaba sobre todo por su bonita balconada, que recorría todo el piso alto.

Al detenerme ante la puerta principal llamé, nervioso, esforzándome por relajarme y aparentar serenidad.

Hube de aguardar un buen rato, hasta que por fin salió a abrir una criada. Una mujer de color, gruesa y fornida.

—Buenos días, me llamo Alphonse de Cavignac, quería ver al señor Baker.

—Cómo lo siento, señor de Cavignac, pero el señor Baker salió.

—¿Estará mucho tiempo fuera? ¿Sabe cuándo volverá?

—No volverá. Regresó a Boston.

—Pero… no comprendo… un viaje tan largo… ¿no estaba herido?

—Sí señor. Pero le llevaron en coche hasta el puerto. A estas horas su barco debe haber zarpado ya.

Me quedé desconcertado. No se me ocurrió dudar de las palabras de la mujer. Pero la noticia me resultó tan inesperada, que permanecí un buen rato ausente, tratando de digerir la información.

Cuando por fin volví en mí, acerté a despedirme de la criada, que me observaba en silencio, con cara de extrañeza:

—Muchas gracias, señora.

—No hay de qué. Que tenga un buen día.

De regreso hacia casa no hacía más que dar constantes vueltas y más vueltas a la cabeza: ¿por qué se habría ido? ¿Qué se propondría al marchar?

Pero, sobre todo, seguía preocupándome Amelia: ¿se habría despedido Baker de ella? ¿Le habría hablado del desafío?

—Definitivamente —me dije—, jamás en la vida volveré a aceptar un duelo.

Al entrar en el zaguán me recibió Alicia, una de las sirvientas.

—Señor. Ha venido un mensajero. Como usted no estaba, le ha dejado un sobre con un mensaje.

—Démelo, por favor.

Abrí la carta con cierta brusquedad, sin refrenar mi ansiedad.

Mientras desgarraba el sobre, interiormente iba formulándome todo tipo de conjeturas: ¿de dónde vendrá? ¿Tendrá algo que ver con Baker? ¿Se habrá sabido que nos hemos batido en duelo?

La escueta nota decía así:

Por designación de Su Majestad, el teniente coronel don Bernardo de Gálvez y Madrid, que hasta ahora desempeñaba el cargo de coronel del Regimiento de Infantería de Nueva Orleans, tomará próximamente posesión como nuevo gobernador de la Luisiana.

Con este motivo le ruego que se presente en la sede del Cabildo, lo antes posible. Firmado: Luis Ripoll.

Me relajé un poco. Al menos la citación no tenía nada que ver con el duelo. Pero era evidente, por el tono de la misiva, que mi presencia en el Cabildo era urgente, por lo que salí hacia allí de inmediato.

Al llegar me encontré con que Ripoll me estaba ya esperando en el cuerpo de guardia:

—¡Don Alphonse! Ha recibido mi billete, ¿verdad? Celebro que haya venido tan pronto.

La cordialidad del recibimiento terminó de tranquilizarme. No parecía que la noticia que tanto me inquietaba hubiese llegado al Cabildo. Y, desde luego, en caso de que hubiera llegado, no había señales de que importara mucho por allí…

Era la primera nota positiva en medio de aquellos días de especial agitación.

—Buenos días, don Jorge. ¿Tan necesaria es mi presencia hoy aquí?

—Espero que no se le suba a la cabeza, pero sí. Le necesitamos.

—Usted dirá…

—Don Bernardo quiere conocerle. Como ya sabe por mi misiva, él será nuestro nuevo gobernador. Y, por las noticias que nos van llegando y que usted no ignora, todos coincidimos en que su mandato va a resultar especialmente delicado.

—¿Don Bernardo tiene acaso órdenes de entrar en la guerra?

—No. Las cosas no han llegado tan lejos todavía. Pero Unzaga considera importante que Gálvez le conozca a usted personalmente y que, por decirlo así, forme equipo con él. Quiere que sea usted uno de sus hombres de confianza y, en otro orden de cosas, la persona que le ayude a introducirse en la alta sociedad de Nueva Orleans. Supongo que no tendrá usted inconveniente en hacerlo…

—No, claro que no, desde luego haré cuanto esté en mi mano para ayudarle…

—Bien, pues subamos. Le hemos visto llegar por la ventana y deben estar impacientes.

El despacho del gobernador ocupaba una amplia sala de la planta superior. Yo apenas había entrado ahí en una o dos ocasiones. Me sentí un tanto intimidado por la gran prestancia de la pieza, en la que sobre todo destacaba el elegante artesonado de madera del techo, y por supuesto, también mis ilustres anfitriones.

Allí estaban Unzaga y Gálvez, los dos gobernadores juntos, el saliente y el entrante. Se pusieron de pie para recibirme, y me saludaron con tanta simpatía

y cordialidad, que enseguida me serené por completo.

Gálvez había nacido en Macharaviaya, un pequeño pueblo de la provincia de Málaga. Era un hombre joven, de unos treinta años, escaso de pelo, que sin embargo llevaba ondulado a ambos lados de la cabeza, sobre las orejas, muy a la moda. Vestía con distinción, conforme a su rango, aunque sin duda lo más característico en él era su mirada, vivaz y penetrante a un mismo tiempo, tan sutil que parecía que era capaz de leer en el alma de su interlocutor.

Hechas las presentaciones de rigor, se sentaron.

Enseguida fue Gálvez quien se hizo con la voz cantante. Su fuerte personalidad anulaba en cierto modo a la de Unzaga.

—Me alegra mucho conocerle, señor de Cavignac. Me han hablado muy bien de usted.

—Le agradezco el cumplido.

—No es costumbre mía la de hacer cumplidos. De hecho lo considero un grave defecto. Pero sí me gusta referirme a las cosas como son, y por los informes que me han dado, usted ha realizado una tarea digna de encomio en el tiempo que lleva en Nueva Orleans. Ha sido el propio gobernador Unzaga quien me ha recomendado que cuente con usted como persona de confianza. Ya sabe que cuanto más alto es el cargo que se ostenta, más tiende uno a separarse de la realidad que le rodea. Supongo que es una de tantas carencias propias de la condición humana. Pero precisamente por eso considero imprescindible contar con consejeros que pisen la calle todos los días. Que sepan qué es lo que de verdad ocurre fuera de estos muros.

Mientras decía estas cosas, Gálvez sostenía un pliego en la mano. Al cabo de un rato de amable charla, en la que llegué a olvidar por completo su rango, y a tratarle con la mayor cordialidad, interrumpió el hilo de la conversación para preguntar:

—¿Conocen ustedes esto? —era una pregunta retórica, pues sin esperar nuestra respuesta, continuó—. Es una copia de la reciente declaración de independencia de las trece colonias británicas. Atiendan ustedes, porque el texto es francamente interesante; a mi modo de ver, no tiene desperdicio.

Don Bernardo se ajustó las gafas y comenzó a leer con su característico acento andaluz, pero con dicción lenta y clara:

> *Dado en el Congreso, el 4 de julio de 1776.*
>
> *Declaración unánime de los trece Estados Unidos de América.*
>
> *Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario que un pueblo disuelva los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tome entre las naciones de la Tierra el puesto*

separado e igual al que las leyes de la naturaleza y del Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación.

Sostenemos como evidentes por sí mismas estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuandoquiera que una forma de gobierno se vuelva destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que base sus cimientos en dichos principios, y que organice sus poderes en forma tal que a ellos les parezca más probable que genere su seguridad y felicidad. La prudencia, claro está, aconsejará que los gobiernos establecidos hace mucho tiempo no se cambien por motivos leves y transitorios; y, de acuerdo con esto, toda la experiencia ha demostrado que la humanidad está más dispuesta a sufrir, mientras los males sean tolerables, que a hacerse justicia mediante la abolición de las formas a las que está acostumbrada. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, que persiguen invariablemente el mismo objetivo, evidencia el designio de someterlos bajo un despotismo absoluto, es el derecho de ellos, es el deber de ellos, derrocar a ese gobierno y proveer nuevas salvaguardas para su futura seguridad. […]

Por tanto, nosotros, los representantes de los Estados Unidos, reunidos en Congreso General, apelando al Juez supremo del universo, por la rectitud de nuestras intenciones, y en el nombre y con la autoridad del pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos lo presente: que estas colonias son, y por derecho deben ser, estados libres e independientes; que están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona británica: que toda conexión política entre ellas y el estado de la Gran Bretaña, es y debe ser totalmente disuelta, y que como estados libres e independientes tienen pleno poder para hacer la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, establecer comercio y hacer todos los otros actos que los estados independientes pueden por derecho efectuar. Así que, para sostener esta declaración con una firme confianza en la protección divina, nosotros empeñamos

mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor.

Cuando Gálvez terminó de leer la cita, se hizo un breve silencio.

El nuevo gobernador aprovechó para añadir:

—¿Qué les parece? Como saben, el documento concluye con la firma de los representantes de las trece colonias: Nueva Hampshire, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

—La filosofía que subyace es de corte liberal-republicano —comentó Unzaga.

—Así es. Constituye un motivo más para obrar con pies de plomo —afirmó Gálvez—. Al menos de momento, no nos es posible apoyar abiertamente a la causa rebelde. Y no debemos perder de vista nunca el posible efecto de contagio que un apoyo manifiesto a la insurrección americana podría tener en los territorios españoles de Ultramar.

Ripoll y yo nos miramos. Ya habíamos tratado de esa misma cuestión con anterioridad…

—En cualquier caso —prosiguió Gálvez—, Gran Bretaña es nuestro enemigo. Al menos lleva demasiados años comportándose como tal. Y no hay indicios de que eso vaya a cambiar en breve. Por eso, como primeras medidas me propongo reforzar nuestras redes de espionaje, fortalecer las defensas a lo largo de la frontera y, desde luego, favorecer en todo cuanto podamos la causa de los insurgentes. Si bien, como acabo de decirles, esto último debamos hacerlo con la máxima discreción.

Unzaga mencionó el hecho de que España acababa de abrir el comercio con Francia en todos los puertos españoles, si bien se mantenía la prohibición de comerciar con británicos y holandeses. Y añadió:

—Qué duda cabe que esta medida supone un reconocimiento tácito de que Francia es nuestra aliada en la confrontación clandestina que sostenemos con Gran Bretaña. A partir de mayo de este año opera también la sociedad pantalla Roderique Hortalez et Cie, que dirige *Monsieur* Pierre Beaumarchais**[11]**, como sin duda sabrán ustedes. El objeto de esta empresa es el de suministrar fondos y pertrechos a los rebeldes de América. Nuestro gobierno y el francés han realizado a la compañía una aportación inicial de un millón de libras francesas en municiones y otros suministros…

Al cabo, la conversación desembocó hacia otros asuntos de índole más personal:

—Tengo entendido que fue usted capitán del Ejército Real en Nueva España —comentó Ripoll, refiriéndose a Gálvez.

—Sí, así es. Más tarde regresé a la península y desde allí fui destinado a Francia, para después regresar a Sevilla.

—¿Entonces habla usted francés?

—Sí. Lo manejo con soltura, si me permiten la inmodestia.

Ripoll me hizo un gesto discreto, que capté enseguida, por lo que me lancé a decir:

—Puesto que habla usted el francés, puedo brindarme a introducirle en sociedad. Así podrá usted tomar directamente el pulso a la población. Los jueves acostumbro a frecuentar la casa de don Thomas Richmond. Lo hago desde que su familia llegó a Nueva Orleans, precisamente huyendo de los disturbios de Boston. Es una familia muy distinguida y, en torno a ella acostumbran a reunirse las fuerzas vivas de la ciudad. Entre ellas destaca don Gilbert de St. Maxent, del que sin duda habrá oído hablar.

—En efecto, he oído hablar de él. Y estoy deseando conocerle personalmente.

—Pasado mañana es jueves. Si quiere, podemos ir juntos a la reunión. ¿Cuándo se hará público su nombramiento como gobernador?

—¡No se preocupe por ese detalle! En realidad, podría considerarse oficial desde hoy mismo.

—Muy bien, entonces le presentaré como el sucesor de don Luis de Unzaga. Será usted muy bien recibido, ya lo verá.

—Se lo agradezco, don Alphonse, esa será mi recepción oficiosa en Nueva Orleans, a la espera del acto de toma oficial, que tendrá lugar en cuestión de unas semanas.

7

La casa de Amelia Richmond estaba más animada que nunca.

Qué lejos quedaba ya mi primera visita, cuando a la reunión no se había presentado casi nadie de fuera.

Pero desde entonces las cosas habían cambiado mucho. A mejor, claro está: para empezar, ya no estaba Baker. Y en su lugar se congregaban las principales personalidades de Nueva Orleans.

Hoy no solo había venido don Gilbert de St. Maxent, sino también su familia al completo. Su segunda hija, Felicitas, a pesar de su juventud —tenía poco más de veinte años—, era viuda desde hacía casi cuatro. Desde luego no era fácil que Felicitas pasara oculta entre los invitados. La muchacha destacaba por su gran hermosura y por su simpatía. Ni una cosa ni otra escaparon a la atenta mirada del nuevo gobernador.

—Alphonse, ¿quién es esa joven que está junto a St. Maxent?

—Es una de sus hijas, la segunda, si no me equivoco.

—¿Puede hacerme un gran favor?

—Si está en mi mano…

—Me gustaría que me la presentara.

—Sí, cómo no. Eso está hecho: acompáñeme.

Nos acercamos hasta el pequeño corrillo en donde Gilbert de St. Maxent charlaba con Ripoll y con otro miembro del Cabildo.

Felicitas parecía mortalmente aburrida con la conversación que, como era de esperar, giraba en torno a las últimas novedades en la política regional.

Supe interrumpir con el tacto que había adquirido a lo largo de mis años de práctica en la vida social en Nueva Orleans:

—Si me permiten un instante… quería presentarles a don Bernardo de Gálvez: como sé que son ustedes discretos y capaces de guardarme un secreto, les diré que será muy pronto nuestro nuevo gobernador.

—¡Vaya! O sea que los rumores eran ciertos… —respondió St. Maxent, simulando sorpresa, aun cuando estaba plenamente al tanto de la noticia, ya que su hija mayor estaba casada con el mismísimo Unzaga.

—¡Qué honor para nosotros, conocerle a usted antes que nadie! —exclamó Felicitas en un tono guasón, que encandiló todavía más a Gálvez.

—Señorita, para mí es un placer conocer a la mujer más bella de la reunión.

—¡Eso se lo dirá usted a todas! —respondió ella con una sincera sonrisa.

—No lo crea. ¿Lleva usted mucho tiempo en Nueva Orleans?

—Toda mi vida. Aquí nací, aquí me crie, e incluso aquí me casé…

Gálvez se quedó momentáneamente de piedra. No se esperaba ni por casualidad que la muchacha estuviese casada.

Consciente del malentendido, intervine antes de que la perplejidad del futuro gobernador resultara demasiado evidente, echándose a perder la naturalidad con la que se había iniciado la conversación.

—Su esposo, *monsieur* Destrehan, fue todo un caballero. ¿Sabía usted, don Bernardo que el difunto marido de doña Felicitas llegó a ser nada menos que tesorero del rey Luis de Francia?

—Pero ¿cómo? ¿Es usted viuda tan joven? Cuánto lo siento —mientras se excusaba, Gálvez me lanzó una mirada de reproche por no haberle advertido antes.

—¡Oh! ¡No se culpe por ello! ¿Cómo iba usted a saberlo? Mi mayor preocupación desde entonces ha sido siempre mi hija. La pobre Adelaide no conoció a su padre. Pero, gracias a Dios, va creciendo muy bien: es muy lista y muy alegre.

El gobernador se rehizo con notable elegancia, hasta el punto de que quedé muy admirado de su notable habilidad con las damas.

Pues enseguida supo atraer hacia sí la atención de la muchacha, e incluso trabar una amenísima conversación a solas con ella, aparte del resto del grupo. Desde luego, si no era amena, cuando menos lo parecía, a juzgar por las alegres muestras de entusiasmo que la joven manifestaba a cada rato, sin parar de reír.

«O mucho me equivoco, o la viudedad de Felicitas va a durar más bien poco», me dije a mí mismo.

Pero mis pensamientos fueron repentinamente interrumpidos por Amelia, que inesperadamente se presentó a mi lado:

—¡Alphonse! Llevas casi media hora en casa y todavía no te has dignado venir a saludarme…

Me sorprendió mucho que la muchacha me tuteara —era la primera vez que lo hacía— y que se dirigiera a mí con tanta confianza. ¿Tendría el maldito duelo algo que ver con este súbito cambio?

—Perdone… Esto…, perdóname, Amelia. Estaba atendiendo al gobernador y no podía despegarme de él…

—¿El gobernador? Pero si lleva toda la tarde charlando con *monsieur* Carondelet…

—No me refiero a Unzaga, me refiero a Gálvez. Él es el nuevo gobernador.

—¡Vaya! Esta sí que es una noticia. Supongo que el cambio tendrá mucho que ver con el alzamiento en las trece colonias, ¿me equivoco?

—No, no creo que te equivoques: es muy posible que así sea.

—Por cierto, ¿sabes algo de Thomas?

Me pareció percibir que la pregunta iba con segundas. Por eso vacilé un poco al responder:

—¿Thomas? ¿A qué Thomas te refieres?

—¿Cuántos Thomas conoces que frecuenten esta casa?

—¿Baker?

—Claro…

—Tengo entendido que ha abandonado Nueva Orleans.

Las pupilas de la muchacha se dilataron ligeramente y sus párpados se entornaron.

—¿Cómo te has enterado?

—Amelia, por favor, no me hagas sufrir innecesariamente: ¿qué es lo que sabes?

—¡Lo sé todo!

—¿También lo de…?

—¿El duelo? Sí, estoy perfectamente al corriente.

—¿Quién te lo ha contado?

—¿Quién me lo iba a contar sino Thomas?

—¿En persona?

—Vaya pregunta… ¡Pues claro…!

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que te retó, que aceptaste el duelo, y que le heriste en una pierna.

De las palabras de Amelia no supe discernir si su opinión respecto de lo que yo había hecho era favorable, o todo lo contrario.

En la duda, opté por sincerarme:

—Pues ya que me hablas de ello, te diré que no puedes imaginar cuánto me arrepiento de lo que hice. Incluso fui a su casa, con la intención de reconciliarme con él. Fue entonces cuando me informaron de que se había ido…

—¿De veras te avergonzaste de haberle herido? —Amelia pronunció estas palabras con absoluto estupor—. ¿E incluso… fuiste a buscarle a su casa?

No supe cómo interpretar su sorpresa. Por un momento temí que se estuviera burlando de mi ingenuidad. Que me estuviera tomando por un cobarde. Pero, de cualquier modo, en el caso de que fuera así, era ya tarde para disimular:

—Sí. Detesto los duelos. Siempre he despreciado a quienes ponen en peligro su vida y la de los demás por una estúpida cuestión de honra. ¡Honra! ¡Honor! ¿Acaso no los pierde quien es capaz de obrar tan a la ligera?

Amelia comprendió que yo no estaba fingiendo, sino que decía realmente lo que pensaba. Su perplejidad iba en aumento.

Sin embargo, quiso hacerme una última pregunta para terminar de cerciorarse:

—Pero él te retó. ¿Hubieras sido capaz de dejar que te humillara sin enfrentarte a él?

—Hay otros modos de defender el honor, sin llegar a esa absurda barbarie. Si acepté fue porque se me nubló la mente: creo que por un momento perdí la razón. Quizás a causa de la ira. Pero si de algo estoy satisfecho, es de no haberle matado. Creo que no me lo hubiera podido perdonar nunca.

Más adelante ella llegó a confesarme que fue en este instante preciso en el que supo que estaba completamente enamorada de mí. Para mi confusión, llegó a decirme que cayó rendida ante la nobleza y caballerosidad que encontró en mis palabras.

Sin embargo, a pesar de todo, prefirió callar por el momento.

O, mejor dicho, prefirió desviar la conversación, como si nada hubiera extraordinario hubiera ocurrido en su agitado corazón:

—Su herida en la pierna es leve. No tardará en sanar por completo. Sin embargo, donde recibió una herida incomparablemente mayor fue en su orgullo. Por eso se fue. Porque no podía soportarlo. Cuando vino a verme y me lo contó todo, le desprecié por su falta de hombría y de nobleza.

—Entonces, ¿fuiste tú quien le echó?

—No. Yo no le eché. Fue su propia vanidad la que le llevó a escapar de mí… y de ti. Pero ten mucho cuidado. Le conozco muy bien. Puede reaparecer el día menos pensado. Y cuando lo haga, será con ánimo de venganza. Él no se parece a ti: es rencoroso y traicionero. Puede tenderte una trampa cuando menos lo esperes.

—Si se ha marchado a Boston será difícil que regrese. Al menos por un largo tiempo.

—¡Alphonse, hazme caso y no te confíes! ¡Prométeme que tendrás mucho cuidado a partir de ahora! —la joven puso toda su alma al pronunciar estas palabras.

También yo estaba conmovido. La reacción favorable de Amelia con respecto a nuestro duelo me había quitado un gran peso de encima. Y su evidente preocupación por mi persona me estaba dando valor. Mucho valor. Por eso, casi sin darme cuenta, me atreví a declarar con auténtico entusiasmo:

—¡Lo tendré! Solo por poder continuar a tu lado, lo tendré…: —y, sin poderlo evitar, añadí—: Amelia, ¡te quiero!

—¡Yo también te quiero, Alphonse!

—¿Estarías dispuesta a ser mi esposa? ¿A compartir tu vida conmigo?

—Lo deseo con toda mi alma…

Nos hubiéramos besado si la abrumadora presencia de invitados, que nos rodeaban por todas partes, no nos lo hubiera impedido.

Pero con beso o sin él, nuestra felicidad en ese instante no conocía límites: acabábamos de declararnos nuestro amor. Un amor sincero, llamado a perdurar para siempre.

A medida que iba conociendo mejor al nuevo gobernador, me reafirmaba en mi convencimiento de que se trataba de un hombre enérgico y firme, dado a afrontar los problemas de cara, o lo que es lo mismo, nada dispuesto a andarse con paños calientes.

Por eso no me extrañó lo más mínimo cuando le oí decir:

—He decidido abrir la navegación del río Misisipi a los barcos norteamericanos. Esta medida será de gran ayuda para su causa. Siguiendo el curso del río y de sus afluentes, como usted sabe, es posible atravesar medio continente, llegando sin dificultad hasta Ohio o los Grandes Lagos. De este modo los rebeldes podrán transportar hacia el Norte todos los suministros que necesiten. Claro que, en cuanto se enteren nuestros amigos los británicos, se irritarán enormemente y, como es su costumbre, se tomarán todas las molestias que sean necesarias para hacernos saber su enfado…

—¿No le importa su reacción?

—La cuestión no esa, la cuestión es llevar a cabo las acciones que resulten más adecuadas para los intereses de nuestro país.

—Pero un paso en falso podría abocarnos a la guerra… —apunté con ingenuidad.

—Ojalá me equivoque, pero tal y como están las cosas, eso es algo que tarde o temprano acabará llegando. Créame que no es mi deseo. Una guerra es siempre algo que hay que tratar de evitar. Pero, o no conozco a los ingleses, o es el único lenguaje que entienden. Y, si ese es nuestro sino, más nos valdrá enseñarles los dientes desde el principio. Nada nos debilitaría más que mostrar una actitud timorata o dubitativa.

—¿Y los territorios hispanoamericanos? ¿No dijo que nuestra ayuda a la independencia de las trece colonias podría suponer un mal ejemplo para ellos?

—Qué duda cabe. Pero, puestos a correr algún riesgo, nuestro sitio está en el lado de los independentistas. Los enemigos de mis enemigos son mis amigos, incluso si su ejemplo pudiera resultar negativo para algunos de nuestros compatriotas americanos. E incluso si de la independencia de las colonias surgiera una potencia que a la larga resultara más hostil a España que la propia Inglaterra. Son riesgos que debemos correr. ¿Me comprende?

—No lo sé. Veo el futuro demasiado incierto como para aventurarme a evaluarlo. Pero coincido con usted en que, en la situación actual, puestos a elegir entre los británicos o sus colonias, debemos estar del lado de estas…

No se limitó Gálvez durante aquellos días a abrir los puertos a los barcos norteamericanos. Su asombrosa capacidad de trabajo me abrumó desde el primer día, pues era incansable: para cuando quise darme cuenta, había inspeccionado los territorios indios de los Natchitochas, Opelusas y Atacapas, reorganizado y fortificado los destacamentos militares junto al río y levantado mapas a lo largo de todo el curso del Misisipi, y de la costa.

Como también los puertos peninsulares y de Cuba estaban abiertos a los norteamericanos, los confederados comenzaron a utilizar con preferencia los puertos de La Coruña, Bilbao, La Habana y Nueva Orleans, por considerarlos más seguros que los franceses.

En Nueva Orleans, tal y como habíamos previsto, en el momento en que el gobernador abrió el río a los barcos rebeldes, los ingleses, a pesar de estar formalmente en paz con España, no dudaron en responder mediante la fuerza. Empleando su fragata Atlanta comenzaron a hostigar, e incluso a apresar, a algunos de nuestros barcos durante su tránsito por el lago de Pontchartrain, una marisma salobre situada al norte de Nueva Orleans, y conectada con el mar a través del lago de Borgne.

Pero lo que los británicos todavía ignoraban era que en Bernardo de Gálvez iban a encontrar la horma de su zapato.

A sus primeros actos de hostilidad el nuevo gobernador respondió confiscando once navíos ingleses —que por más señas se dedicaban al contrabando— y, por si esto no fuera suficiente, ordenó la inmediata expulsión de todos los ciudadanos británicos residentes en la Luisiana. Les concedió el improrrogable plazo de quince días de gracia para salir.

Eso era hablar claro…

Además decretó estrictas medidas legales encaminadas a impedir el contrabando, al que tan aficionados eran los súbditos de Su Majestad británica.

El gobernador de la Florida Occidental, Chester, no dudó en despachar a dos emisarios —los señores Dickson y Stephenson— portadores de una carta que debían entregar personalmente a don Bernardo.

Durante su estancia en la ciudad los enviados se alojaron a bordo de la fragata Atlanta que, siempre intimidante, permanecía atracada frente a Nueva Orleans.

El capitán Lloyd era quien gobernaba el navío. Amenazó con bombardear la ciudad en el caso de que no le fuesen devueltos los once buques apresados.

La misiva de Chester presentaba una serie de cargos contra Gálvez. Cargos en su mayor parte frívolos o superficiales, cuando no absurdos.

Fundamentalmente se alegaba que España y Gran Bretaña estaban en paz. Y que, en virtud del tratado, ambas potencias disfrutaban de la libre navegación por el río Misisipi, siendo por lo tanto el río neutral, y no pudiendo España extender su jurisdicción sobre tales aguas.

Además —se decía—, bajo las anteriores administraciones de Nueva Orleans había existido la costumbre de permitir el contrabando. Y por si fuera poco, la actuación del gobernador de la Luisiana se había visto dirigida exclusivamente contra los ingleses, sin afectar en cambio a los mercantes españoles que operaban con ellos.

Gálvez no dudó en responder punto por punto a los argumentos del gobernador de Pensacola.

Comenzó alegando que la libre navegación en modo alguno permitía los actos ilegales, y que el río no debía servir de santuario para los culpables descubiertos in fraganti. Por otra parte, las leyes o costumbres previas no eran de su responsabilidad, ni los contrabandistas debían sentirse a salvo porque no los hubieran arrestado antes. La única razón por la que no había españoles entre los arrestados era porque no habían encontrado a ninguno, y se daba la circunstancia de que los contrabandistas ingleses se habían negado a delatarlos.

A pesar de todo, el peligro y la tensión que generaba la presencia de un buque de guerra británico fondeado frente a la ciudad eran enormes. En el caso de que el barco decidiera bombardear con su artillería, Nueva Orleans se hallaba completamente desprotegida, pues la ciudad carecía de defensas para ese tipo de ataques.

Durante las horas más críticas del desafío, uno de los comandantes se presentó alarmado ante Gálvez.

—¡Señor gobernador! ¿Cuáles son sus órdenes? ¡Desde la fragata enemiga se nos está amenazando con abrir fuego de un momento a otro…!

—No se apure, comandante. Me parece que el capitán inglés no ha sabido medir sus palabras, y que esta vez ha llegado demasiado lejos con sus bravatas.

—Pero… ¿Y si dispara?

—No lo hará. No se atreverá a hacerlo, por la cuenta que le trae. Si nos bombardeara causaría graves daños en Nueva Orleans, eso es innegable, pero las consecuencias de su maniobra alcanzarían mucho más allá de los destrozos causados, y serían irreparables. La guerra se desataría de inmediato. Y eso el capitán Lloyd lo sabe muy bien. Lo sabe tan bien, que no tendrá arrestos para ir más allá. Por lo tanto, váyase tranquilo. Mientras yo sea el gobernador, los barcos aprehendidos no les serán devueltos a los británicos bajo ningún concepto.

—Entendido. A sus órdenes, señor.

—Buenos días, comandante.

En efecto, los relojes continuaron marcando el curso inexorable del tiempo sin que en Nueva Orleans nadie moviera un dedo por devolver los barcos apresados. Y sin que Lloyd se decidiera a dar cumplimiento a sus repetidas amenazas.

Llegó un momento en el que comprendió que ya no le bastaba con el órdago lanzado, sino que había llegado la hora de pasar a la acción. A no ser que quisiera que sus palabras quedaran en las meras fanfarronadas que en el fondo él mismo sabía que eran.

Cada vez más apurado por la situación que había creado, resolvió marcharse con el rabo entre las piernas.

—¡Nos vamos! Ese mal nacido de don Bernardo, o de como se llame, se ha salido con la suya, pero tarde o temprano volveremos a encontrarnos… Y entonces me las pagará todas juntas, como me llamo Lloyd que lo hará…

Tan pronto como don Bernardo comprobó que la amenaza desaparecía, ordenó el inmediato comienzo de la construcción de una larga cadena de

cañoneras que defendieran a la ciudad de futuros ataques desde el mar.

Además, solicitó de Cuba el envío urgente de navíos de guerra.

Por otra parte, tres días antes de que Gálvez redactara su respuesta final a Dickson y Stephenson, escribió otra carta separada para el gobernador Chester. En ella le decía que había oído decir que en Pensacola padecían una grave escasez de víveres, debida al retraso del barco de Jamaica encargado de llevar los suministros. Por ese motivo don Bernardo decidió enviarles 150 barriles de trigo.

Hay que señalar que se trataba de un gesto puramente humanitario, sin ningún tipo de segundas intenciones. Gálvez lo hizo tan solo movido por su preocupación de ayudar a los más necesitados, entre los que sabía que había mujeres y niños.

Por su parte Chester, que también demostró ser un caballero, quedó tan impresionado por este gesto de don Bernardo, que cuando finalmente llegó el barco de Jamaica con los víveres, en señal de agradecimiento le envió al malagueño dos barriles de cerveza negra.

8

A través de mis conversaciones con don Jorge Ripoll y don Bernardo me mantenía bien informado de todo cuanto pudiera afectar a España en cualquier parte del mundo.

Así fue como llegó hasta mis oídos la gloriosa expedición de Cevallos al río de la Plata, y la acertada intervención de don Diego María de Gardoqui en favor de la causa americana.

Nuestro rey don Carlos III y sus ministros habían decidido por entonces lanzar un ataque a gran escala sobre los asentamientos portugueses y británicos en Sudamérica, aunque los de los ingleses eran solo oficiosos, no reconocidos oficialmente ni siquiera por ellos mismos. Para dirigir las operaciones se eligió a don Pedro de Cevallos.

El 12 de octubre de 1776 zarpaba desde Cádiz la poderosa escuadra de Cevallos, con seis buques de guerra y 117 buques de transporte de personal y mercaderías. Las tropas a bordo ascendían, en total, a nueve mil hombres de las tres armas.

Se advirtió claramente a Gran Bretaña de que no debía intervenir, pues aquella —se dijo— era una disputa que concernía exclusivamente a España y a Portugal. España jugaba la carta de la neutralidad británica y de que los ingleses no podían admitir públicamente sus operaciones ilegales.

Para mayor seguridad se advirtió a los británicos de que cualquier intromisión provocaría una automática declaración de guerra entre los dos países. Pues España, se añadía, no buscaba otra cosa que expulsar a los contrabandistas y enmendar algunas afrentas inferidas por Portugal. Y todo ello, claro está, nada tenía que ver con la Gran Bretaña.

El día 23 de febrero de 1777, las tropas españolas ocuparon completamente la isla de Santa Catarina, mientras las tropas portuguesas —algo más de tres mil hombres— huían sin combatir.

Al mismo tiempo, otra flota española penetraba por el Tajo y se detenía frente a Lisboa, en donde José Carralhoe Mello, marqués de Pombal,

completamente probritánico y antiespañol, hubo de recibir a los oficiales españoles.

El día 20 de abril Cevallos llegó a Montevideo, arrebatando Uruguay a los portugueses, con lo que se aseguraba Buenos Aires y el Río de la Plata.

Por medio del Tratado de San Ildefonso, firmado el 1 de octubre de ese mismo año, Portugal cedía definitivamente a España la ciudad de Colonia y las Misiones Orientales, a la vez que se reconocía la soberanía portuguesa sobre Río Grande y Santa Catarina.

La mayor parte de las tropas expedicionarias regresó de vuelta a España durante los meses siguientes, si bien se mantuvieron unos novecientos hombres en Buenos Aires, en previsión de posibles nuevos enfrentamientos con Portugal.

La maniobra, audaz y bien calculada, dejaba anulado a Portugal, firme y tradicional aliado de Gran Bretaña. Por primera vez tras la guerra de los Siete Años, España conseguía poner a Gran Bretaña a la defensiva.

Por lo que respecta a don Diego María de Gardoqui, se trataba de un ilustre comerciante de Bilbao. Descendiente de una prestigiosa familia de banqueros, don Diego era el cuarto de ocho hermanos. Su padre lo envió siendo todavía muy joven a Londres, con la intención de que aprendiera el inglés y se curtiera en el intrincado mundo de las prácticas comerciales. Tras pasar siete años en la capital británica regresó a España para trabajar en la empresa familiar Joseph de Gardoqui e Hijos.

Cuando don Diego tenía 28 años de edad y acababa de alcanzar la categoría de prior segundo del Consulado de Bilbao, a cargo del comercio con Inglaterra y Massachusetts, el Congreso americano decidió enviar un comisionado a negociar a España.

La persona designada fue el veterano Benjamin Franklin. Pero sus achaques de edad, manifestados en un repentino y violento ataque de gota, le impidieron realizar el viaje y hubo de ser sustituido por Arthur Lee.

Era febrero de 1777 cuando Lee llegó a España por el norte, con la clara intención de presentarse en Madrid.

La incomodidad de su presencia en la Corte, a causa de que sin duda acabaría siendo descubierta por los británicos, obligó al gobierno a tratar de retenerle en Burgos, en donde se le intentaría disuadir de que continuara su viaje hasta la capital.

Gardoqui fue uno de los hombres escogidos para esta misión.

Al encuentro asistió también don Jerónimo Grimaldi, embajador de España en París hasta el año anterior. Entre ambos debían convencer al comisionado, de la manera más diplomática posible, para que, en lugar de continuar su viaje hacia el sur, regresara a París, desde donde podría negociar cómodamente con España a través de nuestro embajador en esa ciudad.

A petición de Floridablanca, entonces Secretario del Despacho de Estado, Gardoqui envió a Lee una carta previa al encuentro, en la que le adelantaba los motivos de la reunión que sostendrían en breve.

Cuando, finalmente se produjo el esperado encuentro en Burgos, el papel del bilbaíno cobró especial relevancia, pues, además de actuar como traductor, se presentó como la persona cuya Casa Comercial se encargaría de tramitar los auxilios y ayuda financiera española.

La conversación se celebró en una amplia sala, bien caldeada, de la digna pensión en la que se hospedaba el americano.

Vistos los antecedentes, no es de extrañar que el encuentro se iniciara en un ambiente de cierta tirantez.

Tras las presentaciones de rigor, Lee anunció con sequedad:

—Deben ustedes saber que no me iré de España sin antes ver al rey.

—Verá, don Arthur —le respondió Grimaldi con toda su flema diplomática—, quisiera hacerle comprender que eso no nos conviene de ninguna manera, ni a usted ni a nosotros.

—Sin embargo, yo no he venido a otra cosa.

Sin desanimarse, Grimaldi trató de explicarle:

—Permítame que le diga que usted ha llegado considerando solo su propia situación, pero no la nuestra. Sin embargo lo cierto es que aún no ha llegado el momento de que Su Majestad le pueda recibir. Hay motivos de peso para ello: por un lado, nuestra propia guerra con Portugal[12] que aunque esperamos que se resuelva pronto, nos ocupa todavía; por otro, Francia tampoco está aún preparada; y, en tercer lugar, nuestros barcos del Tesoro están camino de América del Sur. Todo ello hace que no nos sea todavía posible declarar públicamente nuestra alianza. Pero todas estas razones muy posiblemente cesarán antes de un año, y entonces no habrá inconveniente en que usted pueda reunirse con Su Majestad.

Lee continuaba mirando a Grimaldi con rostro serio y ceñudo mientras Gardoqui traducía pacientemente sus palabras. Como el americano se mantuviera en silencio, Grimaldi añadió:

—Nuestro país apoya su causa. De eso puede estar bien seguro. La hemos apoyado desde el primer momento, pero la diplomacia nos obliga a movernos

con pies de plomo. Mientras continuemos oficialmente en paz con Gran Bretaña, no conviene de ninguna manera que, por una pequeña falta de prudencia, nos veamos precipitados a la guerra antes de tiempo.

—¿Y cómo nos van a ayudar ustedes entonces, si ni siquiera se atreven a recibirme en la Corte?

Aquí intervino directamente Gardoqui, que dominaba a la perfección el aspecto contable de la ayuda española a la causa rebelde:

—Mire, señor Lee, no es que vayamos a ayudar, sino que, usted debería saberlo, estamos ayudando ya, lo hemos hecho desde el principio. España está dedicando en torno a un 6 % de sus ingresos a ayudarles a ustedes. Ahora mismo tenemos dos mil barriles de pólvora, plomo y uniformes, listos para serles enviados desde La Habana y Nueva Orleans.

—¿Cómo dice? ¿Dos mil barriles de pólvora?

—Eso he dicho. Y mi propia empresa, Gardoqui e Hijos, está organizando en este momento una serie de envíos a su tierra. Concretamente un barco cargado con 9000 varas de paño azul, 1710 de paño blanco y 2992 varas de estameña. Otro con dos cajones de quinina de 80 arrobas, dos cajones de botonaduras, 100 quintales de pólvora, 300 fusiles y bayonetas y 14 tercios de estameña. Otros dos importantes aprovisionamientos se preparan en los puertos de Barcelona y Cádiz. Piense también en la gran cantidad de pólvora fabricada en Francia y en México que están recibiendo y que seguirán haciéndolo. La pólvora francesa está siendo en gran medida financiada por España, así como la totalidad de la mexicana.

El americano escuchaba asombrado, con la boca literalmente abierta.

Por si todo esto fuera poco, Gardoqui le dejó claro que le ofrecería una serie de garantías privadas de dinero y suministros que se realizarían a través de su compañía: pues la empresa de Gardoqui sería la encargada de asistir al gobierno español en el envío de las ayudas a las colonias norteamericanas. De este modo, las expediciones se realizarían de forma aparentemente privada y extraoficial, manteniendo las apariencias de neutralidad de España.

—¡Caramba! Debo admitir que no me hallaba completamente al corriente de estos datos…

—Podemos además entregarle ahora 3000 pesos. En abril le haremos llegar otros 50 000, además de 8100 libras. En junio, contamos con poder entregarle 106 000 libras tornesas. Pero para poder hacer todo esto sin contratiempos, debemos rogarle encarecidamente que espere en Vitoria y no siga adelante. Además, a través del Conde de Aranda[13] nos pondremos en contacto con Holanda para solicitar también allí un crédito a favor de la causa

norteamericana. Pero, insisto, por lo que más quiera, estas reuniones deben continuar celebrándose en secreto. Al menos mientras todavía seamos capaces de mantenerlo.

Al cabo, las cosas consiguieron encauzarse: tanto Lee como Benjamin Franklin, ministro plenipotenciario para España, se mostraron completamente satisfechos con las explicaciones recibidas, y desistieron de volver a considerar necesario viajar a Madrid.

Pero mientras en Burgos se negociaba, los hechos en América seguían su curso y, de alguna manera, se aceleraban:

—¡Señor! Han llegado tres cartas de los colonos norteamericanos, todas ellas van dirigidas personalmente a usted.

—¡Tres cartas! ¿No les bastaba con enviarme una?

—Bueno, lo que ocurre es que provienen de tres lugares distintos, y cada uno de los remitentes escribe en su propio nombre: la primera es del general Lee, comandante en jefe del ejército continental en el Sur; la segunda de Patrick Henry, gobernador de Virginia; y el remitente de la tercera es un tal George Morgan, defensor de Fort Pitt[14].

—¡Caramba! Sí que deben estar apuradas estas gentes. Déjelas ahí sobre la mesa, ahora mismo les echaré un vistazo.

Como era de esperar, el contenido de cada una de las misivas coincidía en pedir ayuda urgente para su propia causa. Con distintas palabras, transmitían un mensaje muy parecido. La única diferencia estribaba en que el autor de cada una de las cartas incidía, como es lógico, en lo especialmente apurado de su situación.

Gálvez nos convocó a todos sus asesores y, tan pronto como se informó de los abastecimientos con que contábamos en Nueva Orleans, respondió a cada una de las peticiones. En los tres casos lo hizo con la máxima generosidad.

Comenzó por remitir a Morgan diez mil libras de pólvora.

Las envió Misisipi arriba en un buque de bandera española que, tras burlar los puestos de vigilancia británicos, consiguió llegar sin incidencias hasta el río Ohio. Una vez allá, navegando aguas arriba de este afluente del Misisipi, alcanzó el fuerte en peligro, en donde pudo entregar la anhelada mercancía.

Junto con los suministros, Gálvez adjuntó una carta para Morgan en la que le decía:

Puede usted contar conmigo y con toda la ayuda que me sea posible

enviarle, en la medida en que parezca que soy completamente ajeno y desconocedor de ella.

Nuestro gobernador ayudaba como en el consejo evangélico: anónima y desinteresadamente, y sin que su mano izquierda supiera lo que daba la derecha.

Pero el suministro enviado fue de tal magnitud, que bastó para inclinar la balanza de la contienda. Gracias a nuestra ayuda, la situación de Fort Pitt y toda su zona de influencia pasó, de ser desesperada, a inclinarse definitivamente en favor de los norteamericanos.

Sin embargo, una vez más, a pesar de todas las precauciones, la generosidad de Gálvez llegó a oídos de los ingleses. Y con ello volvió a crecer la impresión de que en cualquier momento podría declararse, al menos en la región de la Luisiana, un nuevo conflicto hispano británico.

A pesar de ello, los americanos seguían solicitando nuestra ayuda. Y si ellos demostraban ser insaciables a la hora de pedir, Gálvez no les iba a la zaga en cuanto a su generosidad a la hora de dar.

A los pocos días ya no les bastaron las cartas, sino que enviaron a un emisario. Se trataba de don Oliver Pollock, en realidad un hombre muy conocido por el Cabildo español.

Pollock, nacido en Irlanda, había emigrado a América en 1760.

Hizo una gran fortuna en Cuba, desde donde, al igual que yo, se trasladó a Nueva Orleans, en donde entabló una estrecha amistad con Unzaga. Ambos habían enviado importantes ayudas a los rebeldes. Pues desde el primer momento, Pollock se había convertido en un ferviente partidario de la causa de los Estados Unidos de América.

Fue el propio Unzaga quien presentó a Pollock ante Gálvez como «*un leal y celoso americano en el que podía depositar confianza absoluta*».

Pero no era solo Unzaga quien confiaba en Pollock, sino también los representantes de las trece colonias, que lo acababan de nombrar representante del Congreso de Filadelfia.

—Señor, hay aquí a un caballero llamado Oliver Pollock, que solicita entrevistarse con usted. Dice venir en representación del Congreso de Filadelfia.

Aunque, con el tiempo, el irlandés y don Bernardo llegarían a entablar una estrechísima amistad, en aquel momento al gobernador le incomodó un tanto su visita.

—¡Este Pollock…! ¿Y no tiene reparo en presentarse ante nosotros a cara descubierta? ¿Acaso no sabe que puede ponernos en un serio compromiso con

los británicos?

—Supongo que considerará que nuestras relaciones con las islas ya están lo suficientemente deterioradas como para que nada pueda ya perjudicarlas más…

—Lo importante no es lo que él considere, sino lo que pueda ocurrir. Aunque muy posiblemente tenga razón. Hágale pasar, y que sea lo que Dios quiera…

Oliver Pollock tenía entonces cuarenta años. Había llevado una vida intensa. Prueba de ello eran sus incipientes canas y su pelo ralo, con marcadas entradas en la frente. Sus maneras, corteses y afables, revelaban que era todo un caballero.

—Siéntese, señor Pollock, haga el favor.

—Muchas gracias.

—Me han dicho que le han nombrado representante de los Estados Unidos en Nueva Orleans…

—Sí, tengo el honor de haber sido comisionado para solicitar formalmente su ayuda en la guerra de los Estados Unidos contra Gran Bretaña.

—¿Formalmente? ¿Acaso no han recibido ustedes nuestra ayuda desde hace ya mucho tiempo? Por cierto, hace apenas un par de semanas que he recibido tres cartas insistiendo en el mismo sentido. ¿Acaso les parecen pocas para que me dé por enterado? —a pesar de su aparente rudeza, el tono empleado por Gálvez manifestaba una divertida nota de ironía.

—Sí, supongo que son más que suficientes. Pero, verá usted…, don Bernardo…, lo que necesitamos, lo que vengo a proponerle, es el establecimiento de una vía constante de suministros entre Nueva Orleans y los Estados Unidos. Una ruta fluvial a lo largo del Misisipi.

—Desde luego, una cosa tengo que reconocerles a los norteamericanos, señor Pollock, y es su claridad. Sabe usted bien que simpatizo con su causa, y que me gustaría mucho satisfacer su petición, pero piense que para poder llevar a cabo lo que ustedes piden, antes habremos de hacernos con el control de los puestos británicos a lo largo de la orilla este del río. Y, por supuesto, antes necesitaré también la aprobación de Su Majestad, el rey don Carlos III.

—Sí, claro, lo entiendo perfectamente…

—Tal vez esté usted al corriente de que hemos enviado ya diez mil libras de pólvora a Fort Pitt, con lo que se ha fortalecido decisivamente la posición de los colonos en la región del Ohio.

—Sí, don Bernardo, estoy plenamente al tanto de lo que usted ha hecho y quiero aprovechar para expresarle nuestro más profundo agradecimiento. De

hecho, su ayuda ha servido para cambiar las tornas en la región. Pero…, por desgracia, nos tememos que lo recibido hasta ahora no sea suficiente para ganar la guerra, necesitaremos más suministros…

Gálvez, al igual que el irlandés, era un hombre práctico. Comprendió que si Pollock había sido enviado hasta él era porque los americanos andaban muy necesitados de ayuda.

Por otro lado, el gobernador realizó una rápida estimación de cuáles eran las relaciones del momento entre España y la Gran Bretaña (sin olvidar el reciente episodio de la fragata Atlanta) y, sobre todo, de los intereses de aquella, y tomó una rápida decisión:

—Está bien, señor Pollock, veré qué más podemos hacer. En cuanto a envíos regulares, es todavía pronto para hablar de ello. Pero le proporcionaremos una nueva remesa de suministros. ¿Qué es lo que más necesitan?

—En realidad, de todo: armas, municiones, ropa… Y quinina: tenemos muchos problemas con la malaria…

—Tendrá lo que pide, pero por favor, sea discreto.

—Por mi parte tiene usted mi palabra de que guardaré una absoluta reserva. ¿Podemos seguir viéndonos en lo sucesivo?

—Sí, pero con la máxima discreción. Será mejor que no se le vuelva a ver por aquí. Tal vez sea mejor que, lo que tenga que hablar conmigo, lo trate a través del señor de Cavignac. Él es mi hombre de confianza. ¿Le conoce usted?

—Sí, claro. ¿Quién no conoce al señor de Cavignac en Nueva Orleans?

—Pues entonces él será nuestro nexo de unión.

—Muchas gracias otra vez, señor Gálvez. América nunca olvidará lo que España está haciendo por su independencia…

—Eso es todavía pronto para decirlo, señor Pollock, pero como intención vale. Le haré llegar un aviso en cuanto esté listo el cargamento.

A los pocos días zarpaba río arriba un nuevo barco de bandera española, cargado hasta los topes con un generoso acopio de todos los abastecimientos solicitados por el comisionado de Filadelfia: mantas, pólvora, fusiles, quinina y municiones.

El cargamento estaba valorado en veinticinco mil doblones, una cantidad formidable. Tan alta, que cuando los suministros llegaron a Pennsylvania y Virginia, y se distribuyeron entre las tropas de Washington y del general Lee, fueron recibidos con grandes muestras de júbilo. Al desembalar su contenido, nadie dudó —como los hechos demostrarían muy poco más tarde— de que el

envío era más que suficiente para asegurar las posiciones del ejército continental en toda la inmensa región al Oeste de los Apalaches.

Poco después recibimos en Nueva Orleans una noticia que sin duda nos impresionó muy favorablemente. Era poco antes de la Navidad de 1777 cuando supimos que, en un lugar llamado Saratoga, entre Boston y los Grandes Lagos, los independentistas habían logrado una importantísima victoria sobre las tropas británicas.

La batalla se había librado entre los días 19 de septiembre y 17 de octubre, en las proximidades del río Hudson.

Conforme a los informes que manejaba Gálvez, el general británico John Burgoyne, al frente de las tropas británicas destinadas a invadir las colonias desde el Canadá, pretendió aislar el territorio de Nueva Inglaterra del resto de las colonias del Norte.

Su objetivo era además causar la mayor cantidad de bajas posibles entre las filas del ejército rebelde.

Su plan consistió en remontar el valle del río Hudson desde Montreal, en donde se hallaban reunidas sus columnas. Subiría a lo largo de este camino fluvial y, con el apoyo de las tropas británicas de Howe, acantonadas en Nueva York y que se le debían unir en Albany, emprenderían una ofensiva conjunta sobre los independentistas.

Aunque las tropas coloniales, bajo el mando del general Washington, contaban con prácticamente los mismos efectivos que los ingleses, en el momento en el que comenzó la ofensiva de Burgoyne hubieron de disgregarse, incapaces de resistir ante la implacable embestida británica.

Pero Burgoyne, que como digo había descendido en solitario desde los bosques canadienses, se detuvo a la espera de Howe, que se retrasaba después de atacar Filadelfia. Burgoyne no dudaba de que, en el momento en el que ambos se reagruparan en un único ejército, su victoria sobre Washington sería total.

Sin embargo Howe prefirió seguir avanzando hacia el sur, desde donde incluso se permitió pedir refuerzos a la guarnición del general Clinton, asentada también en Nueva York.

Burgoyne, mientras tanto, era hostigado con tal virulencia por las milicias rebeldes, que ni siquiera fue capaz de llegar hasta Nueva York a conseguir ayuda.

Su situación se hizo crítica: él y sus hombres estaban aislados, tenían graves problemas de abastecimiento, y estaban cercados por un ejército que ahora les superaba en número.

Al cabo, el 17 de octubre, hubo de rendirse ante el comandante estadounidense Horatio Gates.

Para los americanos esta victoria supuso una inesperada dosis de optimismo.

El balance final de la batalla fue de 800 muertos estadounidenses por 1600 bajas inglesas, y 6000 prisioneros británicos.

También estos comprendieron que los americanos sabían luchar con valentía y eficacia.

Un oficial inglés escribió:

> *El valor y la obstinación con que los americanos han peleado ha sido el asombro de todos nosotros. Ahora nos hemos convencido de que no son ese despreciable enemigo que hasta ahora creíamos, incapaces de mantener una posición, y que solo serían capaces de luchar amparados por defensas fuertes y poderosas*.

Como he dicho, esta victoria afianzó enormemente las esperanzas de triunfo de las milicias ciudadanas sobre un ejército de línea. Y esto, a la larga, contribuiría sin duda a adelantar el apoyo oficial de Francia y el nuestro a la causa norteamericana.

9

A pesar de la creciente tensión y del intenso trabajo, Gálvez y yo continuamos frecuentando la casa de los Richmond siempre que nos era posible. Para nosotros suponía una ocasión muy esperada cada semana. No en vano era el momento más propicio para encontrarnos con Felicitas y con Amelia.

A partir del día de su presentación, las relaciones del gobernador con la joven viuda habían avanzado a un paso muy rápido.

Tanto, que la boda parecía inminente. Sin embargo, a finales de octubre de 1777 se produjo un singular fenómeno que iba a alterar el normal desenvolvimiento de las vidas de ambos. Y es que don Bernardo se sintió repentinamente muy mal. Los dolores eran tan fuertes, que a pesar de su temperamento enérgico y activo acabó por meterse en la cama y llamar al médico. St. Maxent le recomendó al doctor Fleury, tal vez el médico más prestigioso de Nueva Orleans y, desde luego, el más veterano. Fleury era un hombre gordo y cachazudo que, consciente de su notoriedad, se daba mucha importancia. Tal vez excesiva. Durante su primera visita al gobernador no pareció tomarse el asunto demasiado en serio:

—Me da la impresión de que trabaja usted demasiado, don Bernardo. Ese es el motivo por el que le ha subido la fiebre. Ande, despreocúpese de todo durante unos días y procure dormir. Lo que usted necesita es reposo. Deléguelo todo en sus subordinados y olvídese de los papeles y de todas sus responsabilidades en el Cabildo, no vuelva a ellas hasta que no se encuentre completamente repuesto.

—Procuraré hacerle caso, doctor, aunque no crea que me va a resultar sencillo. En cuanto me quede a solas aquí tumbado, me empezarán a asaltar mil ideas: mil cuestiones que consideraré pendientes y urgentes de realizar.

—Pero usted no debe hacer caso a esas ideas. Créame: es necesario estar descansado para después poder rendir más y mejor. Se lo digo por su bien y por el de todas esas cuestiones que se trae entre manos. Obrar de otra manera, a la larga, le resultará perjudicial. El organismo es como una de esas máquinas de vapor, que necesita enfriarse de vez en cuando. ¿Me comprende?

—Sí, claro —añadió resignado—. ¿Volverá mañana?

—Estaré aquí por la mañana, a aproximadamente la misma hora que hoy. Si sigue mis consejos, ya verá cómo le encuentro mucho mejor cuando llegue.

—Así lo espero…

—Hasta mañana, entonces, y recuérdelo: olvídese de todo y descanse…

—¡A sus órdenes! —bromeó el gobernador.

Pero al día siguiente don Bernardo no solo no había mejorado, sino que había sufrido una grave recaída.

A pesar de haber obedecido a rajatabla las instrucciones del médico, y de que no se había levantado de la cama desde la víspera, su estado general era mucho peor. En realidad no hubiera podido levantarse ni aunque lo hubiera intentado.

Esta vez el doctor Fleury se alarmó de veras.

Y aunque trató de disimular su preocupación delante del enfermo, a Gálvez no se le escaparon las inconfundibles señas de intranquilidad que se reflejaban en su rostro. Por otra parte, no hacía falta que el médico le descubriera nada, él mismo se encontraba muy mal, cada vez más imposibilitado y dolorido.

Tan pronto como se marchó el doctor, don Bernardo me hizo llamar a su dormitorio, en un ala apartada del propio edificio del Cabildo. La habitación, sin ser excesivamente amplia, estaba muy ordenada y su decoración mantenía el mismo estilo noble del resto del edificio. Los altos visillos sobre los ventanales estaban completamente cerrados, la luz le hacía daño al enfermo.

Durante los meses que llevábamos tratándonos habíamos congeniado muy de veras, hasta el punto de que, muy por encima de la mera relación entre autoridad y subordinado, llegó a establecerse entre nosotros una auténtica relación de amistad, que favorecía la mutua confianza.

Por eso, desde que supe del empeoramiento de la salud del gobernador, me mantuve en contacto constante con el Cabildo, para ofrecer mis servicios en lo que se necesitara.

—¡Alphonse! ¡Me alegro en el alma de verte! —era significativo que Gálvez, siempre tan formal, abandonara el tratamiento de usted para dirigirse a mí. Y que se mostrara tan efusivo. Era como si, viéndose a las puertas de la muerte, se desprendiera de todo artificio innecesario.

—Para eso estamos los amigos. Ya sabe que me tiene usted para lo que necesite.

—Por eso te he llamado, porque sé que puedo confiar en ti más que en ningún otro. Y verás… tengo una importante misión que confiarte —la voz

del gobernador sonaba muy débil y gastada.

Tosía a cada rato, con una tos seca y áspera. Hasta el punto de que al verle en ese estado, por primera vez temí por su vida.

—Usted dirá, don Bernardo…

—Verás…, tú sabes mejor que nadie cómo conocí a Felicitas en casa de Richmond —tú nos presentaste— y cómo enseguida nos enamoramos.

—Sí, así es…

—Pues bien, aunque hasta ahora lo hemos llevado en secreto, lo cierto es que estamos comprometidos. ¿Te das cuenta? Felicitas y yo nos hemos obligado en matrimonio.

Yo seguía las palabras de Gálvez con una cierta perplejidad.

No acertaba a comprender qué tenía que ver yo con todo eso, y por qué me lo decía precisamente ahora, cuando estaba en cama tan grave. Incluso llegué a preguntarme si don Bernardo no estaría perdiendo la cabeza.

El gobernador prosiguió:

—No le hemos dicho nada a nadie porque, como sabrás, mi cargo me obliga a pedir el permiso del rey antes de casarme…

—Sí, conozco esa costumbre.

—Sin embargo…, no te oculto, Alphonse, que me siento morir.

Estoy muy grave…

—Por favor, don Bernardo, no diga eso, tiene usted que ser fuerte…

—Tienes toda la razón, pero a Dios rogando y con el mazo dando… No te quepa la menor duda de que por mi parte no dejaré de hacer cuanto esté en mi mano por tratar de reponerme. Pero, por si no lo consiguiera, quiero dejar arreglados un par de asuntos aquí abajo. Y uno de ellos es este. Si llegara a morir, quisiera hacerlo con el consuelo de saber que habré cumplido mi palabra para con Felicitas…

—Le aplaudo por ello, don Bernardo, pero no acierto a ver cuál es mi papel en esta cuestión. ¿Es que quiere usted que yo hable con ella?

—No, Alphonse, no es eso, hombre. Ella no necesita que le digas nada. Está dispuesta a casarse conmigo en cuanto sea posible. A quien quiero que veas es a don Cirilo.

—¿Se refiere a don Cirilo de Barcelona, el párroco de la iglesia de San Luis?

—El mismo. Quiero que lo traigas aquí, para que pueda explicarle lo que te acabo de decir, y para que después nos case a Felicitas y a mí. Además, quiero también aprovechar para confesarme.

Después de oír estas últimas explicaciones, me convencí de que el gobernador continuaba en sus plenos cabales, y de que hablaba muy en serio.

—Muy bien, don Bernardo. Por supuesto, cuente conmigo. Iré en busca de don Cirilo. ¿Cuándo quiere que se lo traiga?

—Ahora mismo, si puede ser. No quiero retrasar estas cosas ni un segundo más de lo necesario. Como te he dicho, lo que más me preocupa, si debo abandonar este mundo, es dejar las cosas importantes arregladas.

—Voy ahora mismo a buscar al párroco…

—Muchas gracias, Alphonse.

Todo aquello ocurrió durante la fiesta de Todos los Santos, el día 1 de noviembre de aquel año de 1777.

En cuanto llegó el sacerdote, Gálvez le explicó que tenía contraídos esponsales con doña Felicitas de St. Maxent y que, en el lance en que se hallaba, quería contraer matrimonio con ella, pues en caso de que Dios dispusiera de su vida, moriría con el consuelo de haber cumplido su palabra.

En atención a tan cristianas y nobles razones, don Cirilo —un hombre alto y apuesto, al que sus blanquísimas canas otorgaban un aire especialmente solemne— accedió a asistir al consentimiento de los contrayentes, a pesar de que el gobernador careciera del preceptivo permiso real, y de que el sacramento hubiera de celebrarse en secreto.

Al día siguiente Felicitas se presentó a la boda vestida con un elegantísimo traje que realzaba, aún más si cabe, su incomparable belleza.

Amelia y yo intervinimos como testigos de la emotiva celebración, que hizo que a don Bernardo, a pesar de su delicadísimo estado de salud y de su habitual fortaleza de carácter, se le saltaran las lágrimas al pronunciar el esperado «Sí, quiero».

Estábamos todos tan emocionados y conmovidos, que a la salida me propuse hablar a fondo con Amelia. Yo también quería adelantar todo lo posible el día de nuestra boda. No sé si obré con precipitación o no, pero una vez en la calle, me brindé a acompañarla hasta su casa. A la vez invité a Daisy, su señorita de compañía, a caminar a algunos pasos por detrás de nosotros, a fin de que pudiéramos charlar tranquilamente durante nuestro breve trayecto juntos, al que acompañaba un tiempo de lo más agradable. El sol, muy bajo ya, comenzaba a ocultarse tras los árboles más altos, y la temperatura era deliciosa. Al menos así me lo parecía a mí.

—Amelia, hay algo que hace tiempo que deseo comunicarte… En realidad tú ya lo sabes… Yo…, bueno, yo te quiero. Te quiero con todas mis fuerzas. Te quise desde el primer día en que te vi, durante la toma de posesión de Unzaga.

—Pero Alphonse…, si entonces no nos conocíamos… Recuerda que la primera vez que nos encontramos fue aquel día en que me ayudaste a recoger las cajas que derribó Dubois, el comerciante…

—Te equivocas, cariño. Aquel día estuve cerca de ti para ayudarte porque llevaba días al acecho, a la espera de que se presentara una oportunidad para poder abordarte. Hemos de agradecer a Dubois que me brindara aquella ocasión…

—¡Entonces debo reconocer que eres un gran actor! ¡Nunca lo hubiera sospechado! —exclamó Amelia entre risas, profundamente satisfecha y halagada.

—Tal vez me haya enseñado a actuar así la vida en la alta sociedad de esta ciudad. Y créeme, si eso me ha servido para entrar en tu vida, de nada puedo estar más agradecido.

Continuamos caminando un rato en silencio, saboreando la mutua compañía, hasta que, sin pretenderlo, rompí ligeramente el hechizo al afirmar:

—Amelia, hay algo que, si vas a ser mi esposa, deberías saber acerca de mí…

A pesar del tono despreocupado con el que traté de decirlo, ella pareció alarmarse ante lo que parecía el preludio de una grave confesión por mi parte.

—No temas, no es nada malo. Es solo que… que quiero evitar toda doblez contigo… Quiero que sepas todo acerca de mi vida… Y verás, Amelia, en realidad no soy quien aparento.

Con este torpe comienzo, su sorpresa aumentó todavía más.

—Por favor, no te asustes. Solo quiero que sepas que De Cavignac no es mi verdadero nombre, como tampoco lo es exactamente Alphonse. En realidad me llamo Alfonso Salazar. Y no nací en Quebec, sino en la Florida, en San Agustín.

—No te entiendo, Alphonse: ¿estás bromeando?

—No, cariño. En absoluto. Es la verdad. De Cavignac era el apellido de mi madre…

—Pero, Alphonse, ¿por qué lo haces? ¿Por qué ocultas tu verdadera identidad?

—Me hago pasar por *quebecois* desde que llegué a Nueva Orleans porque así me lo pidió el gobierno de mi país. Cuando llegué a la Luisiana, Nueva

Orleans estaba muy revuelta en contra del poder español y había pocos compatriotas que hablaran francés. Yo podía ser de utilidad para conocer el verdadero sentir de la ciudad. ¿Lo comprendes?

—¿Te contrataron como espía…?

—No sé si esa es la palabra adecuada, pero podría llamársele así. Les interesó mi conocimiento del francés. Mi madre era de Quebec. Eso sí es cierto, por eso hablo el idioma con la misma naturalidad que un nativo.

—Pero ese peligro ya ha pasado. ¿Por qué no vuelves a ser Alfonso…?

—… Salazar.

Amelia parecía dispuesta a comprender, a aceptar cuanto yo le decía, pero en cualquier caso, sin duda, habíamos perdido la magia de hacía unos instantes, se había producido un ligerísimo distanciamiento entre los dos.

—No es fácil dar vuelta atrás. Toda Nueva Orleans me conoce desde hace años como Alphonse de Cavignac. ¿Cómo voy a decir ahora: «Señores, les he mentido durante todo este tiempo. No soy quien ustedes piensan…»? Eso echaría abajo toda mi reputación. Pero tú eres distinta. No quiero ni puedo permitir que vivas engañada respecto a mi verdadera personalidad… Y menos aún que te cases con una persona de quien desconozcas su verdadero nombre.

Amelia se quedó pensativa unos instantes. Ya no reía. Miraba al suelo mientras caminábamos en silencio.

Yo temí. Temí que mi sincera revelación me hiciera perder a mi novia para siempre. Negros pensamientos comenzaron a asaltarme, mientras esperaba a que ella dijera algo que me permitiera volver a respirar tranquilo.

Por fin habló:

—¡Alphonse, yo te sigo queriendo, y te querré siempre! Alphonse o Alfonso, ¡qué más da! Eres tú: la persona a la que amo. Si tuviste que sacrificarte por servir a tu país, no puedo reprochártelo. Ni mucho menos dejar de amarte…

—¡Gracias a Dios…! —volví a sentirme aliviado.

—Además, has hecho muy bien en decirme la verdad. Ha sido un nuevo gesto de nobleza por tu parte. Sin embargo… —en estas dos últimas palabras creí percibir una pequeña nota de amargura.

—Sin embargo, ¿qué…? ¿Ocurre algo?

—Mis padres. Mejor dicho: mi padre. Sabes lo anglófilo que es. Y lo testarudo. A pesar de vivir en la Luisiana, en un territorio español, dudo mucho que me permitiera casarme con una persona de tu país. Especialmente si, como todo parece apuntar, España termina por declarar la guerra a Gran Bretaña…

—¿No crees que tú podrías hacerle cambiar de opinión?

—¿Yo? Ni hablar. Es la persona más cabezota de Nueva Orleans.

—¿Y si no le dices que soy español?

—Lo pensaré, Alphonse. Pero cuando nos casemos, tarde o temprano se acabará enterando. No sé si sería mejor que lo supiera con antelación. Su reacción posterior podría ser terrible. No le conoces…

Gruesos nubarrones volvían a cernirse sobre mí…

Durante los días posteriores a su boda, Gálvez sufrió un nuevo agravamiento.

Su ya esposa Felicitas no se apartó de su lado ni un solo instante. Era conmovedor ver cómo aquella joven, viuda ya en una ocasión, se desvivía por rescatar a su nuevo marido de las garras de la muerte.

También el doctor Fleury se mantenía en todo momento pendiente del gobernador.

Pero era tal la dedicación de Felicitas, que más que ayudar ella al médico, se diría que era al revés.

Fueron muchas las jornadas que transcurrieron así, con la vida de Gálvez pendiente de un hilo.

—¿Qué hora es, Carmen? —Carmen era una de las criadas de la casa del gobernador.

—Las tres y media, señora —se refería a las tres y media de la mañana.

—Despierte a Catalina y vayan a casa del doctor. Avísenle para que venga. Creo que se está poniendo peor.

En efecto, don Bernardo respiraba con mucha dificultad, y deliraba, en medio de un sueño muy agitado. Su rostro tenía un color muy pálido, y sudaba abundantemente. Le había subido la fiebre.

Felicitas le tomó de la mano y la apretó con fuerza.

—Bernardo, cariño mío, tranquilízate. Soy Felicitas. Estoy aquí, a tu lado. Vamos, cálmate. Enseguida vendrá el doctor. No dejes que te vea en este estado. Despierta, por favor, haz un esfuerzo.

Lo asombroso era que, a la llamada de su esposa, el gobernador respondía librándose de su terrible agitación, e incluso abriendo los ojos y dedicándole una tierna mirada.

Ella le correspondió dedicándole a su vez una de sus más delicadas y cariñosas sonrisas.

Cuando llegó el doctor, el peligro parecía haber pasado.

—¡Buenas noches, doña Felicitas! He venido lo más rápido que he podido. ¿Cómo está?

—Perdone que le haya molestado a estas horas, doctor, pero ha tenido una crisis terrible. Creí que se nos iba. Gracias a Dios, me parece que ya está mejor.

—Voy a echarle un vistazo.

Fleury auscultó y exploró al enfermo durante un buen rato. Al cabo, dictaminó:

—Tiene mucha fiebre. Abran un poco las ventanas. Es bueno que se renueve el aire de la estancia.

—Doctor, ¿no hay nada que podamos hacer por aliviarle?

—¡Nada! Solo esperar. Es su propia constitución la que debe obrar la recuperación. Y ahí no hay nada que nosotros podamos hacer. Claro está que hablo desde el punto de vista de la estricta medicina. Porque, desde luego, lo que usted está haciendo, doña Felicitas, es lo más importante. Si hay algo que puede favorecer a la naturaleza de don Bernardo, es sentir la cercanía y el afecto de usted. No podía estar haciéndolo mejor.

—Se lo agradezco —respondió la mujer tratando de sonreír, aunque su preocupación, unida al gran cansancio acumulado, le impidieron hacerlo con espontaneidad.

Pero, gracias a Dios, pasados algunos días, cuando todos en la ciudad le daban ya por muerto, Gálvez comenzó una leve mejoría.

Lo peor parecía haber pasado ya.

Fue una recuperación lenta pero ininterrumpida, hasta el punto de que, tan solo un par de semanas más tarde, el gobernador estuvo en condiciones de volver a sus quehaceres habituales.

Y, para asombro de quienes trabajábamos a su lado, venía acompañado de fuerzas renovadas. Con mayor ilusión y vitalidad, si cabe, que antes de contraer la enfermedad.

A su regreso a la vida activa quiso en primer lugar examinar la marcha de las tareas de cimentación de las defensas, iniciadas al poco de la partida del capitán Lloyd.

Se alegró mucho al comprobar que iban a muy buen ritmo. Pero —concluyó— todavía no eran suficientes para la completa protección de la ciudad. Por eso, tras meditarlo un poco, ordenó la construcción de tres grandes lanchones que, convenientemente armados con cañones de dieciocho

a veinte libras, serían capaces de defender con las máximas garantías la entrada del Misisipi.

La maniobrabilidad y velocidad de este tipo de gabarras, en aguas de poco calado, superaba con creces a las de cualquier otro tipo de embarcación.

Advirtió que otro de los graves problemas pendiente de resolver era la escasez de efectivos en el ejército, debido sobre todo a la exigua población de la región. Para solucionarlo concibió una serie de medidas que hiciesen atractiva la inmigración a la Luisiana.

Y, asombrosamente, logró atraer en un tiempo record a más de mil quinientos canarios y a un buen número de refugiados norteamericanos que, huyendo de la guerra, acudieron en gran número a asentarse en el nuevo emplazamiento preparado para ellos al Noroeste de la ciudad. Los recién llegados, en agradecimiento al gobernador, bautizaron a la nueva población con el nombre de Galveztown[15].

Otro importante asentamiento fue ocupado por quinientos paisanos suyos, de Málaga, que fundaron la ciudad de Iberville.

Sus iniciativas en este sentido resultaron ser todo un éxito, y muy pronto, con los nuevos colonos instalados, pudieron cubrirse quinientas plazas más en el ejército regular de la Luisiana, además de otras mil en la milicia.

A pesar de todo, las fuerzas eran todavía reducidas, por lo que don Bernardo dispuso que los hombres debían ser especialmente bien adiestrados, de tal manera que fuesen capaces de estar siempre listos para el combate, en cualquier momento y circunstancia en que se les necesitase.

A la vez, Gálvez no dejó de prestar, de manera encubierta, toda la colaboración posible a los colonos independentistas.

Tampoco tuvo ningún tipo de reparo en ofrecerles esta protección de manera plenamente oficial y manifiesta cuando se trataba de proteger a los estadounidenses en aguas de jurisdicción española.

Esta protección de España resultó crucial para la causa de las colonias. Muy poco hubiera durado su rebelión si los británicos hubiesen tenido libertad para atacar a sus buques, a su comercio o a sus factorías en la estratégica región del Misisipi.

Celebré muy de veras la recuperación de don Bernardo, a pesar de que mi vida no pasaba por sus mejores momentos en aquellos días.

Pues en cuanto Richmond se había enterado de mis pretensiones para con su hija, y de que yo era español, es decir, enemigo de los ingleses, montó en

cólera, prohibiendo en adelante toda relación de Amelia conmigo, e incluso cerrándome por completo las puertas de su casa. Además, amenazó con divulgar mi verdadera identidad por toda la ciudad si trataba de burlar sus decisiones.

Por si esto fuera poco, me sentía culpable de que las confidencias que había hecho a Amelia pudieran perjudicar a los intereses de España, pues —pensaba yo en mi decaimiento— si Richmond terminaba por airear mi condición de falso quebequés, tal vez pudiera terminar lesionando el prestigio del propio gobernador.

Durante algunos días apenas salí de casa. Mi estado de languidez y decaimiento movían a compasión incluso a los sirvientes.

Estando en estas, a primera hora de una mañana fresca y soleada, Alicia me anunció que había un hombre a la puerta que preguntaba por mí.

—¿Le ha dado su nombre?

—Sí, dice llamarse John Smith.

Haciendo un esfuerzo supremo por vencer mi apatía, le respondí:

—Dígale al señor Smith que pase, haga el favor.

Sabía bien de quién se trataba. Como sabía que Smith no era su verdadero nombre. Aunque, por supuesto, le trataría de tal. ¿Cómo no iba a hacerlo así, si mi verdadero nombre tampoco era de Cavignac? —este fugaz pensamiento volvió a punzarme en la herida que tenía abierta en el alma, al traerme a la memoria mi forzoso alejamiento de Amelia.

Smith era uno de los espías enviados por Gálvez a la Florida y a Georgia.

—Pase, señor Smith. Siéntese, haga el favor… ¿Quiere tomar algo?

—Hombre…, un poco de coñac me ayudaría a refrescar un poco la garganta y puede que la memoria…

—Es una buena idea. Alicia, tráiganos un par de copas, por favor.

—Muchas gracias, *monsieur* de Cavignac —en cuanto Alicia salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, el recién llegado miró ostensiblemente a derecha e izquierda…

—Tranquilícese, Smith, estamos solos, puede hablar con entera libertad.

—Lo celebro, porque esta vez traigo algo gordo…

—Espero que sean buenas noticias…

—No son del todo buenas. Pero antes de entrar en materia, me gustaría saber qué tal está don Bernardo, he oído decir que se moría.

—No se apure por eso. Estuvo muy grave. Y nos temimos lo peor, pero ya está plenamente repuesto y fuera de peligro. Incluso muchos pensamos que ha vuelto con mayor brío y energías que antes de caer enfermo…

—¡Caramba! Eso es mucho decir… Es un hombre admirable.

No podíamos tener otro gobernador mejor, con los tiempos que corren.

Alicia entró con el coñac y la conversación se interrumpió por unos breves instantes.

Pero tan pronto como la buena mujer se hubo retirado de nuevo, Smith se dispuso a abordar la cuestión que tan importante consideraba, y que estaba deseando trasladarme cuanto antes.

—Verá, Cavignac, la conflagración entre España y Gran Bretaña no ha estallado todavía. Pero está a punto de hacerlo, más pronto que tarde: en realidad, entre los ingleses suenan ya los tambores de guerra. Por de pronto, han enviado un importante contingente de hombres hacia el Sur. Hacia Florida. Tres importantes regimientos: los de Waldeck, Pensilvania y Maryland, mil doscientos soldados en total.

—Eso no suena nada bien…

—Por supuesto que no: han venido a reforzar los principales fuertes de la región: Pensacola, Bute de Manchac, Panmure de Natchez y Baton Rouge.

—Eso significa que están rodeando Nueva Orleans.

—Eso es. Pero todavía hay más: están trabajando para mejorar su artillería, y han colocado dos buques de guerra, el Syph y el Howard, a muy pocas millas de la desembocadura del Misisipi.

—¿Hace cuánto que comenzaron los movimientos enemigos? O, mejor dicho: ¿hace cuánto que han llegado esos refuerzos a la Florida?

—Hace solo unos días. Y lo mismo ha ocurrido con los barcos. Es todo muy reciente. Pero he decidido venir sin esperar más, saltándome los cauces ordinarios. En mi opinión, no cabe ya ninguna duda de que se están preparando para atacar. Desde luego, están haciendo acopio de fuerzas suficientes como para intentar la conquista de la Luisiana.

—Si nos tomaran desprevenidos y lo lograran, de un solo golpe se quitarían varios problemas de encima: dejarían a España fuera de juego en la región, se harían con el control del Misisipi, y los rebeldes americanos quedarían completamente desprotegidos, además de aislados e incomunicados, tanto por tierra como por mar. Sería una jugada maestra.

—¿Va a informar al gobernador?

—Por supuesto. Lo que usted acaba de traer aquí es de la máxima importancia…

Sin embargo, daba la impresión que había algo más de lo que Smith deseara informar. Algo que, por alguna razón, le costaba decir.

Hasta que al fin se decidió:

—Por cierto, al entrar en la ciudad he visto algo sospechoso. Un grupo de hombres con carretas. Parecían cargadas hasta los topes, aunque, claro está, no sé lo que contenían. Era de madrugada, en plena noche.

—Podrían ser comerciantes.

—Sí, pero su manera de comportarse no hacía pensar que fuesen simples comerciantes. Había una clara atmósfera de secretismo en torno a ellos. Como si trataran de no ser vistos y, sobre todo, como si tuvieran algo que ocultar.

—¿Conoce la identidad de alguno de ellos?

—Solo la de uno…

—¿Y bien…?

—Se trata de Charles Richmond.

—¿Richmond? ¿Está usted seguro?

—Como de que me llamo Smith… ¡Bueno! —rectificó al recordar que Smith era un nombre falso—. Ya me entiende…

La noticia me impresionó mucho. En el fondo me produjo más alegría que dolor. Tal vez podríamos encarcelar a Richmond por ello. Pero inmediatamente me avergoncé. Al fin y al cabo, era el padre de Amelia.

—¿Tiene alguna intuición acerca de lo que podrían estar tramando?

—No. No lo sé. Más que lo que hacían, atrajo mi atención el «cómo» lo hacían: como le digo, era evidente que trataban de ocultar algo.

Me quedé un buen rato pensativo hasta que, al final, volviendo a la realidad, exclamé:

—Muy bien, Smith. Ha hecho usted un buen trabajo. Y ha hecho bien en venir en persona. Coincido con usted en que los ingleses se preparan para darnos una sorpresa. Y, respecto a Richmond, quién sabe lo que se puede traer entre manos… No sé…

En cualquier caso informaré hoy mismo a don Bernardo.

Smith apuró su último trago y se despidió:

—Gracias por el coñac. Es de una calidad excelente. Hasta la vista, Cavignac.

—Adiós Smith. Y, por lo que más quiera, ándese con mucho cuidado.

—Descuide. Por la cuenta que me trae…

10

Acudí presuroso al Cabildo. Quería transmitir a Gálvez las recientes noticias que acababa de comunicarme nuestro agente «Smith».

Pero lo que no podía imaginar era que el gobernador me fuera a recibir con una información tan grave o incluso más:

—Mal se están poniendo las cosas, Alphonse. El pasado 6 de febrero[16], el rey de Francia ha firmado un tratado con los Estados Unidos en el que Francia reconoce el derecho de las antiguas colonias norteamericanas a declararse independientes.

—¡Pero eso es una declaración de guerra a Gran Bretaña!

—Sin duda. Esa es la cuestión.

—¡Es asombroso, por no decir algo peor…, que Francia no nos haya informado antes de dar ese paso!

Desde luego que lo era. Hacía años que los reyes de los dos países, y con ellos todos sus embajadores y diplomáticos, no daban un paso sin consultarse recíprocamente. Aunque Luis XV de Francia había fallecido y había sido sustituido por su nieto Luis XVI, la cercanía «familiar» entre ambos reinos se mantenía vigente.

—Por lo que he podido averiguar, la declaración no se ha producido como un hecho repentino o casual. Ha venido precedida de muchas y muy intensas cavilaciones en Francia. Me consta que una parte importante del gobierno galo, si no todo, ha tratado de mantenerse firme en sus posiciones contrarias a la guerra, sobre todo porque sus finanzas no atraviesan el mejor momento, precisamente. Y también porque los beneficios que reportará a Francia la creación de una nueva nación en el Norte de América no están nada claros, por no decir que no se ven por ninguna parte.

—¿Entonces…? —pregunté yo, cada vez más extrañado.

—El artífice de todo, y quien ha logrado convencer al rey acerca de las hipotéticas ventajas de entrar en guerra, ha sido el ministro de asuntos exteriores, el conde de Vergennes. Como sabes, la política de este hombre viene guiándose desde hace tiempo por la idea de que tanto el poder de Gran

Bretaña como el del imperio ruso están creciendo demasiado. Y que, por tanto, cualquier iniciativa que sirva para mermar a uno o a otro ha de redundar en beneficio de Francia.

—Bueno, eso tiene lógica, qué duda cabe…

—Sí, desde luego. Aunque, en realidad, no es solo Vergennes.

Si el rey Luis XVI se ha atrevido a firmar el documento, es porque la opinión pública de su país está de su lado, sobre todo si nos fijamos en los intelectuales y en la mayor parte de los oficiales del ejército. Estos ven en la guerra una oportunidad de recuperar las colonias perdidas en la guerra de los Siete Años y, sobre todo, una ocasión de revancha contra los ingleses. Una circunstancia propicia para restaurar su orgullo.

—¿Cree que apelarán a un nuevo pacto de familia?

—Por supuesto. Es más: ya lo han hecho.

—¡Qué desfachatez!

—El secretario de Estado del rey, el Conde de Floridablanca, ha salido al paso para paralizar, al menos de momento, nuestra entrada oficial en el conflicto. Ha aducido —como bien señalas— que Francia se muestra cuando menos prepotente y desleal al tener el atrevimiento de acudir a pedirnos auxilio inmediatamente después de suscribir a nuestras espaldas un documento que nos incumbe directamente.

—Francia ha faltado a las más elementales normas de prudencia y de cortesía.

Solo un par de meses después de aquella conversación, y precisamente a consecuencia de la entrada de Francia en la guerra, el comandante en jefe británico en América del Norte, el general Clinton, recibía las órdenes de evacuar Filadelfia, ciudad que los ingleses habían ocupado el año anterior, en 1777. Clinton debía dirigirse ahora a Nueva York para concentrar a sus hombres, pues era en Nueva York en donde se encontraba la principal base británica del continente.

Cuando Clinton recibió las órdenes de evacuación era mayo de 1778.

Poco antes, en abril, una importante flota francesa había partido desde Toulon con la intención de atacar a Clinton y a sus hombres antes de que pudieran alcanzar Nueva York.

Mientras los víveres, el equipo pesado y los milicianos norteamericanos leales a la Corona serían trasladados por barco, el resto de las tropas marcharían a pie a través del estado de Nueva Jersey.

La expedición partió de Filadelfia el 18 de junio. Tenían ante sí un viaje de ciento sesenta kilómetros. La columna se componía de once mil soldados regulares británicos y alemanes, así como de mil americanos leales.

Con los carros de suministros que les acompañaban, formaban un largo convoy de varios kilómetros de longitud, que los hacía vulnerables a sabotajes y ataques de las guerrillas rebeldes.

De hecho, tan pronto como comenzaron su larga marcha, los independentistas se movilizaron para entorpecerles el paso.

Llegado el 28 de junio, los continentales, envalentonados con el éxito de sus escaramuzas, decidieron lanzar un ataque sorpresa sobre la retaguardia británica.

George Washington, general en jefe del ejército continental, decidió encomendar la dirección del ataque al general Charles Lee. Le ordenó que atacara en el momento en el que los realistas abandonaran la localidad de Monmouth, situada en el centro de Nueva Jersey, en la costa.

Sin embargo, Lee concibió serias dudas acerca de sus posibilidades de éxito y, cuando Washington le ofreció el mando, rehusó:

—Señor, le ruego que me permita declinar su invitación. Le agradezco sinceramente la confianza que demuestra en mí, pero creo que no debo dirigir un plan en el que no creo. Estimo que cuatro mil hombres son pocos para salir exitosos en el ataque a unas fuerzas profesionales que nos exceden en número.

—No pretendo que acometa usted al grueso de las tropas, sino tan solo a la retaguardia, no es mi intención forzarle a ir. Puede retirarse.

—A sus órdenes, mi general.

A pesar de las apariencias, Washington quedó un tanto perplejo y molesto ante la negativa de Lee. Pero no era un hombre que se dejara llevar por los impulsos. Al contrario, dedicó el escaso tiempo de que todavía disponían a reflexionar con su Estado Mayor acerca de lo manifestado por Lee. ¿Tal vez tuviera razón y cuatro mil hombres fuesen insuficientes, incluso tratándose solo de la retaguardia del ejército enemigo?

En la junta decidieron incrementar las fuerzas de ataque hasta cinco mil hombres, y ofrecer el mando al Marqués de Lafayette.

Pero entonces Lee volvió a cambiar de opinión y a ofrecerse para dirigir el ataque, tal y como se le había pedido en un primer momento.

El día señalado amaneció bochornoso, hasta el punto de que prometía ser uno de los más calurosos del año.

Pero el bochorno no solo estaba en la atmósfera. Al parecer, afectaba también a la mente de Lee que, una vez en el campo de batalla volvió a albergar muy serias dudas acerca de la eficacia del plan trazado.

Sus vacilaciones dieron como resultado un ataque desorganizado y carente de eficacia.

Por el contrario, Cornwallis, el general británico al mando de la retaguardia, al ver a sus tropas hostigadas y en peligro, en lugar de reemprender una desorganizada huida como habían previsto los americanos, supo oponer una eficaz resistencia y hacerles frente.

Durante horas se trabó un vivo combate en medio del intensísimo calor.

Al cabo, Lee, alarmado ante la enérgica respuesta de los británicos, y, sobre todo, al constatar la hábil maniobra envolvente que iniciaba Cornwallis, ordenó una retirada a la que quiso justificar calificándola de «táctica» y que, sin embargo, terminó por convertirse en una auténtica desbandada.

La huida desorganizada hizo que los americanos quedaran indefensos ante la decidida persecución de los ingleses.

Las tornas habían cambiado por completo.

Sin embargo, los fugitivos tuvieron la suerte de que, en medio de su confusa huida, volvieron a encontrarse con Washington y su fuerza principal.

El general se disgustó enormemente al ver a sus hombres huyendo como conejos, cuando se suponía que eran ellos quienes debían haber puesto en fuga a los británicos.

En cuanto Washington divisó la estampa de Lee acercándose al galope, corrió a su encuentro:

—¡General Lee! ¿Qué significa esto?

—¡Señor! ¡Todo ha salido al revés de cómo esperábamos! ¡Los británicos nos doblan en número! ¡Han reaccionado muy rápido y, tras horas de intensos combates, han comenzado a envolvernos! ¡Me he visto obligado a dar la orden de retirada!

—¡Si hubiera usted obedecido mis órdenes, el enemigo no habría tenido tiempo de reaccionar! ¡Le dije que no debían retirarse después de la primera carga! ¡Que debían hacer frente y continuar atacando! ¡Le ha faltado coraje y decisión!

—¡Con todos los respetos, señor, lo que ha ocurrido es que…!

Pero Washington no le permitió acabar:

—¡General! No es tiempo para charlas. ¡Queda usted relegado de su mando! ¡Incorpórese a la retaguardia!

—¡Pero señor, no comprende que…!

—¡General Lee, no me responda! Limítese a obedecer.

—A sus órdenes…

Washington se aprestó a impartir las consignas encaminadas a reagrupar a los soldados, consiguiendo restablecer el orden de batalla antes de que fuera demasiado tarde.

El día era tan caluroso —se rozaron los 38°C a la sombra—, que las continuas maniobras provocaron que un buen número de hombres padeciera golpes de calor en ambos bandos. A pesar de todo, los combates no se detuvieron hasta la caída de la tarde.

Llegada la oscuridad, la situación podría calificarse de empate técnico, al menos en lo relativo a las posiciones ganadas sobre el campo de batalla.

Pero de madrugada, sin ser notados, los británicos abandonaron subrepticiamente el lugar, continuando su marcha hacia el este, hacia su cercano destino en la bahía de Sandy Hook, en donde tenían previsto embarcar con rumbo a Nueva York, a ya muy pocas millas de distancia hacia el Norte.

Al amanecer, tan pronto como Washington fue informado de la inesperada partida de los ingleses, se mostró perplejo y convocó a su Estado Mayor. Consideró que bien podría aprovechar la huida de los británicos —pues al fin y al cabo, de una huida se trataba— para elevar la moral de sus gentes: —Caballeros, no me cabe la menor duda de que Monmouth pasará a los libros de historia como una gran victoria para nuestra causa. Si nos atenemos al número de bajas y de prisioneros, es de justicia constatar que hoy hemos salido victoriosos. Pero, sobre todo, el enemigo se ha visto obligado a escapar cobardemente mientras nosotros dormíamos…

Tal y como había previsto, sus oficiales secundaron sus palabras con comentarios marcadamente optimistas:

—Creo que después de Monmouth, los casacas rojas se lo pensarán dos veces la próxima vez.

—Ya pueden ir preparándose: en cuanto lleguen los refuerzos desde Francia, no tardaremos en devolver al mar hasta el último inglés.

Sin embargo, para la sorpresa de los presentes, ante estos comentarios, Washington puntualizó:

—No nos basta con la ayuda francesa. Necesitamos a España. Si los españoles unieran sus flotas a las de los franceses y comenzaran las hostilidades mis dudas —todas— cesarían. Pero sin ellos me temo que la marina británica posee demasiado poder para contrarrestar los planes de Francia. Los ingleses son ahora muy superiores en el mar a los franceses… y

seguirá siendo así a no ser que se interponga España. La victoria solo se conseguirá cuando Francia y España se unan y obtengan una superioridad marítima decisiva. Necesitamos a España. No podemos cejar hasta lograr su auxilio.

—Pero España ya nos está ayudando…

—Eso nadie lo pone en duda. La colaboración española a través del Misisipi y la defensa de nuestros intereses en su zona de influencia están resultando imprescindibles. Pero necesitaremos más. No basta con que España nos envíe suministros, por muy necesarios y valiosos que sean. Hasta que su gloriosa armada no entre formalmente en guerra, jamás podremos estar seguros de la victoria. Por eso debemos emplearnos a fondo en el terreno diplomático. Recuérdenlo: no podemos parar hasta que lo consigamos…

Eran muchos los expertos que pensaban al igual que Washington.

El gobernador Morris había publicado una carta en el *Pennsylvania Packet* en la que explicaba que la entrada de Francia en la guerra les acercaba mucho a la victoria. Sin embargo, afirmaba, esto no era tanto por su ayuda en sí, sino porque:

> *Quienes conocen la conexión entre la corte de París y la de Madrid, su enemistad con la de St. James y sus intereses nacionales, no pueden dejar de percibir que España se unirá pronto a esta contienda…*

También los congresistas Samuel Adams y Henry Laurens, al conocer que España se preparaba para la guerra, manifestaron su pleno convencimiento de que eso sí que significaba la victoria.

A fin de animar a España a entrar formalmente en la guerra, el Congreso norteamericano decidió cederle la Florida Occidental.

E incluso, a fin de conquistar ese territorio, estaban dispuestos a ceder tres mil hombres, que actuarían bajo mando español.

A pesar de la falta de tacto con la que había obrado Francia, su embajador, el conde de Montmorin, se percató de que necesitaban encarecidamente la entrada de España en la guerra. Y que para ello tendrían que empezar a hacer ofertas serias. El propio Montmorin acudió al ministro de asuntos exteriores francés, el conde de Vergennes, para advertirle de que la guerra no se podría ganar sin la ayuda española.

Vergennes no tardó en admitir lo acertado de las observaciones de su embajador en Madrid. No tuvo dificultad en reconocer que Francia estaba todavía arruinada a consecuencia de la última contienda (la Guerra de los

Siete Años), y que necesitaría al menos dos años más para recuperarse hasta «*ser más competente para la guerra*».

Teniendo esto en cuenta, escribió a su rey:

> *Si es un hecho que Su Francesa Majestad no puede combatir en términos de igualdad con los ingleses y que una guerra prolongada, que no estaría exenta de reveses, podría suponer la ruina de su marina e incluso de sus finanzas, y finalmente, que, reducido a sus propios medios, Su Majestad sería menos capaz de hacer sentir a sus enemigos la necesidad de la paz que si actuara en concierto con un aliado poderoso, si es cierto esto, la consecuencia natural de ello es que todo invita a Su Majestad a asumir algunos riesgos con el fin de activar una alianza tan deseable. No ocultaré, Sire, que las pretensiones de España son desmesuradas, pero es necesario considerar que el tiempo que empleemos en contrarrestarlas será un tiempo que no podremos dedicar a la elaboración de operaciones combinadas, las cuales nunca nos daremos demasiada prisa en disponer*.

Acceder a las demandas de Madrid suponía la entrada en vigor de la cláusula secreta del tratado de alianza de Francia con los Estados Unidos: ni Francia ni los Estados Unidos podrían pedir la paz hasta que sus respectivos objetivos, y ahora también los de España, se vieran satisfechos.

Incluso en Gran Bretaña eran muchos lo que se mostraban de acuerdo en que la participación española significaría una derrota inglesa.

Sí, cada vez estaba más claro que el papel de España sería decisivo para inclinar la balanza de uno u otro lado… Y eso mismo hacía que fueran muchos los que pensaran que de ninguna manera dejaría abandonada a su aliada y «pariente» Francia. Incluso a pesar de que esta se hubiese portado de manera desconsiderada al adelantarse a apoyar a los secesionistas sin su previo conocimiento.

Buen conocedor de la decisiva posición de su país, el Conde de Floridablanca trató de aprovechar esta ventaja para arreglar las cosas por la vía diplomática. Y en este sentido tanteó un acercamiento hacia Gran Bretaña.

Lord Weymouth, ministro inglés, preguntó si España podría mediar en la disputa anglo-francesa, a lo que Floridablanca respondió afirmativamente, lo que motivó las protestas de Francia.

Pero la mediación encalló cuando Gran Bretaña pidió a España que consiguiera que Francia anulara sus tratados con los norteamericanos. Nuestra

diplomacia no dudó entonces en responder que España «*no podía transmitir una propuesta tan indecente*».

Pero si Londres aceptaba la independencia de las excolonias americanas, y consideraba la devolución de Gibraltar y de la isla de Menorca a España, Floridablanca estaba dispuesto a mantener la neutralidad española.

Al menos en apariencia, el ofrecimiento español no caía en saco roto. Inglaterra pareció tomarlo en serio.

Animado con las buenas expectativas, Floridablanca invitó al congreso de los Estados Unidos a enviar un delegado a Europa para que pudiera participar en las negociaciones.

Una corriente de optimismo comenzó a invadir las distintas Cortes: la paz y la independencia norteamericana parecían por primera vez al alcance de la mano.

Sin embargo, ante el prolongado silencio británico, llegado abril de 1779, nuestro país envió un ultimátum a la isla: en el plazo de un mes, Londres debía poner fin a sus hostilidades con Francia y los Estados Unidos, y elegir un lugar para las negociaciones.

Ante tan claro y directo requerimiento, Gran Bretaña se vio obligada a responder. Y, tal y como se esperaban los que conocían bien a los británicos, la respuesta resultó ser negativa: los ingleses jamás aceptarían tratar a sus colonias como iguales en unas eventuales negociaciones de paz.

George Washington llegó a decir que semejante respuesta era «*la mayor insensatez que* (Gran Bretaña) *ha hecho en el curso de esta contienda*».

Estaba claro que ya nada más podía intentarse por la vía pacífica: a partir de ahora en España ya no tendríamos más remedio que comenzar a prepararnos para la guerra.

Madrid acordó en secreto con París que ambas naciones continuarían luchando hasta lograr el reconocimiento británico de la independencia de las trece colonias. Además, Francia y los Estados Unidos debían ayudar a España a recuperar Gibraltar, Menorca y la costa Norte del Golfo de México, es decir, la Florida.

A pesar de todo, el gobierno español seguía contando con una molesta limitación, una marcada línea roja que sabía que no podía —o no debía— traspasar, pues seguía temiendo que un apoyo excesivamente público a los Estados Unidos como nación independiente pudiese traer problemas en sus territorios de ultramar. Tal vez este fue el motivo por el que se concertó que las tropas francesas combatiesen en el territorio de las trece colonias, mientras

que las fuerzas españolas lo harían desde sus propios territorios norteamericanos.

En cualquier caso, España declaró formalmente la guerra a Gran Bretaña el día 21 de junio de 1779.

Por parte de los independentistas, John Adams escribió satisfecho que la contribución española sería «*la llave para la victoria*».

Coincidía con Washington en pensar que la entrada en juego de nuestra armada les proporcionaría la imprescindible superioridad marítima que necesitaban. Pues, además, España acababa de incorporar a sus navíos los inmensos avances en ingeniería naval propugnados por el insigne científico Jorge Juan, pudiendo decirse que los barcos españoles eran, por aquel entonces, los mejor dotados del mundo, en contraste con el estado en que encontraba una gran parte de la marina francesa.

Mientras tanto, la flota francesa llegaba a América. Al mando de la expedición iba el conde d'Estaing, que fracasó en su misión de impedir el traslado de las tropas del general Clinton desde Filadelfia a Nueva York.

D'Estaing llegó una semana después de que se hubiera producido el traslado. Por si fuera poco, se encontró con que los británicos protegían el puerto, bloqueando su entrada mediante siete navíos de línea.

La flota francesa ni siquiera trató de romper el bloqueo, sino que, a propuesta de los americanos, se dirigió a Newport en socorro del general Lee, que trataba de expulsar a los ingleses de su último enclave en la región de Nueva Inglaterra. Pero entonces un temporal sacudió la zona, abatiéndose sobre la escuadra de D'Estaing que, al conocer que nuevos refuerzos británicos se dirigían a la zona, se retiró a Boston, con intención de reparar sus barcos.

11

Don Bernardo recibió una importante carta de su tío José. Le escribía desde Madrid, asegurándole que Su Majestad «*comprendía la importancia de la Luisiana*».

Muy poco después nos llegaron noticias de que los primeros enfrentamientos entre España y Gran Bretaña se habían iniciado ya. Y que lo habían hecho en el lugar del mundo en donde ambos países estaban más cerca, es decir, en Europa, y, más concretamente, en Gibraltar.

Además, los gobiernos de España y Francia crearon la ilusión —no del todo ficticia— de que se proponían invadir Inglaterra: una estrategia que dio un magnífico resultado, pues la incertidumbre iba a obligar a Londres a mantener un buen contingente de tropas a la defensiva en su propio suelo, impidiendo su despliegue en los escenarios en donde en realidad se iban a producir los verdaderos combates.

—Alphonse, ¿estarías dispuesto a empuñar las armas si yo te lo pidiera?

Cuando don Bernardo me formuló esta pregunta —lo recuerdo muy bien —, me quedé momentáneamente sin respuesta. Desde luego, no me habría esperado una proposición semejante ni en mis imaginaciones más calenturientas. Al fin y al cabo, llevaba ya muchos años asentado como un acomodado burgués en la ciudad. Y consideraba que mi labor de hombre de confianza, perfectamente introducido en la alta sociedad de Nueva Orleans, seguía siendo útil para el gobierno. Incluso, de algún modo, insustituible. Pero Gálvez necesitaba brazos para la guerra. Y lo que era más importante: hombres de su entera confianza.

—Pero, don Bernardo…, yo…, creía estar siendo útil como confidente y asesor del Cabildo.

—Por supuesto… Pero el baile está a punto de empezar y yo, como puedes imaginar, acudiré al frente con mis hombres. Me gustaría mucho que me acompañaras.

Pasado el primer instante de sorpresa, me rehice y le respondí:

—Sí. Si usted me lo pide, iré. Y, aunque jamás he empuñado un arma, trataré de aprender, y de pelear con toda la bravura de la que sea capaz.

—¡Bien! ¡Así se habla! —Aprovechando el especial clima de confianza que se acababa de establecer entre nosotros, Gálvez añadió:

—Quería además preguntarte otra cosa: ¿te ocurre algo? Perdóname si peco de indiscreto, pero últimamente te veo algo tristón. ¿Es por la guerra? ¿O es tal vez algo más personal?

Me sentí descubierto. Y, aunque por un lado me costaba hablar, por otro estaba deseando poder desahogarme con alguien.

Por eso reconocí:

—No, no es la guerra.

—¿Y se puede saber entonces qué es? ¿Está en mi mano poder ayudarte?

—Creo que no. El tema es complejo.

—¿Tan complejo que ni siquiera pueda entenderlo?

—Entenderlo es fácil. Pero es mucho más difícil de solucionar…

—¿Entonces tendrías la bondad de explicármelo?

—Sí… Bueno… usted me entenderá mejor que nadie, ya que no hace mucho que ha pasado por algo parecido: lo que ocurre es que estoy enamorado.

—¿Eso es todo? ¡Acabáramos! Hasta ahí no solo lo entiendo, sino que ya lo sabía. Eso se ve a la legua. Pero, francamente, no veo entonces en dónde está el problema. Porque, si no me equivoco, «ella» no es otra que Amelia Richmond, ¿no es así? Y salta a la vista que también está enamorada de ti…

—Es cierto, pero ha surgido un problema.

—¿Sus padres?

—Su padre. Le confesé a Amelia mi verdadera identidad y…

Al escuchar que yo le había revelado a la muchacha mi auténtica personalidad, don Bernardo, aunque trató de disimular, se puso serio. Lo suficiente para que yo me arrepintiera de haber comenzado a hablar. Pero, una vez iniciado el discurso, decidí terminarlo:

—Lo que ocurre es que me declaré. Y por eso le dije quién era yo. Me parecía una indignidad que mi futura esposa desconociera mi verdadera identidad…

Comprendiendo que yo había obrado correctamente, Gálvez me ayudó a continuar:

—Y así lo hubiera sido. Tengo entendido que un error sustancial en la identidad del contrayente puede incluso invalidar el matrimonio. Hiciste bien

en decírselo. ¿Cómo se lo tomó?

—Me dijo que el hecho de que yo fuera español o quebequés, me llamara Alfonso o Alphonse, tanto le daba. Sin embargo, por lo visto no ocurre lo mismo con el buen señor Richmond, que como usted sabe es un furibundo anglófilo. Él no quiere ni oír hablar de la posibilidad de que su hija se case con un español, es decir, con un enemigo declarado de la Gran Bretaña.

—¿Así que se opone a la boda?

—No solo se opone, sino que me ha prohibido entrar en su casa. Incluso ha amenazado con lanzar a los cuatro vientos mi verdadera identidad, en el hipotético caso de que se me ocurriera contravenir sus órdenes. Don Bernardo volvió a ponerse serio. Me parece que le molestó especialmente que Richmond se permitiera amenazar a uno de sus hombres. Y que para ello se permitiera utilizar algo que iría en contra de los intereses de España, en cuyo suelo, le gustara o no, vivía.

El gobernador se quedó un instante callado, meditando.

Al cabo, tomó de nuevo la palabra para afirmar:

—Ese tipo no es de fiar —era evidente que estaba pensando en darle un escarmiento. Tal vez incluso en detenerlo.

Vacilé en mi interior. Hasta entonces había callado lo que Smith había descubierto acerca de Richmond, pues había temido traicionar a mi amada si lo hacía. Pero, al recordarlo y, sobre todo ante la inminencia de un enfrentamiento armado en la Luisiana, decidí que había llegado el momento de hablar: si Charles Richmond estaba conspirando contra España, el gobernador debía saberlo.

—En una ocasión Smith le vio llegar en plena noche, de madrugada. Acompañaba a un grupo de sospechosos a caballo que llegaban a la ciudad con varias carretas cargadas hasta los topes. Parecían actuar en secreto, como si trataran de no ser vistos, como si tuvieran algo que ocultar.

—Eso es muy grave. Me parece que habrá que vigilar muy de cerca a ese hombre. Registraremos su casa.

Sentí como si alguien echara sal sobre mi herida abierta. ¿Qué diría Amelia cuando nuestros soldados entraran a registrar su casa? Y —no quería ni pensarlo— ¿cuál sería la reacción de la muchacha si llegaban a encarcelar a su padre?

A Gálvez le bastó con echar un vistazo a mi cara para comprender mis temores. Trató de suavizar las cosas:

—Espero que sus actividades sean de «poca monta». En realidad, no creo que sea un auténtico conspirador. No te ofendas si te digo que pienso que es

demasiado limitado de mente para emprender algo así. Además, es vago. Pero te prometo informarte antes de encarcelarlo o de actuar de alguna manera en su contra. Y, en cuanto al registro, enviaré a alguien que sepa hacerlo con el máximo tacto, sin que ni siquiera parezca lo que en realidad es.

Pero yo continuaba preocupado. Por eso añadió:

—Siento mucho lo que estás padeciendo. Procuraré ayudarte a volver a entrar en esa casa. Felicitas tiene una gran cercanía con la señora Richmond. Verás cómo tarde o temprano conseguimos arreglarlo.

—Muchas gracias.

El gobernador cambió entonces de tema y aprovechó para abordar la última cuestión que se había propuesto tratar conmigo:

—Hoy me han llegado algunas cartas interceptadas a los ingleses. Se confirma lo que te dijo Smith: Gran Bretaña se está preparando para atacarnos. Apuntan a los territorios que nos rodean, e incluso a la propia Nueva Orleans. Está muy claro que planean sorprendernos. Además, están trayendo refuerzos del extranjero. Recientemente han llegado cuatrocientos guardias valones a Manchac…

—Todo el mundo dice que la guerra se desplaza hacia el Sur…

—Eso es ya indudable. Por eso he convocado a la Junta Militar con carácter extraordinario. Desde luego, cuando lleguen, los ingleses no nos van a encontrar de brazos cruzados.

Nada más despedirse de mí, Gálvez asistió a la Junta de Guerra.

A la reunión acudieron todos los jefes de los distritos y fuertes españoles del valle del Misisipi y de la frontera de Florida. Allí estaba el experimentado capitán don Francisco Cruzat, natural de Tafalla, responsable de la frontera Norte, y recién llegado desde su remoto puesto de San Luis[17], capital de la Alta Luisiana.

No faltó tampoco don Alexander Coussot, del lejano puesto de Arkansas.

También estaban presentes los capitanes don Pedro José Favrot, Hilario de Estenoy, Joaquín de Blanca, Manuel de Nava y Martín Mozun, todos ellos jefes de destacamento; además de otros oficiales más antiguos de la Luisiana: el coronel don Manuel González y los tenientes coroneles don Esteban Miró y don Pedro Piernas.

Actuaba como secretario el comandante don Jacinto Panis, recién llegado de una misión secreta en Pensacola.

Don Bernardo abrió la sesión dando cuenta de los mensajes interceptados a las guarniciones inglesas, así como de otras informaciones recibidas, que confirmaban los preparativos británicos para una inminente ruptura de

hostilidades: todo el aparato militar enemigo, desde Canadá hasta Pensacola, se coaligaba con las hordas de los iroqueses y de los sioux para abatirse sobre Nueva Orleans.

Don Juan de la Villebeuvre, oficial al mando de los fuertes del Sur, propuso reforzar el fuerte del Bayou de San Juan, la antigua fortaleza francesa que en el pasado había protegido la entrada al lago de Pontchartrain.

—Me parece una idea excelente —le respondió el gobernador—. Con este fuerte en funcionamiento, y la ayuda de los lanchones que ya operan en el lago, mejoraríamos mucho la defensa de la ciudad por el lado Norte. Claro, que va a ser necesario elevar una nueva fortaleza de ladrillo sobre el castillo del Bayou, que se encuentra en estado ruinoso. Además, convendrá que el nuevo baluarte sea de mayor tamaño que el antiguo.

—A pesar de que coincido plenamente en la pertinencia de fortalecer el Bayou —apuntó el coronel Miró—, soy de la opinión de que no será suficiente. Si los británicos iniciaran un ataque desde Manchac[18], podrían realizar una aproximación por tierra hasta el mismísimo fuerte del Bayou, sin apenas encontrar resistencia en el camino.

—¿Y qué se propone hacer para evitarlo? ¿Tiene alguna idea?

—Verá, lo que propongo es levantar cuatro baluartes al Sur de Manchac. Dos pares de ciudadelas que defiendan los dos únicos pasos desde Manchac hasta Nueva Orleans.

—Es también una buena idea. Y no demasiado costosa de realizar. Aunque, para llevar a cabo lo que ustedes proponen, necesitaremos gente. Más gente. Según nuestros informes las fuerzas inglesas cuentan con nada menos que ochocientos soldados veteranos para pelear en la Luisiana. Y nuestra fuerza, como ustedes bien saben, no supera los seiscientos hombres. Además, las dos terceras partes de ellos son reclutas que jamás han combatido.

—Tal vez podríamos solicitar refuerzos a La Habana.

—Pensaba hacerlo, por supuesto. Aunque supongo que en Cuba tampoco andarán sobrados de personal. Por si acaso, volveremos a convocar un nuevo reclutamiento de voluntarios. Debemos formar cuanto antes una nueva milicia. Autorizaremos también la incorporación de norteamericanos a las milicias criollas franco-españolas.

Aprovechando el breve momento de silencio, Villebeuvre volvió a tomar la palabra:

—Señor, siento decirlo, pero estamos también escasos de armas, de municiones y de pólvora. Después de los últimos envíos a los

norteamericanos, todavía no nos hemos repuesto por completo. Pero es que, además, carecemos de los suficientes alimentos.

Sobre todo si tenemos en cuenta que, en el caso de que llegara a producirse un ataque enemigo, sin duda se produciría una gran afluencia de gentes que llegarían a la ciudad, huyendo desde los más diversos puntos de la región.

Gálvez se mostró preocupado por estos datos.

Y tal vez fuese en aquel el momento cuando entrevió cuál sería el camino a seguir. El único modo de lograr a un mismo tiempo la victoria y la protección de la población: nuestras tropas tendrían que atacar primero, adelantándose a los británicos. Solo así podríamos estar seguros de que el enemigo jamás alcanzaría la ciudad.

Envió a La Habana un informe completo de su plan de operaciones. En él explicaba sus propósitos de adelantarse a los ingleses. Para poder llevarlo a cabo solicitaba el envío de siete mil soldados desde Cuba a Nueva Orleans. Esa era la fuerza que consideraba necesaria para la toma de Pensacola.

Pero si algo habían aprendido en La Habana durante la última guerra, era a no descuidarse. No estaban dispuestos a dejar la ciudad sin la suficiente dotación de hombres para su defensa en caso de un ataque sorpresa. No querían que volviera a cumplirse en ellos aquello de «desvestir a un santo para vestir a otro». Además, era responsabilidad de Cuba cubrir la defensa de todo Centroamérica y el Caribe.

Por eso, después de mucho sopesarlo, desde La Habana accedieron a enviar tres mil hombres. Ni uno más, ni uno menos. No eran los siete mil solicitados por Gálvez, pero menos era nada.

Como última medida antes de pasar al ataque, el gobernador quiso reunir en el Cabildo a los hombres más notables de Nueva Orleans y de las poblaciones vecinas. Deseaba informarles de primera mano de la inminencia de la guerra.

Richmond no fue convocado. Además, era casi seguro que no se hubiera presentado.

—Señores —comenzó Gálvez—, debo informarles de que la vía diplomática ha fracasado por completo. Nos abocamos a una guerra inminente con Gran Bretaña.

La noticia suscitó algunos murmullos y exclamaciones entre los asistentes. No por esperados, los hechos dejaban de ser graves.

Tan pronto como las voces se aquietaron, don Bernardo continuó:

—Es más, contamos con informaciones de toda solvencia que apuntan a que los ingleses se proponen atacarnos en cualquier momento. Pero, además, y esto es lo más grave, se proponen hacerlo aquí mismo, en Nueva Orleans, en el corazón de la Luisiana. No les oculto mi inquietud: que desde luego no viene motivada porque desconfíe de la pericia y bravura de nuestros soldados, sino porque la ciudad no está todavía plenamente preparada para la guerra. Y, por lo tanto, debo reconocerlo, somos vulnerables.

Sin embargo, créanme que vamos a hacer todo cuanto esté en nuestras manos por defendernos. Y no solo por defendernos, sino por salir victoriosos. Pero, para ser completamente sincero con ustedes, debo decirles que necesitamos más brazos: precisamos de voluntarios, de hombres que estén dispuestos a empuñar las armas.

—¡Yo iré! —exclamó un canario alto y cetrino, al que secundaron algunos paisanos suyos.

—Yo también. Cuente conmigo —manifestó un criollo de Belle Chasse.

Otro de los presentes, un norteamericano alto y delgado, de nombre Stanford, un hombre que ya no era joven, pues a juzgar por su aspecto superaba con creces los cuarenta y cinco años, erigiéndose en portavoz del grupo, manifestó:

—Los ingleses me arrojaron ya una vez de mi casa. Por eso vine aquí, en busca de una vida más tranquila y pacífica. He echado raíces en Nueva Orleans. No volveré a escapar. No volverán a echarme de mi hogar. Y si para poder quedarme debo defenderme, cuente conmigo, don Bernardo. Dígame en qué parte del ejército quiere colocarme y ahí pelearé gustoso.

Las sentidas palabras del colono arrancaron una cerrada ovación. Fueron muchos los que, siguiendo su ejemplo, se pusieron en pie para manifestar su propósito de alistarse.

El gobernador no podía sentirse más satisfecho. La respuesta fue muy generosa, mucho más de lo que hubiera podido esperar.

Las gentes estaban con él, en pie, como un solo hombre, imbuidas de un auténtico fervor patriótico. ¡Qué lejos quedaban ya los días de conflicto y disturbios en la Luisiana!

Gálvez incluso hubo de hacer esfuerzos por contener las lágrimas. En su ánimo experimentó la profunda convicción de que, a pesar de las dificultades, las cosas iban a salir bien. La población estaba unida, y eso era lo más importante.

Contrariamente a lo que hubiera podido esperarse, todos salieron del Cabildo animados, incluso enardecidos.

Desde mi última conversación con Gálvez me preocupaba muy especialmente lo que pudiera pasar con Charles Richmond. Pues estaba cada vez más claro que era un exaltado.

Volví a cuestionarme si había hecho bien al informar a don Bernardo acerca de las sospechosas andanzas de este personaje.

Como patriota, sin duda había hecho lo correcto. Pero como novio y enamorado…, ahí ya no estaba tan claro. Me carcomía la duda de si había sido leal a Amelia. ¿Podría volver a mirarla a los ojos con la misma tranquilidad que antes, siendo precisamente yo quien había puesto a su padre en el punto de mira del gobierno?

Esto me hacía sentir como un hipócrita, como un traidor. Pero lo peor de todo era que también me hubiera sentido desleal si hubiera callado. Pues en ese caso hubiera sido desleal con el Cabildo.

Por más vueltas que le daba a la cabeza, mi duda e insatisfacción no hacían más que aumentar.

Y, para terminar de agravar mi decaimiento, hacía ya casi dos semanas que no veía a Amelia…

Mientras yo continuaba ensimismado con estas ideas, los notables iban abandonando la sala.

Solo quedaban un par de ujieres, que ponían en orden las sillas y algunos papeles.

—Voy a abrir la ventana. Con tanta gente como ha habido aquí dentro, el aire se ha cargado mucho —dijo uno de ellos.

—Ten cuidado —le respondió su compañero—. Me parece que se está levantando algo de viento.

En efecto, al abrir uno de los ventanales, que daba a la fachada principal del edificio, se introdujo una violenta ráfaga de aire.

Los papeles de la mesa del gobernador salieron volando por los aires. Parecían pájaros recién liberados de una jaula.

Los dos ordenanzas hubieron de empujar al unísono para ser capaces de volver a cerrar la ventana.

—¡Caramba! ¡Tenías razón! ¡Qué viento se ha levantado de repente!

El desorden que se había vuelto a producir en los papeles les obligó a recogerlos por toda la habitación. Había hojas diseminadas por todas partes.

Ya casi habían acabado, cuando una nueva ráfaga, mucho más fuerte que la anterior, abrió la ventana, haciendo volar los papeles de nuevo.

Daba toda la impresión de que, aunque volvieran a cerrar, los anclajes no iban a ser capaces de resistir el empuje de la fuerte tempestad que se estaba

aproximando.

—Me parece que llega un huracán. Y que va a ser uno de los grandes…

12

Nadie lo habría dicho apenas unas horas antes. Pero la guerra pasó a ocupar un segundo plano. Incluso a olvidarse por completo.

Un primer aviso de lo que se nos venía encima fue la rotura de cristales en las ventanas de muchos de los edificios.

Minutos más tarde era como si la ciudad de Nueva Orleans, y con ella todos sus habitantes, hubiésemos sido trasladados a otro tiempo y lugar, en donde nada de lo que hasta la víspera había absorbido nuestro interés tuviera ahora ninguna importancia.

Con la llegada de la tempestad ya solo contaba ponerse a salvo y seguir con vida tras su paso.

La atención del Cabildo se vio necesariamente volcada en la manera de paliar, en la medida de lo posible, los furiosos embates de la naturaleza desbocada.

Los habitantes de la costa, a lo largo de todo el Golfo, comenzamos a ver cómo los puentes eran derrumbados, las barcazas y los barcos arrastrados tierra adentro, los muelles destruidos, las plantaciones devastadas, y algunas de las casas literalmente tragadas por el mar.

Al romperse los diques de contención, incapaces de resistir ante el empuje de un mar tan agitado, la mayor parte de las calles quedaron completamente anegadas, presentando un aspecto auténticamente apocalíptico.

Pero lo más dramático era la gran cantidad de cadáveres, de ancianos sobre todo, que enseguida comenzaron a aparecer flotando sobre las aguas.

Gálvez habilitó un refugio para los más afectados en la planta baja del Cabildo. Un lugar en donde pudieran cobijarse quienes lo habían perdido todo, lo cual era por desgracia frecuente, sobre todo en las zonas más expuestas al mar, o al lago de Pontchartrain.

En una carta a su tío José, ministro de Indias, don Bernardo le describía así los hechos:

… los víveres perdidos, arrancados los árboles, los hombres abrumados, sus mujeres e hijos diseminados por los campos desiertos a la inclemencia, la tierra inundada y todo sumergido en el río, igualmente que mis recursos, auxilios y esperanzas…

De hecho, el gobernador no dudó en pasar la noche en vela, dirigiendo los trabajos de rescate a bordo de una de las barcazas fluviales.

Yo, que me había encontrado a su lado al desatarse los primeros anuncios de la tormenta, viajaba con él. Nos acompañaban algunas chalupas de refuerzo. Recorríamos las calles en busca de supervivientes.

Una voz inconfundible trataba de abrirse paso a través del intenso fragor producido por el viento y la lluvia torrencial:

—¡Alphonse! ¡Alphonse!

Di un respingo en mi puesto a proa, desde el que, con ayuda de una linterna, iba inspeccionando las aguas.

¡Amelia me llamaba con una voz angustiada!

Por un brevísimo instante creí que se trataba de una mala pasada de mi imaginación. Pero no, la llamada era tremendamente real. Sin duda era ella, que me llamaba, presa de una gran agitación, a la vez que me hacía señas desde el balcón situado en la primera planta de su casa.

Gálvez, alertado también por las voces, ordenó a los remeros que se dirigieran hacia allí.

—¡Amelia! ¿Qué ocurre? ¿Hay alguien herido?

—¡Alphonse! ¡Es terrible! ¡Mi padre ha desaparecido! No sabemos nada de él desde ayer a media tarde… Salió a reunirse con Bill Stuart, el comerciante de ganado, y ya no volvió.

—¿Te refieres a Stuart, el ranchero que vive en Metairie, al oeste de la ciudad?

—Sí, él es.

—En ese caso deberías tranquilizarte, Amelia. Cuanto más al oeste, más segura es la zona. Tu padre sin duda habrá encontrado un buen refugio, probablemente en la misma casa de Stuart. Pero, de todos modos, iremos a cerciorarnos.

—¡Sí, por favor! ¡Mi madre está muy preocupada! ¡Teme que le haya podido ocurrir alguna desgracia!

—Ahora mismo iremos para allá. Volveremos en cuanto tengamos noticias.

—¡Muchas gracias, Alphonse! Os estaremos esperando…

A Gálvez no le hizo mucha gracia tener que salir en busca de un personaje como Richmond. La ciudad estaba desolada y él debía velar por el bien de todos. Accedió, sin embargo. No quería desairarme delante de mi novia. Además, puesto que no habíamos inspeccionado todavía aquella parte de la ciudad, bien podíamos aprovechar para hacerlo ahora.

A nuestro paso continuaban sucediéndose las escenas de dolor: niños y ancianos indefensos, mujeres llorosas que buscaban a sus maridos o hijos…

El espectáculo era sobrecogedor, capaz de conmover al corazón más endurecido.

El gobernador se detenía a cada rato y para todos tenía unas palabras de aliento y cariño. Sus hombres se encargaban de embarcar a los necesitados para después llevarlos hasta el Cabildo, en donde se les daría abrigo y comida.

Cuando finalmente avistamos las primeras casas del barrio Oeste, nos dirigimos derechos hacia la residencia que supusimos que era la del tal Stuart.

Ni siquiera hizo falta llamarle. A la luz del farol avistamos a un grupo de hombres —Richmond y Stuart entre ellos— encaramados al tejado del edificio.

Se hallaban empapados, desamparados ante la lluvia y el viento y, por si fuera poco, en una posición incómoda y muy poco segura, sobre la inclinada pendiente del tejado de pizarra:

—¡Eh! ¡Señor gobernador! ¡Aquí! ¡Ayuda!

Levanté la linterna para iluminarles.

En el momento en que Richmond descubrió que yo era el principal acompañante de Gálvez, palideció.

Yo preferí no dar muestras de haberle reconocido. Me limité a ayudar al grupo a acomodarse sobre las barcas. Les conduciríamos hasta el Cabildo o, en el caso de Richmond, hasta su propia casa. Había que darse prisa, pues la marea estaba subiendo.

Apenas hablamos durante el camino de regreso.

Pero, al llegar a casa del holandés, Amelia, que seguía esperándonos, rompió el silencio.

Ella había permanecido vigilando tras la ventana, cuyo marco estaba parcialmente destrozado. Estaba empapada de tanto asomarse a mirar. En cuando comprobó que regresábamos trayendo a su padre de vuelta a casa, exclamó entusiasmada:

—¡Gracias, Alphonse! ¡Mi madre nunca olvidará esto! ¡Y yo tampoco!

—¡Solo deseo poder volver a verte en cuanto esta pesadilla haya terminado…! —respondí, con la poco fundada esperanza de conseguir

ablandar el corazón de Richmond, siquiera un poco.

Pero el viejo arisco tampoco abrió la boca en esta ocasión.

Solo cuando fue ayudado a entrar en su casa por el balcón emitió un ligero gruñido, un gruñido que tal vez podría interpretarse como algo parecido a un agradecimiento.

—¡Adiós Amelia! ¡Hasta pronto!

—¡Adiós, Alphonse! ¡Ten mucho cuidado…!

Durante la marea alta las cosas empeoraron aún más.

Los vientos provocaban olas gigantescas, de varios metros de altura, que llegaban a penetrar varios centenares de metros tierra adentro, barriendo todo cuanto encontraban a su paso.

Los árboles caían como palillos, desplomándose sobre las edificaciones o quedando peligrosamente a la deriva.

Pero, gracias a Dios, tras la tempestad siempre termina llegando la calma y, al amanecer, el huracán había perdido gran parte de su intensidad.

El sol brillaba a intervalos a través de los claros —cada vez más grandes y frecuentes— que se abrían entre las nubes.

Había llegado el momento de hacer recuento de daños y de tratar de devolver la normalidad a una ciudad completamente devastada.

Por lo que a nuestro gobernador se refiere, las primeras luces del nuevo día lo encontraron trabajando. No quiso concederse ni el más breve respiro. Sabía que de su esfuerzo dependía la vida y el consuelo de muchas gentes necesitadas.

Pero, además, una vez finalizado el ataque de los elementos, volvía a ponerse en primer plano la amenaza del inglés que, en la medida en que sus posiciones no hubiesen resultado tan afectadas por el tifón, en cualquier momento podía presentarse a las puertas de la ciudad.

Con la colaboración de decenas de voluntarios conseguimos reflotar cuatro barcos y diez cañones hundidos por la tempestad en aguas del Misisipi.

Al acabar aquella larguísima jornada podíamos darnos por satisfechos: llevábamos dos días y una noche sin dormir, pero habíamos conseguido atenuar gran parte de los destrozos.

Gálvez estaba a punto de retirarse a descansar, como todos los que habíamos colaborado con él, cuando, de forma completamente inesperada, recibió la noticia de que tenía una importante visita. Tan importante que debió atenderla, sin posibilidades de aplazarla hasta el día siguiente.

Se trataba de un hombre al servicio del Cabildo, que regresaba de realizar labores de exploración en Manchac.

—¡Buenas noches, Don Bernardo!

—¡Dubreuil! Tome asiento, por favor.

—Sentimos presentarnos a estas horas —Dubreuil venía acompañado de un indio que permaneció en silencio durante todo el tiempo que duró la conversación—. Pero hemos creído conveniente informar sin perder más tiempo. En cualquier caso, le prometo ser breve.

—Ustedes dirán…

—Hemos reconocido a fondo el Fuerte Bute. Nuestra impresión es que es un puesto fácil de tomar. Al menos, para no pecar de presuntuoso, diré que no es excesivamente difícil. Apenas cuenta con fuerzas defensivas de verdadera importancia. Estoy convencido de que, si atacáramos, no serían capaces de resistir mucho tiempo.

—¿Cómo ha afectado el huracán por allí?

—Ha causado algunos desperfectos, y los ingleses estarán ocupados en repararlos por algún tiempo, pero no demasiado. Los daños en el interior han sido mucho menos cuantiosos que por aquí, en la costa. Puede decirse que en Manchac la tempestad ha quedado en poco más que una tormenta de verano. Nada en comparación con los estragos que ha causado en el litoral…

A pesar de su cansancio, Gálvez no se conformó con un informe superficial. Además, ahora sí, sabía que cuando concluyera con esta penosa conversación, por fin podría retirarse a descansar. Por eso no le importó acribillar a su espía a preguntas durante un buen rato más. Solo entonces despidió a los dos hombres, y pudo por fin retirarse a dormir.

Pero su cabeza no descansaba. Como a veces suele ocurrir, fue precisamente a lo largo de la noche, durante las horas de sueño, cuando vio claro qué era lo que debía de hacer.

Es cierto que ya lo tenía decidido desde días antes, pero fue ahora cuando, además de reafirmarse en su idea de atacar primero, concretó también por dónde deberíamos comenzar las acciones ofensivas. Y el lugar elegido no fue otro que aquel, precisamente: Manchac.

Se propuso que, en la medida de lo posible, debíamos ponernos en marcha antes de que acabara aquel mes de agosto. Desde luego, tendríamos que trabajar de firme para ser capaces de partir en ese plazo. La tarea que teníamos ante nosotros era ingente, pues, sin descuidar los trabajos de reconstrucción de la ciudad, tendríamos que adiestrar a las tropas para el combate.

No cabía ya la menor duda: en cuanto a nosotros se refería, estábamos ya en guerra.

13

Después de mi breve encuentro con Amelia y de la operación de salvamento a su padre, cobré nuevos ánimos.

El hecho de haber rescatado a Richmond supuso a mis propios ojos una cierta reparación a la supuesta «traición» que había cometido al denunciarle ante Gálvez. Por otro lado, aunque yo no era tan iluso como para pensar que don Charles Richmond hubiese variado mucho su postura hacia mí, me sirvió para atreverme a acudir a su casa con intención de despedirme de mi prometida.

No me proponía quebrantar las órdenes del viejo holandés.

Simplemente me contentaría con llamar la atención de Amelia sin ser visto. Si conseguía que mi prometida se asomara a la ventana al menos unos instantes, podría charlar con ella antes de mi partida hacia Fort Bute.

Como un colegial, me acerqué a hurtadillas hasta la parte trasera de la casa y desde ahí lancé una piedrecilla a la ventana de la habitación de Amelia. Hube de repetir la operación tres veces, cada vez más nervioso, hasta que, por fin, ella, curiosa, se acercó a mirar y abrió la ventana.

—¡Alphonse! ¿Qué haces ahí? ¿Estás loco? Cualquiera puede verte. ¡Incluso mi padre!

—¿Y qué otra cosa puedo hacer para poder hablarte?

—¡Espera! No te muevas de ahí…

Bajó las escaleras y consiguió llegar hasta el jardín sin que nadie la viera. Solo Daisy. Pero esta había sido su niñera desde la infancia, y era de confianza.

Mi novia abrió la puerta trasera y, con la connivencia de la institutriz, que incluso se quedó haciendo guardia, pudimos disponer de unos instantes a solas.

—Cariño, he venido a despedirme… ¿Sabes que estamos en guerra con Gran Bretaña? Mañana saldremos a luchar. Don Bernardo quiere que le acompañe…

—¡Pero, Alphonse…! ¿Qué será ahora de mí? ¡Por favor, no vayas! Si de verdad me quieres, no participes en la guerra. Piensa en lo que eso supondría para mi padre… Además… ¡temo por tu vida!

—No puedo quedarme. ¿No lo comprendes? Ya me he comprometido con el gobernador. ¡Echarme atrás sería una deserción!

—Después de que rescataras a mi padre creí percibir una débil esperanza de que se ablandara y terminara por aceptar nuestra boda. Pero le conozco lo suficiente para saber que, si participas en la guerra, todo habrá acabado entre nosotros…

—No me digas eso, Amelia, te lo suplico. Consigues partirme el corazón…

—Solo veo una solución y es que te quedes aquí, en Nueva Orleans.

Llevábamos ya demasiado rato charlando. Demasiado para no ser descubiertos por alguien de la casa.

Daisy carraspeó para advertirnos de que oía pasos, y de que se acercaban…

Entre sollozos, Amelia me suplicó:

—¡Márchate, Alphonse! Márchate si no quieres complicar aún más las cosas…

—¡Adiós, Amelia! Te quiero. ¡Volveré pronto…!

Pero ella no respondió.

Me alejé de la casa completamente deshecho.

Todavía hubiera sido peor si hubiera sabido que, a los pocos minutos de mi partida, un par de soldados a las órdenes del teniente Ferreira se disponían a iniciar sus pesquisas en la casa de Charles Richmond…

Tal y como Gálvez se había propuesto, nuestro pequeño ejército estuvo listo para partir antes de que acabara el mes, exactamente el día 27 de agosto de aquel año de 1779.

Componían nuestras fuerzas una columna de 179 soldados veteranos, 338 reclutas (una variopinta milicia de españoles peninsulares, canarios, criollos, mexicanos, puertorriqueños, dominicanos, irlandeses y franceses), además de 20 carabineros, 60 milicianos y paisanos de Nueva Orleans, a los que había que añadir 67 americanos voluntarios, entre los que se contaba Oliver Pollock, que actuaba como ayudante de campo de Gálvez.

Tan solo unas horas después de que abandonáramos la ciudad, Richmond era arrestado por la posesión de un pequeño —en realidad no tan pequeño—

contingente de bebidas de contrabando, así como un pequeño —este sí era pequeño— arsenal de armas en el sótano de su casa. Pero, para bien o para mal, eso era algo que yo entonces no podía saber.

El uniforme de la infantería de Luisiana —casaca blanca sobre pantalón y camisa de color azul—, confería a nuestro heterogéneo regimiento un porte llamativamente vistoso y marcial. Desde luego en esto no teníamos nada que envidiar a los famosos «casacas rojas».

Junto a Gálvez destacaba el comandante don Francisco Collel, hombre muy avezado en tácticas militares.

Collel, consciente de que, a pesar de todo, la escasez de hombres seguía siendo nuestra principal carencia, en lugar de encaminarnos directamente hacia el objetivo, el Fuerte Bute de Manchac, situado en la orilla este del lago de Maurepas, se propuso realizar un primer movimiento terrestre hacia el oeste del lago, en dirección hacia el curso bajo del río Amite.

A nuestro paso nos fuimos haciendo con el control de aquel importante brazo de tierra, de unos quince kilómetros de anchura, que separa el lago del río Misisipi por el Sur.

En mitad de ese territorio se alzaba un pequeño fortín británico que tomamos con gran facilidad, haciendo prisioneros a los doce soldados que lo guarnecían.

Además, para satisfacción nuestra, a lo largo de la región por la que atravesábamos se nos iban uniendo nuevas fuerzas. Se trataba de voluntarios de origen muy variado, ya que entre ellos podían contarse tanto indios de las praderas, como acadianos de origen francés. En el poblado alemán de Acadia y en las Opelusas se nos unieron otros 600 hombres, la mayoría alemanes, así como un grupo de 160 indios y otro más de negros y mulatos. Con todos ellos sumábamos ya más de 1400 hombres.

Solo unos días después de nuestra partida, una flotilla compuesta por barcos que habían sido reflotados tras el huracán comenzó a remontar el Misisipi bajo las órdenes de don Julián Álvarez, un excelente artillero.

Nuestra marcha a pie a través de los bosques y zonas pantanosas se hacía muy dura, hasta el punto de que muchos de los nuestros, los menos entrenados de la milicia, se vieron faltos de fuerzas para continuar hasta el objetivo.

Los que lograron llegar fueron los hombres de los regimientos Príncipe, España y Fijo de La Habana, además de algunos reclutas y voluntarios, veinte

carabineros de Nueva Orleans, diez norteamericanos, ochenta negros y mulatos libres, y algunos milicianos.

Yo llegué exhausto, y al borde de mis fuerzas, pero llegué…

Mientras tanto, el 29 de agosto, nuestro Ministro de Indias escribía al Capitán General de Cuba, don Diego José Navarro, de parte del rey don Carlos III:

> *El Rey ha determinado que el principal objeto de sus armas en América durante la guerra contra los ingleses sea arrojarlos del seno mexicano y orillas del Misisipi…*

Y en eso era precisamente en lo que estábamos Gálvez y sus tropas…

Cuando llegamos al objetivo comprobamos que, en realidad, Fort Bute era poco más que una empalizada en torno a un ruinoso bastión construido trece años atrás. Se encontraba en tan mal estado que apenas unos días antes, cuando el teniente coronel Dickson, al mando de la plaza, había sido informado de nuestros movimientos, decidió abandonarlo.

Dejó allí tan solo a una guarnición del regimiento de infantería número 3 de Waldeck, llamado así por provenir de esa ciudad alemana. Quedaban a las órdenes del capitán von Haake.

El resto de las tropas, con Dickson a la cabeza, se retiraron a Baton Rouge y Panmure[19].

Antes de partir, Dickson explicó a von Haake cuál era la situación y qué era lo que esperaba de él:

—Capitán, los españoles vienen hacia aquí. Según informan nuestros exploradores, se trata de un pequeño batallón que apenas supera los mil hombres. Intuyo que su verdadero objetivo está en Baton Rouge, hacia donde probablemente continuarán la marcha. Por eso estimo que mi puesto está allí. Por otra parte, como sabe usted mejor que yo, este fuerte de Manchac no está en condiciones de resistir un ataque de la artillería enemiga. Si los españoles se deciden a atacar, la defensa, con los medios de que contamos, será imposible. Sin embargo, quiero pedirle que se quede aquí con sus hombres.

—Pero, coronel, ¿no me acaba de decir que considera indefendible la posición? ¿Por qué me pide entonces que me quede aquí con mis hombres? ¿Acaso me está pidiendo que nos inmolemos por una causa imposible?

—No, capitán. No me ha comprendido. Existe una remota posibilidad de que los españoles pasen de largo sin atacar. Y, por si eso ocurriera, le pido

que permanezca aquí.

—¿Quiere entonces que nos quedemos como meros «ocupantes»?

—En efecto. Llámelo así, si quiere. Pero si mis predicciones se cumplen, el gobernador Gálvez vendrá a hacerse con el lugar. En tal caso ustedes no deben oponer resistencia. Bastará con que alguno de sus hombres escape para informarnos de lo ocurrido. ¿Le han quedado claras ahora las instrucciones?

—Sí señor, perfectamente. Cuente con nosotros. Esperaremos a los españoles.

Pero, en efecto, a nuestra llegada atacamos el fuerte.

En ausencia de Dickson, y con las instrucciones dadas a los granaderos, Fort Bute cayó con suma facilidad. Tan solo se produjo una baja por el lado inglés —aunque tal vez sería mejor llamarlo alemán—, y ninguna por el nuestro.

Fue precisamente don Gilbert de St. Maxent el primero de los nuestros en entrar en el fuerte. Lo hizo a través de una tronera.

Seis de los hombres de Haake lograron escapar a tiempo para informar de lo ocurrido en Baton Rouge.

El resto de los soldados fueron hechos prisioneros. Era el día 7 de septiembre. La victoria, aunque de muy modestas proporciones, tuvo la virtud de proporcionarnos confianza y moral de victoria, algo siempre necesario en tiempos de guerra.

A pesar del cansancio de nuestra gente, que llevaba ya varios días de marcha a cuestas, Gálvez decidió limitar la permanencia en Fort Bute a un par de días. Quería impedir que los ingleses tuvieran tiempo de reorganizarse en Baton Rouge.

Pero a partir de aquí el avance se hizo todavía más penoso, pues durante días llovió con fuerza, bajo una atmósfera húmeda y pesada.

Llegó un momento en que los caminos, convertidos en auténticos lodazales, ya solo conservaban de tales el nombre. El barro dificultaba enormemente el progreso de nuestras tropas y, sobre todo, el de los pesados carromatos en que viajaban la impedimenta y los cañones de la artillería.

Las mulas y los caballos, en su esfuerzo por tirar de la carga, se hundían penosamente en el barro.

Gálvez hubo de hacer nuevamente gala de sus dotes de líder.

Pues en tales circunstancias era necesario, no solo exigir a los hombres, sino hacerlo de modo que se les infundieran ánimos.

—¡Vamos muchachos! ¡Que no se diga que el ejército de la Luisiana se doblega por un poco de fango…!

El gobernador no dudaba en desmontar cada vez que se precisaba ayuda para empujar un carro, o para realizar cualquier otro trabajo, por arduo que fuese.

Arrastrado por su ejemplo, me impliqué también de lo lindo en el rudo trabajo que conllevaba la marcha de nuestra columna. Al menos este constante esfuerzo al aire libre me supuso de gran ayuda a la hora de superar mi abatimiento. También la distancia a la ciudad y el transcurrir de los días me ayudaron a despejar la cabeza. Sin que, por desgracia, eso significara que llegara a olvidar por completo mis preocupaciones.

Al cabo, tras una nueva semana de marcha agotadora, avistamos por fin la fortificación de Baton Rouge en el horizonte.

Gálvez comprobó que, tal y como habíamos previsto, iba a resultar imposible asaltar el fuerte al modo como lo habíamos hecho en Fort Bute, en donde todo había quedado reducido a casi un paseo campestre.

Por el contrario, Baton Rouge se encontraba perfectamente defendido por más de medio millar de soldados provistos de una importante fuerza artillera de 18 piezas. Por si esto fuera poco, la construcción estaba rodeada de un ancho y profundo foso, y protegida a su vez por un grueso muro rodeado de varias empalizadas.

Don Bernardo y sus oficiales hubieron de tomarse un tiempo para planear la estrategia de ataque. Por un lado, no era factible arriesgarse a sitiar una plaza que, a juzgar por las apariencias, podría resistir tal vez durante meses. Y por otro lado tampoco estaba dispuesto a sacrificar un alto número de vidas en un ataque frontal, en el que los defensores contaban con toda la ventaja de su lado.

Por de pronto se hacía necesario acallar el fuego artillero enemigo, cuya furia ponía en peligro nuestras maniobras de asentamiento. También era de vital importancia cortar las comunicaciones entre Baton Rouge y los puestos británicos situados más hacia el Norte, aguas arriba del Misisipi.

Para esto último nos bastó con despachar a un pequeño destacamento río arriba.

Y, en cuanto a la artillería enemiga, decidimos cavar una trinchera en donde poder además colocar nuestros cañones. Para ello los zapadores debieron emplearse a fondo en una ardua labor que les llevó toda la noche.

Al amanecer pudimos comenzar a bombardear los cuarteles y los almacenes del fuerte, a los que golpeamos con éxito, haciendo que se inflamaran en llamas.

Mientras tanto, Gálvez envió a algunos milicianos hasta una zona boscosa situada a poca distancia del fuerte enemigo, en dirección hacia el Norte. Con ellos buscaba distraer a los ingleses para que nuestros artilleros pudieran mientras tanto acercar sus piezas al objetivo.

Tal y como habíamos previsto, tan pronto como los británicos advirtieron el movimiento de los milicianos, temiendo estar siendo rodeados, se concentraron en lanzar una sucesión de fuertes descargas hacia los emboscados.

Sin embargo, nuestros hombres, bien protegidos bajo el frondoso follaje, lograron resistir bien y solo sufrieron tres bajas, mientras nuestros artilleros conseguían acercar sin dificultad sus cañones a tan solo un tiro de mosquete del fuerte enemigo.

Al mando de la artillería teníamos a don Julián Álvarez, un excelente profesional, que realizó en todo momento un trabajo inmejorable. Hasta tal punto fueron certeros sus disparos que, a las pocas horas de iniciado el bombardeo, aquella misma tarde del 21 de septiembre, hacia las tres, ¡el coronel Dickson se vio obligado a rendirse!

—¡Alto el fuego! ¡No disparen! ¡Los ingleses han sacado bandera blanca!

Apenas unos pocos minutos más tarde se abría la puerta principal de la fortaleza y veíamos salir a Dickson, solo y a caballo.

Como la distancia hasta las trincheras era de aproximadamente medio kilómetro, el gobernador tuvo tiempo de prepararle un cortés recibimiento, haciendo gala de la célebre caballerosidad militar española. Don Bernardo ordenó que le trajeran una botella de vino de Málaga, con la que recibió al inglés a la entrada de su tienda.

El británico supo valorar el gesto, agradeciéndolo vivamente a su llegada.

—Muchas gracias, don Bernardo. En mi familia siempre hemos sabido apreciar el vino de su tierra… Y —añadió tras dar el primer trago— debo decir que este no es precisamente de los peores que he probado.

—Es de mi aldea natal: de Macharaviaya, a algo menos de treinta kilómetros de Málaga.

—Un nombre impronunciable para un inglés.

—Me temo que para un inglés, y para la mayoría de los mortales…

Después de ponderar durante unos instantes las bondades del vino —que, en efecto, las tenía—, los dos hombres se dispusieron a entrar en materia:

—Si he de serle sincero, coronel Dickson, y no lo tome como una afrenta, me ha sorprendido la rapidez con la que han sacado bandera blanca. Creíamos que la pelea iba a ser mucho más larga…

—No hemos podido hacer otra cosa. Sobre todo desde el momento en el que hemos comprobado la incuestionable superioridad de su artillería.

—Contamos con un gran artillero. A él es a quien debemos atribuir la eficacia de los disparos. Pero dígame, ¿cuánta gente hay en el interior de la fortaleza?

—Trescientos setenta y cinco soldados regulares, además de algunos milicianos, con sus mujeres e hijos. Unos seiscientos en total.

—Por supuesto, las mujeres y los niños quedan libres desde este mismo instante. Les escoltaremos hasta Nueva Orleans, en donde podrán quedarse a vivir, o partir a otras tierras, si lo prefieren. Lo mismo haremos con los milicianos, una vez que hayan sido desarmados. Pero antes les concederemos veinticuatro horas para que puedan enterrar a los muertos y atender a los heridos.

—Es una medida muy generosa por su parte.

—Gracias. Estoy seguro de que usted habría hecho lo mismo en mi lugar.

Una vez acordado el trato que se daría a los vencidos, iniciaron las que propiamente serían las negociaciones de paz.

Tras un breve intercambio de palabras, don Bernardo no tuvo dificultad en conseguir que Dickson rindiera también el fuerte de Panmure (en Natchez), situado a más de cien kilómetros hacia el Norte, también a orillas del Misisipi. En total hicimos quinientos prisioneros y apresamos ocho barcos de transporte, los que habían traído refuerzos al enemigo desde Pensacola.

Tan pronto como Dickson estampó su firma en el tratado, Gálvez envió un destacamento de cincuenta hombres a Panmure, bajo el mando del capitán Villebeuvre. Les acompañaba un mensajero del coronel Dickson, cuya misión no era otra que la de transmitir a la guarnición la orden de entrega de la fortaleza, evitando así el derramamiento de sangre.

Villebeuvre tardó exactamente dos semanas en llegar al fuerte: era el 5 de octubre. Portaba además una carta de Oliver Pollock para los habitantes de Natchez que decía así: «*El coronel Dickson ha capitulado al gobernador Gálvez y rendido su guarnición como prisionera; él mismo ha ordenado la retirada de sus fuerzas y ha entregado el fuerte al oficial español comisionado a tal propósito. El espíritu de libertad, la protección que cada americano ha recibido, en este río, de Su Excelencia el gobernador Gálvez, su generosa conducta para con todos los habitantes, con las ventajas que deben ahora emanar de un ininterrumpido comercio con Nueva Orleans, donde ustedes encontrarán un buen mercado para toda su producción y las necesarias provisiones para sus familias, espero que sean sobrados alicientes*

para que ustedes rindan todos los servicios que posean a las armas de Su Católica Majestad».

Gracias a Dios, tal y como habíamos previsto, Fort Panmure capituló sin necesidad de efectuar un solo disparo.

Una vez en manos españolas, se cambió su nombre por el de San Carlos.

Durante los días siguientes procedimos a ocupar los últimos reductos ingleses que todavía quedaban en la región. Fue entonces cuando el comandante don Vincent Rillieux, un criollo de la Luisiana, protagonizó con tan solo trece hombres el admirable apresamiento de un transporte fluvial británico.

Tras divisar al navío, Rillieux ideó un ingenioso y audaz plan de captura: sin perder un instante, ordenó a sus hombres que se escondieran tras una de las frondosas arboledas que crecen a orillas del Misisipi.

En el momento en el que vieran pasar el barco, debían provocar el mayor estruendo posible, gritando y disparando sin cesar, de modo que hicieran creer a los ingleses que estaban siendo rodeados por una fuerza muy superior a la que viajaba a bordo de la embarcación.

La actuación de los soldados fue tan viva, que los hombres de a bordo, temiendo por sus vidas, corrieron a refugiarse en el interior de la embarcación.

Esta era precisamente la reacción esperada por Rillieux, que sin perder un instante saltó a cubierta y cerró todas las compuertas, encerrando así a las tropas enemigas en su propia nave.

De este modo, sin una sola baja que lamentar, el comandante acababa de apresar a cincuenta y seis soldados valones, junto con doce marineros ingleses.

Las noticias del descalabro inglés en la amplia región del Sur del Misisipi corrieron como la pólvora a lo largo y ancho de las guarniciones militares de Norteamérica, en uno y otro ejército.

Con ellas llegaba también el contenido de la carta que el coronel Dickson escribió desde su cautiverio al general Campbell:

> *Nuestros soldados son tratados con las mayores atenciones y generosidad, no solo por los oficiales, ya que también los soldados españoles parecen complacerse en ser amables y corteses con los prisioneros en general…*

Las primeras escaramuzas bélicas habían empezado muy bien para nosotros. En apenas unos días habíamos deshecho el entramado militar

británico en la zona, y habíamos conseguido librar a Nueva Orleans de una amenaza que, por su cercanía y magnitud, había resultado tremendamente inquietante para nosotros.

En menos de un mes de campaña nos habíamos hecho con el control absoluto de la cuenca baja del Misisipi, cerrando definitivamente el río al tráfico extranjero y desbaratando de paso los planes ingleses de atacar, descendiendo por el río, desde el Canadá.

Además, habíamos extendido las posesiones españolas de la Luisiana en un territorio que se extendía a lo largo de 430 leguas de tierra.

Tal vez la mayor importancia de esta campaña «relámpago» radicara sobre todo en que Gálvez obligaba ahora a los británicos a abrir un segundo frente de guerra. Un segundo frente que les imponía la necesidad de establecer importantes contingentes militares en la Florida, aliviando así la presión sobre las milicias norteamericanas.

No es de extrañar que, a nuestro regreso a Nueva Orleans, la población nos recibiera como a auténticos héroes, en medio de grandes muestras de júbilo, mientras desfilábamos por las calles.

Las celebraciones terminaron con un solemne *Te Deum* cantado en la iglesia de San Luis.

Como recompensa por tan importante victoria, don Bernardo fue ascendido a mariscal de campo. Algo extraordinario, pues tenía tan solo 33 años de edad.

A pesar de todo, para expulsar definitivamente a los ingleses del Golfo de México y de la Florida Occidental, como había pedido Su Majestad, quedaba todavía mucho por hacer.

Por eso Gálvez, satisfecho con la bravura y entereza demostrada por su gente, comenzó ya a planificar los pasos siguientes a dar. Se aplicó al estudio y a la organización de la conquista de Mobila y Pensacola, los grandes bastiones británicos al Oeste de la Florida.

Apenas tres meses más tarde, en noviembre de 1777, tuvo lugar un acontecimiento significativo al otro lado del Atlántico, que creo que merece la pena reseñar.

A nuestro rey don Carlos III le llegó una interesante oferta del gobierno británico. Los ingleses parecían dispuestos a negociar la paz a cambio de la cesión de Gibraltar.

Aunque la oferta era extraoficial, y don Carlos dudaba de la sinceridad de la misma, accedió a hablar. No perdía nada por intentarlo. Y desde luego, de ninguna manera estaba dispuesto a sacrificar la vida de nadie, a cambio de algo que tal vez podría obtener por la vía diplomática.

A pesar de todo, por lo que yo pude saber, las negociaciones se prolongaron nada menos que hasta principios de 1781.

Su Majestad envió como intermediario a Londres al presbítero irlandés Thomas Hussey. Este buen sacerdote, mientras estuvo en la capital británica, fue además el capellán de Almodóvar, el embajador español. Pero al cabo, a pesar de lo prolongado de las negociaciones, no se consiguió llegar a ningún resultado satisfactorio. Tal vez porque tampoco España parecía dispuesta a vender la independencia norteamericana al precio de Gibraltar.

14

Pasados los primeros momentos de regreso triunfal a la ciudad y permaneciendo todavía yo en la más completa ignorancia acerca de la detención de Richmond, lo primero que hice fue escribir una breve pero intensa carta a Amelia.

Se la entregué a mi fiel Michel, con la seguridad de que él sabría hacérsela llegar a la muchacha.

Y sin duda que lo supo hacer, pues Michel conocía bien a Daisy, a quien entregó la misiva. Lo hizo a la puerta de la casa de los Richmond.

Al confiársela le dijo:

—Es para doña Amelia. Debe dársela en mano.

—¿Quiere esperar aquí? —era más una orden que una pregunta—. Tal vez la señorita Amelia quiera darle una respuesta.

—Muy bien. Le espero.

La doncella subió las escaleras hasta desaparecer de la vista de Michel y, una vez arriba, llamó suavemente a la puerta de mi prometida:

—¿Quién es?

—Soy Daisy, señorita —aprovechando que nadie podía oírles, añadió—: le traigo un mensaje. Es de *monsieur* de Cavignac.

—Pasa, por favor.

Ya dentro y con la puerta cerrada, Amelia preguntó ansiosa:

—¿Ha venido él aquí?

—No. Ha venido un lacayo de su casa.

Amelia abrió el sobre y leyó:

Amor mío:

No puedes siquiera imaginar cuántos han sido mis sufrimientos en estos días tan lejos de ti.

Pero, gracias a Dios, estoy de regreso, felizmente sano y salvo.

Dime por favor que comprendes que no podía traicionar a mi país, ni a la promesa que le hice a don Bernardo.

Sabes que por ti estaría dispuesto a cualquier cosa, pero que no puedo concebir de ninguna manera que mi amor —que eres tú— me lleve a cometer una indignidad, una traición a mi palabra.

Siempre tuyo,

ALPHONSE

Los ojos de Amelia enrojecieron y las lágrimas no tardaron en aflorar a sus mejillas.

Daisy comprendió que lo mejor era dejarla sola. Antes de salir le preguntó:

—¿Quiere que responda algo de su parte al mensajero?

—Sí. Dile que… —pero de repente se detuvo en seco.

Su ánimo vaciló.

Enseguida, apesadumbrada, comenzó a llorar temblorosamente. Prefiriendo estar a solas en medio de su congoja, cerró la puerta de su habitación.

Cuando Daisy llegó a la puerta de entrada, Michel le preguntó:

—¿Debo transmitir algo a don Alphonse?

—No. Ella no me ha dado ninguna contestación…

Quedé completamente desconcertado. ¿Cómo era posible que Amelia no me hubiera hecho llegar ningún mensaje?

Esto me sumió en una nueva espiral de oscuros pensamientos que, de no haber sido por las graves responsabilidades que don Bernardo cargaba sobre mis hombros y que me obligaban a trabajar sin descanso, creo que hubiera sido incapaz de soportar.

También me consolaban, aunque no sé si su alivio llegaba siquiera a merecer este nombre, nuestras victorias en el valle del Misisipi. Pues en verdad habían supuesto un auténtico descalabro para los británicos.

Gálvez se ratificó en la idea de que debíamos continuar con nuestra ofensiva, antes de que los ingleses pudieran rehacerse de sus derrotas.

Don Bernardo estaba firmemente decidido a lanzarse a la recuperación de la Florida para España.

También Washington veía la importancia de atacar Mobila y Pensacola. En una conferencia en West Point, en septiembre de 1779, afirmó que sería deseable que España atacara a estas dos ciudades, pues de este modo los británicos se verían aún más obligados a concentrar sus esfuerzos fuera de las trece colonias.

Por motivos geográficos obvios, para recuperar aquel antiguo territorio español sería necesario comenzar por la Florida Occidental, desde la que después podríamos llegar hasta San Agustín, y al resto de la región.

Nuestro objetivo inmediato se centró en la toma de la ciudad de Mobila, situada en la costa, a unos doscientos kilómetros al Este de Nueva Orleans.

Mobila, junto con Pensacola, constituía una de las más importantes bases británicas en el Golfo de México, centro comercial y naval de las actividades inglesas.

Gálvez consideraba imprescindible comenzar por esta ciudad pues, además de estar más cerca de Nueva Orleans, era de la opinión de que Mobila podría resistir por sí misma aun cuando Pensacola cayera en nuestras manos. Sin embargo, no ocurría lo mismo al revés.

No sería una presa fácil. Pues, además de estar estratégicamente situada al fondo de una profunda bahía, la rada estaba protegida por un pequeño laberinto de islotes y bancos de arena.

Tampoco por tierra las operaciones resultarían fáciles, ya que los indios de la región se contaban entre los mejores aliados de los británicos.

A todo esto había que añadir el importante auxilio que le prestaba su propio fuerte, conocido con el nombre de Fort Charlotte, dotado de nada menos que de cuarenta y tres cañones.

Además, nuestros recursos seguían siendo muy escasos: sobre todo seguíamos careciendo del suficiente número de tropas y de buques, por lo que una vez más hubimos de recurrir al socorro de Cuba. Socorro que volvió a sernos negado o, cuando menos, retrasado.

El máximo responsable militar en la isla caribeña, la persona que en definitiva debía dar su visto bueno a nuestras peticiones, era el capitán general de Cuba, don Diego José Navarro, hombre que recelaba mucho de enviar a sus soldados fuera de la isla, y que no veía con buenos ojos las atrevidas campañas militares de Gálvez, y aún menos su meteórico ascenso.

Gálvez se vio obligado una vez más a aguzar su ingenio, a fin de estirar y aprovechar al máximo los cortos recursos con los que contábamos en la Luisiana.

Así, comenzamos por construir unos nuevos astilleros en donde reparar los buques capturados a los ingleses durante las recientes batallas.

Precisamente uno de los bergantines que recuperamos fue el Galveztown, llamado así en honor a don Bernardo. Pues durante el mes de septiembre, en el gran lago de Pontchartrain, la goleta norteamericana Morris entabló un duro combate con el bergantín inglés West Florida. El encuentro se saldó con

el triunfo de los americanos, pese a que la nave británica era de mayor porte e iba mejor armada. Y don Oliver Pollock, como muestra de agradecimiento por la generosa ayuda prestada por Gálvez a la causa norteamericana, así como por las victorias que había conseguido en la región del bajo Misisipi, de las que el propio Pollock había sido testigo, bautizó al citado bergantín con el nombre de Galveztown, para regalárselo a don Bernardo.

Pero, a pesar de nuestros esfuerzos, don Bernardo hubo de rendirse a la evidencia y reconocer que la ayuda de Cuba era imprescindible. Nada conseguiríamos sin ella.

Por eso volvimos a insistir. Y con nuestra insistencia, la tensión entre Navarro y Gálvez aumentó.

En realidad, el gobierno apoyaba a Gálvez. Pero Navarro se resistía a enviar las tropas amparándose en que no había recibido órdenes por vía oficial.

Finalmente tuvo que ser el propio monarca quien ordenara el envío de refuerzos desde España a La Habana, con instrucciones claras de que una parte de ellos debían ser empleados en la ofensiva contra Mobila y Pensacola.

Estos refuerzos —3500 hombres— arribaron a Cuba en diciembre de 1779. De entre ellos, Navarro escogió a los 577 miembros del Regimiento de Navarra para la toma de Mobila. Zarparon de la isla el 10 de febrero de 1780 a bordo de cuatro buques de transporte.

Pero mientras tanto, en Nueva Orleans, Gálvez se había cansado de esperar más allá de lo que su paciencia era capaz de soportar, y había partido ya en dirección hacia Mobila.

Salimos el 14 de enero. Le acompañábamos 1200 hombres a bordo de catorce buques de transporte convenientemente pertrechados con artillería de sitio.

A pesar de que la distancia que nos separaba de nuestro objetivo era de tan solo un día de navegación, cuando avistábamos la entrada a la bahía de Mobila se desató un fuerte viento, que no fue sino el preludio de otra de las violentas tempestades a las que tan acostumbrados nos tenía el Golfo de México.

Tan pronto como Gálvez comprendió lo que se nos venía encima, se apresuró a impartir las órdenes necesarias para tratar de salvar a la escuadra:

—¡Arríen las velas! ¡Colóquense a la capa…!

Pero para algunos las instrucciones llegaron tarde. O no las oyeron. O tal vez no fueron conscientes de la magnitud de la tempestad hasta que ya era demasiado tarde.

En cualquier caso, las cosas se complicaron, y mucho, para la flota.

Seis de nuestros barcos fueron irremediablemente arrastrados hacia la costa, sacudidos por el violento oleaje, que los hizo embarrancar sobre la arena de una de las pequeñas islas desiertas, casi meros bancos de arena, que asomaban a la entrada a la bahía.

A pesar de lo intenso de la marejada, los demás navíos trataron de acercarse a rescatar a los infortunados.

Pero las condiciones eran muy duras, y hacían muy difíciles las maniobras en la mar. Nada pudo hacerse por evitar que muchos de los nuestros murieran ahogados.

Continuamos luchando, mientras quedó un halo de luminosidad, por rescatar hasta el último cuerpo que encontramos con vida.

También pudimos recuperar algunos cañones.

Los días siguientes, una vez que la tormenta hubo amainado, el aspecto de los barcos en torno a la pequeña isleta ofrecía un aspecto desolador.

Habíamos perdido una gran cantidad de municiones y parte de la tropa vestía con harapos hechos jirones. Ofrecíamos un aspecto lamentable, de auténticos náufragos.

Por si fuera poco, escaseaban los víveres.

Sin embargo, don Bernardo, lejos de venirse abajo, consiguió infundirnos ánimos y darle la vuelta a la situación.

Su principal esfuerzo se dirigió precisamente a levantar la moral de los 756 supervivientes que permanecíamos junto a él, y a aprovechar los medios materiales con los que todavía contábamos. Tuvo el arrojo y el optimismo suficientes para encomendar a la tropa la construcción de escalas de asalto con el material recuperado de los barcos, además de alentarnos a continuar con los planes de ataque, como si nada hubiera ocurrido.

La fuerza moral que irradiaba nuestro gobernador comenzó muy pronto a dar sus frutos: con los cañones recuperados establecimos una batería en la isla. Realmente, el emplazamiento no podía resultar más adecuado. Era, sin lugar a dudas, el puesto ideal desde donde controlar a placer la entrada a la bahía.

En cuanto las cosas se enderezaron un poco, proseguimos con los planes para la toma de Fort Charlotte.

Para ello Gálvez se dirigió a tierra firme, en donde colocó las baterías en un emplazamiento desde donde pudiéramos alcanzar el fuerte enemigo. Ordenó además a los ocho buques que habían resistido al huracán que se

adentraran hasta el fondo de la bahía, al objeto de que se sumaran al bombardeo.

La artillería inglesa respondía con fuerza a nuestros disparos.

Pero, tan pronto como fueron conscientes de la incuestionable maestría de nuestros artilleros, los mismos que habían desbaratado en un tiempo récord las defensas de Fort Bute, tomaron la decisión de incendiar ellos mismos una parte de la ciudad. Con ello buscaban impedir que lográramos hacernos fuertes en sus calles.

Don Bernardo, indignado por lo que consideraba una acción innoble por parte del capitán Durnford, al mando de la guarnición de Mobila, le hizo llegar un mensaje.

Se lo hizo llegar a través del capitán Bouligny, al que nombró emisario. En su carta Gálvez instaba a Durnford a rendir el fuerte y le amonestaba severamente por haber procedido a quemar una parte de la ciudad:

> *Las fortalezas se construyen únicamente para defender a las poblaciones; pero vuestra merced está empezando a destruir la ciudad a favor de la fortaleza que es incapaz de defender*.

Cuando nuestro enviado llegó ante el inglés, fue acogido con todos los honores, hasta el punto de que se le ofreció un banquete en el que se llegó a brindar por los respectivos reyes: Carlos III de España y Jorge III de Gran Bretaña e Irlanda.

Sin embargo, a pesar de lo caballeroso y cordial de su recibimiento, y a nuestra incuestionable superioridad artillera, Durnford respondió que su deber era defender la plaza y derrotarnos.

A los pocos días Gálvez recibió nuevos presentes del capitán británico: una docena de botellas de vino, pollos, un carnero y pan fresco.

Don Bernardo respondió enviándole una caja de vino español y otra de Burdeos, así como naranjas, pastas y habanos. Junto con los presentes, le remitía una nueva carta en la que volvía a instarle a rendirse y, en cualquier caso, se comprometía a no instalar ninguna batería detrás de los muros de los edificios, siempre que Durnford no ordenara nuevos incendios.

Llegaron entonces los refuerzos de Cuba tanto tiempo esperados: los soldados del Regimiento de Navarra enviados desde España vía La Habana.

Al mismo tiempo recibimos la noticia de que el general Campbell había partido desde Pensacola al mando de una columna de 1200 soldados. Venía en auxilio de Mobila, a donde no tardaría mucho en llegar.

La conclusión era clara: teníamos que apresurarnos a tomar el fuerte antes de que llegaran los refuerzos enemigos.

Aún estaba oscuro el día 24 de febrero, cuando desembarcamos para excavar trincheras delante de Fort Charlotte, el corazón defensivo de la plaza. Nuestro objetivo era doblegar sus muros en el menor tiempo posible.

La maniobra de abrir las fosas era muy peligrosa, pues durante las tareas de excavación es cuando los soldados están más expuestos a la artillería enemiga.

A pesar de todo dedicamos dos días a la ardua tarea. Dos días durante los que sufrimos numerosas bajas. Pero, una vez culminado el trabajo y colocados los cañones en su nueva posición, empezó el verdadero ataque a la fortificación.

El poderío de nuestros dieciocho cañones, que ahora disparaban sin cesar sobre el objetivo, no solo logró ablandar sus muros, sino que terminó por abrir una amplia brecha en las paredes.

Ese era el momento que esperábamos, pues tan pronto como se abrió el boquete, nuestras tropas se lanzaron al asalto como un solo hombre.

Los defensores apenas pudieron oponer resistencia a la auténtica tromba que se les venía encima.

Yo corría con los demás, desaforado, mosquete en mano, contagiado del común espíritu guerrero que nos animaba.

Todo fue muy rápido.

Tanto, que el fuerte cayó en muy poco tiempo y Durnford firmó la rendición al día siguiente, entregándose con sus trece oficiales, trescientos soldados, y todo el ingente material bélico —entre el que destacaban 35 cañones— y de provisiones que se hallaba en el interior del castillo.

La victoria llegaba justo a tiempo.

Porque Campbell, que había acampado junto al cercano río Tensaw, divisaba ya Mobila desde sus posiciones.

Pero llegaba para asistir desde la distancia a la ceremonia de entrega de la ciudad a España, y para poco más. Ya nada podría hacer por evitarlo. No le quedó otro remedio que dar media vuelta y retirarse por el mismo camino por donde había venido.

Sin embargo, a Gálvez tampoco se le escapó aquella nueva oportunidad que se nos brindaba: envió a algunos hombres en persecución del ejército de Campbell.

La operación no resultó inútil: capturamos a un capitán y a veinte dragones[20] de la retaguardia. A pesar de que nuestros soldados hubieran

deseado continuar más allá en la persecución, don Bernardo se lo impidió, obligándoles a regresar. Por el momento había sido más que suficiente.

Algunos días después, a miles de kilómetros de Mobila, en Madrid, don José de Gálvez, ministro de Carlos III, abría el correo que acababa de recibir de su sobrino. En él leía:

> *Hoy tengo la satisfacción de informar a usted cómo en el último momento, cuatro días después de abrir la trinchera, la guarnición de Mobila, con 300 hombres que la defendían, se ha rendido a la fuerza del rey y ha quedado prisionera con un cañón del 35 y ocho morteros. Esta captura nos ha costado algunas pérdidas. La resistencia que han hecho ha sido enérgica y aunque esto aumenta el mérito de la captura hecha por nuestras fatigadas tropas, escasamente vestidas y salvadas del naufragio, hay otra circunstancia que considero debe usted llevar a conocimiento de Su Majestad.*
>
> *Ello es que después de la noticia de nuestro naufragio, el general Campbell decidió dejar una pequeña guarnición en Pensacola y venir a atacarnos por tierra con la mayor parte de sus fuerzas, a fin de decidir en este campo el destino de la provincia. Vino con mil cien hombres a casi nueve leguas de nuestro campamento. Ya puede comprender nuestra situación al borde de agotarse nuestros alimentos, con muy pocas municiones —pues la mayor parte se perdió en el naufragio—, con mil cien hombres enemigos a la vista, a quienes el general había ordenado calar el arma blanca, más trescientos hombres en el fuerte, que con los que traía el general Campbell sumaban mil cuatrocientos, número igual al nuestro, pero con el país a su lado y la protección del destacamento.*
>
> *Tan desagradable perspectiva no restó la menor parte de la confianza y esperanza de victoria de nuestros oficiales y tropas.*
>
> *Por el contrario, creyendo que eran necesarios nuevos esfuerzos, ellos perseveraron en sus trabajos, abrieron la trinchera, asentaron la batería y atacaron y conquistaron el fuerte a la vista de la vanguardia del general Campbell, quien se conformó con observarnos. Durante ocho días fue testigo del valor y arrojo de nuestras tropas, lo que le hizo cambiar de opinión, levantar el campo y volver a Pensacola con su ejército, sobre cuya retaguardia cayó una de nuestras patrullas, haciendo prisioneros a un capitán y veinte hombres.*

No puedo expresar los sentimientos de que mi pequeño ejército dio muestras al ver la retirada del general Campbell sin habernos dado la cara; ni puedo reflejar su tristeza al ver que los refuerzos de La Habana no habían llegado a tiempo para lanzarnos contra ellos y así triunfar sobre los ingleses lo mismo que en Saratoga.

Sé que usted leerá con el mismo sentimiento que yo se la describo la noticia de haber perdido una ocasión que nos hubiera dado Pensacola, con la consiguiente gloria que ello hubiera supuesto para nuestra patria; pero, al mismo tiempo, tengo el placer de asegurarle que todos los oficiales y la tropa no desean más que continuar probando a Su Majestad la resolución que tienen de sacrificarse en su servicio. Dejo para una próxima ocasión, por falta de tiempo en esta, la lista de aquellos que debo recomendar a su real compasión.

Cuando don Bernardo hablaba de recomendar a algunos soldados «a la real compasión», no se refería a ningún tipo de favoritismo o injusto privilegio. Sencillamente actuaba conforme a su desinteresada costumbre de señalar al gobierno, sin ningún tipo de distingo de raza o circunstancia social o de otro tipo, la deuda contraída por la nación con quienes, por su arrojo y sacrificio en el combate, eran dignos de una justa recompensa.

Así, Gálvez formulaba una propuesta de condecoración para don Isidro Roig, del veterano regimiento de Cantabria, «*quien se distinguió gloriosamente al resistir en una aldea el ataque de 200 soldados ingleses y 500 aliados indios después de recibir innumerables heridas que le causaron la muerte*».

Gálvez pidió la condecoración para el hijo de Roig, por entonces un niño, quedándole de este modo la paga a la viuda, mientras viviese.

En la misma acción cayó el teniente don Marcelino de Córdoba, para cuyo joven hermano, entonces un subteniente cadete, pidió «*sea ascendido al empleo que aquel ostentaba en mérito a su valerosa conducta en la referida acción*».

El citado cadete había luchado valerosísimamente mientras permanecía sobre el cuerpo apuñalado de su hermano, impidiendo que los indios lo mutilasen. Gálvez solicitó además que la paga del hermano muerto quedara para la madre del joven oficial «*por tener hijos pequeños, quienes en su día servirán igualmente al rey, continuando la tradición de la vieja casa de los Córdoba*».

En otro de sus informes, Gálvez pedía pensiones vitalicias para dos soldados voluntarios del batallón de la milicia de Luisiana, don Juan Helbert y

don Maturino Laundry, «*que lucharon durante tres días, fueron mutilados de por vida y dejados por muertos en el ataque de los salvajes que se apiñaban en los profundos bosques tan numerosa y silenciosamente como las incontables hojas de los árboles. A través de estos tres terribles días con sus noches, estos dos hombres, malheridos, se movieron de un lado a otro del pantanoso terreno, tan quedos como animales, sin dejar huella alguna de su paso por su íntimo conocimiento del lugar. Su orientación por los bosques, hundidos hasta las rodillas en ciénagas infestadas de culebras, su familiaridad con los sonidos en aquellos sombríos lugares, salvaron la pequeña unidad, que sin su ayuda hubiera caído víctima de los silenciosos y mortales cuchillos de los indios*».

Gálvez pedía para tan heroicos soldados el ascenso al grado efectivo de sargento, con paga completa y vitalicia para dicho empleo.

Podría continuar refiriendo multitud de ejemplos de memorables comportamientos para los que don Bernardo solicitaba una justa compensación, sobre todo en aquellos casos en que, de resultas de las heridas, muerte o mutilaciones, algún ser querido —viuda, hijos o hermanos— quedaba desamparado y carente de medios de subsistencia.

Baste como resumen de lo ocurrido decir que Gálvez dejó escrito que, pese a su ya larga experiencia como soldado en muy diversos escenarios de guerra en Europa y América, y pese a haber sido herido en diversas ocasiones, jamás había llegado a contemplar una tan escalofriante sucesión de hechos heroicos, penalidades y sacrificios como en esta batalla de Mobila.

Eran las diez de la mañana del 14 de agosto de 1780 cuando, arriada la bandera inglesa, era izado el estandarte español sobre Fort Charlotte.

La toma de Mobila fue una hazaña asombrosa. Una nueva e importante victoria para los intereses de España y de los nacientes Estados Unidos de América, que veían cómo el poder de Gran Bretaña iba poco a poco menguando ante el imparable avance de los bravos soldados de España.

Las guarniciones de Pensacola y San Agustín comenzaban a temer por su propia suerte. Gálvez empezaba a ser una leyenda.

Y, en la misma medida, una pesadilla para Gran Bretaña…

Su Majestad don Carlos III nombró al malagueño gobernador de Mobila.

Pero el gobernador tampoco en esta ocasión se dejó obnubilar por los éxitos. Sabía bien que no podíamos dormirnos en los laureles. Al contrario,

teníamos que seguir aprovechando la desmoralización del enemigo: seguir hostigándole antes de que tuviera tiempo de rehacerse.

Por otra parte, había algo que le preocupaba sobremanera: la forma salvaje, cruel e inhumana que tenían los indios de combatir, y que no se correspondía en absoluto con la nobleza, e incluso la caballerosidad, que las naciones europeas acostumbraban a observar con los vencidos. Por ello, y a pesar de que Gálvez contaba con una dilatada experiencia acerca del modo de guerrear los apaches en Sonora y en Texas, se vio movido a escribir a Campbell manifestándole que:

> *Los indios que apoyan la causa de los ingleses creen hacer un servicio destruyendo a todos los habitantes de mi nación. Los que abrazan nuestra causa piensan que pueden cometer las mismas hostilidades contra los súbditos de vuestro monarca.*
>
> *En esta guerra que mantenemos por obligación y no por odio, espero que Vuestra Merced se inclinará a unirse conmigo en un convenio recíproco que nos abrigue de la censura horrible de la inhumanidad.*

Por este motivo terminaba solicitando que no se empleara a los indios en las disputas nacionales entre ambos países.

Sin embargo, su petición fue rechazada por el inglés.

Antes de abandonar la ciudad, Gálvez convocó una junta de guerra en la que trasladó a los oficiales la situación tras la toma de Mobila:

—He solicitado de don Gabriel de Aristizábal, capitán de la fragata Nuestra Señora de la O, que me permita utilizar la flota para desembarcar en Pensacola. Sin embargo debo decir que se ha negado, por considerar que las fuerzas navales actualmente a nuestra disposición son insuficientes. Ha llegado a calificar mis pretensiones de «auténtico suicidio». Por eso me gustaría conocer sus opiniones acerca de la posibilidad de intentar un ataque por tierra.

—Señor —respondió un veterano oficial, responsable del cuerpo de ingenieros—, lo desaconsejamos vivamente. La orografía impide transportar la artillería pesada por tierra. En caso de intentarse un ataque de infantería, nos veríamos obligados a realizarlo sin apoyo artillero.

—¡Eso sí que sería un auténtico suicidio!

—¿Ni siquiera en el caso de que tomáramos a la guarnición por sorpresa? —insistió Gálvez.

—Ni siquiera. Entre otras cosas, porque las últimas derrotas han sobresaltado mucho a los británicos. Están asustados. Y Pensacola cuenta con tanta vigilancia en todo su perímetro, que hace imposible plantear un ataque sorpresa.

—¿Qué proponen ustedes para conquistar la plaza?

—La única decisión razonable es la de solicitar refuerzos. Sobre todo navales. Solo así podremos organizar un ataque con las suficientes garantías de éxito.

Gálvez era de la misma opinión que sus oficiales. Había querido interrogarles, haciendo de abogado del diablo, pero una vez escuchadas sus razones, estaba completamente de acuerdo con lo que acababa de escuchar.

Así pues, disolvió la junta:

—Está bien. Ustedes ganan. Regresaré a Nueva Orleans para organizar desde allí el ataque: coronel —se refería al coronel Ezpeleta, al mando del Regimiento de Navarra—, usted se quedará en Mobila al mando de una guarnición de ochocientos hombres.

Considero que es un número suficiente para defender la plaza en el caso de que a los ingleses se les ocurriera regresar por aquí.

Además, ¡qué caramba!, ¡son ustedes navarros…! —bromeó—. El resto regresaremos a Luisiana.

15

Pero en donde comenzaban a complicarse las cosas era en el norte.

Llegaron noticias inquietantes desde San Luis: acababa de descubrirse que los británicos planeaban un ataque inminente contra aquel enclave. Un ataque que, al parecer, partiría desde algún punto de los alrededores de Detroit.

San Luis se ubicaba en la orilla oeste del Misisipi, bajo la confluencia del río Misuri y por encima del Ohio. Se trataba de una pequeña población dedicada al intercambio comercial y por tanto sin ningún tipo de fortificación que la protegiera. Además, los indios de la región eran pacíficos y amigos.

Treinta millas más hacia el Sur se alzaba Santa Genoveva, un pequeño asentamiento de españoles y canadienses de origen francés.

Don Fernando de Leyba, el gobernador, era un hombre muy querido en la región, y que había sido recibido con auténtico entusiasmo.

Durante un tiempo la zona había permanecido tranquila, pero ahora los indios se estaban convirtiendo en un grave problema y en una amenaza, aunque no por sí mismos, sino en tanto que aliados de las fuerzas británicas, al mando del coronel Henry Hamilton.

Leyba consideraba a Hamilton como un personaje sin escrúpulos. No en vano la fama de su brutal empleo de los indios cruzó las aguas del Atlántico para llegar hasta el parlamento británico, en donde se le denunció con estas palabras:

> *Pero ¿quién es el hombre que ha osado autorizar y asociar a nuestras armas el tomahawk y el cuchillo de cortar cabelleras de los salvajes? Esos crímenes hieren el sentido del honor. Me ofende, porque respeto la guerra cuando es honorable, pero también la detesto cuando impera la barbarie criminal.*

El gobernador había trabajado hasta entonces por aumentar las relaciones amistosas con indios y colonos, por desarrollar una economía agrícola y por reclutar e instruir una milicia.

Don Fernando de Leyba era un hombre de confianza de Gálvez. Tal vez por eso se permitió escribirle sin ambages acerca de su precaria situación, motivada sobre todo por su muy escasa guarnición de soldados: «*Dieciséis hombres, incluido el tambor, son todos los efectivos de que dispongo*».

Pedía doscientos hombres, a la vez que remitía a don Bernardo su plan de defensa.

La noticia era grave, pues San Luis, situado como he dicho, a la orilla derecha del Misisipi en su curso medio, era un importante punto estratégico. Si los ingleses se hacían con el control de esa población, la entera región de Virginia quedaría completamente expuesta ante cualquier ataque dirigido contra ella desde el Oeste. Incluso la propia Nueva Orleans quedaría también desamparada ante una posible ofensiva desde el Norte.

Pero, si la escasez de hombres era nuestro principal problema en el bajo Misisipi, ¿cómo íbamos a permitirnos enviar refuerzos a San Luis?

Pocas veces llegué a ver a don Bernardo tan profundamente preocupado como con esta cuestión. Además, cosa extraña en él, desde que recibió la noticia apenas hablaba. Se le veía completamente abstraído, inmerso en profundas reflexiones.

Hasta que, por fin, después de mucho cavilar, tomó la decisión de despachar a un pequeño contingente río arriba. Un contingente tan pequeño que apenas supondría algo más que un simbólico apoyo moral. Pero precisamente para subrayar este apoyo aún más, quiso además enviar a alguien de su máxima confianza: y esa persona resulté ser precisamente yo…

Por supuesto que, a causa de mi creciente distanciamiento con Amelia, yo no estaba especialmente motivado para nada. La petición del gobernador me supuso una inesperada contrariedad añadida. Si ahora partía hacia el Norte —me decía—, tal vez no volviera a ver nunca más a mi prometida. Pues comprendí que la batalla que se avecinaba en San Luis iba a resultar especialmente dura y, sobre todo, desequilibrada, a causa de la evidente desproporción entre los efectivos de un ejército y de otro. En favor de los británicos, desgraciadamente.

Desde luego que a Gálvez, buen conocedor de hombres, no se le pasaba por alto mi estado de postración.

En el fondo me enviaba porque realmente confiaba en mi capacidad pero, sobre todo, porque consideró que mi alejamiento de la ciudad volvería a ser el único modo de librarme de mi innegable abatimiento. A pesar de los evidentes peligros que conllevaba mi partida hacia San Luis, sería una buena ocasión para que yo me despejara un poco. La ocasión para que mi mente se

viera obligada a ocuparse en algo distinto a mi conflictiva relación con Amelia.

En cualquier caso, ya fuera por mi falta de energías para oponerme a don Bernardo, o ya fuera porque en el fondo yo también estimara que era lo que más me convenía, acepté.

El tiempo apremiaba tanto, que esta vez me fue imposible ni tan siquiera tratar de despedirse de Amelia. Los preparativos absorbieron todo mi tiempo hasta el mismo momento de la partida, que tuvo lugar tan solo un par de días más tarde, cuando los quince hombres que componíamos la expedición zarpamos aguas arriba del Misisipi, a bordo de un barco ligero de transporte.

Las seiscientas treinta millas que nos separaban de Kaskaskia, en Illinois, las cubrimos a lo largo de un territorio en el que, aunque los británicos habían sido derrotados, la Corona española tampoco dominaba por completo. Era, en definitiva, tierra de nadie. Por eso nos vimos obligados a mantener constantes turnos de vigilancia, de día y de noche, mientras avanzábamos lentamente río arriba, siempre en contra de la corriente.

Los primeros días me resultaron especialmente duros. El ritmo del barco, a fuerza de remos, era exasperante, y mi mente, no teniendo nada más concreto a lo que atender, regresaba una y otra vez a Nueva Orleans. ¿Qué estaría haciendo Amelia? ¿Pensaría en mí o me habría olvidado para siempre? Mis nervios padecían, hasta el punto de que precisaba realizar inmensos esfuerzos para no venirme abajo, o para evitar que mi propia tensión interior me hiciera estallar a causa del más pequeño roce o desavenencia con mis compañeros de viaje.

Hasta que, finalmente, al sexto día avistamos a nuestra izquierda el pequeño enclave de Kaskaskia. Un poco más arriba se encontraba Santa Genoveva, que también pasamos de largo. Sabíamos que, a partir de ahí, si todo iba bien, la navegación hasta San Luis se reduciría a menos de un día de viaje.

Esto hizo que incrementáramos nuestros esfuerzos a bordo.

Anhelábamos llegar cuanto antes a nuestro destino y pisar de nuevo tierra firme. Además, éramos muy conscientes de que el tiempo apremiaba, de que cada día contaba. Los británicos podían hacer su aparición en cualquier momento.

Gracias a Dios, tampoco en este último tramo de travesía hubo incidentes que lamentar.

Al día siguiente atracamos sanos y salvos en el pequeño muelle de San Luis.

Nada más vernos, uno de los soldados de guardia corrió a dar la noticia al gobernador de la Alta Luisiana, don Fernando de Leyba, que a nuestra llegada nos brindó una calurosísima acogida.

Don Fernando era un hombre fibroso y enjuto, de estatura tal vez algo inferior a la media. Su pelo, de una blancura inmaculada, hablaba a las claras, al igual que las arrugas de su pálido rostro, de las múltiples penalidades que había debido padecer a lo largo de los últimos años. Sus graves responsabilidades le habían llevado a envejecer prematuramente.

Además, no se me pasó por alto que nuestro anfitrión estaba muy enfermo.

La acogida, como digo, fue muy calurosa. Pero calurosa en lo humano. Porque en lo material, no tardamos en caer en la cuenta de que las cosas en San Luis dejaban mucho que desear.

Por su parte, tampoco Leyba fue capaz de ocultar su decepción cuando supo que los hombres que viajábamos a bordo de nuestra modesta embarcación éramos todos los refuerzos que se le enviaban.

Consciente de lo que pasaba por su mente, traté de disculpar a Gálvez, explicándole que el gobernador de la Luisiana no andaba sobrado de personal en absoluto:

—Verá, don Fernando, allá abajo cada individuo con capacidad para empuñar un arma es necesario. No imagina usted los esfuerzos que ha tenido que hacer don Bernardo para lograr instruir a una milicia de hombres completamente iletrados en materia de guerra.

—No culpo a don Bernardo. Lejos de mí juzgar intenciones ajenas. Sin embargo, si las cosas en el delta del Misisipi van saliendo conforme a los intereses de nuestra nación, a pesar de la escasez de personal a la que usted se refiere, aquí no sé lo que va a pasar… Pero dejemos eso por ahora. Venga conmigo, estará cansado y sediento. Acompáñeme a casa, allí le daré algo de beber.

A pesar de ser la vivienda de todo un gobernador, su aspecto era muy humilde. Se trataba de una casa de piedra de muy reducido tamaño, que en Nueva Orleans hubiera sido tenida como una vivienda vulgar, más propia de un ciudadano modesto que de todo un gobernante. En realidad, San Luis en su conjunto tampoco era más que un pequeño pueblo ribereño. No, no era Nueva Orleans y distaba mucho de serlo. Aquella era una región salvaje, totalmente diferente al próspero delta del Misisipi. Un lugar importante desde el punto de vista estratégico, pero que debía abrirse camino en condiciones de evidente

escasez y dificultades, a las que ahora se sumaba el inminente acoso por parte de los británicos.

En su sencillez, sin embargo, el interior de la casa de Leyba resultaba acogedor.

—Verá, señor de Cavignac —Leyba tosió con una ronquera realmente fuerte, que terminó de convencerme de la gravedad de sus achaques.

Este se dio cuenta y antes de proseguir aclaró:

—Me encuentro mal. No creo que vaya a vivir mucho más. Pero no se apure por ello. Estoy en paz con Dios. Y creo que viviré lo suficiente para terminar la tarea que nos traemos entre manos: antes de irme me gustaría dejar San Luis a salvo de los ingleses. ¿Té? ¿Café?

—Un café caliente, por favor.

Mientras un auténtico indio de las praderas preparaba el café, don Fernando comenzó a explicarme cuál era la situación exacta que se vivía en la región:

—¿Ha oído usted hablar de Clark, el héroe de Kaskaskia?

—Sí. Algo he oído. Fue él quien conquistó el enclave de manos de los ingleses, ¿no es así?

—En efecto. Reclutó poco menos de doscientos hombres y salió del fuerte Massac para emprender una dura marcha de seis días, dos de ellos sin comida, hasta Kaskaskia. Sorprendió de tal modo a los británicos que conquistó el fuerte sin dificultad, ya que los ingleses se rindieron sin combatir. Al mes siguiente tomó Vincennes y Cahokia. Clark ha demostrado ser un gran militar y un gran hombre. Somos muy buenos amigos. Incluso se ha enamorado de mi hermana y me ha pedido su mano… Nos ayudamos en todo lo que podemos. Él es quien me sugirió fortificar la ciudad, y por eso le escribí a Gálvez.

—Entonces, ¿son recientes las defensas? —me permití preguntarle en mi ignorancia.

—Sí. Muy recientes. Conseguí recaudar algo de dinero para levantarlas. El resto, más o menos la mitad, lo he puesto de mi bolsillo. Así es como hemos levantado el fuerte de San Carlos.

—Pero solo hemos podido levantar una torre y parte de la segunda.

—El dinero no ha llegado para más…

—Pero, don Fernando, ¿es completamente seguro que los británicos vienen hacia aquí, o es solo un rumor?

—Estamos totalmente seguros. De hecho están ya muy cerca. A no más de cuarenta o cincuenta leguas.

—¿Cuántos son?

—Es difícil saberlo a ciencia cierta. Al partir hacia aquí eran unos setecientos cincuenta hombres. Una fuerza muy variopinta, cuyo núcleo duro lo compone un regimiento británico al que se le han agregado milicias de comerciantes, así como de indios menominis, sioux, winnebagos, sacs y foxes. El problema está en que, a medida que avancen, se les irán agregando nuevos hombres. Por eso no podemos saber con exactitud cuántos serán a su llegada, aunque creo que podemos aventurar que sumarán en torno a unos mil o mil doscientos.

—¿Y nosotros? ¿Con cuánta gente contamos para defendernos?

—Con la llegada de ustedes, seremos treinta regulares y unos trescientos milicianos.

—No es gran cosa…

—No. Pero tendremos que contentarnos con lo que tenemos. ¿No le parece?

—De eso no me cabe la menor duda…

Desgraciadamente, el esperado ataque no tardó en llegar. Lo hizo el 26 de mayo de 1780.

Y, en efecto, tal y como había calculado Leyba, la ofensiva corrió a cargo de trescientos británicos y novecientos indios: mil doscientos hombres en total, todos ellos bajo las órdenes del general Haldimand.

Clark, el amigo de Leyba, venía vigilando los pasos a los ingleses desde tiempo atrás. Regularmente nos enviaba informes puntuales, en los que detallaba las distintas posiciones del enemigo a lo largo de su avance.

Por eso la acometida no nos cogió por sorpresa. Al contrario, estábamos todo lo preparados que nuestros limitados recursos nos permitían.

Como medida defensiva habíamos abierto dos trincheras delante de las empalizadas.

Además, recibimos ayuda de Santa Genoveva. Desde allí nos llegaron ciento cincuenta hombres, todos ellos muy buenos tiradores.

Durante el tiempo que duraron los preparativos, no podía creer lo que veía en Leyba. Apenas tenía fuerzas para tenerse en pie y, sin embargo, no cejaba en hacer cuanto estuviera en su mano por organizar las defensas de la ciudad: incluso ordenó colocar un cañón sobre la torre que había quedado sin terminar, para después colocarse tras él.

Mucho antes de que los atacantes aparecieran a la vista, se escucharon los sobrecogedores gritos de guerra de los indios.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

Leyba hizo entonces un gesto con la mano. Todos los hombres sabían lo que eso significaba. Corrieron a ocupar sus posiciones.

El ataque principal se produjo en torno a la una de la tarde, sobre la zona Norte de nuestro puesto.

Las mujeres y los niños habían sido cobijados dentro del recinto fortificado, en la casa del comandante. Estaban custodiados por un retén de veinte hombres bajo el mando del teniente don Francisco de Cartabona, brazo derecho de Leyba.

Cuando los británicos llegaron a la vista de las empalizadas y las trincheras, se encontraron con que todo permanecía en silencio y en absoluta calma. Creyeron hallarse ante una ciudad fantasma, en la que lo único que parecía tener vida era la gran bandera española —la roja cruz de San Andrés — ondeando al viento desde la torre más alta. Interpretaron la quietud exactamente como Leyba había querido que lo hicieran: como una señal de abandono, o de falta de resistencia de los defensores.

Pero estaban equivocados. La realidad era muy distinta, como iban a tener ocasión de comprobar.

Los indios fueron los primeros en lanzarse sobre las trincheras, mientras los soldados británicos permanecían detrás, fuera del alcance de la artillería.

Pero en el momento de iniciarse el ataque, nuestros hombres se alzaron de improviso, lanzando una formidable descarga, acompañada de fuego de artillería, que retumbó desde la torre y las murallas del cerco.

Los certeras ráfagas de los hombres de Santa Genoveva causaron muy numerosas bajas entre la vanguardia enemiga.

Ante semejante respuesta, los indios se desmoralizaron muy rápidamente, absolutamente desacostumbrados y ajenos a las tácticas de la guerra regular.

Pero los indios eran mayoría entre los atacantes. Por eso, en muy poco tiempo también los británicos huyeron en desbandada, dándonos la oportunidad de salir en su persecución y de terminar de desbaratar por completo su fuerza ofensiva.

Al cabo, la batalla resultó un completo éxito para España.

La victoria solo quedó empañada por la salud de Leyba, que continuaba empeorando muy rápidamente.

Hasta el punto de que el valeroso defensor de San Luis falleció a las pocas semanas: entregaría su alma a Dios al mes siguiente, el 28 de junio.

Tan solo unos días antes, el día 20, el propio Leyba había escrito a Gálvez de su puño y letra, informándole del gran triunfo que habíamos conseguido.

En la carta hacía también referencia a su crítico estado de salud, informándole de la enfermedad que le aquejaba.

Tras la batalla yo debía regresar a Nueva Orleans y debía encargarme de entregar el escrito en mano a Gálvez.

Sin embargo, antes de partir, viendo el rápido deterioro de Leyba, decidí retrasar unos días mi salida. Así pude rendir mi personal homenaje al valiente gobernador de la Alta Luisiana, que fue enterrado frente al altar de la iglesia parroquial de San Luis.

Cuando don Bernardo, profundamente emocionado, recibió mi informe relatándole su heroico comportamiento, no dudó en concederle el rango de teniente coronel a título póstumo.

Por expreso deseo de Leyba antes de morir, su sucesor interino en el cargo fue el teniente don Francisco de Cartabona.

Cartabona, fiel discípulo del gobernador, sabía bien que, a pesar del gran éxito conseguido, no podía confiarse. Los británicos podían verse tentados a regresar tan pronto como se consideraran con capacidad para atacar de nuevo.

Por eso decidió organizar una partida que saliese a reconocer la región antes de que se echara encima el otoño.

Durante la expedición sus hombres conquistaron nuevas posiciones, como Sac Village[21] y Peoria[22]. Además, a través de sus contactos con algunas tribus amigas, averiguaron que la base principal inglesa, el lugar desde donde partiría el enemigo si decidía volver a atacar, se hallaba en un lugar llamado Saint Joseph[23], a orillas del lago Michigan, uno de los Grandes Lagos.

Saint Joseph se hallaba a algo más de seiscientos kilómetros al Noreste de San Luis.

La sorpresa de Cartabona fue grande cuando algunos de sus hombres se ofrecieron a atacar al enemigo cuando este menos podía esperarlo, es decir, en pleno invierno.

La oferta era generosa y muy tentadora.

El gobernador interino sabía muy bien que, en el caso de que lograran su propósito, San Luis se vería libre de futuras ofensivas. Pero, por otra parte, era también consciente de que la misión resultaba tal vez demasiado arriesgada, y con muy pocas —tal vez demasiado pocas— posibilidades de éxito.

Sin embargo, hallándose en estas deliberaciones, Cartabona fue sustituido por el navarro don Francisco Cruzat.

Y Cruzat no dudó en aceptar la misión.

Llegado el momento, despachó una partida de sesenta voluntarios e indios aliados, todos ellos bajo el mando del capitán de la milicia local, don Eugenio Pouré.

Así fue cómo aquel gélido y borrascoso 2 de enero de 1781, apenas seis meses después de la muerte de Leyba, la expedición de poco más de cien hombres, de los que la mitad eran indios oto, sotú y potawatomi, acompañados de sus jefes Heturnó y Naguiguen, partieron desde San Luis en dirección hacia el Noreste.

Zarparon a bordo de canoas, aguas arriba, remontando los ríos Illinois y Kankakee, hasta que el hielo les impidió avanzar más.

Entonces continuaron el viaje a pie, atravesando la campiña completamente nevada, haciendo frente a duras ventiscas y noches glaciales.

Finalmente, tras superar innumerables obstáculos, alcanzaron su objetivo. Era el 12 de febrero.

Antes del ataque, los hombres de Pouré se cubrieron las espaldas prometiendo a los indios locales, los potawatomi, la mitad del botín en el caso de que permanecieran neutrales, a lo que los estos accedieron sin dificultad.

Así, una vez libres de este peligro nada desdeñable, el capitán Pouré ordenó la toma del fuerte.

Los españoles y sus aliados se dividieron en pequeños comandos que rodearon el baluarte enemigo, asaltándolo por sorpresa aquel mismo día 12, antes de que los defensores ingleses tuvieran tiempo de reaccionar.

Solo encontraron a unos pocos hombres guardando la empalizada, y se rindieron de inmediato.

Una vez dentro, Eugenio Pouré reclamó el dominio y la posesión de la plaza en nombre del rey don Carlos III, al tiempo que izaba la bandera española en el punto más alto de la edificación, lugar en el que permanecería ondeando durante las 24 horas que duró el asalto, ante la mirada atónita e incrédula de los británicos.

Los ingleses no tuvieron otro remedio que ir despertando de su estupor, hasta comprender que aquello no era un sueño, sino la más pura realidad. Sobre todo terminaron de entenderlo cuando vieron inutilizar su fuerte, prender fuego a las municiones y suministros de guerra, y cobrarse el botín por parte del aguerrido comando invasor.

Por supuesto, antes de regresar, Pouré repartió sus ganancias entre los indios, tal y como habían acordado.

Cuando, a su regreso, los miembros del comando avistaron de nuevo las casas de San Luis, era ya el 6 de marzo.

A su llegada, Pouré entregó a don Francisco Cruzat la Union Jack británica capturada en la fortaleza enemiga.

La alegría fue enorme, pues además del triunfo propiamente militar, se había conseguido una importantísima victoria moral y psicológica.

La destrucción de Fort St. Joseph disuadió a los británicos de lanzar nuevas expediciones contra las posesiones españolas en esa zona del Misisipi. De hecho Gran Bretaña incluso abandonó también sus planes de cercar a las colonias norteamericanas del Oeste.

Con esta acción los ingleses habían sido derrotados tanto en el Norte como en el Sur del Misisipi. Ya solo quedaba desalojarlos de las costas del Golfo de México y del Caribe.

16

A mi regreso a Nueva Orleans desde San Luis encontré a Gálvez muy animado. Estaba además satisfecho por el modo como se desarrollaba la guerra a ambos lados del Atlántico, de donde acababa de recibir noticias muy alentadoras, pues también allí se combatía con heroísmo.

Durante el último verano[24], algunos espías españoles habían logrado hacerse con una información valiosísima en la capital inglesa.

Supieron de la inminente partida de una gran flota con dirección a América. Una flota con la que Inglaterra enviaba importantes refuerzos y suministros. Tan pronto como nuestros agentes consiguieron averiguar la fecha exacta de la salida del convoy y la ruta aproximada que se había propuesto seguir, enviaron un aviso al conde de Floridablanca.

Para introducir la acción en su contexto, quizás convenga señalar que, ya un año antes, en el verano de 1779, los británicos habían vivido un estado de terror que no recordaban desde los tiempos de la Gran Armada de Felipe II. Pues habían padecido un intenso acoso a sus costas por parte de una poderosa escuadra combinada hispano-francesa. Al mando habían estado el almirante francés *monsieur* Louis Guillouet, conde de Orvilliers, y el español don Luis de Córdova.

Ambos lograron sembrar el pánico en las costas británicas al apresar el navío HMS Ardent y al poner en fuga a la escuadra del Canal de la Mancha, dejando el terreno completamente libre para la invasión hispano-francesa del Reino de Gran Bretaña. En aquellas circunstancias, la población inglesa entró en tal estado de pánico, que las gentes abandonaron precipitadamente las localidades costeras, el comercio naval cesó por completo, y la Bolsa de Londres se vio obligada a cerrar.

Sin embargo, a pesar de la insistencia de Córdova, Guillouet, que en caso de discrepancia era quien ostentaba el mando supremo de la escuadra, no llegó a decidirse a ordenar el desembarco. Y su prolongada indecisión motivó que, a causa de la larga espera de varios días a bordo, finalmente se declarase una grave epidemia de escorbuto y tifus en los buques. Como consecuencia,

la flota franco-española se vio obligada a retirarse a Brest, perdiéndose así una gran oportunidad de asestar un golpe definitivo al reino de Gran Bretaña.

En cualquier caso, este notable episodio iba a condicionar de una manera decisiva los movimientos posteriores de la Armada británica, ya que a partir de entonces la obsesión y prioridad del Primer Lord del Almirantazgo sería siempre la protección de las costas británicas a cualquier precio.

Por todo esto, cuando en el verano de 1780 partía de Portsmouth el gigantesco convoy, compuesto por 55 barcos mercantes armados, las órdenes del almirantazgo eran que su escolta de buques de guerra debía abandonarlo a la altura de Galicia, para regresar inmediatamente a defender las aguas inglesas.

El convoy debía a su vez dividirse en dos en algún punto del Atlántico, pues, aunque eso los nuestros todavía no lo sabían, la primera mitad estaba destinada a América, con el fin de reforzar a las tropas que combatían en aquel continente, y la otra mitad debía encaminarse hacia la India, con un valiosísimo cargamento a bordo.

La flota británica tenía además órdenes terminantes de navegar siempre a una distancia prudencial de las costas ibéricas, así como de evitar las rutas comerciales, a fin de sortear cualquier posible encuentro fortuito con navíos españoles o franceses.

Don Luis de Córdova, que en febrero había sido nombrado director general de la Armada española, se encontraba vigilando el estrecho de Gibraltar al mando de una flota de veintisiete navíos de línea y de algunas fragatas, a la que se les había sumado una escuadra francesa de nueve navíos. Pero esta vez era Córdova quien ejercía el mando supremo de la flota combinada, a pesar de las quejas de los franceses, que dudaban de su capacidad, por haber cumplido nuestro almirante los 73 años de edad.

Sin embargo, Floridablanca no dudó en ningún momento de la valía del viejo militar, hasta el punto de que, en una carta fechada en noviembre de 1779 y dirigida al conde de Aranda, afirmaba que «*el viejo ha resultado más alentado y sufrido que los señoritos de Brest*».

De hecho, tan pronto como Córdova recibió la valiosa información de nuestros espías, comenzó a trabajar en la localización y captura de la flota británica.

Las veloces fragatas españolas comenzaron a patrullar a lo largo y ancho de la superficie de océano, escudriñando pacientemente las aguas. Durante el

desempeño de su tarea debían adentrarse en pleno Atlántico, guiándose por su intuición, a partir de las suposiciones hechas conforme a la fecha de salida, características del convoy, y ruta aproximada que se pensaba que debía seguir.

Al cabo, los esfuerzos de las fragatas exploradoras dieron su fruto.

Fue en la madrugada del 9 de agosto, a sesenta millas al Oeste del Cabo de San Vicente, poco después de la medianoche, cuando, desde su puesto en el Santísima Trinidad, don Luis de Córdova apreció cómo uno de sus barcos, adelantado a barlovento, lanzaba una señal.

Sin embargo, a causa de su extrema lejanía, no le fue posible contar el número de sus cañonazos, que era la manera de indicar la cantidad de velas avistadas.

A pesar de todo, los disparos encendieron las alarmas: ¿serían tal vez la señal de que habían avistado el convoy buscado?

Fueron momentos de gran tensión a bordo hasta que, la fragata, siguiendo lo establecido en las ordenanzas, repitió la señal.

Córdova ordenó entonces virar a la escuadra, calculando el rumbo que deberían seguir para encontrarse con el convoy al amanecer. Además, ideó una hábil argucia que al cabo se demostraría muy útil: dejó un farol encendido a lo alto del trinquete, el palo de proa del Santísima Trinidad. Y esta luminaria, tal y como había previsto, fue suficiente para confundir a los capitanes del convoy británico, que se dirigieron directamente hacia ella.

De este modo, al amanecer del día 9, hacia las 4:15 de la madrugada, avistaron la primera vela en el horizonte. A esta le siguieron muchas más, todas ellas mansamente encaminadas hacia la luz del farol del Santísima Trinidad, al que los británicos se acercaban como las abejas a la miel, creyendo que se trataba de una señal de su propio comandante.

Cuando descubrieron su terrible error, era ya era demasiado tarde y, aunque trataron de virar en desbandada, no les sirvió de nada.

Don Luis ordenó cañonear de manera selectiva a los aterrados ingleses, para obligarlos a detenerse.

A las 5 de la mañana habían sido capturados 26 buques y 10 navíos.

El comandante inglés, John Moutray, desesperado, se dio a la fuga con sus navíos de escolta, abandonando a su suerte al resto del convoy.

Don Luis de Córdova dio entonces orden de «caza general» a sus capitanes, es decir, orden de abrir fuego contra todo aquel buque enemigo que no se entregara.

Comenzó así una desordenada persecución en la que los buques españoles y franceses fueron seleccionando y capturando las presas según su propio criterio.

Una vez alcanzados, los mercantes enemigos se iban entregando sin oposición, ya que si bien iban armados, poco podían hacer frente a los poderosos navíos de línea.

La caza se prolongó hasta bien entrada la noche, capturándose la práctica totalidad de buques que componían el convoy. Entre las naves huidas se contaban tres navíos de línea, de 74 cañones, y las dos fragatas que escoltaban a la expedición.

Cuando los nuestros empezaron a ser conscientes de su hazaña, apenas podían dar crédito a lo que veían sus ojos. Fue entonces cuando cayeron en la cuenta de que, en realidad, se trataba de un convoy doble: una columna doble a la que habían apresado antes de que se hubiera separado.

Al día siguiente Córdova ordenó agrupar la flota y las presas, y encomendó a don Vicente Dolz que las escoltara hasta Cádiz, en cuyo puerto debían fondear el 20 de agosto. Pero, al llegar, se encontraron con que el tamaño de la escuadra apresada era tal, que no cabía en la dársena, por lo que parte de ella tuvo que ser amarrada en la bahía.

Cuando don Luis de Córdova desembarcó para dirigirse a la Capitanía general, en donde debía entregar su informe destinado al rey, el pueblo salió enfervorizado a recibirle, en medio de grandes ovaciones y vítores.

Una vez hecho el recuento definitivo del material incautado, el balance fue de 57 fragatas, 9 bergantines y 9 paquebotes, que sumaban 294 cañones.

Hicimos 2943 prisioneros: de ellos 1357 eran oficiales y soldados pertenecientes a regimientos que pasaban a ultramar. El resto eran miembros de las tripulaciones y pasajeros.

A bordo de los buques apresados se transportaban 80 000 mosquetes, una cantidad ingente de pólvora —3000 barriles—, así como armas, uniformes y vituallas para miles de soldados, además de lingotes y monedas de oro por valor de ¡un millón de libras esterlinas[25]!

Entre el material incautado había equipamiento suficiente para abastecer a ¡doce regimientos!

Gálvez me aseguró que este desastre logístico de la armada británica ha sido uno de los mayores de su historia.

Cinco de los barcos capturados fueron puestos al servicio de la armada española: el *Hillsborough*, de 30 cañones, pasó a convertirse en el *Santa Balbina* de 34 cañones; el *Mountstuart*, de 28 cañones, en el *Santa Bibiana*,

también de 34 cañones; el *Royal George* de 28 cañones pasó a ser el *Real Jorge*, de 40 cañones; el *Godffrey*, de 28 cañones, se convirtió en el *Santa Paula*, de 34 cañones; finalmente, el *Gatton*, de 28 cañones, pasó a ser el *Colón*, de 30 cañones.

Cuando las noticias de semejante desastre llegaron a Gran Bretaña, provocaron el desplome de la bolsa de Londres, perjudicando seriamente a sus finanzas[26].

17

Pero en Nueva Orleans lo que verdaderamente acuciaba era la toma de Pensacola. Gálvez estaba realmente preocupado por el retraso en el inicio de las operaciones.

—Mira, Alphonse, para desalojar a los británicos del Golfo de México, tal y como nos ha ordenado Su Majestad el rey, es imprescindible que nos hagamos con el dominio de Pensacola. Además, a la larga, si no tomamos la delantera, serán los británicos quienes lancen una contraofensiva sobre Mobila y, en el caso de que tengan éxito, continuarán adelante, para caer después sobre nosotros, sobre la propia Nueva Orleans.

—Estoy de acuerdo con usted, don Bernardo, pero hasta que no obtengamos los medios suficientes para atacar, nada podremos hacer…

—Ese es el problema. De verdad que no sé en qué están pensando en La Habana. Sobre todo teniendo en cuenta que es evidente que el eje de la guerra se está desplazando hacia aquí. Y que, por si fuera poco, los británicos han alcanzado sus dos victorias más importantes precisamente en su avance hacia el Sur: me refiero al triunfo del general inglés Clinton sobre el Conde d'Estaing en la batalla de Savannah, en las costas de Georgia.

—Sí. Debemos darnos prisa en actuar.

—Supongo que, a pesar de tu ausencia, estarás al corriente de que los norteamericanos fueron también derrotados en Charleston, en Carolina del Sur… Lo que quiero decir es que los británicos vienen hacia aquí, y vienen muy crecidos. ¿A qué estamos esperando para reaccionar de una vez?

La pregunta era retórica. Un mero desahogo. Don Bernardo no esperaba que yo le respondiera. El gobernador veía con impotencia cómo las posibilidades de tomar Pensacola se reducían paulatinamente, a medida que pasaba el tiempo y los refuerzos de La Habana, indispensables para conseguir la victoria, seguían sin llegar.

Sin embargo, a los pocos días recibimos la noticia de que en abril una gran flota de ciento cuarenta buques de transporte y dieciséis navíos de escolta había partido desde Cádiz con rumbo a América.

Al mando de la escuadra venía don José Solano, con la misión de reforzar los dispositivos de defensa de Puerto Rico y de Cuba.

Por contraste, nosotros apenas contábamos con ocho buques de guerra y una muy escasa dotación artillera. Una fuerza muy inferior a la que poseía la armada británica en el Golfo de México.

Por eso, cansado de esperar, Gálvez tomó la decisión de dirigirse personalmente a La Habana, en donde se entrevistaría con don José Solano, y en donde podría exponer sus puntos de vista ante la mismísima Junta Militar.

A su llegada a Cuba se encontró con que la flota de Solano había tocado puerto apenas unos pocos días antes, el 4 de agosto, y con que el propio Solano traía órdenes expresas para que el gobernador de La Habana, don Diego José Navarro, socorriese a la conquista de Pensacola.

La reunión tuvo lugar el día 13 de septiembre de 1780.

A ella asistieron tan solo siete personas, entre las que por supuesto se encontraban Solano, Gálvez y Navarro, al que además asistían algunos de sus consejeros.

Sin embargo, lo que el gobernador de la Luisiana desconocía era que, a pesar de los refuerzos recibidos, Navarro —apoyado por su consejero Bonet — iba a continuar mostrándose reticente a atacar Pensacola. Al parecer, ni Navarro ni sus consejeros tenían excesiva fe en la estrategia planteada por Gálvez.

Claro que si de algo podía presumir el malagueño era de constancia y de tenacidad. Navarro no tardaría en darse cuenta de que tenía ante sí a un hueso tremendamente duro de roer.

—Don Bernardo, mi misión en La Habana es la de defender los intereses de España en el Caribe, no la de arriesgar vidas y barcos en operaciones de resultado incierto.

—No tengo la menor duda de que usted conoce su oficio a la perfección, al igual que yo conozco el mío. Y por tanto, estoy convencido de que sabe muy bien que los barcos están hechos para navegar, no para permanecer amarrados a puerto. Y, por cierto, los barcos de guerra, además de para navegar, están hechos para combatir. ¿A qué esperamos entonces para utilizarlos?

—Señor Gálvez, al lanzarme una serie de obviedades, no sé si pretende zaherirme o es que carece usted de argumentos. Es evidente que los buques están hechos para navegar, y que los buques de guerra están hechos para el combate. Pero eso no significa que debamos obrar con imprudencia o con precipitación.

—¿Precipitación? ¿Dónde está la precipitación? Si nosotros no atacamos Pensacola, serán los británicos quienes recuperen Mobila y tal vez terminen llegando hasta la mismísima Nueva Orleans, de modo que todas nuestras victorias se vean malogradas en muy poco tiempo.

—Permítame que le recuerde —respondió Bonet— que los suministros comienzan a escasear. Debemos medir muy bien su empleo y, sobre todo, no arriesgarnos a perderlos en el fondo del mar.

—Señores, no puedo negarles que el riesgo existe, ya que eso es algo inevitable en toda guerra. Pero insisto en que si no actuamos nosotros, serán los ingleses quienes lo hagan. Y, como dice el refrán: «más vale prevenir que lamentar». Pero, sobre todo, a quien debemos obediencia es a Su Majestad. Y sus órdenes son claras.

No estaba claro si se trataba de un diálogo de sordos, o de una guerra psicológica de desgaste. Pero, a la postre, tras un esfuerzo enorme, Gálvez consiguió que Navarro convocara una segunda reunión seis días más tarde. En ella, una mayoría simple votó a 195 favor de que se destacaran los barcos y suministros necesarios para la toma de Pensacola.

Don Bernardo recibió nada menos que siete buques de línea, cinco fragatas, un buque correo, un bergantín, un buque artillado y cuarenta y nueve transportes. A bordo viajarían más de cuatro mil hombres de infantería: los regimientos del Rey, del Príncipe, de Navarra, el Regimiento Fijo de La Habana, el de España, el Segundo de Cataluña, así como algunas milicias de La Habana.

Si Gálvez había llegado a Cuba en agosto, su flota partía de regreso el 16 de octubre. El esfuerzo había merecido la pena…

Al zarpar, las campanas doblaban en las iglesias, y se lanzaban fuegos artificiales para despedir a la flota con todos los honores.

Gálvez respiraba por fin satisfecho. Acodado sobre la balaustrada de babor, contemplaba cómo iban desapareciendo en el horizonte las últimas tierras de Cuba. Conversaba satisfecho con el capitán Iturbe, al frente del navío, un auténtico lobo de mar, bregado en aguas de los cinco continentes. Con la sencillez propia de los marinos guipuzcoanos se atrevió a decir:

—Al final les ha podido usted, don Bernardo.

—Yo no lo considero como una victoria personal, capitán. Se trata más bien de seguir al rey y de hacer lo que más conviene a los intereses de nuestra nación. Piense usted que la guerra se está desplazando hacia el Sur. Es algo evidente. Y las últimas victorias británicas en Savannah y en Charleston nos colocan en primera línea de batalla.

—Bueno, eso es cierto en América del Norte, pero esta guerra se está librando también en Centroamérica, en Europa, en la India…

—¿Acaso olvida usted que ha sido mi padre quien ha vencido al capitán William Dalrymple en Honduras? Desde luego, es cierto que esta es una guerra de proporciones nunca vistas hasta ahora. Pero tampoco eso nos permite olvidar que su epicentro se encuentra en el Sureste de Norteamérica. Y que aquí es donde debemos emplear el grueso de nuestras energías.

—De cualquier forma, a quien yo temo no es al inglés, sino a los huracanes. Hasta noviembre nadie en el Caribe está libre de verse envuelto en medio de uno de ellos…

Tal vez decía esto porque la flota no viajaría directamente hacia Nueva Orleans, sino que antes daría un pequeño rodeo: se dirigiría en primer lugar a Campeche y a Veracruz, en donde tenían previsto embarcar a un nuevo contingente de fuerzas del Virreinato de la Nueva España.

Pero el sol no tardó en ocultarse tras la línea del horizonte, recordando a don Bernardo y al capitán Iturbe que era tiempo de interrumpir la conversación. O de continuarla en el comedor: era la hora de la cena.

Durante el tiempo que duró el viaje de Gálvez a La Habana, vi notablemente aumentada mi autonomía y capacidad de movimientos en la ciudad. Era como volver a mis primeros días en Nueva Orleans, cuando acababa de ser contratado por Ripoll.

Mi mente volvió a dirigirse como un imán a casa de Amelia.

Me dije que tenía que terminar de una vez por todas con esta situación absurda. Debíamos clarificar posturas. Tuve incluso un momentáneo arranque que me llevó a plantearme la posibilidad de lanzarle a Amelia una especie de ultimátum: o yo, o su padre.

Pero fue pensarlo, y echarme atrás. Me dio vértigo solo pensar en una ruptura definitiva. Era incapaz de soportar algo así. No. No podía ni debía precipitarme. Tenía que actuar con cabeza.

Opté por acercarme a dar una vuelta por los alrededores de la casa y palpar el ambiente. Tal vez tuviera suerte y me encontrara con Daisy, o incluso con la propia Amelia…

Cogí el bastón y mi sombrero, y salí a la calle en dirección a la calle que tan querida me era.

El día era bueno y la temperatura muy agradable para la época del año, pues era temprano y no hacía todavía excesivo calor.

Aunque muy poco me fijaba yo en estas cosas. Iba profundamente abstraído en mis pensamientos: ¿cómo me comportaría si me encontraba con ella? ¿Qué le diría?

El centro de Nueva Orleans era pequeño. A medida que me iba acercando, mi corazón comenzó a palpitar con fuerza.

Fui incapaz de darme cuenta de que un hombre me seguía. Un tipo corpulento.

Y de que otro, igualmente corpulento, me esperaba a la entrada de del pequeño callejón que se abría a mi derecha.

Al llegar a la boca del estrecho pasaje, una mano surgió de lo profundo de las sombras y tiró bruscamente de mí hacia adentro.

Me vi obligado a salir de mi ensimismamiento. Pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, o de identificar a mis agresores, me fue puesta una capucha negra que me impedía ver.

Mis captores me ataron de pies y manos y me amordazaron antes de subirme a un carruaje que habían preparado en el mismo callejón.

Acababa de ser apresado por unos desconocidos.

El buque en el que viajaban comenzó a acusar la creciente agitación de la mar, impidiendo que durante la noche Gálvez pudiera descansar.

Se despertó varias veces, sacudido por el fuerte bamboleo de la embarcación, y otras tantas trató de volverse a dormir, sin llegar a conseguirlo.

Al amanecer se sentía cansado y entumecido, y algo más irritable de lo normal. La primera persona con la que se encontró al salir a cubierta fue nuevamente el capitán Iturbe, que daba la impresión de que, aunque trataba de aparentar serenidad, se hallaba muy preocupado por algo.

—¡Buenos días, don Bernardo! ¿Ha conseguido descansar?

—No mucho, la verdad. No sé si es que no estoy acostumbrado, o es que el barco se ha movido más de lo habitual.

Bastó este comentario para que el capitán soltara el motivo de su inquietud:

—Creo que se acerca una tempestad. ¡Y de las que hacen época! Tendremos suerte si conseguimos llegar a Campeche antes de que las cosas empiecen a ponerse feas de verdad.

En efecto, la borrasca iba en claro aumento. El viento pasaba ya de fresco a temporal, y las primeras rachas auténticamente huracanadas no tardaron en

llegar.

La lluvia comenzó a caer en tromba, dificultando mucho la visibilidad entre los navíos, que muy pronto se perdieron de vista entre sí, dispersándose en medio de las aguas, y viéndose cada uno obligado a luchar por su propia supervivencia.

El temporal llegó a alcanzar proporciones gigantescas. Los hombres de La Habana dijeron que hacía por lo menos diez años que no veían algo igual.

El crujido del maderamen en los buques era inquietante. Los cascos y los mástiles daban la sensación de estar siendo sometidos a tensiones superiores a sus límites de resistencia.

Las olas golpeaban la proa con una violencia sobrecogedora.

La cubierta desaparecía a ratos bajo las aguas del océano.

El capitán Iturbe temía que las olas les arrastraran contra la costa o, lo que sería peor, contra el arrecife de los alacranes, situado en medio del océano, a unos ciento treinta kilómetros al Norte de la península de Yucatán.

Durante todo aquel día el viento continuó soplando sin cesar.

Al atardecer todos se prepararon para hacer frente a una larguísima noche carente de estrellas y de luna, durante la que nadie sería capaz de dormir. Las mil estridencias y resonancias del barco moribundo eran más que suficientes para mantener a todos en vela.

Las angustiosas horas nocturnas transcurrieron muy lentas, hasta el alba, en que el día amaneció con ciertos síntomas de mejoría. Iturbe aseguró a Gálvez que la bonanza iba a ser definitiva.

A media mañana, a medida que la vista alcanzaba mayores distancias, divisaron en lontananza a dos navíos que pugnaban por abrirse paso sobre un mar todavía revuelto.

Al avistar por los catalejos, descubrieron que se trataba de fragatas británicas, por lo que don Bernardo no dudó en dar la orden de ataque.

—¡Todo a babor! ¡Largad las velas!

En efecto, se trataba de las fragatas Georgia y Nancy, que nada pudieron hacer por escapar del radio de alcance de nuestros cañones. Además, al igual que nosotros, sus hombres estaban exhaustos y poco dispuestos a lanzarse a nuevas aventuras. Prefirieron entregarse.

Por lo demás, seguía sin haber ni rastro del resto de nuestra flota. ¿Qué habría sido de ellos? Gálvez no pudo evitar un sentimiento de culpa y de dolor por lo ocurrido.

Tardaron todavía dos días más en llegar a Campeche, el puerto más próximo. Allí tuvieron la satisfacción de reencontrarse con la mayor parte de

la escuadra perdida. Pero el estado de los barcos y de sus respectivas tripulaciones no permitía continuar con el plan previsto.

Era necesario suspender la empresa hasta nueva orden.

El 17 de noviembre arribaron a Nueva Orleans, en donde Gálvez fue informado de que la flota había llegado a Mobila. Solo uno de los barcos se había perdido definitivamente.

Aunque solo era uno, a don Bernardo la noticia le afectó mucho.

Por si fuera poco, recibió entonces la noticia de mi desaparición. Le informaron de que faltaba de mi domicilio desde hacía varios días. Nadie sabía nada acerca de mi paradero, ni siquiera si seguía con vida.

Sin duda era algo muy extraño, que le hizo sufrir todavía más.

Durante el tiempo que llevaba en Nueva Orleans me había cobrado un gran afecto. Por eso quiso encargarle personalmente a don Jorge Ripoll que no parara hasta averiguar qué era lo que me había podido ocurrir, pero, sobre todo, le instó a que hiciese todo lo posible por rescatarme con vida.

Por otro lado, la noticia del descalabro de la flota española no tardó en llegar a oídos del general Campbell, la máxima autoridad militar de Pensacola. Y el inglés, tal y como Gálvez se había temido desde un principio, no dudó en correr de inmediato a intentar la reconquista de Mobila.

Cuando sus tropas se presentaron en la ciudad era ya enero de 1781, en concreto el día 7 por la tarde. Superaban con mucho el número de mil hombres, capitaneados por el coronel Van Hanxleden.

En cambio, nuestra guarnición, a cuyo mando estaba el coronel Ezpeleta, apenas contaba con ciento noventa hombres y dos cañones de pequeño calibre.

En realidad los combates en torno a la ciudad nunca habían dejado de sucederse por completo. Desde el mismo día de la toma de la plaza, los nuestros habían sido conscientes de que, si se encerraban en el interior, a la larga estarían perdidos. Por eso habían establecido un puesto avanzado que les permitía repeler los frecuentes ataques provenientes de Pensacola.

Claro que esta vez se preveía que la embestida iría mucho más en serio.

Era una noche de niebla cuando atacaron los ingleses. Su aplastante superioridad numérica hizo que el regimiento de Ezpeleta se viera sitiado y sometido a muy graves apuros, sobre todo a causa de la incorporación masiva de indios choctaw a las filas enemigas.

Seguros de su superioridad, los ingleses no tardaron en lanzarse al asalto.

Ocurrió, sin embargo que, durante la acometida, cuarenta españoles hicieron una rápida salida para defender la posición de un barco anclado junto

a la costa.

Los británicos mataron a catorce de estos españoles mediante una descarga de mosquetería realizada casi a bocajarro.

Los indios que luchaban con los ingleses, viendo los cadáveres de sus enemigos tan cerca, corrieron hacia ellos para hacerse con las cabelleras.

Fue entonces cuando el resto de los nuestros contraatacó, realizando una valiente descarga sobre los agresores, que acabó con la vida del propio Hanxleden y con la de otros dieciocho soldados ingleses.

El capitán Philip Barton Key[27] fue quien ocupó el puesto de Hanxleden, ordenando la inmediata retirada a Pensacola.

En realidad se retiraron para no volver durante todo el resto de la guerra. La muerte de Hanxleden había supuesto un durísimo revés moral para sus tropas.

Por el contrario, nuestra defensa se había batido muy bien, consiguiendo repeler el ataque británico, a pesar de su situación de desventaja.

Ezpeleta escribió a Gálvez:

> *Con gran satisfacción, puedo informarle de que todos los ataques que el enemigo ha lanzado contra nosotros han sido rechazados, y con esas pequeñas victorias nuestros hombres adquieren poco a poco un cierto sentimiento de superioridad sobre el enemigo, que podría ser útil de ahora en adelante.*

No hace falta que diga que, en Nueva Orleans, en cuanto recibimos la noticia de que Mobila continuaba en manos españolas, saltamos de júbilo.

El primer lugar al que Jorge Ripoll se dirigió para empezar con mi búsqueda no fue otro que la casa de Amelia. Pues, aunque Ripoll no lo reconocería abiertamente, sus primeras sospechas recayeron sobre el holandés que, en atención a su edad, hacía unos pocos días que había sido puesto en libertad.

Cuando una de las criadas le abrió la puerta, el funcionario le explicó:

—¡Buenos días! Soy Jorge Ripoll. Este es mi ayudante, el alférez Ortiz. Trabajamos para el Cabildo. Queríamos ver a la señorita Richmond. Nos gustaría hacerle unas preguntas. Serán solo unos minutos.

La sirvienta casi no podía creer lo que estaba viendo y oyendo.

Le extrañó que no preguntaran por el señor Richmond, sino por Amelia. A no ser que quisieran interrogarla acerca de las andanzas de su padre que, por otra parte, se había ausentado de Nueva Orleans la víspera.

Cuando la criada regresó al cabo de un rato, invitó a los dos hombres a pasar al salón, en donde les esperaban Amelia y su madre.

Nada más verlos, Muriel Richmond les preguntó:

—¿No habrá inconveniente en que esté yo presente, verdad?

—No, en absoluto, señora, por supuesto que puede usted quedarse —Ripoll hablaba francés con un fuerte acento catalán, pero al menos había conseguido llegar a manejarse en esta lengua.

—Siéntense. Ustedes dirán…

Los dos hombres se acomodaron y Ripoll comenzó:

—Verán, señoras. Iré directamente al grano: hace pocos días que don Alphonse de Cavignac ha desaparecido —a Amelia, según supe más tarde, se le escapó un rápido e involuntario grito de dolor—. Don Bernardo me ha pedido que haga todo cuanto esté en mi mano por encontrarle. He pensado que ustedes quizás podrían darme alguna pista: no sé…, tal vez alguna información que pudiera servirme de punto de partida para investigar…

Amelia y su madre se miraron con preocupación.

—Si tiene la bondad de esperar… —Amelia se levantó a buscar algo.

No tardó en regresar con un papel:

—Hace tan solo dos días que recibí esta carta.

Ripoll la tomó con sumo interés. En ella leyó:

Estimada Amelia:

Esta será la última carta que recibas de mi puño y letra.

Después de meditarlo bien, considero que la actitud de tu padre nos impide continuar con nuestro noviazgo.

Estoy cansado de esta incómoda situación.

Así pues, me despido de ti para siempre,

ALPHONSE

—¿Qué opinión le merece esta carta, señorita?

—La letra podría ser de Alphonse, si bien está tan desfigurada que es apenas reconocible. Sin embargo, el estilo no es el suyo.

Alphonse nunca hubiera roto en esos términos.

—¿Cree usted que es una falsificación?

—No lo sé… —Amelia comenzó a sollozar. Cualquiera que fuese la explicación que se le ocurriera para explicar el origen de la nota, le era muy desagradable.

El ataque a Mobila sirvió para reafirmar a Gálvez todavía más (si esto fuera posible) en la necesidad de apoderarse de Pensacola cuanto antes y de una vez por todas.

Recibió informes muy detallados de su agente don Jacinto Panis, que acababa de estudiar sobre el terreno el sistema de fortificaciones de la plaza. A partir de ellos Gálvez resolvió que era necesario atacar por mar en lugar de hacerlo por tierra, como había creído en un primer momento.

Por eso, inasequible al cansancio, don Bernardo volvió a embarcarse una vez más con dirección a La Habana, en donde tenía pensado volver a reunirse con la Junta militar.

Y en esta ocasión, para su gran alegría, se vio gratamente sorprendido por dos novedades con las que no se había encontrado en su anterior viaje.

En primer lugar, se vio agasajado por las élites de la sociedad habanera. Pues la causa de la toma de Pensacola estaba muy viva entre el pueblo cubano. Aún estaba muy reciente en su memoria el último ataque británico contra La Habana, del que no habían transcurrido veinte años.

Además, las relaciones de Cuba con los trece Estados rebeldes eran muy estrechas. Tanto, que en la isla se veía su independencia con una enorme simpatía.

Pero lo que todavía satisfizo más a don Bernardo fue la presencia en la isla de don Jerónimo Saavedra, recientemente llegado desde España. Este traía poderes plenipotenciarios nada menos que de Su Majestad el rey. Pues, al parecer, en la corte hacía tiempo que se había comenzado a recelar de la ineficacia de la Junta militar de La Habana. Incluso se llegó a sospechar de que el motivo de su evidente inoperancia radicara en la existencia de envidias y rencillas en su seno, motivadas sobre todo por la juventud y los incontestables éxitos cosechados por Gálvez.

Además, Saavedra quiso dejar claras sus intenciones desde el primer momento: venía a poner en marcha el plan que había sido aprobado desde hacía ya un año y que, por diversas circunstancias, seguía todavía sin llevarse a la práctica. Era ya llegada la hora de atacar y tomar la ciudad de Pensacola, como medio para expulsar definitivamente a los británicos de la Florida occidental.

En cualquier caso, Gálvez volvió a presentar sus argumentos, con mayor vehemencia si cabe que durante su visita anterior:

> *Los ingleses que partieron para Charleston se enfrentaron con un temporal que esparció su escuadra y llevó algunos barcos del convoy*

hasta las mismas costas de Inglaterra. Esto es, más o menos, lo que nos ocurrió a nosotros. Pero los ingleses no desmayaron, se agruparon, se reunieron y atacaron con feliz resultado, como ustedes saben. ¿No seremos nosotros capaces de otro tanto? ¿Ha desaparecido de nosotros esa virtud militar que fue nuestra característica para derrotar al enemigo? ¿Tenemos tan poca constancia y tenacidad en la continuación de una empresa que una simple tormenta tropical es suficiente para detenernos? Tal será la idea que formen de nosotros, derrotados por tan simple golpe, a menos que no se piense en un objetivo de mayores consecuencias. Si esto es así, yo me retracto de cualquier cosa que haya dicho, porque, ocupado en cosas de la nación, he sacrificado asuntos muy personales, como es mi deber. Sería el primero en desistir de mi porfía y vería con satisfacción y sin envidia las glorias de otro; pero me temo que el decidir por un programa de menor alcance, por economía y parsimonia, será inútil también.

Reflexionemos por un largo rato qué hemos de decidir. El rey ordenó que el teatro de la guerra debería estar en América, y quizás nuestros compatriotas en Europa, con menos esperanza, hayan obtenido conquistas y grandes éxitos, mientras nosotros tranquilamente desperdiciamos el tiempo que podría ser empleado gloriosamente. En cualquier momento la paz puede sorprendernos, y si esto ocurriera, todas las otras ramas del servicio se regocijarán en la hora feliz. Pero nosotros, hombres de armas, a quienes el rey, después de mantenernos durante la paz, nos encontrara inútiles durante la guerra, ¿con qué gracia podemos continuar llevando una espada cubierta de herrumbre que no fue desenvainada cuando la ocasión lo demandó?

Con el respaldo del plenipotenciario y estas tremendas palabras, Gálvez obtuvo esta vez con mayor facilidad los barcos que pedía, además de mil cuatrocientos hombres de infantería, cincuenta artilleros y cien gastadores.

Enseguida se le sumaron dos navíos más, pues acababa de llegar la noticia de que Gran Bretaña había enviado tres nuevas fragatas de cuarenta cañones a operar en el golfo de México.

Sin embargo, si bien esta reunión tuvo lugar el día 20 de noviembre, la expedición no estaría lista hasta febrero.

Fue el 14 de febrero de 1781 cuando la nueva expedición partió de La Habana, no sin antes haber ofrecido rogativas por la buena marcha de la

travesía.

Un enorme gentío acudió a congregarse en los muelles. Desde allí despidieron a la flamante flotilla, entre vítores de entusiasmo y fuertes ovaciones. Lo mismo hicieron los soldados de las guarniciones de los castillos del Morro, La Punta y La Cabaña, que desde sus distintas posiciones aclamaban la partida de la gloriosa armada.

Gálvez despachó un barco de aviso que les precediera. Quería que se adelantara a notificar a las fuerzas disponibles en Mobila y en Nueva Orleans que debían partir de inmediato en dirección hacia Pensacola, en donde se reunirían con el grueso de la flota.

Por detrás del barco de aviso navegaban en línea el San Ramón, de don José Calvo de Irazábal; la fragata Santa Clara, de don Miguel Goicoechea; el chambequín Caimán, de don José Serrato; y el paquebote San Gil, de don José María Chacón, todos ellos custodiando los veinte transportes en que viajaba la tropa.

A estas naves hay que sumar los cuatro barcos de la Luisiana, entre ellos el falucho Valenzuela y el bergantín Galveztown.

Las rogativas fueron escuchadas y esta vez los navíos de Gálvez culminaron su travesía sin ningún tipo de contratiempos: el día 1 de marzo, a las 5:30 de la mañana, los vigías apostados en lo más alto de las cofas de los mástiles avistaban en lontananza la costa de Pensacola.

Por fin llegaba la hora de la verdad. El momento tan largamente preparado y esperado por don Bernardo de Gálvez.

18

Cuando Amelia mencionó mi duelo con Baker y se permitió aludir al carácter vengativo del bostoniano, a Ripoll le quedaron muy pocas dudas de qué era exactamente lo que debía buscar.

Pues era altamente probable que Baker hubiera regresado a Nueva Orleans, tal vez disfrazado y bajo una personalidad distinta.

Pero si de algo podía presumir Ripoll era de su capacidad para obtener información. Después de lanzar la alerta entre sus informadores, no tardó en obtener una rápida respuesta.

—Señor, ha venido Mallory, el mendigo.

—¿Qué es lo que quiere esta vez?

—Una gratificación. Dice conocer el paradero de Cavignac.

—Caramba, eso sería magnífico si fuera cierto… ¿cree usted que habla en serio?

—Pudiera ser que sí. Los datos que ha dado son bastante precisos y parecen bien fundados.

—¿Dónde está Cavignac, según él?

—Dice que en una casa aislada en las inmediaciones del Bayou de Saint Jean[28]. Por lo visto ha observado movimientos extraños en la zona. Hay gentes que entran y salen a escondidas, como si temieran algo. O como si tuviesen algo que ocultar.

—Bueno, supongo que no perdemos nada por echar un vistazo…

—¿Le doy algo en recompensa?

—No. Todavía no. Veamos si lo que dice es verdad. Pero si Cavignac está realmente ahí y lo recuperamos con vida, seremos generosos con él. Prepara un piquete de seis soldados para que nos acompañen.

Al llegar a las proximidades del lugar, Mallory les señaló la casa.

—El mendigo y yo les esperaremos aquí, sargento. Vayan a echar un vistazo.

Los soldados se acercaron con máximo sigilo hacia la casa, poniendo todo cuidado para no ser vistos.

Se arrastraban lentamente, ocultos entre las hierbas. Planeaban rodear el edificio y entrar por sorpresa, evitando así que los posibles delincuentes pudieran huir.

A medida que se iban aproximando, todo parecía en calma. No se observaba el menor movimiento ni dentro ni fuera de la pequeña construcción, apenas una pequeña y destartalada cabaña de madera.

Uno de los soldados, de nombre Moreno, fue el primero en tomar posiciones junto a la entrada.

Se detuvo a recibir órdenes.

El sargento Arenzana dio la señal de intervenir.

En cuestión de segundos, Moreno y otro de los soldados derribaron la puerta y entraron.

Pero, para su decepción, en el interior no encontraron nada que resultara sospechoso, sino tan solo a un hombre adormilado sobre una mecedora.

La isla de Santa Rosa separaba y a la vez protegía a la bahía de Pensacola del mar abierto. Su forma era la de una barrera de arena, tan estrecha como alargada, que se extendía[29] paralela a la costa a lo largo de nada menos que 64 kilómetros.

En el extremo Oeste de esta isla, precisamente a la entrada de la bahía y custodiando su acceso, se encontraba Punta Sigüenza, frente a frente con el cercano fuerte británico de Barrancas Coloradas (Red Cliffs) que, emplazado en el continente, custodiaba también el acceso a la bahía desde el otro lado.

Se comprende que Punta Sigüenza tuviese la máxima importancia estratégica, y que se encontrase protegida por un destacamento británico al que le asistía una amplia batería de cañones.

Desde el punto de vista español se hacía indispensable la toma de esta posición. Gálvez lo comprendió nada más llegar. De lo contrario, el fuego cruzado desde este extremo de la isla, unido al de Barrancas Coloradas, impediría a los barcos hispanos cualquier intento de penetración en la bahía.

Pero, además, don Bernardo estimó que ese era precisamente el punto en el que debían establecer el campamento, como cabeza de puente desde donde, en un segundo momento, se aventurarían a penetrar en la ensenada.

Las fuerzas que acompañaban a Gálvez ascendían a 1315 soldados, que habrían de enfrentarse a los 1800 regulares británicos de la ciudad, a los que asistían un número desconocido de voluntarios e indios, así como dos fragatas.

Era el 9 de marzo cuando el grueso de las tropas españolas comenzó a desembarcar en Santa Rosa. La dilatada prolongación de la isla permitía hacerlo, a una distancia prudencial de la batería enemiga.

Al día siguiente, una vez aligeradas las naves, don Bernardo ordenó el avance sobre la batería de Punta Sigüenza.

Al mando de las fuerzas de choque se hallaba el coronel don Francisco Longoria que, para su gran sorpresa, a su llegada se encontró con que los británicos habían abandonado la posición.

Se habían contentado con clavar los cañones, dejándolos inservibles, antes de marcharse.

Longoria capturó sin embargo a siete soldados británicos que al parecer acababan de ser enviados a recuperar algunos suministros olvidados, y a quemar una pequeña fortificación de madera.

Fue entonces cuando las dos fragatas británicas, la Mentor y la Port Royal, hicieron su salida desde el puerto. Se acercaban dispuestas a desbaratar el desembarco español.

Al mismo tiempo, los ingleses comenzaron también a disparar desde el cercano fuerte de Barrancas Coloradas (Red Cliffs).

Pero los hombres de Longoria se esperaban algo así y estaban listos para responder.

Los nuestros habían desembarcado dos cañones de 24 libras, que emplearon para hacer frente a los atacantes:

—¡Atención! ¡Carguen! ¡Apunten! ¡¡Fuego…!!

Una vez más, la proverbial pericia de nuestros artilleros consiguió mantener a raya al enemigo.

Los navíos ingleses apenas pudieron acercarse, y mucho menos dañar, el nuevo asentamiento español de Punta Sigüenza.

Solo hubo un bergantín británico, el Childers, que consiguió deslizarse fuera de la bahía y escapar en busca de refuerzos.

En cualquier caso, las operaciones habían comenzado con buen pie para nosotros. En solo un par de días habíamos desembarcado y tomado una posición estratégica.

Al día siguiente Gálvez decidió que había llegado el momento de adentrarse en la bahía y que él lo haría el primero, dando así ejemplo de coraje a sus hombres. Penetraría navegando a bordo del buque San Ramón, de don José Calvo Irazábal, comandante de la flota.

Sin embargo, nada más comenzar a adentrarse en la rada, su barco tuvo la mala fortuna de encallar peligrosamente sobre un banco de arena. Irazábal se

alarmó tanto, que consideró una gran imprudencia continuar adelante sin contar con las cartas de navegación, ni tampoco conocer la profundidad de la bahía, por lo que ordenó dar media vuelta y regresar de inmediato a la base.

Por si fuera poco, el tiempo comenzó a cambiar de manera clara, inquietando incluso a don Bernardo, que temía que pudiera tratarse de un nuevo huracán, lo que pondría en grave riesgo la integridad de los barcos y el éxito de la operación, ya que una gran parte de la flota continuaba todavía en mar abierto.

Pero el peligro no era solo para los barcos, sino también para la tropa desembarcada, ya que, además de encontrarse en un territorio bajo y llano, los hombres corrían el peligro de quedarse aislados y sin medios para poder abandonar la estrecha franja de tierra.

Gálvez volvía a encontrarse ante una importante encrucijada.

Aunque, en realidad, como no iba a tardar en ponerse de manifiesto, el auténtico problema radicaba en que Saavedra no había dejado claro quién ostentaba el mando supremo de la empresa. Pues aunque don Bernardo era el jefe supremo de las fuerzas terrestres, Calvo era el responsable último de la seguridad de la escuadra. Por eso, aunque Gálvez trató de persuadirle por todos los medios de la necesidad de volver a intentar una nueva entrada en la bahía, fue incapaz de hacerle cambiar de opinión.

Ante esta situación un tanto encasquillada, el gobernador envió a Mobila a Miró, un gran amigo y persona de confianza.

Miró debía tratar de acelerar la llegada de los hombres de Ezpeleta, cuyas tropas sí que estaban indiscutiblemente bajo el mando de Gálvez.

Estas tropas, por si fuera poco, tenían otra gran ventaja: pisaban tierra firme y no necesitaban por tanto de barcos para llegar a su objetivo.

Pero don Bernardo contaba además con un último as en su manga: el bergantín Galveztown, que poseía en propiedad. Se trataba del antiguo navío capturado por los norteamericanos a los británicos, y que Pollock le había regalado como muestra de agradecimiento por todo lo que venía haciendo en favor de las trece colonias.

Por eso, el día 16, en cuanto Gálvez tuvo noticia de que una columna de novecientos hombres de Ezpeleta había llegado ya a la orilla del río Perdido, a unos veinte kilómetros al Oeste de Pensacola, urdió un plan tan valiente como osado. Así, declaró ante sus hombres que él haría con su barco, el Galveztown, lo que el capitán Irazábal no se atrevía a hacer con la flota. Por si alguien tenía alguna duda de cuáles eran sus intenciones, añadió retador, mostrando una bala del 32 recogida en el campamento:

> *Es de las que reparte el fuerte de la entrada* (se refería, evidentemente, al de Barrancas Coloradas). *El que tenga honor y valor, que me siga. Yo iré por delante con mi bergantín para quitar el miedo a los demás…*

Las palabras de don Bernardo sonaron como lo que eran: todo un desafío para Calvo de Irazábal, que casi las tomó como una ofensa personal.

Pero todos sabían bien que Gálvez no era un hombre que se limitara a hablar. A las dos de la tarde del día 18 se dispuso a cumplir con su palabra: subió al bergantín, izó el estandarte en lo más alto del palo mayor y, tras largar vela, lanzó una andanada de quince cañonazos antes de enfilar el estrecho canal de entrada a la bahía.

Le siguió una pequeña escuadra de tres naves.

Muy pronto comenzaron a pasar desafiantes ante los ciento cuarenta cañones británicos, que no cesaron de disparar ni por un solo instante.

Pero el fuego enemigo, a pesar de concentrarse en abatir al buque de don Bernardo, apenas logró romperle algunas jarcias y desgarrar el velamen en algunos puntos, nada más. ¡No hubo ni una sola baja que lamentar a bordo de los cuatro barcos!

Gálvez, pletórico, se divertía saludando al fuerte inglés de Barrancas Coloradas mediante el desafiante lanzamiento de nuevas salvas al aire.

Disparó otras quince descargas. Aquello era reírse del enemigo en sus barbas.

Pero, sobre todo, lo habían conseguido: el Galveztown, así como las dos cañoneras y la balandra Valenzuela —todas ellas de la Luisiana y por tanto libres de la jurisdicción de Irazábal—, se habían paseado por el interior de la bahía, demostrando que podía hacerse sin dificultad.

A su regreso sanos y salvos a la isla de Santa Rosa, fueron recibidos entre vítores y desbordantes muestras de entusiasmo, tanto por parte de los soldados como de la marinería.

De este modo nació el lema que a partir de aquel momento acompañaría a don Bernardo para el resto de sus días y que dejaría como legado a su posteridad: «Yo solo».

Tal vez alguien pueda pensar que se trató de un acto temerario y excesivamente osado, pero lo cierto es que con ello consiguió que al día siguiente toda la escuadra le siguiera.

Espoleados por el ejemplo de Gálvez, todos los oficiales de la marina pidieron a Calvo seguir al bravo gobernador de la Luisiana. Pero Irazábal,

picado en su amor propio, ordenó todo lo contrario: que ningún barco se moviese sin su permiso.

Hasta que, al día siguiente, incapaz de soportar tanta presión, autorizó a la flota a que levase anclas. En cuanto lo hizo, todos los buques a excepción del San Ramón enfilaron valerosamente el canal de entrada a la bahía, desafiando al incesante cañoneo de las 140 piezas de la batería de Barrancas Coloradas. Mientras duraba la maniobra, Gálvez, en pie desde una canoa, jaleaba el paso de las naves.

A partir de aquel momento Calvo de Irazábal quedó derrotado.

No le quedó otro remedio que entregar el mando de la escuadra a Gálvez y volverse en solitario a Cuba.

Con los ánimos infundidos por don Bernardo, la posterior operación de desembarco resultó también un éxito. Los barcos alcanzaron las costas de la ciudad sin que los ingleses pudieran estorbárselo.

El día 23 los españoles rodeaban el baluarte de Fort George, el reducto principal de la ciudad, e iniciaban su asedio.

Por si fuera poco, solo unos días más tarde llegaban las tropas de Nueva Orleans y de Mobila, cuyo grueso lo formaba el regimiento de Navarra, dirigido por Ezpeleta. Con estos refuerzos, Gálvez pudo contar con tres mil quinientos hombres adicionales.

Después de tantos contratiempos y sacrificios empezaban a verse los primeros frutos…

Con la suma de los recién llegados, las tropas españolas se componían de una variopinta amalgama de soldados regulares ibéricos, milicianos cubanos, irlandeses y criollos franceses. Los había de todas las razas y colores.

Muy pronto se abrió una vía de comunicación entre don Bernardo y el general Campbell, gobernador de Pensacola, encaminada sobre todo a garantizar la seguridad de la población. Ambas partes se comprometieron a respetar los edificios y, por supuesto, a los no combatientes.

Sin embargo, pasados algunos días y hallándose el parlamentario británico presente en el campamento español, Campbell dio la orden de incendiar las casas que se levantaban delante del fuerte.

Gálvez, molesto e irritado por este hecho, le escribió las siguientes palabras:

> «*Ahora que estamos haciéndonos, recíprocamente, las mismas proposiciones, pues ambos intentamos la conservación de las mercancías y propiedades de los individuos de Pensacola, yo le recrimino como un insulto por su parte el quemar las casas que están*

frente a mi campamento, al otro lado de la bahía, hecho cometido ante mis propios ojos. Ello dice de la mala fe con que usted trabaja y escribe, que aunque humanidad es una palabra que usted la repite sobre el papel, su corazón no la conoce, ya que sus instrucciones son las de ganar tiempo para completar la destrucción de la Florida Occidental; estoy indignado de mi propia credulidad y de las nobles maneras con que pretende alucinarme y por eso no debo, ni siquiera deseo, oír otra proposición que la de rendición, asegurando a V. E. que, como no soy culpable, veré quemarse a Pensacola con la misma indiferencia que veré a sus crueles incendiarios caer sobre sus cenizas».

Pero los roces entre Gálvez y Campbell no terminaron aquí, pues al poco se produjo un nuevo incidente que desbordó aún más la paciencia del malagueño.

Sucedió que tres marineros españoles que habían logrado evadirse de la prisión de Pensacola informaron a Gálvez de que habían sufrido malos tratos de los carceleros ingleses.

Como consecuencia de estas noticias, don Bernardo despidió al representante británico con la orden de avisar a Campbell de que no volvería a escuchar ninguna nueva proposición distinta a la de su rendición.

Pero buena prueba de la compasión de Gálvez para con los vencidos fue que, pocos días después, siete hombres que habían sido hechos prisioneros por los españoles en acciones anteriores, y que habían sido puestos en libertad a cambio de no volver a luchar en contra de nuestro país, salieron desde Pensacola a rendirse. Se trataba del coronel Dickson, el capitán Albert, el capitán Miller, el teniente Bard, el contramaestre Lowe, el doctor Grant y el armero William Whissel. Fueron recibidos con las atenciones debidas y se les permitió sacar a sus familias con ellos.

Por parte británica, la negativa a excluir a los indios de la contienda confirió a las escaramuzas una dureza extrema. Sobre todo en los momentos en los que se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo. Además, los prisioneros capturados por los indios eran terriblemente torturados, a pesar de que los mandos de ambos ejércitos trataron de eliminar estas prácticas, sin llegar a conseguirlo.

Otro aspecto que contribuyó a hacer especialmente dura esta guerra fue el clima, pues al calor y la excesiva humedad se le sumaban los mosquitos y las frecuentes lluvias torrenciales, que anegaban las trincheras y embarraban el terreno hasta convertirlo en un auténtico cenagal.

A partir del desembarco, Gálvez intervenía en las escaramuzas como un soldado más. En las salidas demostró la bravura y la valentía que eran propias de su carácter. A todos les quedó muy claro que su travesía en solitario a bordo del Galveztown no había sido causada por un impulso aislado de valor.

Pero la bravura tiene un precio, que a veces hay que pagar. En una de las frecuentes embestidas dirigidas a romper las defensas británicas, cuando con más entusiasmo arengaba a sus hombres, el gobernador se vio alcanzado por una bala en la mano izquierda.

A pesar del intenso dolor, continuó peleando como si nada hubiera ocurrido. Nadie supo que había resultado alcanzado hasta que se dirigió a la enfermería, por su propio pie, al final del combate.

En el fondo había tenido suerte, pues en otra ocasión, mientras impartía las órdenes dirigidas a cerrar el cerco en torno al fuerte de Barrancas Coloradas, llegó a aventurarse demasiado en las proximidades del enemigo. Uno de sus hombres le advirtió:

—Cuidado, señor, ¡estamos demasiado cerca! ¡Creo que estamos ya al alcance de los mosquetes enemigos!

Pero la advertencia llegó tarde.

Una bala le alcanzó al mariscal en el abdomen, haciéndole caer por tierra. Hubo de ser relevado en el mando por el coronel Ezpeleta:

—¡Llévenlo a la enfermería! ¡Rápido!

El gobernador perdía mucha sangre. Tanta, que al poco perdió el conocimiento.

Lo tomaron entre cuatro soldados, que lo trasladaron aprisa hasta la retaguardia.

Al ver el estado en que se encontraba, los médicos temieron por su vida.

El herido estaba muy pálido. Demasiado pálido, y seguía perdiendo sangre. La herida, no cabía duda, esta vez era grave.

Decidieron que era necesario correr el riesgo y operarlo en el acto.

Al finalizar el día, se habían realizado notables avances en la contienda. Sin embargo, los hombres distaron mucho de celebrarlo. Todos se hallaban visiblemente afectados por lo ocurrido a don Bernardo. Era un hombre querido por la tropa, precisamente porque siempre peleaba a su lado.

Don José de Ezpeleta se acercó con timidez hasta la tienda en donde yacía el herido.

—¿Cómo está, doctor?

—¡Estoy bien! —respondió el propio Gálvez con apenas un hilillo de voz —. No vayan a pensar los ingleses que es posible quitarme de en medio tan

fácilmente…

Pero el médico le instó a guardar silencio. No debía fatigarse.

Debía guardar el máximo reposo. Y eso excluía todo tipo de conversaciones. Acercándose a Ezpeleta, le tomó del brazo y le condujo fuera de la tienda.

—Perdone, coronel, pero nadie debe venir a visitarle. Es preferible que duerma. Le he dado una bebida que pronto le hará efecto. En uno o dos días estará recuperado: la herida, a pesar de lo aparatoso de la primera impresión, no le ha dañado en ningún órgano vital.

—Nos hemos asustado mucho. La abundancia de sangre a veces produce un efecto pavoroso…

—En efecto. Pero, gracias a Dios, enseguida hemos cortado la hemorragia. En cuanto descanse un poco y se cierre la herida, se encontrará como nuevo.

—¡No sabe el peso que me quita usted de encima!

—Hemos tenido mucha suerte. No abundan los hombres como él. Puede transmitir las noticias a los soldados. Créame que será solo cuestión de días que vuelvan a verle dando órdenes en el campo de batalla.

—Voy a comunicarlo de inmediato. Ayudará a mantener alta la moral de la tropa. Gracias, doctor.

—He procurado hacer todo lo que he podido, aunque, se lo aseguro, las gracias no debe dármelas a mí. Alguien ha querido mantenerlo con nosotros durante más tiempo —respondió sonriendo, mientras hacia un significativo gesto, señalando hacia arriba.

Mientras esto ocurría en Pensacola, en Natchez se encendía una peligrosa mecha.

Había sido precisamente Campbell quien había animado a los simpatizantes británicos de ese asentamiento a que se rebelaran contra España.

Así fue cómo un tal John Blommart violó su promesa de neutralidad y atacaron el fuerte de Panmure.

La pequeña guarnición que lo defendía, al cabo de trece días de lucha desigual, se vio obligada a capitular.

Blommart pretendía aprovechar su victoria como punto de partida para una ofensiva sobre Nueva Orleans. Pero el tal Blommart pecaba de ingenuo, o no había sabido medir bien sus fuerzas, pues en cuanto don Esteban Miró,

gobernador interino de la Luisiana conoció sus intenciones, envió un contingente de ochenta hombres que bastó para derrotar a los insurgentes.

Blommart se rindió en abril de 1781 y los insurrectos fueron condenados a muerte.

Pero no llegarían a ser ejecutados, pues más adelante don Bernardo les perdonaría la vida e incluso, haciendo gala de su habitual magnanimidad con los vencidos, les ofrecería la posibilidad de ser enviados a donde ellos quisieran, en Europa o América, con tal de que prometieran no volver a levantar sus armas en contra de España.

En Pensacola, tras una exitosa convalecencia Gálvez volvió a ser el que era.

Y, con su estímulo, los soldados continuaron reduciendo poco a poco las capacidades defensivas de los fuertes de la ciudad.

Nada parecía capaz de alterar este panorama hasta que, llegado el 19 de abril, se produjo un suceso inesperado, que provocó un auténtico pánico en ambos ejércitos.

—¿Ves tú lo mismo que yo? —preguntó el teniente Martínez a un artillero que peleaba a su lado.

—¿Qué si veo qué…? Yo no veo nada.

—Eso es porque no te has dado la vuelta. Mira hacia el mar —insistió Martínez mientras cedía sus catalejos al artillero.

—¡Dios mío! ¡Debe ser la respuesta al bergantín inglés que escapó! Las cosas ahora se van a poner muy, pero que muy feas…

Hay que avisar a don Bernardo…

—No te apures por eso, hijo. Puedes estar seguro de que ya los ha visto.

Gálvez galopaba ya con algunos de sus hombres hacia la bahía.

Lo que estaba ocurriendo era que, tanto desde el fuerte inglés de Barrancas Coloradas, como desde el puesto español de Punta Sigüenza, se avistaba la llegada de una enorme flota.

Solo cuando la escuadra se acercó lo suficiente para que pudiera distinguirse su nacionalidad, los nuestros comprobaron con emoción que era española.

Una inmensa alegría estalló en el campamento. Era el comandante don José Solano, que llegaba nuevamente desde Cádiz. Le acompañaba el mariscal de campo don Manuel de Cagigal, acompañado de los mejores artilleros navales de España y de varios millares de soldados veteranos de los regimientos de Soria, Hibernia, Cataluña, Flandes y Mallorca.

—¡Dios mío, son de los nuestros!

En efecto, don José Solano había sido informado en Cuba de que algunos barcos británicos habían penetrado en el Golfo de México, y entonces había tomado la decisión de acudir en auxilio de Gálvez.

La flota de Solano constaba de dos navíos de línea, siete fragatas —tres españolas y cuatro francesas—, cuatro bergantines y ochenta y dos transportes.

A bordo venían más de tres mil hombres, la mayoría llegados a La Habana desde España y Francia. A ellos se les habían sumado reclutas cubanos, mexicanos, venezolanos y guatemaltecos.

Con la llegada de estos inesperados refuerzos, Gálvez contaba ya con siete mil hombres.

La situación de los británicos se hacía desesperada. Al comenzar el mes de mayo no quedaba ya ni un solo barco inglés en el puerto de Pensacola. Y la artillería española estaba causando gravísimos daños en sus fuertes.

A fin de evitar muertes en inútiles asaltos, Gálvez ordenó excavar túneles y abrir trincheras.

Al amanecer del día 8 de mayo la eficacia de nuestra artillería consiguió una vez más mucho más de lo que nadie hubiera podido esperar, pues un certero proyectil alcanzó de lleno el polvorín del fuerte enemigo, que estalló por los aires con una violencia inaudita, destruyendo la fortaleza inglesa casi por completo.

La mitad de sus ocupantes resultaron muertos.

Aunque algunos británicos trataban todavía de resistir, su estado era lamentable. Su actitud obedecía a un voluntarismo casi enfermizo. Estaban derrotados.

De hecho la posición no tardó en ser tomada por nosotros, que aprovechamos lo que quedaba del baluarte para colocar una batería desde la que poder bombardear el siguiente bastión enemigo: Fort St. George.

Pero los soldados de este fortín comprendieron que su posición era indefendible.

Por fin les vimos izar la bandera blanca.

Era el general Campbell quien había dado la orden de hacerlo.

Acompañó su rendición con el siguiente mensaje para don Bernardo:

Para evitar un nuevo derramamiento de sangre, propongo a Vuestra Excelencia un cese de hostilidades y redactar los artículos de la rendición, ya que V. E. está dispuesto a acceder a honorables

términos para la tropa a mi mando y para la protección y seguridad que yo pueda procurar a los paisanos.

—Señor, el coronel Campbell ha solicitado una tregua para poder negociar con usted los términos de su rendición.

—Es la mejor noticia que podía traerme, capitán —respondió Gálvez visiblemente satisfecho—. Por supuesto que accederemos a esa tregua. Servirá también para proceder al canje de prisioneros y heridos. Le ruego que se encargue de organizar el encuentro.

—A sus órdenes.

Pero, a pesar de la buena voluntad que manifestaron ambos líderes, no resultó posible llegar a un acuerdo definitivo de paz.

Por algún motivo, Campbell buscaba ganar tiempo. Tal vez esperara la llegada de los refuerzos que tan largamente habían aguardado y que hasta la fecha no habían aparecido por ninguna parte.

El *impasse* se prolongó durante algunos días, los necesarios para que Campbell se rindiese a la evidencia y reconociera su fracaso. Solo entonces se avino a aceptar las condiciones ofrecidas por don Bernardo a través del capitán don Francisco de Miranda[30].

El acuerdo final contemplaba la entrega de todos los fuertes y puestos militares británicos del Golfo de México a España, con la excepción del de San Agustín de la Florida y Jamaica.

A los vencidos se les reconocían honores de guerra, así como garantías para los no combatientes, sus familias y sus bienes.

19

—¿Eh? ¿Qué significa esto? ¡¿Cómo se atreven a entrar así?!

—¿Qué se supone que están haciendo? —El tipo se despertó de su siesta con muy malas pulgas. Hablaba en inglés con un inconfundible acento del Norte.

Arenzana llegaba en ese momento. El sargento era un hombre expeditivo y de naturaleza desconfiada. Y hubo algo que no le gustó en el individuo al que supuestamente acababan de despertar.

Uno de los soldados, un irlandés, le interrogó:

—¿Cuál es su nombre? ¿Por qué no está usted luchando como todos los mozos de su edad?

—Me llamo Howard. Y soy cuáquero. Mi religión me prohíbe toda violencia…

Era evidente que mentía. Al menos al sargento Arenzana no le cupo la menor duda:

—¡Registren esta choza infecta de arriba abajo!

—Pero, sargento, aquí no hay nada que registrar…

En cierto modo, Moreno tenía razón. La cabaña no tenía más que una sola habitación, aquella en la que estaban, y el mobiliario era muy escaso.

Pero el resto de los soldados se pusieron a inspeccionar por todas partes, incluidos el suelo y el techo. Moreno, apabullado por el ejemplo de sus compañeros y por la mirada fulminante que le lanzó Arenzana, se puso también manos a la obra.

Y fue precisamente él quien dio con lo que buscaban.

—¡Sargento! Creo que he encontrado algo. ¡Aquí suena a hueco! Justo debajo de la mecedora en la que el tal Howard seguía sentado y en la que había tratado de permanecer sin levantarse, se abría una trampilla que daba acceso a una bodega.

—¡Muy bien, Moreno! Mire a ver qué es lo que hay ahí abajo.

—Tal vez sea una costumbre cuáquera la de sentarse encima de las entradas a los sótanos —ironizó el sargento.

Lo que encontraron fue a un hombre maniatado, al que se había tenido prisionero durante días, en muy malas condiciones.

Por supuesto, el secuestrado no era otro que yo.

Debía presentar un aspecto lamentable. Había perdido al menos cinco kilos de peso.

Al percibir la entrada de Moreno y Arenzana me mostré aturdido. En la impenetrable oscuridad en la que llevaba varios días oculto había quedado muy desorientado, y fui incapaz de reconocerles hasta que insistieron en asegurarme que venían de parte de Gálvez, y que quedaba libre de mis captores.

—Gracias, muchas gracias, amigos —eran las únicas palabras que yo acertaba a repetir a cada rato.

El sargento Arenzana le ordenó al soldado que se encargara de llevarme hasta mi casa.

—Y dígale a don Jorge Ripoll que no tardaré en llegar. Pero antes quiero averiguar dónde se encuentra el tal Baker y sus secuaces, ¿verdad, Howard? —añadió volviéndose hacia el pretendido cuáquero, cuya cara mostraba ahora claros signos de inquietud.

Las tropas británicas en Pensacola se rindieron oficialmente la noche del 9 de mayo de 1781.

El número de prisioneros entre oficiales y soldados regulares británicos ascendió a más de mil cien hombres.

Capturamos 143 cañones, 40 culebrinas, 2100 fusiles, 300 barriles de pólvora, así como una gran cantidad de bombas, bayonetas, granadas y balas.

Al día siguiente de la rendición, el 10 de mayo, el ejército español y las seis compañías de granaderos y de cazadores de la división francesa formaban a la entrada del fuerte de San Jorge.

Soplaba la brisa desde el mar. Con su suave influjo la enseña de España se mecía orgullosa sobre los soldados. La característica Cruz de Borgoña, estampada en rojo brillante sobre fondo blanco, se hacía visible desde la distancia, ensalzando la victoria obtenida.

El general Campbell salió con sus tropas y, tras entregar sus banderas, rindió sus armas ante las tropas vencedoras.

Dos compañías españolas de granaderos tomaron entonces posesión de Fort George. Los cazadores franceses hicieron lo propio con la batería circular británica.

La entrega del fuerte de Barrancas Coloradas se efectuó el 11 de mayo. Pensacola y la Florida Occidental volvían de nuevo a España.

Como consecuencia de tan sonada victoria, don Bernardo añadió un escalón más a su meteórica carrera: esta vez fue ascendido a teniente general, además de ser nombrado gobernador y capitán general de la Luisiana y de la Florida.

Por si fuera poco, a petición de los propios habitantes de la Luisiana, Su Majestad don Carlos III le otorgó el título de vizconde de Galveztown, que poco después sería sustituido —tal vez a Su Majestad le pareció poco generosa su concesión— por el nuevo título de conde de Gálvez, al que se acompañaba de un escudo de nobleza con la leyenda «YO SOLO», en recuerdo de su memorable hazaña:

> *Para perpetuar en la posteridad la memoria de la heroica acción en que tú solo forzaste el paso de la bahía, puedes colocar como cimera de tu escudo de armas el bergantín Galveztown con el mote YO SOLO…*

Como colofón, el rey ordenó que la bahía de Pensacola pasara a llamarse a partir de entonces, bahía de Santa María de Gálvez.

Lo que Gálvez nunca hubiera podido imaginar fue que entre los prisioneros de Campbell fuera a encontrarse con un destacado ciudadano de Nueva Orleans: nada más y nada menos que con el bueno de Charles Richmond, que había sido encarcelado por los propios ingleses con los cargos de desórdenes públicos, robo y contrabando de alcohol.

En cuanto el prisionero reconoció a don Bernardo, se apresuró a llamar su atención:

—¡Don Bernardo! ¡Amigo mío! ¡Qué fortuna la de verle a usted aquí!

Gálvez quedó perplejo: ¿qué hacía este individuo aquí? Encargó a uno de sus oficiales que preguntara a sus colegas británicos por el prisionero.

—¡Ah! ¡Richmond! No me hable… Desde que se alistó a luchar con nosotros no ha sido más que un auténtico estorbo. Le gusta demasiado empinar el codo y, en cuanto ha podido, se ha dedicado al mercado negro de alcohol entre los soldados. Es un tipo que debe estar constantemente metiéndose en líos para no aburrirse. Pero creo que ha equivocado su sitio. Debía haber sido pirata en el Caribe hace cincuenta años, o algo así. ¿Me comprende usted?

—Sí, perfectamente.

Un mes después del cese de las hostilidades, los combatientes de La Habana embarcaron de regreso a Cuba.

A su llegada a la isla fueron recibidos como auténticos héroes, en medio de un formidable entusiasmo popular.

Varios buques de guerra escoltaron al convoy en el que viajaban los más de mil doscientos prisioneros británicos, que permanecerían custodiados en las fortalezas habaneras a la espera del canje de prisioneros acordado por Miranda.

La noticia de la victoria de Pensacola fue muy bien recibida tanto en España como en las colonias americanas. En estas últimas, porque suponía un notable debilitamiento de la posición negociadora británica.

El general Washington había seguido muy de cerca tanto las operaciones militares de Pensacola como las de Mobila. El comisionado regio de España para las trece colonias, amigo personal de Washington, don Francisco Rendón, era quien le había mantenido puntualmente al corriente de las noticias.

Por su parte, el siempre agradecido Pollock, testigo directo de la heroica actuación de Gálvez en Pensacola, no dudó en pedir al Congreso norteamericano la colocación de un retrato de Gálvez en la galería del Independence Hall de Filadelfia, en justo reconocimiento por lo que la nación le debía a este hombre. En realidad, Pollock no pedía nada extraordinario, ni nada que no se hubiese hecho ya con otros personajes extranjeros[31], pues la contribución española era ya decisiva en ese momento. A la espera de que, como veremos, todavía lo sería mucho más.

La derrota británica en Pensacola había supuesto un fracaso de tal calibre, que el gobierno de Londres se supo ya incapaz de recuperar el territorio perdido.

La guerra se trasladaba ahora al mar, en donde la armada inglesa continuaba invicta. Los británicos seguían dominando sobre el litoral y los puertos atlánticos de la costa Este de Norteamérica.

Los colonos rebeldes habían debido contentarse con el control del interior de los territorios. Y habían comprendido que, si no se conseguía vencer a los ingleses en el mar, jamás lograrían alcanzar la victoria. El propio Washington escribió al rey de Francia solicitándole «más barcos y más dinero».

Pero a partir de ahora sería Gálvez quien ostentaría el mando sobre la Armada en el Caribe, y no solo sobre la española, sino también sobre la flota francesa. El almirante De Grasse escribió a Cagigal informándole de que estaba al corriente del plan de lucha conjunta de España y Francia.

Las intenciones de don Bernardo se concentraban ahora en el objetivo de conquistar Jamaica, la principal isla británica en el Caribe. Al menos así era, hasta que recibió una importantísima comunicación que le hizo cambiar temporalmente de planes.

Se le informaba de la inminente llegada del inglés lord Cornwallis a Yorktown, en Virginia. Gálvez comprendió que esta circunstancia iba a brindar a los aliados una oportunidad inmejorable de colocar al grueso del ejército enemigo en una muy difícil situación. Sobre todo si conseguían bloquear y mantener alejados de la costa a los barcos de la armada británica. Por eso don Bernardo no dudó en liberar a la flota francesa de sus obligaciones en el Caribe, de tal manera que De Grasse, al mando de 23 navíos de línea, a los que habían de sumarse numerosos transportes con 3200 soldados a bordo, pudiera poner rumbo a Virginia, y tratar de impedir el paso de las naves inglesas.

Gran Bretaña estaba además atosigada en otros dos frentes.

Uno de ellos era Guatemala. El otro, Europa. Además de la tensión constante en Gibraltar, Londres continuaba bajo la amenaza de una posible invasión de la isla. Y esto le impidió enviar los necesarios refuerzos al otro lado del Atlántico en el momento en el que Cornwallis llegaba a Yorktown.

Por lo que respecta al mando británico en América, lord Cornwallis y sir Henry Clinton se mostraban divididos en cuanto a la estrategia a seguir.

Cornwallis era de la opinión de que era imposible conquistar los territorios del Sur sin antes someter por entero Virginia.

Clinton, por el contrario, temía que las tropas de Rochambeau presentes en el continente pudieran ser empleadas por Washington para dirigir un ataque contra Nueva York, cuya importancia consideraba vital.

Ambos coincidían sin embargo en un punto: la armada británica se las bastaría para derrotar a las armadas española y francesa, aún en el caso de que ambas se presentaran a pelear al unísono.

Era cierto que, hasta ahora, la escuadra francesa del almirante d'Estaing había sido incapaz de hacer frente por sí sola a las flotas británicas de Rodney, Graves y Hood.

Washington y Rochambeau se hallaban al frente de sus tropas en los alrededores de Nueva York.

Y fue allí en donde dejaron una cantidad de soldados suficiente para conseguir despistar a los británicos, al mismo tiempo que iniciaban una dura y larga marcha en dirección a Virginia.

Al llegar a la altura de Wilmington, en Delaware, conocieron la noticia de que la escuadra de De Grasse había llegado desde el Caribe a la bahía de Chesapeake, en las inmediaciones de Yorktown. Esto hizo que Washington y Rochambeau apresuraran su paso al máximo, con intención de embarcar —como en efecto hicieron— a bordo de los buques de transporte franceses, que les llevarían directamente hasta Yorktown, en el exterior de la bahía de Chesapeake.

Una vez en Yorktown, Washington quedó al mando de las tropas terrestres, mientras De Grasse sería el encargado de dirigir las operaciones de bloqueo por mar.

Nadie podía dudar de que la misión que De Grasse se traía entre manos era imprescindible para ganar la guerra. Es más, por primera vez a lo largo de la larga contienda, la victoria se veía posible y al alcance de la mano…

Sin embargo, llegados a un momento tan decisivo, cuando ambos bandos se sabían ante una batalla que podía resultar decisiva, se planteó un gravísimo problema para los aliados. Una dificultad de un orden muy prosaico, si se quiere, pero que fácilmente podía echarlo todo a perder: la cuestión era que entre los franceses no había dinero para pagar a los soldados, y que eran ya demasiados los meses con atrasos acumulados. Se corría un grave riesgo de abandono por parte de la tropa.

La situación era realmente crítica.

De Grasse se hubiera lanzado a conseguir el dinero debajo de las piedras, si eso hubiera sido posible. De hecho, llegó a hipotecar algunas de sus propiedades familiares en Haití, con las que consiguió una importante cantidad, aunque muy insuficiente para lo que se necesitaba. Por si fuera poco, recibió una carta de Rochambeau acuciándole aún más, pues en ella se le informaba de que no solo eran ellos los que estaban en apuros, sino también los norteamericanos. La cantidad que se precisaba para solventar el problema de ambos ejércitos ascendía a una cantidad fabulosa: nada menos que 1 200 000 libras tornesas[32].

Washington había solicitado a su intendente Morris que se encargara de conseguir el dinero. Pero este le respondió que le sería absolutamente imposible conseguirlo, ya que en su opinión España y Francia no aceptarían letras de cambio del Congreso. Le explicó que los franceses estaban también

arruinados, y que los nacientes Estados Unidos debían tan ingentes sumas a España, que estaba seguro de que los españoles no podrían fiarles más.

Pero los franceses, por su lado, no satisfechos con las gestiones realizadas por De Grasse, tuvieron el acierto de enviar al marqués de Saint-Simon a La Habana, con la misión de obtener allí un préstamo.

Saint-Simon se lo pidió al capitán general Cagigal, que se negó en redondo, aduciendo entre otras cosas que carecía de las atribuciones necesarias para poder prestar una suma tan alta.

Pero Saint-Simon tuvo la suerte de contar con el apoyo de don Francisco de Miranda, ayudante de campo de Cagigal.

Miranda era un hombre extremadamente influyente y popular entre las élites cubanas. Y, sobre todo, gozaba de una estrecha amistad con la familia Menocal, grandes terratenientes llegados a la isla desde la Florida Oriental en tiempos de la dominación británica, un caso igual al mío. Miranda sondeó las disposiciones de los Menocal para colaborar en la organización de una especie de «cuestación popular en favor de la causa norteamericana».

Desde luego, en Cuba la causa de las trece colonias era vista con enorme simpatía, y Miranda creyó que sería factible aprovechar esa complicidad para recaudar la cantidad que se necesitaba.

La reacción no solo resultó favorable, sino que excedió cuanto hubieran podido prever las estimaciones más optimistas: pues ¡bastaron apenas 48 horas para recaudar las ansiadas libras tornesas!

Fueron sobre todo las mujeres las que, con mucho entusiasmo, contribuyeron desinteresadamente a la causa norteamericana con su dinero y joyas. Destacaron las grandes señoras de La Habana y de Matanzas, que además de sus propias aportaciones, se preocuparon de realizar numerosas gestiones entre amistades y conocidos.

Gracias a esta impresionante e inesperada generosidad, un muy satisfecho Saint-Simon pudo embarcar muy pronto de regreso a Virginia, a bordo de la veloz fragata L'Agriette, que navegaba cargada hasta los topes con el valioso tesoro obtenido.

Gracias a Dios en esta ocasión no hubo tempestades que lamentar, y al alcanzar el puerto y descargar el inmenso caudal recaudado, cuál no fue el asombro de los testigos al comprobar que en Yorktown ¡hubieron de ser reforzados los cimientos del almacén!, para que pudiera resistir el peso del dinero antes de su reparto.

El 15 de agosto de 1781 De Grasse escribía a Rochambeau dándole cuenta de la espléndida donación hecha por las damas de Cuba. No cabía en sí de

gozo y no reparaba en elogios para con ellas. Máxime cuando se trataba de un regalo en toda regla: libre de intereses o de cualquier otro tipo de contrapartida. 800 000 de las libras cubanas se emplearon para pagar a los soldados y marinos franceses, y las otras 400 000 se entregaron a Washington para que pudiera hacer frente a las pagas atrasadas a sus hombres, y para que pudiera adquirir los suministros necesarios. Pues su penuria había sido tan grande, que en muchos casos habían carecido incluso de uniformes de guerra.

Tan pronto como se hizo entrega de los fondos, se obró el milagro: las tropas de una y otra nación olvidaron sus antiguas quejas y volvieron a sentirse animadas a luchar con todo el ardor que de ellas se necesitaba.

Pero por increíble que parezca, en este momento, cuando todos los problemas parecían haber quedado resueltos, Washington anunció que le quedaba, todavía, un grave problema añadido: carecía de suficientes armas.

Y una vez más España volvió a obrar el milagro. Desde La Habana se le envió un importantísimo cargamento que comprendía armas, pólvora, mantas y municiones.

Por fin los norteamericanos y los franceses, convenientemente pagados y pertrechados por España, estaban en condiciones de enfrentarse al ejército inglés.

20

Cuando el doctor Fleury me reconoció, determinó que tan solo presentaba un cuadro leve de síntomas nerviosos del que no tardaría en recuperarme.

—Reposo. Sobre todo reposo y que, en cuanto duerma un poco, tome el aire. Que pasee por la ciudad. Ya verán ustedes cómo en muy pocos días lo tendremos como nuevo.

Pero el doctor Fleury se equivocaba. Al menos erró al no tener en cuenta el importante fenómeno que iba a producirse en apenas unos minutos.

Llamaron a la puerta y, antes de que la criada regresara para anunciar la visita, esta ya se le había adelantado y entraba en la habitación.

Por supuesto, era Amelia, que en cuanto se había enterado de mi liberación y de mi estado de salud, había corrido a verme sin perder un instante.

Por detrás llegaba Daisy jadeante, que había salido tras la muchacha al verla abandonar la casa sola y precipitadamente.

—¡Alphonse! ¿Cómo te encuentras? ¡Por favor, dime que bien!

Yo, que me encontraba cansado y un poco aturdido, pero que en realidad estaba completamente sano, no tardé en reaccionar a tan grata e inesperada visita.

—¡Amelia! ¡Qué alegría de verte! ¡Esta sí que es una sorpresa! Y de las buenas.

—Gracias a Dios, veo que estás bien —los ojos de la muchacha lo decían todo: no cabía en sí de gozo al volver a verme completamente sano y a salvo. Y, aunque la presencia de tantos testigos le impedía decir todo lo que le dictaba su corazón, su intensa mirada parecía asegurarme que ya nunca más volveríamos a separarnos, que esta vez se enfrentaría a su padre, si fuera necesario.

Pero, tal vez temiendo emocionarse, la propia muchacha optó por hablar de algo diferente:

—Te previne contra Baker: ha sido él, ¿verdad?

—Sí. Me tomaron por sorpresa en un callejón apartado. Ha sido él ayudado por un par de secuaces de Boston. Un tal Howard, y el otro se llamaba algo así como…

—¿Spencer?

—Exacto. Ese era su nombre.

—Dios mío, ¡qué ayuda se ha buscado Baker! Son dos auténticos granujas, de lo peor que hay en Boston. Mucho me temo que se propusieran matarte.

—No sé con exactitud qué es lo que maquinaban, pero me parece que todo culminaba con mi definitiva «desaparición».

Arenzana entraba en ese momento. Se sorprendió mucho de ver a Amelia allí. Todavía se sorprendió más al comprobar la asombrosa mejoría que se había obrado en mí, que tan solo hacía un momento presentaba un aspecto demacrado y digno de compasión, y que sin embargo ahora charlaba alegremente, como si nada me hubiera ocurrido.

—Hablaban ustedes de Howard y de sus amigos, ¿verdad?

—Sí —respondió Amelia—. ¿Los han cogido?

—A los tres.

—¿Qué les sucederá?

—Habrá que esperar a lo que dictaminen los tribunales, pero le aseguró que ni usted ni don Alphonse tendrán que volver a preocuparse por ellos.

De Grasse llegó a la boca de la Bahía de Chesapeake el 30 de agosto de 1781, y allí desembarcaron sus tropas, a fin de contribuir al bloqueo terrestre de Cornwallis.

Con su inesperada llegada, dos fragatas británicas a las que se creía patrullando fuera de la bahía, pero que en realidad se encontraban dentro, quedaron atrapadas en el interior, impidiendo que los británicos de Nueva York pudiesen ser informados a tiempo de la magnitud de la flota de De Grasse.

El almirante inglés George Rodney, que había estado tratando de seguir la pista de De Grasse en el Golfo de México, había sido advertido acerca de su partida, pero desconocía su destino final.

Creyendo que De Grasse devolvería una parte de su flota a Europa, envió al contraalmirante Hood con 14 navíos de línea a descubrir cuál era el destino de De Grasse en Norteamérica.

Rodney, por su parte, hallándose enfermo, zarpó hacia Europa con el resto de la flota. Su intención era la de recuperarse él mismo y su escuadra, mientras transcurría la estación de huracanes en el Atlántico.

Siguiendo una derrota más directa que De Grasse, la flota de Hood llegó a la entrada de la bahía de Chesapeake el 25 de agosto. Al no encontrar barcos franceses en la zona, continuó navegando hacia el Norte. Pero, cuando llegó a Nueva York, se encontró con que allí solo quedaban cinco navíos de línea.

En el lado francés, De Grasse había prevenido a su compatriota Barras acerca de su fecha prevista de llegada. Por eso Barras partió desde Newport hacia Chesapeake el 27 de agosto con 8 navíos de línea, 4 fragatas y 18 transportes cargados de armamento y equipo de asedio.

Washington y Rochambeau, mientras tanto, habían cruzado al río Hudson el 24 de agosto, dejando algunas tropas detrás, como maniobra de distracción que retrasara cualquier posible movilización del general británico Clinton en favor de Cornwallis.

Pero la noticia de la salida de Barras llevó a los británicos a imaginar que la bahía de Chesapeake era el probable objetivo de las flotas francesas. Por eso el 31 de agosto, el contraalmirante sir Thomas Graves partió desde Nueva York con los cinco navíos de línea, con la intención de reunirse con las fuerzas de Hood.

Una vez agrupadas ambas flotas, que ahora sumaban 19 buques, Graves tomaría el mando.

Navegaron hacia el sur, rumbo a la embocadura de la bahía de Chesapeake. Pero su avance era lento, el mal estado de algunas de las naves requería reparaciones en ruta. Por si fuera poco, Graves también se mostró preocupado por algunos de los barcos de su propia flota.

Cuando finalmente alcanzaron su objetivo, era ya el día 5 de septiembre.

Las fragatas francesas y británicas se avistaron entre sí alrededor de las 9:30 de la mañana; ambas flotas subestimaron sus respectivos tamaños.

Cuando sus verdaderas dimensiones se hicieron evidentes, Graves asumió que De Grasse y Barras habían unido sus fuerzas para la batalla. Esto le llevó a orientar su formación hacia la boca de la bahía, con la ayuda de los vientos del norte-noreste.

De Grasse, en cambio, se vio obligado a encarar la difícil tarea de organizar una línea de batalla navegando en contra de la marea, con vientos y un perfil de costa que le obligaba a maniobrar en una bordada contraria a la de la flota británica.

No solo el viento y la marea favorecían a los británicos, sino también el elemento sorpresa, ya que si bien el encuentro había desconcertado a ambos bandos, los franceses se habían visto sorprendidos fondeando.

Veinticuatro de los buques franceses tuvieron el acierto de cortar los cabos de sus anclas, saliendo así enseguida al exterior de la bahía y formando una línea de batalla.

Hacia la una de la tarde, las dos flotas navegaban enfrentadas entre sí, pero moviéndose en rumbos opuestos.

Animado por la clara intención de atacar, Graves ordenó efectuar un giro de 180 grados a toda su flota, de modo que la retaguardia pasara a convertirse en la vanguardia.

Muy poco después de las cuatro de la tarde —más de seis horas después de que las flotas se hubieran avistado por primera vez— los británicos, que seguían conservando el barlovento, y por tanto la ventaja, se encontraban en formación para iniciar el ataque.

Las dos líneas se iban aproximando en ángulo, de tal forma que cuando los buques a la cabeza se encontraban al alcance de sus respectivos cañones, los buques de más atrás se esforzaban por acortar las distancias. Sin embargo, un repentino cambio en la dirección del viento hizo más difícil la aproximación de los buques de las retaguardias.

Hacia las cinco de la tarde el viento volvió a rolar, esta vez en perjuicio de los británicos.

De Grasse hizo señales a su vanguardia para que avanzara más, de modo que un mayor número de barcos de su flota pudiera participar en la lucha, pero el jefe de escuadra Bougainville, totalmente inmerso en la lucha con la vanguardia británica, que se encontraba al alcance de sus mosquetes, no quiso desaprovechar la ocasión.

Cuando finalmente Bougainville se dispuso a avanzar, los británicos lo interpretaron como una retirada y, en lugar de seguirle, se contentaron con disparar a larga distancia. Esto hizo que un oficial francés llegara a escribir que los británicos «*solo participaron desde lejos y simplemente para poder decir que habían luchado*».

Lo cierto era que los barcos de vanguardia de ambos bandos habían estado cañoneándose muy dura y continuamente desde el comienzo, mientras que un buen número de navíos de las retaguardias no habían llegado a entrar en acción.

Se produjo además una cierta confusión en las maniobras de la flota británica, causada aparentemente por las señales poco claras emitidas por

Graves, o en cualquier caso, no del todo comprendidas por sus oficiales.

Alrededor de las seis y media de la tarde, la puesta de sol obligó a poner fin al intercambio de fuego.

Graves dio la orden de mantener el barlovento, de modo que las dos flotas se fueron separando.

Pero ya a partir de este momento, los buques británicos, que habían soportado lo peor de la batalla, dieron claras señales de estar muy seriamente dañados y de ser incapaces de continuar combatiendo, al menos de forma efectiva. Los cinco primeros navíos habían perdido más de la mitad de sus hombres. Muchos otros hacían agua y necesitaban urgentes reparaciones, pues la artillería francesa había practicado la táctica de cañonear principalmente sobre los mástiles y jarcias, habiendo resultado particularmente destructiva en esos puntos, consiguiendo así su objetivo de hacer ingobernables a las naves enemigas.

Cuando aquella misma noche Graves hizo un inventario de daños, hubo de reconocer que «los franceses no parecían haber sufrido tanto perjuicio como nosotros» y que, por el contrario, cinco de sus barcos presentaban graves vías de agua, o estaban virtualmente impedidos en cuanto a su movilidad.

De Grasse, por su parte, escribió que «se percibe por la navegación de los ingleses que han sufrido mucho».

Siguiendo las órdenes de Graves, los británicos se esforzaron por mantener la posición de barlovento durante toda la noche, de modo que pudieran tener la iniciativa en la batalla por la mañana.

Sin embargo, durante el curso de las reparaciones nocturnas, Graves comprendió que serían incapaces de atacar al día siguiente.

Era tan delicada la situación, que convocó un consejo nocturno con Hood. Este propuso dar media vuelta para dirigirse a la bahía de Chesapeake, pero Graves se negó, por lo que las dos flotas continuaron navegando hacia el Este, alejándose de Cornwallis.

El 8 y el 9 de septiembre la flota francesa ganó en ocasiones la ventaja del viento, amenazando a los británicos con nuevos ataques.

La noche del 9 de septiembre De Grasse decidió encaminar a su flota de regreso hacia Bahía de Chesapeake, a donde llegó el día 12, encontrándose con que Barras había llegado dos días antes.

Entre los británicos, Graves ordenó hundir al Terrible, debido a su desastroso estado.

Dos días después, el 13 de septiembre, supo que la flota francesa estaba de regreso en Chesapeake.

Graves volvió a convocar un consejo aquel mismo día, en el que sus oficiales decidieron desistir de continuar peleando, debido al «verdaderamente lamentable estado al que hemos llegado».

Graves encaminó entonces a su maltratada flota hacia Nueva York, a donde arribaron derrotados y descorazonados el 20 de septiembre.

21

Una vez dispuesto todo tras la victoria, Gálvez regresó a Nueva Orleans.

Se alegró mucho de volver a verme.

Le conté mis avatares con Baker, y la reciente visita de Amelia, en la que me había manifestado su renovado y firme deseo de casarse conmigo.

—Ella dice que está dispuesta a enfrentarse a su padre, pero eso a mí me da un poco de miedo. Es un tipo tan extraño e imprevisible… Además, tampoco sabemos cómo reaccionará su madre si Richmond se empeña en seguir oponiéndose. Por si fuera poco, lleva semanas fuera de la ciudad.

—¿Me creerías si te dijera que sé dónde está? —me respondió Gálvez, divertido, a la vez que me guiñaba un ojo.

—Sí, claro que le creería —le respondí un tanto desconcertado.

—Pues bien, está aquí, en Nueva Orleans.

—¿Ha vuelto? Es extraño: he visto a Amelia esta mañana y no me ha dicho nada.

—Es que ella todavía no lo sabe.

Ante mi creciente cara de perplejidad, don Bernardo me aclaró:

—Cuando tomamos Pensacola él estaba allí, con los británicos.

Creo que ni los propios ingleses sabían muy bien qué es lo que hacía entre ellos. Supongo que pretendía ayudarles, pero aparte de estorbar, a lo que de verdad se ha estado dedicando todo este tiempo ha sido al contrabando y a la venta de alcohol entre los soldados. Por eso, al final tuvieron que meterlo entre rejas.

—Ya entiendo. Y al tomar la ciudad ha pasado a ser nuestro prisionero.

—Por supuesto. Aunque los cargos no son graves. Como te digo, los británicos lo encerraron para que no les molestara. Por mi parte pensaba soltarlo enseguida. Pero se me está ocurriendo una idea, y es que tú y yo podríamos tener una breve charla con él antes de devolverle la libertad. Ya sabes, la gente, cuando se ve encerrada, siempre se vuelve más «blandita». No te puedo prometer nada, lo vamos a soltar de todas maneras, pero quizás en estas condiciones sea más fácil que termine dando el brazo a torcer…

—Es una gran idea: ¿vamos?

—¿Ahora? —Por primera vez desde que nos conocíamos, era yo quien tomaba la iniciativa sobre el impetuoso don Bernardo, al que dejé momentáneamente descolocado.

—Es que me gustaría salir de una vez por todas de la incertidumbre que me corroe desde el mismísimo día en que ese hombre se opuso a nuestra boda.

—Pues claro. ¡Qué diantres! ¡Vamos ahora mismo!

A nuestra llegada a la prisión Gálvez ordenó que trajeran a Richmond a nuestra presencia.

El prisionero presentaba un aspecto ciertamente desmejorado, incluso algo envejecido. Los días de encierro no le habían sentado nada bien.

Gálvez se mostró especialmente amable con él:

—¡Señor Richmond! ¡Por fin nos volvemos a ver! Por supuesto, hoy mismo voy a iniciar los trámites para su pronta liberación.

Requerirá algo de papeleo, pero espero que todo esté acabado antes del anochecer, y que pueda irse a dormir a su casa.

—Gracias, don Bernardo, no sabe cuánto le agradezco su preocupación.

—En realidad, no es a mí a quien debe agradecerlo. La idea de venir partió de este joven, de Alphonse.

Richmond se manifestó emocionado. La noticia de su inminente liberación le había conmovido tanto como tal vez en otras ocasiones lo habían hecho el vino o la cerveza. Comenzó a dar rienda suelta a una interminable verborrea en la que no cesaba de reiterarnos su más profundo agradecimiento.

—¡Ah! Don Alphonse, en verdad tiene usted un gran corazón. A pesar del modo como le he tratado yo siempre, usted no me ha guardado ningún rencor: me rescató del tejado de Stuart, y hoy se ha preocupado por mi liberación. Tiene usted un corazón de oro. De verdad que no sé cómo podré agradecerle tantas cosas como le debo. Al menos no me cansaré de repetirle una y mil veces: ¡gracias!

—Bueno, señor Richmond, yo creo que sí hay algo más en lo que usted puede manifestar su agradecimiento hacia este joven…

Richmond jamás se hubiera esperado que don Bernardo mediara de forma tan clara en favor de mi causa. Perdió el color por un momento, antes de apresurarse a manifestar:

—¿Se refiere usted a la mano de mi hija?

—¿A qué otra cosa si no?

Su mente empezó a trabajar a gran velocidad.

Gálvez y yo le observábamos en silencio, sin ser capaces de adivinar qué es lo que pasaba por el interior de aquella cabeza tan dura como el alcornoque.

Al final, el prisionero pareció recobrar su presencia de ánimo y respondió:

—Pero, hombre de Dios, eso está hecho. En realidad, siempre he estado de acuerdo con esa boda. Solo quería asegurarme de que mi hija no se precipitara, ¿comprende? Pues no tengo ningún inconveniente en conceder al señor de Cavignac la mano de mi hija Amelia. Es más: usted queda como testigo de mi afirmación. Y, como saben bien todos aquellos que me conocen, yo jamás me desdigo de mis palabras. Por lo tanto, considérese usted, don Alphonse, desde este mismo instante, formalmente prometido con mi hija.

Yo no cabía en mí de gozo. Me hubiera levantado de la silla para abrazar agradecido a Richmond y a don Bernardo. Pues una vez escuchadas aquellas benditas palabras, que me sonaron a música celestial, ya solo ansiaba terminar la conversación cuanto antes para poder correr hasta Amelia y manifestarle la inesperada y magnífica noticia.

Don Bernardo se despidió de Richmond asegurándole que aceleraría al máximo los trámites de su liberación.

A la salida, fui yo quien se mostraba agradecido:

—Muchas gracias, don Bernardo. Ha sido una jugada maestra. Me ha demostrado usted que es un buen conocedor de la psicología humana.

—¿Acaso alguien lo duda? Pero déjate de cumplidos y corre a dar la noticia a Amelia, ¡vamos! ¡Que no se lo va a creer!

—Es verdad: ¡no se lo va a creer! Adiós, don Bernardo, nos vemos luego.

—Hasta luego, ya me contarás cómo ha ido.

Corrí sin parar. A mi llegada me recibió Daisy, visiblemente sorprendida de que me atreviera a presentarme en la puerta principal, sin ningún tipo de aprensión ni reparo.

—Buenos días, Daisy. ¿Está la señorita Amelia en casa?

—Bueno…, sí, pero…, en realidad…

—No se apure. Vengo de ver al señor Richmond. Nada me impide ya entrar en esta casa.

La buena mujer se quedó un instante parada, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿No me ha entendido? El señor Richmond está de regreso en Nueva Orleans. Acabo de hablar con él. No tardará en venir a casa, estará aquí para la cena, ya lo verá.

Pero Amelia, que me había oído llegar, bajaba ya a mi encuentro.

—¡Alphonse!

—¡Amelia! Vengo de estar con tu padre. Ha sido hecho prisionero en Pensacola y don Bernardo lo va a liberar esta tarde. Pero no sabes lo mejor de todo: ¡ha dado su consentimiento formal a nuestra boda! ¡Lo ha dicho de modo solemne en presencia mía y del gobernador, al que ha puesto por testigo!

—¿No te estás burlando de mí? Mira que si es una broma es demasiado pesada…

—Te doy mi palabra de que es verdad.

Y abrazándola, la besé ante la estupefacta mirada de Daisy.

Ya no quedaba ninguna duda de que éramos novios y de que la boda se celebraría lo antes posible.

A partir de aquel momento mi vida flotaba en una nube.

¡Cuánta alegría me inundaba! ¡Cómo abandoné y olvidé de un plumazo mis pasadas inquietudes y zozobras!

Ese mismo día nos dirigimos a la iglesia de San Luis, en donde convinimos con don Cirilo de Barcelona la fecha de nuestra boda, que quise fijar lo antes posible, temiendo que Richmond volviera a cambiar de opinión, o que se presentara cualquier otro tipo de dificultad.

Así, fijamos la fecha solo una semana más tarde: el día 12 de octubre, festividad de la Virgen del Pilar.

Fue una ceremonia sencilla, la falta de tiempo nos impidió perdernos en grandes preparativos. Por otra parte, siempre me ha parecido un error conceder demasiada importancia a los fastos, en detrimento de lo que de verdad se celebra, que en este caso era nuestra tanto tiempo esperada boda.

A la salida de la iglesia le propuse a Amelia que, si lo deseaba, podíamos instalarnos lejos de Nueva Orleans, en algún lugar en donde pudiéramos comenzar una nueva vida, dejando definitivamente atrás la guerra y mi doble identidad, de la que comenzaba a estar interiormente cansado.

En medio de nuestro ilimitado gozo, Amelia dejó escapar una sincera exclamación de alegría:

—¡Cómo me alegra que me digas eso, Alfonso! Nada me haría más feliz que iniciar una nueva existencia junto a ti, lejos de Nueva Orleans.

Me reí a carcajadas. Era tan feliz, que me reía por todo.

—¿Y si nos fuéramos a España? ¿Estarías dispuesta a cruzar el océano?

—Por supuesto. Contigo seré feliz en cualquier lugar del mundo.

—¡Podríamos comprar tierras y vivir en el campo! Siempre he pensado que lo mejor para los niños es criarse en contacto con la naturaleza…

—No te lo creerás, Alfonso, pero es lo que siempre he deseado. Con los años pasados en Boston y en Nueva Orleans he tenido suficiente vida urbana para todo el resto de mis días.

¡Eso sí que era el colmo de la felicidad! Las ilusiones de Amelia y las mías latían al unísono desde el primer día de casados…

A partir de ese momento mi mente dejó de estar ya en Nueva Orleans, en la guerra, o incluso en las instrucciones que don Bernardo o Ripoll tuvieran para mí. Yo era un hombre nuevo y, como tal, ardía en deseos de comenzar mi nueva vida cuanto antes…

Pero mientras Amelia y yo nos convertimos en los seres más felices de la tierra, otros hombres no lo estaban pasando tan bien: la llegada de la humillada flota británica de Graves a Nueva York desataba una auténtica ola de pánico entre los leales.

Las noticias de su fracaso no fueron tampoco muy bien recibidas en Londres.

El rey Jorge III escribió[33] que «*después de conocer la derrota de nuestra flota […] casi pienso que el imperio está perdido*».

La victoria francesa supuso el control aliado sobre la Bahía de Chesapeake, completando así el asedio sobre Cornwallis.

Además de capturar un buen número de barcos británicos de menor tamaño, De Grasse y Barras asignaron a sus navíos la asistencia en el transporte a las fuerzas de Washington y Rochambeau, desde Head of Elk[34] hasta la relativamente cercana Yorktown, a unos 250 kilómetros hacia el Sur.

Hasta el 23 de septiembre, Graves y Clinton no supieron que la flota francesa en Chesapeake ascendía a 36 barcos.

La noticia les llegó por medio de un despacho que Cornwallis logró enviarles el 17 de septiembre, y que les llegaba acompañado de una desesperada petición de ayuda: «*Si no lográis socorrerme muy pronto, debéis prepararos para escuchar lo peor*».

Así, después de efectuar las necesarias reparaciones a sus barcos en Nueva York, el almirante Graves volvía a partir con el propósito de volver a enfrentarse con los franceses.

Zarpó el 19 de octubre con 25 navíos de línea y varias embarcaciones de transporte, en las que viajaban 7000 hombres. Su misión era socorrer a Cornwallis, pero tan solo dos días antes, el día 17, este se rendía en Yorktown.

Así, el 19 de octubre de 1781 se firmaba la capitulación, poniendo punto final a una batalla decisiva en la que, gracias a la generosa ayuda enviada por España a través de Cuba, el general británico Cornwallis resultaba definitivamente derrotado por los 7000 soldados franceses de Rochambeau y los 9500 de Washington, así como por la flota del almirante De Grasse, que logró impedir que la armada inglesa rompiese su bloqueo.

Esta victoria de Yorktown fue la que definitivamente concedió a los norteamericanos su independencia.

El general Washington reconoció a De Grasse la importancia de su papel en la victoria:

> *Habrá observado usted que, sean cuales sean los esfuerzos hechos por los ejércitos de tierra, la armada es la que cuenta con el voto de calidad en la lucha actual*.

Me atrevo a afirmar que, aunque la guerra se prolongaría todavía un poco más, la rendición de Cornwallis supuso un mazazo definitivo para los británicos. A partir de ahí hubieron de comenzar a asimilar que habían sido derrotados.

España había también cosechado nuevas victorias sobre los ingleses en Honduras. Y la Corona estaba decidida a continuar presionando hasta desalojarlos definitivamente del Caribe. Para lograrlo, nuestro siguiente objetivo volvía a ser Jamaica. De hecho, Gálvez se hallaba en plenos preparativos de conquista de esa isla cuando le llegó la noticia de que, el 12 de abril de 1782, la escuadra de De Grasse, de 36 navíos, había sido derrotada por la flota del almirante Rodney, de 44 navíos. Gracias a Dios, De Grasse salió ileso y consiguió reunirse con Gálvez.

Don Bernardo contaba con esos navíos franceses para la conquista de Jamaica. Tras su pérdida, el número de barcos a su disposición volvía a ser insuficiente, por lo que Gálvez y De Grasse acordaron esperar a la llegada de refuerzos desde Europa.

Pero en esos días el capitán general don Manuel de Cagigal partió desde Cuba al frente de una expedición dirigida a la conquista de las islas Lucayas o Bahamas. Antes de zarpar, el 18 de abril (de 1782), Cagigal le escribió a Gálvez informándole de sus intenciones. Sin embargo, en cuanto don Bernardo recibió la misiva trató de detener la expedición, ya que le dejaba sin los barcos necesarios para el futuro ataque a Jamaica.

Sin embargo, las órdenes de Gálvez no llegaron a tiempo y Cagigal continuó su camino, ajeno al monumental enfado que estaba provocando en su superior.

Lo cierto es que era en las Bahamas precisamente en donde los ingleses tenían su principal base de barcos corsarios. Desde allí, solo en los últimos seis años, se habían apoderado de nada menos que 137 buques mercantes norteamericanos, 24 franceses, 14 españoles y un holandés.

Cagigal llegó a su destino el 6 de mayo.

Desde la distancia, al examinar el poderío de la flota española, el vicealmirante británico John Maxell comprendió que cualquier intento de resistencia estaba llamado al fracaso. Por eso, cuando Cagigal le envió un emisario con la invitación de que subiera a bordo de la nave capitana, con vistas a negociar las condiciones de rendición, el inglés no dudó en aceptar.

Cagigal supo agasajar a Maxell, ofreciéndole una suculenta comida, acompañada de vinos generosos de España, que el inglés supo apreciar. Al término de las conversaciones Maxell se avino a redactar el documento de capitulación, cuyos términos resultaron muy satisfactorios para los intereses de España.

Bastó por tanto con la mera presencia de 2500 hombres, de los regimientos del Rey, España, Guadalajara, Navarra y fijo de La Habana, unida a la indiscutible habilidad diplomática de Cagigal, para apoderarse de las Bahamas, guarnecidas por 600 hombres, sin necesidad de realizar ni un solo disparo.

Como consecuencia de la operación se recuperaron 65 barcos mercantes, la mayor parte de ellos norteamericanos.

También se liberó a numerosos prisioneros españoles, norteamericanos, franceses y holandeses.

Sin embargo, mientras tanto, Gálvez se consumía a la espera de los refuerzos que debían llegar desde Europa para la toma de Jamaica.

Cuando conoció la rotunda victoria de Cagigal en su empresa, ya fuese por su estado de inquietud, o porque considerara que este había desobedecido a sus órdenes, lejos de alegrarse, se enfureció aún más.

En honor a la verdad he de reconocer que me extrañé mucho ante lo que consideré una reacción poco noble por su parte. Pero mi extrañeza se transformó en indignación cuando vi cómo Cagigal y el capitán don Francisco de Miranda, que había acompañado al primero en su empresa, eran arrestados por Gálvez. ¿Qué le estaba ocurriendo a don Bernardo? ¿Acaso estaba

enfermo? Eso solo Dios lo puede saber. De hecho, a pesar de su relativa juventud —36 primaveras—, falleció tan solo cuatro años más tarde.

En cualquier caso, yo ya no podía reconocer en él al hombre magnánimo y noble con el que había trabajado hasta entonces.

La destemplada reacción de don Bernardo arruinó por completo la vida de don Manuel de Cagigal, que en premio a su victoria hubo de pasar diez años en prisión, y que jamás conseguiría rehabilitar su carrera militar.

Miranda, por su parte, ofendido por lo que consideraba una grave injusticia, con el rodar del tiempo llegaría a ser uno de los principales promotores de la lucha por la independencia de la América española.

Por otra parte, tal vez en justo castigo por su intemperancia, la expedición de Gálvez para la toma de Jamaica nunca llegó a realizarse, pues mucho antes de que se reunieran las condiciones para llevarla a la práctica, en enero de 1783, se firmó el tratado de Versalles, que puso fin a la guerra.

Como he dicho antes, a partir de la derrota de Yorktown, en Gran Bretaña hasta los más reacios a la paz comprendieron que las colonias estaban perdidas.

A pesar de que Francia había acordado con los independentistas de las trece colonias que ninguna de las dos partes podría firmar la paz con Gran Bretaña por separado, en cuanto los americanos vieron la oportunidad comenzaron las negociaciones con los ingleses, dejando de lado a los franceses.

El tratado de paz entre norteamericanos y británicos fue firmado por David Hartley, miembro del parlamento, en representación del rey Jorge III, y por John Adams, Benjamin Franklin y John Jay, en representación de los nacientes Estados Unidos de Norteamérica.

Dicho tratado fue posteriormente ratificado por el congreso de la Confederación el 14 de enero de 1784, y por los británicos el día 9 de abril del mismo año.

Las cláusulas recogidas en el acuerdo pusieron ya las bases para los futuros problemas fronterizos entre España y la nueva nación, pues los Estados Unidos pasaron a heredar los territorios al Norte de Florida, al Sur del Canadá y al Este del río Misisipi.

Como ya había previsto algún avezado compatriota nuestro, esto sería causa de graves problemas para España en el futuro.

Gran Bretaña renunciaba al río Ohio y otorgaba a los Estados Unidos plenos derechos sobre la explotación pesquera en Terranova.

Los británicos firmaron también tratados con España, Francia y los Países Bajos, que se habían unido a la coalición formada por Francia y España, si bien Holanda no llegó nunca a aportar tropas, sino tan solo provisiones, armas, vestimenta, divisas y algunos buques de guerra.

España mantuvo los territorios recuperados de Menorca y la Florida Occidental, y además recibió la Florida Oriental, a cambio de las Bahamas. También recuperó las costas de Nicaragua, Honduras y Campeche. Pero Gran Bretaña conservaba Gibraltar.

Por su parte, Gálvez sería nombrado gobernador y capitán general de Cuba, para posteriormente alcanzar el rango de Virrey de Nueva España, en junio de 1785.

Cuando, al partir con Amelia rumbo a Cádiz, nos despedimos de él, no podíamos imaginar que fallecería muy poco después, el 30 de noviembre del año siguiente.

Sus restos reposan en la iglesia de San Fernando, en la capital de México.

22

Cuando escribo estas líneas, algo más de treinta años después, el primer pensamiento que se me viene a la cabeza es: ¡cuántas cosas han ocurrido desde entonces! ¡Y qué caminos tan extraños tiene a veces la vida!

Amelia y yo nos instalamos en un bellísimo rincón de la costa de Galicia, en las laderas del monte Iroite, entre las rías de Muros y Arosa. Un paraje rodeado de verdes prados y bosques junto a la costa, en donde construimos una gran casona, al más puro estilo indiano.

Tuvimos seis hijos, que nos han dado la satisfacción de vernos rodeados de un ejército de revoltosos nietecillos, que colman de felicidad la madurez de nuestros días.

Ni a Amelia ni a mi nos costó en exceso acomodarnos a nuestra nueva vida en España. En Nueva Orleans los dos habíamos aprendido a adaptarnos a los modos de una ciudad muy distinta de los lugares que nos habían visto nacer, y en donde nos habíamos criado. Es cierto que el imprevisible y sorprendente carácter gallego nos resultó difícil de asimilar al principio, pero también a él llegamos a acostumbramos, hasta el punto de que, con el tiempo, hemos llegado a tomar un cariño especial a esta tierra, y a sentirnos parte integrante de ella.

Pero si en lo familiar y personal las cosas nos han ido bien, los avatares políticos a los que hemos asistido en estos últimos años han sido mucho más turbulentos.

Francia, nuestra gran aliada y casi «pariente», pronto dejó de ser ambas cosas, tan pronto como el país se vio asolado por la revolución. Y de amigo no tardó en pasar a enemigo, hasta el punto de invadirnos por las armas. Una invasión iniciada y continuada a traición, y dirigida por Napoleón, un hombre delirante, borracho de afanes de grandeza.

Es también cierto que el pueblo español ha sabido levantarse en armas como un solo hombre en contra del usurpador, que ha debido lamentarse reconociendo que:

> *La maldita Guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal: destruyó mi autoridad moral en Europa, complicó mis dificultades, abrió una escuela a los soldados ingleses… esta maldita guerra me ha perdido*.

Pero… ¿a qué precio? El país ha quedado deshecho. Los campos y fábricas, arrasados. La nación, aunque unida frente a la invasión, ha quedado dividida en dos bandos ideológicos antagónicos.

Por si fuera poco, las ideas revolucionarias han llegado también a la América española. Y hay quienes se han aprovechado de la debilidad de la metrópoli en guerra para luchar por su independencia. Por aquella independencia a la que tanto temíamos Ripoll y yo en nuestras conversaciones.

Curiosamente —o tal vez no tan curiosamente, pues la Corona siempre ha sido su principal valedora y defensora—, en América son los nativos indígenas quienes más ferozmente se han opuesto y han luchado por mantenerse unidos a España. Y, en cambio, han sido los criollos de origen peninsular quienes, por ideología o afán de poder, han luchado con uñas y dientes por la secesión, ayudados a menudo por las potencias extranjeras enemigas de nuestro país.

En fin, no sé qué clase de país y de mundo les espera a mis nietos. Supongo que, en buena medida, será el que ellos construyan. Al menos puedo decir satisfecho que mi generación, y yo con ella, ha peleado ya casi todas sus batallas, muy pronto les llegará a ellos la hora de coger el testigo…

EPÍLOGO

Al igual que en mis dos novelas históricas anteriores, (*El Héroe del Caribe*, Madrid, 2012; *Invencibles*, Madrid, 2014), he escrito esta obra para divulgar una serie de hechos históricos que considero relevantes y que, por diversas circunstancias, han pasado al olvido del gran público.

Y he querido novelar ligeramente los hechos para hacerlos más amenos y accesibles a la lectura.

En el libro que nos ocupa la labor ha sido más ardua que en los dos anteriores, pues a pesar de haber simplificado mucho la ingente epopeya que significó la independencia de los Estados Unidos, comparable a una guerra mundial, qué duda cabe de que es dificultoso ensartar en un marco tan vasto a los personajes, y a la vez darle a todo el relato una cierta unidad. Necesariamente he debido dejar algunos hechos en el tintero. Por ello pido comprensión a los lectores.

En cualquier caso, al igual que en las anteriores novelas, todo lo expuesto es histórico. Todo, con la única excepción de Alfonso de Salazar (más conocido como Alphonse de Cavignac) y su supuesta relación de trabajo y amistad con Gálvez. También son ficticios Amelia Richmond y su familia, Ripoll, Smith y el malvado Baker. Como digo, me he servido de ellos para tratar de introducir al lector en los hechos con una mayor cercanía.

Con este libro pretendo saldar una deuda de gratitud y justicia hacia la frecuentemente olvidada o preterida presencia y aportación hispana a la nación que hoy son los Estados Unidos. No solo la aportación de los españoles de España, sino también a los hispanos de origen mexicano, cubano, centroamericano, *etc*. Algunos de ellos no se han movido de su lugar de origen desde hace siglos —por ejemplo, muchos de los habitantes de Nuevo México o Texas—, sino que ha sido más bien la frontera la que se ha movido, pasando por encima de sus cabezas. Y, sin embargo, de manera más o menos sutil, muchas veces siguen siendo considerados ciudadanos de segunda o, simplemente, inmigrantes.

Se han cumplido las palabras que el conde de Aranda escribió sobre Estados Unidos:

> *Esta república federal nació como un pigmeo, y como tal necesitaba la ayuda y la fortaleza de dos estados poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará el día en el que crezca y se convierta en un gigante y sea temido por toda América. Entonces olvidará los beneficios que recibió de los dos poderes, y solo pensará en su propia expansión*.

En este sentido, me parecen ilustrativas las palabras que monseñor José Horacio Gómez Velasco, arzobispo de Los Ángeles, pronunció el 11 de septiembre de 2016 en una conferencia pronunciada en el Boston College, hablando acerca de la cuestión de la inmigración en los Estados Unidos:

> *Como todos sabemos la historia de nuestro país comenzó en 1600 con los Padres Peregrinos… Pero, con el debido respeto a los Peregrinos, ellos llegaron a este país con ¡alrededor de un centenar de años de retraso! Mucho antes de que los Estados Unidos tuviesen un nombre, es decir antes de George Washington y de las 13 colonias o Plymouth Rock, los misioneros españoles y mexicanos, e incluso los exploradores, se habían establecido en los territorios que hoy son Florida, Texas, California y Nuevo México*.
>
> *Deberíamos pensar en esto: la primera lengua no nativa hablada en este país no fue el inglés, fue el español*.

En el mismo discurso, monseñor Gómez hizo hincapié en que, aunque no deseaba hablar en exclusiva de las raíces hispanas y católicas de América, sí deseaba subrayar la importancia de recuperar la «historia olvidada del país».

En efecto, la presencia hispana en el territorio de lo que hoy son los Estados Unidos de Norteamérica fue crucial desde incluso mucho antes de la llegada de los famosos «padres peregrinos» del Mayflower. Pues cuando estos llegaron, España llevaba más de cien años explorando y fundando ciudades en su inmenso territorio.

Ya en 1519 Alonso Álvarez de Pineda había visto el delta del Misisipi.

Y en 1528 los exploradores españoles habían penetrado tierra adentro siguiendo uno de los grandes afluentes del río. Fueron ellos los primeros europeos en contemplar, asombrados, el inmenso torrente «*de media legua de*

anchura» al que los indios llamaban «*Meact Massipi*», es decir, «padre de las aguas».

Entre 1539 y 1542 don Hernando de Soto recorrió 35 000 millas cuadradas, desde Florida hasta las actuales Carolina del Norte, Tennessee, Alabama, Misisipi, Arkansas, Oklahoma y Texas, para después retornar, descendiendo por el Misisipi, hasta el golfo de México. Muerto Hernando de Soto en la expedición, fue enterrado en el lecho del río, para que los indios no profanasen su tumba.

El evangelizador de la costa pacífica americana, San Junípero Serra, recorrió más de once mil kilómetros en sus fundaciones.

En una ocasión, hacia 1765, preguntó precisamente a don Bernardo de Gálvez:

—*¿No habrá misión para que nuestro señor San Francisco ejerza su protección?*

A lo que Gálvez le respondió:

—*Si San Francisco quiere una misión, que nos haga descubrir un buen puerto y lo colocaremos bajo su advocación*.

Y, como es sabido, San Francisco les hizo descubrir un buen puerto, que colocaron bajo su advocación. La fundación de la ciudad de San Francisco se hizo por don Juan Bautista de Anza, en 1776. El mismo año, precisamente, de la declaración de independencia de Filadelfia.

Gálvez se apoyó en los misioneros para crear núcleos avanzados de población y civilización en las más apartadas regiones.

Allí se instruía a los indios en escuelas y granjas.

Tan solo veinte años después de la llegada de los españoles a California, en un territorio que hasta entonces había permanecido desolado e inhóspito, vivían 8000 personas (sin tener en cuenta a los niños), provistos de una cabaña ganadera que, entre otros animales, contaba con 6000 caballos, 27 000 vacas y 22 000 ovejas.

En una sola cosecha estos padres peregrinos del Oeste recogieron 23 000 fanegas de cereal. Por ello el buque San Carlos ha sido llamado el Mayflower del Oeste. Pues, además de los primeros colonos, de él desembarcaron también en 1769 en San Diego las primeras cabezas de ganado, germen inicial de la gran cabaña californiana.

Abundando en la importancia de estos hechos, quizás convenga recordar lo que el propio presidente John F. Kennedy afirmó:

> *Demasiados americanos piensan que América fue descubierta en 1620, cuando los padres peregrinos vinieron a mi propio Estado, y*

olvidan la tremenda aventura del siglo XVI *y de principios del* XVII*, en el sur y suroeste de los Estados Unidos*.

El gran hispanista Charles F. Lummis lo expresa así:

Si no hubiera existido España hace cuatrocientos años, no existirían hoy los Estados Unidos.

Centrándonos ahora en la aportación económica española, me gustaría recordar algunos datos significativos.

Por ejemplo, el señor Stanton Griffith, embajador de los Estados Unidos en España tras la Segunda Guerra Mundial, aludía en 1952 al hecho de que la ayuda prestada por España a los Estados Unidos en el momento de su independencia había sido olvidada por los historiadores norteamericanos, o preterida, siempre en beneficio de Francia. Incluso —decía Griffith— «ignoran que Carlos III hizo a los Estados Unidos el primer empréstito, a fin de que pudiéramos comprar uniformes, municiones y pertrechos para nuestro entonces descamisado ejército; durante quince años España pagó puntualmente, una tras otras, en los bancos de Austria, Alemania, Italia y Holanda, las letras a las que los Estados Unidos no podía hacer honor».

Una de las consecuencias más obvias de la ayuda financiera española a los Estados Unidos es la estrecha relación que existe entre el dólar y España.

Empezando por el universalmente conocido símbolo del dólar ($). Pues basta con revisar los libros de cuentas de Oliver Pollock para apreciar que ese signo procede de su manera simplista de representar la divisa española para diferenciarla del resto.

Y la moneda española llegó a inundar de tal manera el continente norteamericano, sobre todo en su lado oeste, que terminó por convertirse en la moneda oficial.

El símbolo del dólar (antes de su actual representación con una sola barra sobre la «S» se dibujaba con dos barras) no es sino una simplificación de las dos columnas (las columnas de Hércules) que flanquean el escudo de España, y que aparecían en todas las monedas ibéricas del momento. Principalmente en los Reales de a Ocho.

La «S» que serpentea sobre las columnas son unas orlas o cintas con la inscripción «Plus Ultra».

Pues las columnas de Hércules, ya desde la mitología griega, representaban el estrecho de Gibraltar. Y el lema *Plus Ultra*, cuyo significado no es otro que *Más Allá*, hace referencia a que, con el descubrimiento de

América y, más tarde, del Pacífico, España abría el mundo a los océanos de más allá del estrecho de Gibraltar, que hasta entonces había constituido el *Non Plus Ultra* o fin del mundo conocido.

El Real de a Ocho (con el escudo de España en su cara) fue la primera moneda de curso legal en Estados Unidos, manteniéndose en uso hasta 1857. La primera emisión de papel moneda, realizada el 10 de mayo de 1775, algo más de un año antes de la declaración oficial de independencia, estableció que los billetes se pagarían «*en dólares españoles acuñados o su valor en oro o plata*». De hecho, como señala el historiador David Weber, Estados Unidos adoptó el peso español como su propia unidad monetaria en noviembre de 1776. Llevaba la denominación de *Eight Spanish Milled Dollars*.

Mientras estuvo en vigor tuvo el mismo valor que el dólar. Curiosamente, hasta 1997 el precio de las acciones en el mercado de valores de Estados Unidos se daba en «octavos de dólar».

Y la terminología norteamericana sigue usando términos derivados de la moneda española. Así, se dice «dos piezas» por un cuarto, que proviene del hecho de que los reales de a ocho se podían dividir, lógicamente, en ocho piezas.

Algunos sugieren que el término inglés «dólar» proviene del alemán «*Thaler*», que se convirtió en la palabra inglesa para designar al peso español. Otros piensan que la palabra «dólar» proviene de «dobla», es decir, de la moneda de este nombre: «dobla» era el nombre que recibieron distintas monedas de oro de la península ibérica durante la Edad Media y principios de la edad Moderna.

En otro orden de cosas, a título anecdótico si se quiere, me parece también interesante contar algunos detalles de la vida del primer embajador de España en Estados Unidos, pues son ilustrativos de la estrecha cercanía que existía en aquellos años entre los dos países.

El primer embajador de España en los Estados Unidos fue precisamente don Diego Gardoqui, cargo para el que fue nombrado el 2 de octubre de 1784. En realidad, a causa de un resto de escrúpulos diplomáticos, fue oficialmente designado como «encargado de negocios».

Pero lo de menos es el título de su nombramiento. Su misión primordial, para la que fue elegido, fue sobre todo la delimitación de las fronteras de la Norteamérica española con los nacientes Estados Unidos, así como los términos de navegación de los barcos de ambos países por el río Misisipi.

Nuestro embajador se instaló en una lujosa mansión de Broadway, en una casa conocida como Kennedy House, muy cerca de la vivienda de Washington en Nueva York, ciudad en donde por aquel entonces se reunía el Congreso.

El día del nombramiento del primer presidente de los Estados Unidos, el 30 de abril de 1789, Gardoqui fue invitado nada menos que a desfilar junto a George Washington. Todo un detalle de deferencia para con una nación, España, que tanto había hecho por la independencia del nuevo país.

En aquel hermoso día y mientras se celebraba el acto de nombramiento, Gardoqui permaneció en todo momento junto al presidente.

Es también digno de señalarse que en los muelles solo se permitió el acceso a un único buque de guerra extranjero: el bergantín Galveztown, que saludó con sus cañones al presidente estadounidense: otro significativo detalle en agradecimiento a España y en memoria del por entonces ya fallecido Gálvez. Washington sabía muy bien que gracias a él se había conseguido expulsar a los británicos de Norteamérica.

Washington Irving, reportero en aquella ocasión, escribió:

> *The ships at anchor in the harbor, dressed in colors, fired salvos as it passed. One alone, the Galveston, a Spanish man-of-war, displayed no signs of gratulation, until the barge of the general was nearly abreast; when suddenly as if by magic, the yards were manned, the ship burst forth, as it were, into a full array of flags and signals, and thundered a salute of thirteen guns. Standing at Washington's side at the presidential inaugural parade was Spain's first ambassador to the United States, Diego de Gardoqui, and perhaps this claim was made to link the Spanish campaign in the South with the president.*
>
> [Los barcos anclados en el puerto, ornamentados con distintos colores, dispararon salvas a su paso. Había uno solo, el Galveston, un buque de guerra español, que no mostraba signos de fiesta, hasta que la barcaza del general estuvo casi a la vista; entonces, de repente, como por arte de magia, las gavias fueron servidas, y la nave estalló, por así decirlo, en una amplia gama de banderas y señales, y tronó un saludo de trece armas de fuego. De pie, en el lado de Washington en el desfile presidencial inaugural, se hallaba el primer embajador de España en los Estados Unidos, Diego de Gardoqui, y tal vez esta demostración se hizo para vincular la campaña española en el Sur con el presidente].

Curiosamente, gran parte de las mujeres que salieron a ver el desfile llevaban sombreros a «la española», como se decía entonces en Nueva York: sombreros de satén blanco, con una banda del mismo material colocada en la corona.

Siete años después de su toma de posesión, cuando Washington abandonó su carrera política y se retiró a descansar en el campo, el presidente pidió a Gardoqui si podía conseguirle «una pareja de burros sementales españoles», que gozaban de una enorme fama, y que al parecer necesitaba para sus plantaciones de tabaco en Mount Vernon.

Como respuesta, además de los burros, Gardoqui le entregó un hermoso paño de lana de vicuña en color natural, así como *El Quijote* en cuatro tomos lujosamente encuadernados.

También en esta ocasión la firma Gardoqui e hijos fue la encargada de embarcar a los animales a bordo del buque Ranger, que los conduciría hasta Boston y desde allí, por tierra, hasta Virginia.

Al parecer, uno de los burros no sobrevivió al viaje, pues en la carta de agradecimiento de Washington a Gardoqui así se deja ver:

Mount Vernon, 30th August 1796.

Sir,

The day before yesterday gave me the honor of your Excellency's favor, written on the 12th of June, with a postscript thereto of the 22d of July. It was accompanied by the cloth made of the wool of the Vicuna, which indeed is of a softness & richness which I have never seen before,& is truly worthy of being called his Majesty's true manufactured cloth. For your Excellency's goodness in presenting me with this specimen of it, I pray you to accept my best acknowledgements. I received it Sir, as a mark of your polite attention to me, & shall wear it with much pleasure as a memento thereof. The color is really beautiful, & being natural can never fade.

I feel myself much indebted to your Excellency for communicating the testimonies of my gratitude to the King, thro' the medium of His Excellency Count de Florida Blanca, for his royal present of the Jack Asses; one of which arrived very safe, & promises to be a most valuable animal. I am endeavouring to provide a female, that the advantages which are to be derived from this Jack may not end with his life.

I can omit no occasion of assuring your Excellency of the high sense I entertain of the many marks of polite attention I have received from you; nor of the pleasure I should feel in the honor of expressing it at this seat of my retirement from public life, if you should ever feel an inclination to make an excursion into the middle States. I have the honor to be &c.

G. WASHINGTON

Mount Vernon, 30 de agosto de 1796.

Señor,

Antes de ayer fui honrado con la distinción de su Excelencia, escrita el 12 de junio, con una posdata del 22 de julio. Vino acompañada por una tela de lana de vicuña, que realmente es de una suavidad y riqueza que no había visto nunca, y es ciertamente digna de ser llamada verdadera tela manufacturada de Su Majestad. Le ruego que acepte mis mayores muestras de agradecimiento por la bondad de V. E. al suministrarme esta muestra. La recibí, Señor, como una señal de su amable atención hacia mí, y la llevaré con gran placer, como recuerdo de la misma. El color es realmente bonito, y, al ser natural, nunca se desgastará.

Me siento en deuda con Su Excelencia por comunicar mis testimonios de gratitud al Rey, a través de su Excelencia el Conde de Floridablanca, por su real regalo de los asnos, uno de los cuales llegó sano y salvo, y promete ser un animal de lo más valioso. Estoy tratando de conseguir una hembra, pues las ventajas de este animal no deberán finalizar con su vida.

No puedo omitir ninguna ocasión de asegurar a Vuestra Excelencia el alto concepto que tengo de las muchas muestras de cortés atención que he recibido de usted; ni del placer que sentiría en el honor de poder expresárselo en este asentamiento de mi retiro de la vida pública, si alguna vez siente inclinación a hacer una excursión a los Estados medios.

Tengo el honor de ser, señor, con el mayor respeto, su servidor,

GEORGE WASHINGTON

Pero la vinculación del primer embajador de España con los Estados Unidos no termina aquí.

En 1785 Gardoqui impulsó la construcción de la iglesia de San Pedro en Nueva York, el primer templo católico de la ciudad. Se construyó[35] en la calle Barclay. La consagración de la iglesia tuvo lugar el día 20 de junio de 1786. Además de Gardoqui, y como fruto de la estrecha amistad que unía a los dos hombres, a la ceremonia asistió también el propio Washington.

En 1800 se estableció en esta iglesia la primera escuela católica del Estado de Nueva York. Y el 14 de marzo de 1805, fue en esta iglesia donde Santa Elizabeth Ann Seton, la primera santa norteamericana, se convirtió al catolicismo.

Podríamos continuar hablando de múltiples sucesos y personajes, pero creo es más que suficiente con lo expuesto hasta aquí. Espero haber contribuido a evitar que nos ocurra, a uno y otro lado del Atlántico, lo que con tanto acierto denunció un conocido novelista centroeuropeo:

> *Para liquidar a las naciones, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido. Y el mundo circundante lo olvida aún mucho antes.*

Me queda ya solamente agradecer la valiosa ayuda a cuantos me han orientado y asesorado en la redacción de esta obra: sobre todo a Salvador Larrúa, Frank de Varona, José Luis Álvarez (RIP), Teresa Valcarce Graciani y Barbara A. Mitchell, en los Estados Unidos; sin olvidar a Jorge Miras y a Carmelo López-Arias, en España.

San Sebastián, 11 de febrero de 2017.

BIBLIOGRAFÍA

– Guillermo Calleja Leal, «El intervencionismo de la Corona de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y las campañas de Gálvez», en *La Coronelía. Guardas del Rey*, revista del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey n.º 1 del Cuartel General del Ejército, n.º 6, octubre de 2003, págs. 12-50.

– Thomas E. Chávez, *España y la Independencia de Estados Unidos*, Taurus, 2006.

– Carlos Cólogan Soriano, «Diego María de Gardoqui, testigo de la jura de George Washington», en el blog *Canary Island in History* (CologanValois.blogspot.com.es), 10 de noviembre de 2013.

– Guillermo Fesser Pérez de Petinto, «¿Estados Unidos de… España?», *Revista del Ejército*, n.º 902, mayo de 2016.

– Jesús García Calero, «El día del gran golpe de Luis de Córdova a la Armada inglesa», en *ABCBlogs.abc.es*, 5 de enero de 2014.

– José Ignacio Goirigolzarri, «La casa Gardoqui», en el blog *Goirigolzarri.com*, 16 de agosto de 2010.

– Fernando Martínez Laínez y Carlos Canales Torres, *Banderas Lejanas*, Edaf, 2011.

– Francisco J. Sanabria, «Un bilbaíno en la “Corte” de Washington», en la página web del Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, blog *Celeste sobre Fondo Manzana*, 12 de noviembre de 2013.

– Frank de Varona, «La contribución de España y sus colonias a la revolución americana», en *LibertadUSA.com*, 27 de abril de 2014.

– Esteban Villarejo, «Santísima Trinidad: el *Escorial de los mares* hundido tras la batalla de Trafalgar», en *ABC.es*, 28 de febrero de 2014.

– Wikipedia: entradas *Siege of Yorktown* y *Battle of the Chesapeake*.

– Juan F. Yela Utrilla, *España ante la Independencia de los Estados Unidos*, Istmo, 1988.

– Youtube, canal *Hispaniae Rex*, «Don Luis de Córdova captura 52 navíos británicos», vídeo subido el 23 de septiembre de 2014.



JUAN PÉREZ-FONCEA (San Sebastián, 1965) es escritor y abogado.

Licenciado en Derecho en la Universidad de Navarra y especializado en Derecho Internacional y Europeo en las Universidades de Lovaina y Lieja (Bélgica), ha ejercido la abogacía durante 14 años en España y Francia.

En 2004 publicó su primer libro, *Iván de Aldénuri. El Bosque de los Thaurroks*. Desde entonces, Pérez-Foncea ha publicado diversos títulos de literatura fantástica dirigidos al público juvenil. Desde 2009, Pérez-Foncea se dedica por entero a la creación literaria, publicando títulos dentro de diversos géneros, entre los que destaca la novela histórica.

Notas

[1] El territorio de la Florida había sido descubierto por Juan Ponce de León durante la Pascua Florida (de ahí su nombre) del año 1513. Y San Agustín (ciudad que ha permanecido permanentemente poblada desde su fundación hasta nuestros días) fue la primera ciudad fundada por europeos en el territorio de los actuales Estados Unidos de América. Fue establecida por el asturiano Pedro Menéndez de Avilés en el año 1565. En este mismo lugar, el padre Francisco López de Mendoza celebró la primera Misa en el territorio de los futuros Estados Unidos. Menéndez de Avilés hizo venir a poblar a un millar de colonos españoles, y trajo ganados y cultivos, mientras los franciscanos levantaban misiones a lo largo de la costa atlántica, desde San Agustín hasta el actual Estado de Georgia. <<

[2] Más comúnmente conocida en España como Primera Guerra del Tercer Pacto de Familia (1756-1763). <<

[3] Ocupaba todo o parte de los actuales Estados de Montana, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Wyoming, Colorado, Minnesota, Iowa, Nebraska, Kansas, Misuri, Arkansas, Oklahoma, Nuevo México, Texas y la propia Luisiana. <<

[4] También conocido entre nosotros como río de la Palizada, ya que así lo nombraron los primeros exploradores españoles en el siglo XVI, a causa de la gran cantidad de troncos que arrastraban sus aguas. <<

[5] Después de los dos grandes incendios que se declararían en años posteriores, el Cabildo español impuso el adobe y el ladrillo, con lo que el aspecto de la ciudad mejoró aún más. <<

[6] Salvo en este caso y algún otro donde resulta obvio que son ficticias, las palabras que en el texto figuran en cursiva están extraídas de documentos históricos reales. <<

[7] Descubridor del platino. <<

[8] Habitantes de las tres provincias marítimas del Sureste de Canadá, y de una parte de Quebec. <<

[9] Primo del que fue el abogado defensor de los soldados, y que llegaría a ser el segundo presidente de los Estados Unidos: John Adams. <<

[10] Modo despectivo de referirse a los soldados británicos, en alusión al color de su uniforme. <<

[11] Autor de El Barbero de Sevilla. <<

[12] En Sudamérica la guerra, que acabó con victoria española, se estaba todavía desarrollando y España recelaba de que Gran Bretaña pudiera implicarse en el conflicto, auxiliando a Portugal, su tradicional aliado. <<

[13] Embajador de España en París en ese tiempo. <<

[14] Actual Pittsburg, en Pensilvania. <<

[15] Actual Gálvez, en Luisiana. No confundir con Galveston, en Texas. **<<**

[16] De 1778. <<

[17] Actual Misuri. <<

[18] También conocido como Fuerte Bute, un asentamiento inglés al norte del lago de Pontchartrain. <<

[19] Hoy en día llamado Natchez. <<

[20] Los dragones eran soldados capaces de combatir como caballería y como infantería. <<

[21] En Iowa. <<

[22] En Illinois. <<

[23] En el actual estado de Michigan. <<

[24] El verano de 1780. <<

[25] Para hacerse idea del valor de un millón de libras de la época: los buques y bienes capturados estaban valorados en unas 600 000 libras. <<

[26] Las pérdidas supusieron el mayor desastre logístico de la historia naval de la Gran Bretaña, superando incluso al del famoso convoy PQ17, durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[27] Tío de Francis Scott Key, autor del diseño de la bandera norteamericana. <<

[28] De la voz del idioma choctaw Bajuk, que significa arroyo o río pequeño. Es un término geográfico que en Luisiana sirve para designar una masa de agua formada por antiguos brazos y meandros del río Misisipi. <<

[29] Y todavía se extiende hoy en día. <<

[30] Futuro precursor de la independencia de Hispanoamérica. <<

[31] Hasta el martes 9 de diciembre de 2014 no se atendió a la petición de Pollock, reparándose así una injusticia histórica. Desde ese día el retrato de Gálvez cuelga por fin de una de las paredes más lucidas del Capitolio estadounidense, junto con los retratos de Wilson y Eisenhower. Se salda así una cuenta pendiente con el rostro visible de la decisiva contribución española a la Guerra de Independencia Norteamericana. En 2014, además, se ha declarado a Gálvez «ciudadano honorífico de los EEUU a título póstumo», honor solo compartido por siete personas más en la historia: Winston Churchill, Raoul Wallenberg, William y Hannah Callowhill Penn, la Madre Teresa, el Marqués de Lafayette y Casimir Pulaski. Es de justicia señalar que el buen éxito de la iniciativa se ha debido a la incansable labor de la española Teresa Valcarce, residente en Washington y miembro de la Asociación Cultural Bernardo de Gálvez. <<

[32] En la época una libra tornesa equivalía a 0,312 gramos de oro puro, es decir, que la suma en cuestión equivalía, al valor de finales de 2016, a unos 1400 millones de euros. <<

[33] Incluso antes de recibir la noticia de la rendición de Cornwallis. <<

[34] Actual Elkton, en Maryland, población situada a mitad de camino entre Baltimore y Filadelfia. <<

[35] Y ahí continúa en la actualidad. En la confluencia entre las actuales calles Barclay y Church, junto a Wall Street y la «zona cero», en el corazón del distrito financiero. San Pedro es el primer templo católico de la ciudad y del entero Estado de Nueva York. Su edificación fue posible gracias a la generosa aportación de mil reales de plata de parte del rey don Carlos III. Gardoqui protagonizó el acto de colocación de la primera piedra. El templo actual, de una sola nave, estilo neoclásico y con seis columnas a modo de peristilo frontal, no es el originario, sino que data de la década de los treinta del siglo XIX. El 11 de septiembre de 2001 el edificio recibió los impactos del desmoronamiento de las torres gemelas. Su techumbre a dos aguas fue perforada. El cuerpo exánime de la primera víctima oficialmente registrada a causa de aquel terrible holocausto, el padre franciscano y capellán de bomberos Mychal Judge, fue depositado a los pies de su altar. Lo acarrearon entre seis hombres desde el vestíbulo de la Torre Norte. <<

ÍNDICE